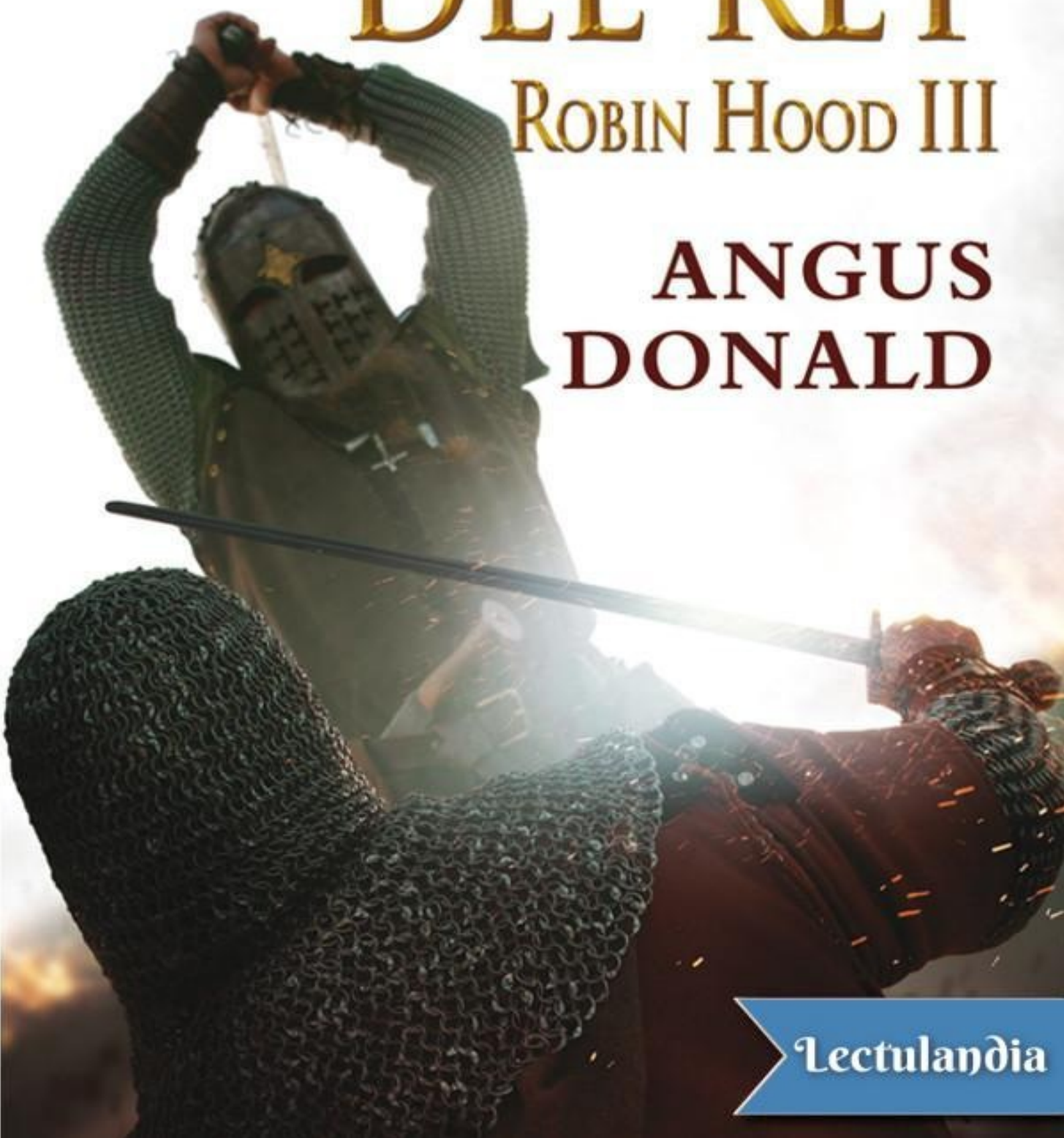


EL HOMBRE DEL REY

ROBIN HOOD III

ANGUS
DONALD



Lectulandia

Durante su regreso a Inglaterra tras la memorable batalla de Acre, y dando la Cruzada por concluida, el rey Ricardo Corazón de León se enfrenta ahora a la enemistad de todos los príncipes europeos, pero en particular a la lucha por el trono con su hermano Juan, que desemboca en poco menos que una auténtica guerra civil. Cuando cae prisionero, parece que el futuro del rey y de su reino está ya sellado. Sólo un hombre, un proscrito, un impío conde sin escrúpulos parece estar en condiciones de salvarlos a ambos: Robin Hood. Y Robin y sus hombres no se arredrarán ante la necesidad de volver a su vida de proscritos para llevar a cabo la misión que se han propuesto.

Lectulandia

Angus Donald

El hombre del rey

Robin Hood - 3

ePUB v1.0

Crubiera 02.05.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *King's Man. The outlaw chronicles*

Angus Donald, 2011.

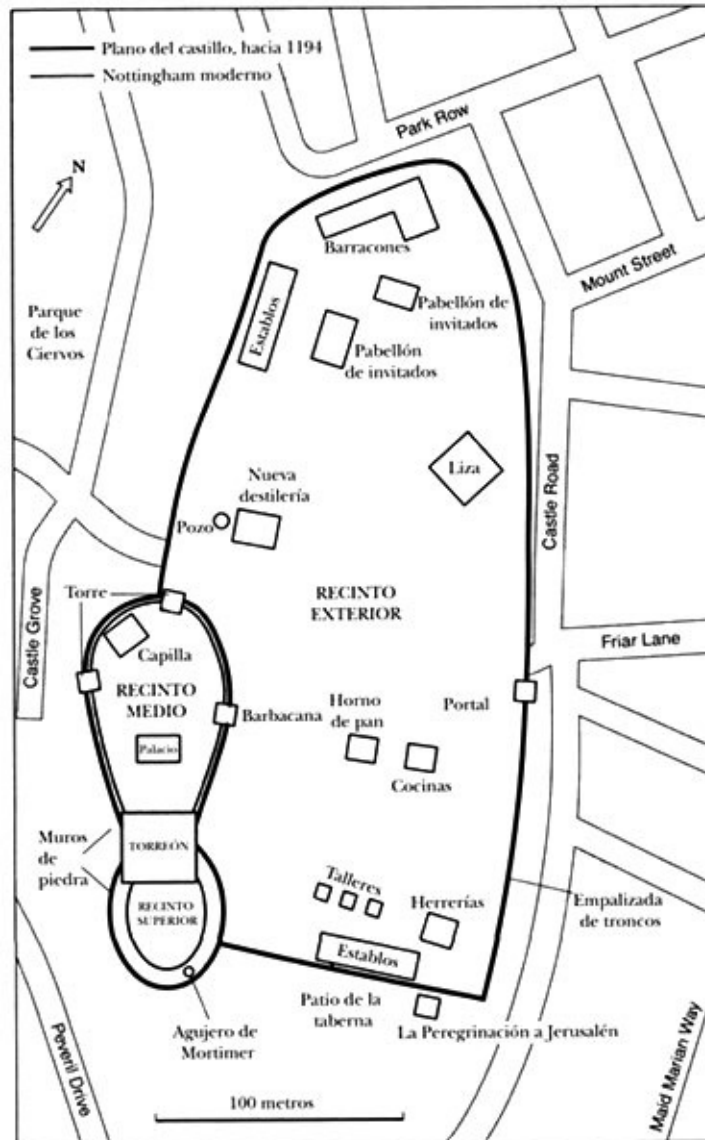
Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

Diseño portada: Tim Byrne

Editor original: Crubiera (v1.0)

ePub base v2.1

Para mi querida hija Emma, con océanos de amor.



Castillo de Nottingham. Marzo de 1194

Primera parte

Capítulo I

Oigo ecos de cantares que llegan flotando por el patio desde el granero grande; ecos tenues, pero cálidos y confortantes, como los últimos destellos de un sueño agradable para el hombre que despierta de un sopor profundo. He dejado que los convidados al festín de la boda se divirtieran a su antojo. La novia, Marie, y su flamante marido, Osric, y docenas de amigos y vecinos, bailaron hasta bien entrada la noche oscura. Les he provisto de cerveza y vino, más de lo que podrían beber en media docena de bodas, y maté dos corderos míos y una marrana enorme, y los tres animales sacrificados han pasado la tarde asándose a fuego lento en el patio, de modo que habrá carne de sobra para la pareja de recién casados y todos los invitados, ya medio borrachos. Pero me he apartado del gentío cuando han empezado a beber en serio y a aflojarse los cintos; no quería que me pidieran que tocara y cantara para ellos. Mi voz es un poco más débil, cosa normal ahora que estoy a punto de cumplir los sesenta años, pero aún me siento orgulloso de mi talento como *trouvère*. Soy un compositor hábil, cuido de mis delicadas cuerdas vocales y no estoy dispuesto a mugir como una vaca pariendo para divertir a unos aldeanos borrachos: yo que he improvisado versos junto a un rey y he mantenido en vilo, pendientes de mi arte, a nobles señores y prelados de toda la cristiandad.

Pero lo cierto es que otra razón oculta me ha empujado a retirarme aquí, a mis aposentos privados situados en un extremo de la gran mansión de Westbury, donde, con una pluma recién cortada y con tinta de agallas de roble, confío estas palabras al pergamino: no me gusta Osric, el novio.

Ya está, lo he confesado. Es difícil decir con exactitud por qué razón no me gusta. Es un hombre sencillo, ordinario, de panza gruesa, con una jeta puntiaguda e inquisitiva como la de un topo y brazos cortos y rechonchos, y creo que será un buen marido para Marie, mi nuera, viuda de mi hijo. Él vino hace un año a Westbury como mi administrador, y ha trabajado bien para mí en ese puesto; ha conseguido que las tierras —las únicas que poseo en la actualidad— estén bien explotadas y dejen beneficios en dinero contante y sonante cada año. Pero no me inspira confianza; hay en él un disimulo que me repele. Sus gestos son furtivos. Creo, en lo profundo de mi corazón, que codicia mi posición como señor de esta mansión, y a veces le sorprendo mirándome furtivamente mientras comemos juntos en familia en la larga mesa de la sala, y adivino un destello de envidia oculto en sus ojos pequeños. Puede no ser otra

cosa que una manía de viejo, pero no lo creo así... Creo que, a pesar de la amabilidad que me prodiga y de que le haya permitido casarse con la viuda de mi hijo Robin, a Osric le gustaría acelerar mi tránsito a la tumba y sentarse él mismo en la cabecera de esta larga mesa, adulado por mis sirvientes y saludado por todos en esta casa como «el señor».

Iré más lejos: estoy convencido de que se propone matarme.

«¡Bah, qué tontería!», os diréis a vosotros mismos. La sesera del viejo barba gris está tan seca como un huevo de pato del año pasado. Y es verdad que cargo ya con el peso de muchos años, y que a veces olvido los nombres de los holgazanes que me rodean y suspiro demasiado al recordar los días brillantes del tiempo pasado. Pero conozco la traición: en otro tiempo traicioné a quienes habían puesto en mí su confianza. Y veo la mirada de un traidor, de un Judas maldito de Dios, en la cara de Osric. Para asestar un golpe decisivo, uno ha de colocarse cerca de su presa, y Osric está ahora tan cerca de mí como pueda desearlo.

Desde luego, mi muerte no le convertiría de inmediato en el señor de esta mansión; si yo muriera, mis propiedades pasarían a mi legítimo heredero, mi nieto de nueve años, llamado Alan igual que yo, que se encuentra ahora en el Yorkshire aprendiendo las habilidades de un caballero: el combate a caballo y a pie, bailar, cantar y componer versos, hablar y escribir en latín, jugar al ajedrez y comportarse con elegancia en la mesa, entre otras innumerables habilidades propias de la caballería.

Pero un señor feudal de su edad es frágil, y fácil de controlar: su madre, Marie, tendría autoridad legal sobre él, del mismo modo que Osric, por el hecho de ser ahora su marido, tendría autoridad sobre ella. ¿Quién sabe lo que podría hacer Osric entonces? El niño podría sufrir un «accidente» fatal o bien ser encerrado durante años en una mazmorra oscura mientras Osric maneja a su voluntad las riquezas de mis tierras. ¿Quién puede saberlo?

He releído las palabras que acabo de escribir, y tal vez al lector le parezca que soy un cobarde que tiene miedo de Osric. Pero no es eso; he demostrado mi valor en más ocasiones de las que puedo recordar. Con todo, he decidido no aferrarme a las palabras, y dejar que sean mis sentimientos los que se expresen, porque he prometido que en este relato de mi vida, el relato que ahora garabateo con mi mano ya vieja, diré la verdad y siempre la verdad. Puede que tema un poco a Osric, y desde luego desconfío y recelo de sus intenciones. Por las noches no puedo dormir cuando pienso en él y en lo que podría hacernos a mí y a las personas que amo. Pero no puedo hacer nada; no puedo matarlo por una simple sospecha, y tampoco puedo expulsar de mi casa al marido de mi nuera; Marie nunca me lo perdonaría, y ¿quién se ocuparía entonces de los asuntos de Westbury? No, tengo que esperar, observar y mantenerme siempre en guardia.

Y debo seguir mi historia ahora, mientras la casa está vacía y silenciosa, porque ésta no es la historia de las oscuras ambiciones de Osric, ni la de Marie, ni siquiera la del pequeño Alan, la delicia de mis años postreros: es mi historia y la de las aventuras que corrí en los tiempos del buen rey Ricardo, al que llamábamos Corazón de León. Yo era entonces un hombre joven, lleno de savia nueva, fuerte de cuerpo y de mente, que no temía nada salvo la ira de mi señor, Robert Odo, el conde de Locksley, más conocido por la gente común de Inglaterra con el nombre de Robin Hood, un guerrero salvaje, un ladrón sin escrúpulos, un hereje condenado por la Iglesia y, que Dios Todopoderoso me perdone, durante largos años mi buen y leal amigo.



El centinela era joven, un muchacho de apenas dieciséis o diecisiete años, pero lo bastante mayor para morir. Lo observé mientras paseaba arriba y abajo por el camino oscuro y bacheado que desde mi posición se dirigía al norte, hacia la cima de la colina, y advertí que su actitud, en aquellos preciosos últimos instantes suyos sobre esta tierra, era la de un aburrimiento resentido. Llevaba en su puesto tal vez una hora, supuse a juzgar por la posición de la luna: le había visto salir cabizbajo del campamento hacia la medianoche, bostezando y desperezándose, y relevar de mal humor a un soldado de más edad, un veterano robusto que le despidió alegremente con una fuerte palmada en el hombro y se apresuró hacia las mantas cálidas que le esperaban en una de la veintena de tiendas de campaña, esparcidas por el prado, más abajo del sendero embarrado, que formaban el campamento enemigo plantado ante Kirkton.

El joven centinela había de ser relevado a su vez pasadas dos horas, pero para entonces, con la ayuda de Dios, ya estaría muerto. Pude distinguir la juventud en su rostro a la débil luz de la luna, una mancha pálida en la oscuridad, mientras se acercaba zancajeando por el sendero; cuando estuvo más cerca, vi que era feo: tenía una cara chupada y cubierta de granos; parecía un niño mohíno camino de la iglesia un día de fiesta, cuando habría preferido quedarse en casa a jugar.

De mal humor, dio una patada a una piedra, que rodó fuera del camino y fue a parar peligrosamente cerca del lugar donde estaba yo, tendido en la oscuridad, vestido de negro de la cabeza a los pies, con la cara untada de barro grasiento, al resguardo de una vieja y desmoronada tapia de piedra que formaba ángulo recto con el sendero. Por un instante, pensé que seguiría al guijarro, caído a sólo unos pasos de mi escondite, para darle otra patada. De haberlo hecho, sin la menor duda me descubriría, o se daría cuenta de alguna manera de mi presencia, y yo tendría que saltar sobre él, de frente y a plena vista, e intentar derribarlo antes de que diera la voz de alarma. Habría sido difícil. Para ser sincero, habría sido prácticamente imposible,

porque yo llevaba atada a la cintura una cuerda sujeta a un saco grande, pesado y rezumante. Intenté no pensar en su repulsivo contenido.

Apoyé la espalda en la áspera piedra de la tapia, con las manos a los lados, sin apenas respirar, y con la punta de los dedos acaricié el mango de la daga colocada en mi bota. Era mi única arma, una hoja larga y muy fina de sección triangular, con una sólida guarda de acero y un mango de madera negra; el tipo de arma conocido como «misericordia», porque se utilizaba para rematar caritativamente a los caballeros malheridos en la batalla, dándoles el *coup de grâce*. El caballero italiano en apuros que me lo vendió lo llamaba *stiletto*, y aunque aceptó mis monedas de plata porque las necesitaba, me miró con recelo al hacerlo. Aquella no era un arma honorable para una batalla; era un arma para un asesinato sórdido en la oscuridad de la noche, una herramienta para matar sin hacer ruido.

El centinela adolescente pasó cerca de la tapia y siguió caminando arrastrando los pies, sin mirar siquiera hacia la oscuridad en cuyo fondo estaba yo agazapado, y reprimí un escalofrío mientras luchaba con el nudo que sujetaba la cuerda a mi cintura y conseguía por fin librarme de mi molesta carga. Mis ropas negras estaban empapadas; la túnica y la capa habían absorbido como una esponja toda la humedad del suelo, después de que cayera un chaparrón hacia la medianoche, mientras reptaba pulgada a pulgada sobre la hierba húmeda hasta el lugar en que me había emboscado, arrastrando detrás de mí el pesado saco. Me costó casi dos horas llegar a mi posición actual, reptando como una sabandija y encogiéndome en los pliegues más oscuros de aquel terreno de pastos situado bajo la ceja de la colina: cien metros más o menos de campo descubierto, salvo por el resguardo relativo de la mancillada tapia de piedra seca. Había avanzado la mayor parte de las veces aprovechando el momento en que los centinelas, primero el veterano robusto y ahora el chico, marchaban hacia el lado contrario, hacia lo alto del sendero, donde echaban un vistazo rápido a su alrededor antes de emprender de nuevo la bajada. Era como un juego del escondite letal, en el que yo no encontraba ninguna diversión. Cuando el centinela miraba en mi dirección, yo enterraba la cara en la hierba húmeda y me quedaba completamente quieto, confiando en mis oídos para saber si había sido descubierto. Era importante, me habían dicho, no mirar nunca directamente al centinela, porque al parecer los hombres poseen un instinto que les advierte cuando alguien les está observando, y hay quienes están más dotados que otros para distinguir un rostro en la oscuridad.

Y sin duda yo mismo podía sentir el calor de la mirada de otra persona clavada en mí: en aquel momento preciso, estaba siendo observado, pero no por el soldado imberbe que recorría el sendero delante de mí. Mi amigo Hanno, que había sido antes un famoso cazador en las selvas negras de Baviera y ahora era el jefe de los exploradores de nuestra pequeña banda de peregrinos guerreros, estaba subido a un árbol que se alzaba justo debajo de la línea del horizonte, a unos doscientos metros de

distancia, con su cuerpo hábilmente pegado al tronco y las ramas como si fuera el de una serpiente, de modo que parecía formar parte del mismo árbol en la oscuridad. Yo sabía que me estaba observando, y esperaba que mi avance mereciera su aprobación. Me había enseñado todo lo que sabía sobre la forma de moverse con sigilo durante el largo viaje de regreso a casa desde Tierra Santa —a la luz del día y a oscuras, en el bosque, en la montaña y en el desierto—; y lo que él sabía sobre ese tema era mucho. También me había instruido, trabajosamente, durante muchos meses, en el arte de matar en silencio. Y me sugirió que fuera yo quien asumiera este encargo mortal para poner a prueba mis nuevas habilidades. En nuestra andrajosa banda, a todo el mundo le pareció una buena idea, excepto a mí. De modo que aquí estaba: empapado, helado, tendido en unos pastos llenos de mierda de oveja en mitad de la noche, con la cara embadurnada de barro, a la espera del momento idóneo para degollar a un niño desprevenido.

Oí al chico llegar al final de su recorrido, en la parte más baja del sendero, toser, escupir y volverse para reanudar despacio su camino de vuelta colina arriba. Quedaba fuera de mi vista, pero le oí llegar, más cerca que nunca de la tapia. Pasó de largo de nuevo, y entonces se detuvo de pronto a pocos pasos de mí. ¿Me había visto? Sin duda tuvo que oír los golpes desahorados de mi corazón en el pecho, como un gran tambor. Pero no, sólo había hecho una pausa para mirar despacio la uña luminosa de la luna que adornaba el cielo, para intentar adivinar la hora. Parecía tan exageradamente joven, pensé, aunque una voz me decía en mi interior que posiblemente era tan sólo uno o dos años menor que yo mismo. Se pasó de un hombro al otro la larga lanza que empuñaba, y con la mano libre se rascó los granos inflamados de las mejillas. Ahora estaba lo bastante cerca, a no más de dos pasos largos de distancia; lo suficiente para mi ataque, ahora que me había liberado del peso del saco rezumante. Y cuando se volvió para seguir su marcha, me dije a mí mismo que era el momento de alzarme y golpear. Puse mi cuerpo en tensión, flexioné los talones y coloqué mi mano en el puño de la daga, a la espera de que él empezara a moverse. Inspeccioné el área que nos rodeaba, estrechando los ojos y moviéndolos despacio para que ningún reflejo llamara la atención de algún observador; nadie se movía, el campo guardaba un silencio pétreo a aquella hora. Todo estaba claro. En el momento en que empezara a caminar de nuevo, aprovechando el ruido de sus propios pasos, me arrojaría sobre él como el gato de una granja al acecho de una paloma perezosa.

Pero el chico seguía inmóvil, vuelto a medias en mi dirección, y seguía mirando la luna como un bobo, mientras se hurgaba sin descanso la nariz. «Date la vuelta, date la vuelta de una vez, idiota —gritaba yo para mis adentros—. Date la vuelta y acabemos ya con esto». Pero él seguía plantado como una de aquellas estatuas de mármol que yo había visto en mis viajes por el Mediterráneo, y seguía mirando el

cielo tachonado de estrellas y hurgándose la nariz.

Mi cuerpo estaba empezando a temblar, y no sólo por el frío y la humedad: mis músculos en tensión me exigían una acción inmediata. Quería moverme mientras aún conservaba impulso suficiente para cometer el asesinato: porque iba a ser un asesinato alevoso, a pesar de que la sobreveste negra que llevaba el muchacho, con los cheurones rojos en el pecho, lo señalaba como mi enemigo. Sabía en mi interior que aquella muerte a traición no era más digna que una ejecución vergonzosa, y me resistía a llevarla a cabo. No sería el primer hombre, ni el primer muchacho, al que había dado muerte; no, ni de lejos. Había matado antes muchas veces en mi joven vida, en el calor de la batalla y fuera de ella... Pero sentí que aquello era distinto. Ignominioso. No sólo era mi amigo Hanno quien me observaba desde lo alto; sentí que el propio Dios veía mis actos. Y el Señor de los ejércitos decía a mi conciencia, clara y distintamente, que aquello era un pecado mortal.

Sabía que Robin se habría echado a reír de poder leer mis pensamientos ante aquel homicidio: pensaría que yo era blando, afeminado como un cura. Se encogería de hombros con una media sonrisa si adivinara mis escrúpulos sobre el hecho de matar a aquel chico. Y sabía exactamente lo que me diría si se encontrara a mi lado: «Es necesario, Alan», susurraría, y luego me quitaría la misericordia de la mano y lo haría él mismo: con rapidez y eficiencia, sin perder un momento. Y no perdería ni un átomo de sueño, después.

Por fin el chico dejó de mirar la luna con la boca abierta, me volvió la espalda y dio un primer paso de mala gana sendero arriba. Yo tragué saliva, parpadeé y meforcé a mí mismo a ponerme en pie tan silenciosamente como pude en mi rincón oscuro, dejando en la sombra el pesado saco, pero sacando la daga de mi bota mientras me erguía. Tenía la mente casi en blanco, sólo pensaba «Ahora voy a hacerlo, ahora voy a hacerlo». Y al dar el primer paso vacilante, mi pie pisó un charco embarrado. Me quedé inmóvil y me afirmé sobre mis piernas vacilantes, pero mi víctima no había oído nada. De pronto el coraje bulló en mi interior como el agua en un cazo puesto al fuego: di rápidamente tres pasos, y me arrojé sobre su espalda; mi mano izquierda rodeó su cabeza para tapar su boca y su nariz, de modo que no pudiera emitir ningún sonido, y mi pecho impactó contra su espina dorsal. Cayó hacia delante sobre la hierba que crecía al borde del sendero embarrado; yo caí también encima de él, y el impacto de nuestro aterrizaje casi me hizo soltar la daga. Casi..., pero no la solté. Se revolvió con fuerza debajo de mí, pero yo tenía la hoja de la misericordia en la posición adecuada junto a su nuca, en el hueco de la base del cráneo, con la punta fina apoyada en los eslabones de malla de acero de su capucha, y empujé con un golpe seco hacia arriba, con fuerza, de modo que la hoja de veinte centímetros de largo y base triangular perforó la malla, la piel, el músculo, la médula espinal y penetró profundamente en los tejidos blandos del cerebro. Hice girar la

misericordia a izquierda y derecha, como un hombre que revuelve con una cuchara unos huevos con manteca. Su cuerpo tuvo un último y poderoso espasmo bajo el mío; todos sus músculos se tensaron y luego se relajaron, y noté que se ensuciaba los calzones acompañando el repentino descenso de la mierda con un largo pedo. Pero después, loados sean Dios y todos sus santos, no se movió más.

Mi respiración jadeante me raspaba en la garganta, tenía la mano aplastada entre su cara y la hierba, mi corazón latía como si quisiera salir de mi pecho..., y deseaba con desesperación vomitar, mear, vaciar mis propios intestinos. Las lágrimas ardían bajo mis párpados, y tuve que reprimir aquellas urgencias indignas. Volví la cabeza, y miré por encima del hombro el campamento dormido. Todo estaba en silencio. Hasta el momento, al parecer, nadie se había dado cuenta de nada. Salvo por el cadáver inmóvil y sucio de mierda tendido bajo mi cuerpo, podía no haber ocurrido nada.

Extraje de su cabeza inerte mi daga resbaladiza, la froté en la hierba para limpiarla, la sequé en mi manga y volví a enfundarla en la vaina de cuero de mi bota izquierda. Vi que, en el espasmo de la agonía, el muchacho me había mordido el dedo corazón de la mano izquierda, pero no sentí dolor en aquel momento, mientras me vendaba rápidamente el dedo con una tira de tela rasgada de mi camisa. Luego saqué el cadáver fuera del sendero y, no sin dificultad, le quité la sobreveste negra y roja y me la puse sobre mis propias ropas negras empapadas. Le quité el casco, recogí su espada y su lanza, y lo puse todo a un lado. Luego fui a buscar el saco que había dejado junto a la tapia, lo abrí y saqué de su interior una enorme pieza pegajosa de carne y huesos, de cerca de medio metro de longitud, provista de orejas puntiagudas y ojos inmóviles en blanco; era la cabeza de un poni salvaje de los páramos, cortada justo debajo de la mandíbula cuadrada, y vaciada casi por completo de sangre. Miré a mi alrededor inquieto, al campamento dormido; nadie se movía aún.

Utilicé la espada del muchacho para cortarle la cabeza con tanta limpieza como pude, una tarea difícil en la oscuridad con una hoja larga e incómoda; serré y corté las vértebras, la tráquea y los músculos y tendones del cuello, procurando hacer el menor ruido posible. La espada era mala, sin filo, mellada, y con la empuñadura de madera suelta que golpeaba la espiga. No fue un trabajo limpio, y me aterraba que alguien oyera en el campamento el ruido sordo de mi carnicería chapucera, pero por fin acabé aquel sórdido trabajo y, procurando no mancharme la ropa, coloqué el cadáver descabezado en posición sentada en una zanja al lado del camino, y puse la cabeza del caballo sobre el tronco, entre los hombros, donde habría estado la del chico. Fijé en su lugar la cabeza del animal con la cuerda delgada que había empleado para atarme al saco; la pasé cruzándola por la frente del caballo, delante de las orejas, y la sujeté bajo las axilas del muchacho. Luego me senté y contemplé mi obra con un estremecimiento lleno de satisfacción. Era una visión realmente horripilante, fantasmal y extraña: el cuerpo de un hombre rematado por una gran cabeza de

caballo. En cuanto a la del muchacho, la agarré por la larga cabellera y la arrojé tan lejos como pude, hacia la oscuridad. Sin duda la encontrarían al final, pero el aterrador cadáver con cabeza de caballo ya habría producido su efecto en los hombres que lo descubrieran.

Tracé la señal de la cruz sobre mi obra ensangrentada, para que su espíritu no se sublevara, murmuré una plegaria pidiendo perdón a san Miguel, el arcángel armado con la espada y santo patrón de las batallas, y recogí el casco, el cinto con la espada y la lanza de mi víctima. Luego empecé a subir por el sendero embarrado. Todo mi cuerpo se estremecía, mis pasos eran inseguros, y de repente apareció de la nada el dolor de mi dedo mordido, rugiendo como un oso furioso. Pasé la lanza a mi otra mano, y me apoyé en ella para combatir el mareo que hacía que mi cabeza diera vueltas. Mi víctima había sido algo más baja que yo, incluso antes de que le cortara la cabeza granujienta; y también ligeramente más delgada, pero calculé que en la oscuridad de la noche y a una distancia de cien metros más o menos, podría pasar por él ante un observador desprevenido. Finalmente conseguí controlar mi cuerpo y mi mente, y ahuyenté el recuerdo del crimen infernal que acababa de cometer; hundí ligeramente los hombros, e intenté imitar su modo de arrastrar los pies de mala gana mientras me alejaba de su cadáver mutilado.

Cuando llegué a lo alto de la colina, y me detuve un instante simulando inspeccionar la zona como un centinela concienzudo, oí sonar por tres veces la lúgubre llamada de un búho desde el árbol que se alzaba a mi derecha en la cresta de la colina. Y por primera vez en varias horas, sonreí.

Era la señal, un mensaje que me calentó el corazón como los mimos de una madre cariñosa.

De haber oído el ladrido agudo de una zorra al aparearse, el mensaje habría significado: «Corre para salvar la vida, has sido descubierto. ¡Corre!».

Pero la hábil imitación de Hanno de un búho cazando me decía que, por el momento, estaba a salvo. Y, en ese instante, le quise por aquello.

Podía imaginar su fea carota redonda, su amplia sonrisa asomando entre los cañones de una barba mal afeitada, y oír su voz de fuerte acento extranjero alabando mi forma de ejecutar un trabajo desagradable, difícil y sangriento; y me volví hacia el árbol en el que sabía que estaba escondido, apenas a ciento cincuenta metros del lugar en el que me encontraba yo ahora, en lo alto de la colina, y hube de resistir el impulso de alzar la mano para saludarlo. En lugar de hacerlo, giré sobre mis talones y caminé, osado, confiado incluso, con los faldones de la sobreveste rozándome las pantorrillas y la lanza apoyada con descuido en mi hombro izquierdo, colina abajo, apartándome del sendero embarrado y de mi amigo Hanno, hasta introducirme en pleno campamento enemigo.



Caminé con determinación, en silencio pero en modo alguno a escondidas, por entre las tiendas de mis enemigos durmientes, con lo que esperaba que fuera una sonrisa despreocupada fija en mi rostro; aunque, desde luego, la noche era demasiado cerrada para que alguien viera mi expresión. Algunos fuegos de campamento aún humeaban entre las tiendas, y un puñado de hombres de armas dormitaban junto a ellos envueltos en mantas, o estaban sentados con los morros hundidos en sus jarras de cerveza. La noche serena de septiembre retenía un poco del calor del verano, pero la mayoría de los hombres se habían retirado a las grandes tiendas bajas de lana, dispersas casi por toda la superficie del campo abierto.

En algún lugar del campamento, lo sabía, tenía a una amiga y compañera, una extraña mujer normanda de edad mediana llamada Elise. Se había unido a nuestra hueste en el camino hacia Tierra Santa, y se convirtió en la portavoz de las mujeres agregadas a nuestra columna en marcha. Era una curandera hábil, y sin duda había salvado muchas vidas en el largo viaje de ida y vuelta a Ultramar, cuidando a los heridos en las batallas. Algunos susurraban que tenía otras habilidades más oscuras y que podía ver el futuro, pero aunque yo hube de admitir que buena parte de sus profecías se habían convertido en realidad, siempre eran lo bastante ambiguas para poder ser interpretadas de varias maneras.

Mi señor había enviado a Elise al campamento dos días antes, para que leyera las palmas de las manos de los soldados y contara aquellas historias prodigiosas de las que ponen la piel de gallina en los fuegos de campamento..., pero sobre todo para sembrar de forma deliberada un miedo en particular en las filas enemigas. Esperaba que se encontrara sana y salva: de ser descubierta, sufriría una muerte lenta y dolorosa.

Yo había entreoído las órdenes de Robin el día antes de que Elise nos dejara para vagabundear por el campamento disfrazada de vendedora ambulante de baratijas; para ser sincero, mi intención había sido hacerme el encontradizo para convencer a mi señor de que yo no era el hombre adecuado para la tarea de eliminar al centinela; pero tuve la impresión de que él ya esperaba esa reacción por mi parte, y evitaba hablar conmigo.

—Elise, ¿estás segura de que puedes hacerlo, de que deseas hacerlo? —dijo Robin, con sus extraños ojos plateados fijos en ella y una expresión preocupada y amable en su rostro bien parecido. Eran los dos de la misma estatura, pero ella flaca como un junco, vestida con un desastrado sayal oscuro, que en tiempos fue verde, y con el rostro rugoso enmarcado por una masa de cabellos blancos y crespos. Su aspecto era el de una gigantesca semilla de diente de león.

—Oh sí, mi señor, puedo hacerlo. Es poca cosa, sólo contar unas cuantas historias

junto al fuego.

—¿Y recuerdas bien qué historias has de contar? —preguntó mi señor.

—Sí, sí claro que lo recuerdo —dijo ella impaciente—. Espíritus de hombres muertos atrapados en el interior de los ponis salvajes de estas comarcas, monstruos con cabezas de caballo que rondan de noche y se apoderan de las almas de los hombres para entregárselas al diablo... ¡Uuuh! ¡Aaagh! —Hizo una serie de ruidos fantasmales con la garganta y engarfió los dedos en el aire como una loca. Su aspecto era ridículo, incluso cómico, pero en aquella tarde cálida de septiembre sentí que la sangre se me helaba durante un instante—. No os preocupéis, señor, todos tendrán pesadillas —siguió diciendo aquella mujer extraña—. Y tampoco habéis de preocuparos por mí, señor; no va a ocurrirme ningún mal. He visto la forma del futuro en un caldero hirviendo de sopa de sangre, y todo irá bien; vos tendréis vuestra victoria, señor. Recordad mis palabras. Una gran victoria después de una noche de fuego y de miedo mortal.

Robin la abrazó, y le prometió que sería bien recompensada por los peligros a los que iba a exponerse.

—Serviros, señor, es suficiente recompensa —dijo con su acento francés la extraña criatura—. Vuestra fama durará más de mil años —siguió diciendo Elise; sus ojos parecían haberse cristalizado, y estaba claro que tenía por lo menos un pie sumergido en los pantanos de la locura—. Y los que os sirven, amo, también serán recordados: John, Tuck, Alan, incluso mi pobre marido muerto, Will... Ninguno será olvidado. Os lo repito: la recompensa de haberos servido es suficiente, es una vía a la inmortalidad.

Y soltó una carcajada corta y aguda, demasiado parecida a un cacareo para resultar agradable.

Robin tenía esa maravillosa habilidad, la de conquistar el amor de las personas que le rodeaban, no importa lo que hiciera. Y yo mismo no era inmune a ese sentimiento: había visto cometer a Robin los crímenes más aterradores, y sin embargo seguía siendo su fiel perro guardián. Oír la declaración de lealtad de aquella mujer medio loca me remordió la conciencia, y me alejé de Robin sin tratar con él el tema de la muerte del centinela. No pude soportar ser tenido por menos valeroso, o menos leal a Robin, que aquella bruja esquelética y medio ida.

Evité la luz de las fogatas mientras caminaba a través del campamento enemigo aquella noche oscura, y di rodeos para pasar por detrás de las tiendas cuando me fue posible, siguiendo siempre la dirección sudoeste, hacia la mole oscura e imponente del castillo de Kirkton, la ciudadela de Robin que dominaba el valle de Locksley. Aunque mi jefe era señor de Sheffield, Ecclesfield, Grimsthorpe y Greasborough, además de una docena de posesiones menores repartidas por todo el norte de Inglaterra, el castillo de Kirkton había sido su hogar. También era el hogar de la

esposa de Robin, Marian, condesa de Locksley, y ella se encontraba ahora dentro de sus muros, sitiada por los mismos hombres junto a cuyos cuerpos dormidos pasaba yo, y cuyos ronquidos y resoplidos podía oír muy bien ahora. Sin embargo, con la ayuda de Dios y de la astucia de Robin, el castillo no seguiría mucho tiempo más asediado.

El campamento del sitiador, sir Ralph Murdac, en tiempos alguacil de Nottinghamshire, Derbyshire y los Bosques Reales, se extendía iluminado levemente por la luna en creciente, muy a resguardo del alcance de un tiro de flecha, a unos trescientos cincuenta metros al nordeste de Kirkton. Algunos hombres de Robin, incluido yo mismo, lo habíamos vigilado ocultos en lo alto de las colinas durante cuatro días y cuatro noches: sabíamos que albergaba a más de trescientos hombres armados en total; lanceros en su mayor parte, pero también algunos ballesteros y ochenta jinetes aproximadamente, una fuerza que superaba con creces a la pequeña guarnición del castillo.

Robin había partido de Inglaterra dos años y medio atrás, para tomar parte en la gran peregrinación a Tierra Santa con un pequeño pero bien entrenado ejército de arqueros, lanceros y jinetes; pero las batallas, las enfermedades y la insalubridad de Levante habían diezmado nuestras filas, hasta el punto de que, cuando desembarcamos en Dover diez días atrás, mareados, aturdidos y empapados después de una ardua travesía del Canal, éramos tan sólo una treintena de hombres capaces de montar un corcel de batalla, y poco más de una veintena de arqueros. Aun así, a pesar de que formábamos un grupo harapiento, maltrecho por la dureza de un viaje tan largo y por la pérdida de tantos compañeros, los fuegos de la guerra en Tierra Santa y el brutal viaje de regreso nos habían templado como el acero más fino, de modo que estábamos convencidos de valer tanto como cualquier hueste el doble de numerosa que la nuestra. Fuera como fuese, por muy endurecidos que estuviéramos por la guerra, y por mucha que fuera la confianza que tuviéramos en nuestra destreza, no podíamos hacer frente a un contingente como el que sir Ralph Murdac había reunido aquí —superior a nosotros en una proporción de seis a uno—, en una batalla abierta y limpia, y tener alguna esperanza de salir victoriosos.

Murdac era un hombre odioso, un noble normando bajo y moreno con la misma caridad cristiana que una víbora furiosa, y tan digno de confianza como una rata rabiosa. Mientras fue alguacil —antes del ascenso del rey Ricardo al trono—, mi señor había sido un afortunado ladrón y proscrito, el famoso Robin Hood de las canciones y las historias nada menos, y había humillado a sir Murdac de muchas maneras, robando y matando a sus servidores sin el menor signo de remordimiento. Se odiaron durante largos años, pero sólo chocaron en una batalla abierta en una ocasión hasta ahora, más de tres años atrás, en la mansión de Linden Lea, al norte de Nottingham. En aquella ocasión, después de dos días de horrible carnicería, Robin

salió victorioso, pero sólo por los pelos. Murdac huyó del país para evitar la ira justiciera del rey Ricardo, que deseaba interrogar a su alguacil sobre una gran cantidad de dinero procedente de los tributos que se había volatilizado, y la pequeña comadreja se refugió en Escocia, bajo la protección de parientes poderosos. Pero cuando Ricardo abandonó su reino para emprender la gran peregrinación al otro lado del mar, Murdac salió de su madriguera escocesa y se puso al servicio del príncipe Juan, el traicionero hermano menor del rey Ricardo. Protegido ahora por Juan, sir Ralph Murdac había ofrecido una rica recompensa en plata por la cabeza de Robin, y por lo menos una persona, que yo supiera, había muerto al intentar hacerse con ella.

Aparte de su rabiosa enemistad contra mi señor, yo también tenía motivos personales para odiar a Ralph Murdac: cuando tenía nueve años, sus soldados irrumpieron en nuestro hogar de campesinos antes del amanecer, sacaron a mi padre de la cama y, después de acusarlo falsamente de ladrón, lo ahorcaron de una rama de un roble en el centro del pueblo. Cuatro años después, el mismo Ralph Murdac me amenazó con cortarme la mano derecha cuando fui atrapado robando una empanada en el mercado de Nottingham; y más tarde aún, me torturó de forma sádica en una mazmorra de Winchester, en un intento de obtener información sobre Robin. Si en alguna ocasión se me presentara la oportunidad, lo mataría sin dilación con el mayor placer: a mis ojos valía menos que un puñado de algas podridas, y el mundo sería un lugar mejor cuando se viera libre de su asquerosa presencia.

Por la gracia de Dios y la amabilidad de Robin, yo había ascendido de rango desde los días en que era un pobre huérfano de pueblo obligado a robar para poder comer. Ahora era Alan de Westbury, señor de una pequeña propiedad en el condado de Nottingham, que me había sido regalada por el conde de Locksley. Por ese regalo le estaré eternamente agradecido. Yo era un don nadie, un cortabolsas hambriento, y ahora tenía un lugar entre los hombres de honor, entre los nobles guerreros, no sólo como peregrino recién regresado de Ultramar, sino como titular de un pequeño feudo señorial. Había conseguido dar el salto imposible e impensable que me llevó de mi condición de humilde labriego al rango de caballero, señor de tierras; y eso debía agradecerse a Robin.

Hice todo lo que estuvo en mi mano para pagar mi deuda con Robin siendo su fiel servidor en la guerra y en la paz, y ofreciéndole el don de mi música. Porque ahora, además de ser uno de sus capitanes, un cabecilla de su hueste desharrapada, yo era el *trouvère* de Robin, su músico personal. Tarareaba entre dientes un fragmento de melodía mientras cruzaba por en medio del campamento de mi enemigo mortal, caminando con un desenfado simulado e intentando no tropezar en la oscuridad con los vientos que sujetaban las tiendas.

Atrajo mi atención una tienda mayor que las demás en el centro del campamento; los reflejos mortecinos de la lumbre de los fuegos me permitieron ver que la tela de la

cubierta era roja y negra a tiras verticales. Mis pasos me condujeron como por propio impulso hacia aquel lugar, y al acercarme vi una figura de corta estatura vestida de negro, de pie a la entrada del pabellón, junto a los restos de una gran fogata. A la luz de las brasas moribundas, vi que se trataba del propio Murdac que, en la oscura noche y sin protección aparente, examinaba una arqueta con joyas incrustadas; daba vueltas entre sus manos a aquel objeto, y las piedras preciosas relucían al reflejar la luz de la hoguera.

Mis pies me llevaron más y más cerca de aquella silueta odiada. Sin duda era una oportunidad que Dios me enviaba: Murdac solo, en la oscuridad, vuelto de espaldas a mí. Me detuve a tan sólo una docena de metros del hombrecillo, y la lanza pareció saltar por sí misma de mi hombro y adoptar una posición horizontal. «Puedo hacerlo —me dije a mí mismo—; si soy capaz de matar a un chico inocente que hacía de centinela, también puedo librar al mundo de esta mierda repugnante. No sentiré el menor remordimiento por haber enviado al diablo *su* alma apestosa».

Aferré la lanza con más fuerza, y estaba a punto de echar a correr adelante para clavar su punta aguzada en los hígados de Murdac, cuando el enano bastardo se inclinó, recogió un puñado de ramas de un montón de leña menuda y las arrojó al fuego. Y al prender aquel nuevo combustible, las llamas crecieron y me revelaron la presencia de dos hombres más al otro lado del fuego. Me detuve en seco y quedé parado, firme como una roca, con la lanza extendida al frente, murmurando en silencio una oración a san Miguel por no haber salido aún de la oscuridad nocturna y ser invisible para los que se encontraban dentro del círculo de luz creado por la fogata.

No pude verles con claridad a la luz vacilante de las llamas, pero distinguí en la penumbra dos siluetas características: a la izquierda un hombre alto, media cabeza más alto que yo, que mido metro ochenta y tres descalzo; sin embargo, mientras que yo tengo los hombros anchos, el tórax fuerte y brazos musculosos por las largas horas de práctica con una espada pesada, él era flaco, enfermizamente flaco, como un hombre que ha sobrevivido a una larga hambruna o a una peste terrible.

Su altura y su delgadez quedaban aún más de relieve por el contraste con la forma extraordinaria de la silueta en sombra de su compañero: era un hombre grueso y calvo, y juro por Nuestro Señor Jesucristo que era tan ancho como alto; una masa esférica, sin cuello, compacta y de músculos abultados, parecido a un ogro de un cuento infantil. El aspecto de los dos allí reunidos era el de un bastón y una pelota.

Entonces Ralph Murdac habló, y su tono agudo con el familiar deje francés me provocó un escalofrío:

—Agradeced a mi señor príncipe su noble regalo —dijo, alzando levemente la caja enjoyada—, y decidle que antes de un mes me presentaré en su real corte; en cuanto haya concluido el asunto que me retiene aquí.

—Señor —gruñó el ogro rechoncho en francés, y su voz parecía el rechinar de dos grandes piedras al rozarse—. Su alteza ha requerido vuestra presencia mañana mismo; ha recibido malas noticias del extranjero, y desea contar con vuestro consejo. Insistió mucho en que debéis reuniros con él mañana mismo.

—Lo haré tan pronto como me sea posible —respondió Murdac de mal humor—. Pero antes he de tener a mi hijo... Debo rescatar a mi hijo de este cubil de bandidos. Sin duda su alteza real lo comprenderá...

Los dos hombres no respondieron, pero el ogro se encogió de hombros, y los dos se volvieron a un tiempo y desaparecieron en el interior de la gran tienda.

Yo deseaba encontrarme muy lejos de allí; la conciencia de que había estado a punto de desperdiciar mi vida en un ataque insensato y suicida había hecho que mi cuerpo empezara a sudar profusamente. Había evitado la muerte por un segundo. Aquellos dos hombres grotescos habrían gritado para advertir a Murdac mucho antes de que yo lo tuviera al alcance de mi lanza, y luego probablemente yo fallaría el golpe y sería perseguido por todo el campamento como una rata solitaria atrapada en un pozo lleno de mastines furiosos. Yo era Daniel en el pozo de los leones, me dije a mí mismo, y sólo si lo tenía muy en cuenta y me olvidaba de mis deseos de vengarme de Murdac, viviría lo bastante para ver amanecer el día siguiente.

Me alejé a toda prisa de la gran tienda sin ser visto, dejando a mi pesar la figura intacta de mi enemigo al lado del fuego, y de nuevo dirigí mis pasos hacia la masa oscura del castillo que se recortaba en el horizonte al sur. Había un centinela en el extremo más alejado del campamento, alerta y patrullando la sección que le habían asignado con una diligencia poco natural a unas horas tan tardías. Dejé atrás el campamento, y recorrí los veinte metros escasos de campo abierto que nos separaban mientras reunía todo mi valor para una pantomima final. Marché directamente hacia aquel hombre, con la mano derecha oculta detrás de la espalda, y lo abordé imitando el tono brusco y autoritario de un oficial:

—¡Eh, tú! ¿Cuál es la contraseña? ¡Vamos, vamos, no me digas que se te ha olvidado!

Me miró extrañado al advertir las manchas de barro y de sangre en la sobreveste negra y la improbable combinación de juventud y arrogancia de mi persona. Luego, confiado quizá por la dirección de la que venía, contestó:

—No se me ha olvidado, señor: es Magdalena. Pero ¿puedo preguntaros, señor, quién sois vos?

—Me han ordenado relevarte. Eso es todo lo que has de saber —dije con brusquedad—. Órdenes de sir Ralph.

Asintió, pero parecía algo dubitativo. La mano que tenía yo a la espalda sujetaba con firmeza la empuñadura de la misericordia; en unos instantes, aquel muchacho iba a sentir su punta en el corazón si se negaba a admitir mi explicación. Le miré

desafiante, directamente a los ojos. Al final pareció convencido de mi autoridad, se encogió de hombros y pasó a mi lado en dirección al campamento. Le seguí con la vista hasta que desapareció entre la multitud de tiendas, y por fin me relajé, aspiré una gran bocanada de aire y volví a enfundar la delgada hoja de acero en mi bota.

Había puesto a prueba demasiadas veces mi temple aquella noche, y me di cuenta de que mis manos temblaban ligeramente, pero aún me quedaba un obstáculo que salvar: las murallas del castillo de Kirkton.

Sin embargo, entrar en el castillo fue más sencillo de lo que había esperado. Tan sólo tuve que alejarme de la masa de tiendas de campaña y cruzar un amplio espacio de pastos para el ganado en dirección a la mole sombría de Kirkton. Cuando me encontraba a cincuenta metros, una antorcha encendida asomó en lo alto de las almenas, y en respuesta grité:

—¡Eh, los de Kirkton! Soy un amigo. ¡Hola! No disparéis. Vengo de parte de Robin. De parte de lord Locksley.

Una flecha pasó volando junto a mi oreja, y fue a enterrarse en el suelo una docena de metros a mi espalda; alcé los dos brazos en el aire y volví a gritar:

—¡Hola, Kirkton! Vengo de parte del conde de Locksley, ¡dejadme entrar por el amor de Dios!

Oí el silbido de otra flecha, y una voz con un fuerte acento galés que yo conocía muy bien pero no había oído desde hacía más de dos años, gritó:

—¡Deja de disparar, *ynfytn*, no desperdicies más flechas! —Y luego, en un tono mucho más fuerte, preguntó—: ¿Quién está ahí fuera? ¡Adelántate y di tu nombre!

—Tuck, soy yo... Alan. Dile a ese idiota que deje de intentar ensartarme como si fuera un maldito capón. ¿No me reconoces, tonel de sebo de puerco? Soy Alan Dale. Soy yo.

—¡Dios bendiga mi alma! —dijo la voz galesa—. Alan Dale de vuelta de Tierra Santa, de vuelta de entre los muertos. ¡Aún existen los milagros y las maravillas!

Y los ecos de una estruendosa carcajada llegaron a mis oídos en la oscuridad.

Capítulo II

Me izaron sobre la empalizada de madera con una soga en menos tiempo del que se tarda en desollar un conejo: mi viejo amigo Tuck y el arquero membrudo y de rostro algo compungido que estaba de centinela, un hombre llamado Gwen al que yo apenas conocía. La puerta principal estaba atrancada, me dijo Tuck en voz baja, y despertar a la guardia para explicar la razón por la que era necesario abrirla exigiría demasiado tiempo y causaría demasiado alboroto. Tan contento estaba yo de ver a mi gordo amigo que casi no me importó haber pisado un cadáver que llevaba un mes pudriéndose en la zanja abierta junto a la empalizada (mi pie se hundió en sus tripas en descomposición casi hasta el borde de la bota), mientras esperaba que me echaran la soga desde arriba.

Tuck casi no había cambiado en todo el tiempo pasado desde que nos despedimos; tenía la misma carota redonda y alegre surcada por media vida de sonrisas, la misma nariz bulbosa, el pelo castaño rojizo ahora espolvoreado de algunos cabellos grises, y aún con la tonsura bien marcada. Aunque ya no era un fraile, como lo era la primera vez que nos encontramos, seguía perteneciendo al clero: ahora era el capellán personal de Marian, la condesa de Locksley. Su nuevo rango no había traído cambios en su aspecto. Tal vez su hábito pardo de monje estaba más raído y manchado, y parecía haber perdido algo de volumen, pero aparte de eso era exactamente el mismo hombre fuerte, ancho y fiable que había dejado atrás en Kirkton cuando Robin y yo cruzamos a caballo sus puertas para dirigirnos a Tierra Santa, más de dos años atrás.

También el castillo me resultó maravillosamente familiar, incluso en la oscuridad. Y cuando Tuck y yo dejamos a un Gwen que aún balbuceaba disculpas seguir con sus deberes de centinela, y bajamos desde el camino de ronda que daba toda la vuelta a la empalizada hasta el patio del recinto interior del castillo, para dirigirnos al gran torreón, él parloteó sin parar tan animadamente como si nos hubiéramos separado la semana anterior. Yo sólo le escuchaba a medias, porque mi cabeza seguía abarrotada de las emociones de mis sangrientas aventuras de aquella noche; y me sentí aún más confuso porque la sensación alegre de volver a encontrarme en casa casi me abrumó, al mirar a mi alrededor la fortaleza en penumbra de mi señor.

—... Y casi hemos agotado el último barril de harina —continuó Tuck—. El agua y la cerveza aún aguantan, desde luego, pero las he estado racionando desde el

principio del asedio...

Los hombres de Murdac, por lo que deduje del feliz parloteo de Tuck, se habían presentado hacía un mes, sin previo aviso, y de inmediato habían lanzado un asalto al castillo. Pero la guarnición de cuarenta hombres que Robin dejó para proteger a su esposa y su hijo había sido reforzada por una hueste de un número similar de mesnaderos de William de Edwinstowe, el hermano mayor de Robin.

La fuerza conjunta que defendía Kirkton había conseguido rechazar dos furibundos asaltos, y entonces los hombres de Murdac, diezmados pero no vencidos, habían instalado su campamento en los campos que rodeaban el castillo, y parecían decididos a rendir por hambre a los defensores de Kirkton.

—¿Lord Edwinstowe está aquí? —pregunté a Tuck.

—Puedes oírle roncar como una tronada en verano detrás de esa puerta —contestó mi amigo, señalando la entrada a los apartamentos privados de Robin y Marian, en un extremo de la gran sala del torreón.

—¿Y Marian? —pregunté a Tuck, incrédulo ante la posibilidad de que ambos...

Tuck detuvo mis pensamientos:

—Se ha instalado en la atalaya. Es el lugar más seguro para ella si el enemigo consigue entrar en el castillo. Su salud es buena y está bastante cómoda, por lo que me dice, y eso le permite supervisar los víveres que tenemos almacenados allí. También el pequeño Hugh está en buena forma.

—El hermano de Robin, William, ha expulsado a Marian de su propio lecho, en su propio castillo...

Empecé a temblar de ira ante aquel insulto a la dama de mi señor, forzada ahora a dormir en la robusta e incómoda torre cuadrada de madera que coronaba el recinto. Era el último reducto defensivo del castillo, una poderosa fortificación de dos pisos que se asentaba sobre un montículo, y en la que un puñado de hombres valerosos podía resistir ante un enemigo muy superior si éste había invadido ya el recinto; pero era también una construcción tosca, pensada para cumplir objetivos militares, y en modo alguno un lugar adecuado como residencia de una gentil dama de noble cuna.

—Paz, Alan, paz —dijo Tuck—. Lord Edwinstowe es el señor de este castillo..., por el momento. Sin duda las cosas cambiarán ahora que Robin ha vuelto. Era justo que se quedara con la habitación del señor. Él nos ha salvado, ¿sabes?, sin sus mesnaderos habríamos sido barridos cuando Murdac nos atacó. Es verdad que el asedio está resultando bastante tranquilo últimamente, si olvidamos el intercambio de flechas y de insultos, pero no conviene ofender a Edwinstowe. Son sus hombres los que mantienen al enemigo fuera de nuestros muros.

Comprendí sus argumentos, pero una parte de mí mismo siguió deseando abrir de una patada la puerta de la alcoba de Marian y llevarme de allí a rastras, hasta el patio, al barón dormido. Con todo, callé y me limité a dirigir una mirada asesina a la puerta

del dormitorio.

—Pareces haber cambiado, Alan —dijo Tuck—. No eres aquel joven alegre que salió de las puertas de Kirkton en dirección a Tierra Santa; te has hecho más duro, más iracundo. Pero todo eso no tiene importancia. Cuéntame, ¿cómo es Tierra Santa, fue hermoso? ¿Rezasteis en la iglesia del Santo Sepulcro? ¿Sentisteis la presencia viva de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo?

Los ojos de Tuck brillaban; había deseado con todas sus fuerzas unirse a nosotros en la gran peregrinación, y sólo su fuerte sentimiento de lealtad a Robin le mantuvo en Kirkton con la misión de proteger a Marian. Me alegré de que se hubiera quedado; a pesar de lo que había dicho de William de Edwinstowe, supe que sólo gracias a Tuck mi señora había podido mantenerse sana y salva en ausencia de Robin.

—Fue... duro. Ha sido una experiencia desoladora, agotadora y sangrienta, y muchos hombres buenos murieron por nada... Pero te lo contaré todo más tarde —dije a Tuck.

—Por supuesto —dijo, e inclinó la cabeza para asentir—. Tenemos asuntos más urgentes que atender. ¿Dónde está Robin ahora? ¿Cuáles son sus planes?

Y así, mientras Tuck se atareaba en servirme una jarra de cerveza y una rebanada de pan con jamón salado, le conté los planes de Robin para obligar a levantar el sitio. Cuando hube acabado de explicarle cómo una hueste pequeña podía derrotar a otra mucho mayor, y qué era exactamente lo que Robin deseaba que hiciéramos para ayudarlo a conseguirlo, Tuck se echó atrás con la boca entreabierta y dijo con un terror genuino en la voz:

—Ese hombre tiene el diablo metido en el tuétano de los huesos. Es un plan excelente, Alan, y es muy posible incluso que funcione, pero esa treta no podría haber sido ideada nunca por un buen cristiano. Rezo por su alma, de verdad que lo hago, porque mucho me temo que, en el otro mundo, Robin va a arder para toda la eternidad.

Insistió de nuevo en los detalles, pero sentí que mi cansancio provocaba un mareo que empezaba a abrumarme. Casi había amanecido, y yo apenas conseguía mantener los ojos abiertos, cuando Tuck dijo por fin:

—¿De modo que todo esto ocurrirá hoy mismo a medianoche?

Yo asentí con un bostezo.

—Bueno, Dios se apiade de sus almas. Pero veo que necesitas descansar, Alan.

Me tendió una manta vieja, y me condujo hasta un montón de pieles grasientas tiradas en un rincón de la sala; y allí tardé apenas unos instantes en sumergirme en un sueño pesado.



Desperté ya avanzada la mañana con una visión encantadora, un ángel rubio inclinado sobre mí. Su comportamiento, con todo, estaba muy lejos de ser angelical. Me estaba dando patadas no muy cariñosas en las costillas con su zapatilla forrada de piel de cabrito, y gritaba:

—¡Alan, Alan, levanta! He estado esperando una eternidad a que te despiertes. No son momentos para hacer el remolón, ¡levanta! Quiero hablar contigo. ¡Tengo muchas cosas que preguntarte!

Después de frotarme los ojos para ahuyentar el sueño, vi que se trataba de Goody, o para decirlo con corrección de Godifa, la dama de compañía de Marian y una buena amiga de mis días de proscrito. Debía de tener ya casi quince años, calculé rápidamente, una edad en la que muchas doncellas del país están ya prometidas o incluso casadas y con hijos, y era de una belleza poco común: el fino cabello dorado, anudado en dos trenzas, enmarcaba un rostro oval con una nariz pequeña y unas mejillas saludables de color rosado. Sus ojos eran del tono azul violeta de la flor del cardo, y su hermosura casi me quitó la respiración. Me di cuenta de que la estaba mirando boquiabierto, intentando dar con palabras adecuadas para saludarla, sin encontrarlas.

—Deja de dar boqueadas delante de mí como un pez recién pescado y ven a desayunar —dijo—. Quiero que me cuentes todo, absolutamente todo sobre tus aventuras en Tierra Santa. ¿Es verdad que los sarracenos son caníbales? Cuentan que se comen crudos a los niños cristianos que capturan...

Silencié sus bobas preguntas y disimulé mi mudez repentina e inexplicable abrazándola. Durante un momento, cuando la rodeé con mis brazos torpes, se pegó a mi cuerpo, pero enseguida forcejeó para librarse y empezó a gritar:

—¡Oh, Alan, hueles... mejor dicho, apestas! Apestas a sangre, a sudor y a algo peor, a... Oh, cómo oléis los hombres. Tienes que bañarte enseguida.

De pronto, me di cuenta de que seguía vestido con las ropas de la noche pasada, rígidas y arrugadas después de empaparse con la llovizna y de haber dormido con ellas puestas; mi cara aún estaba sucia de polvo y barro y, al mirarme las manos, vi mis dedos salpicados de la sangre seca del joven centinela. Cuando me pasé la mano sucia por el pelo, noté que mis habituales rizos rubios estaban en punta sobre el cuero cabelludo.

—He viajado cinco mil agotadores kilómetros para llegar aquí, sufriendo penalidades y peligros sin cuento en tierras extrañas, por no mencionar la muerte de un hombre a sangre fría y la entrada clandestina en el campamento del enemigo la noche pasada... ¡Me parece que sería muy raro que después de todo lo que he pasado oliera a rosas!

Me sentí un poco irritado, aunque no mucho, al ver que aquella muchacha hermosa hasta aturdir mis sentidos se quejaba de mis olores de soldado. Aunque sabía

que no presentaba mi aspecto más favorable, deseaba ser tratado como un héroe de regreso a casa, como un guerrero victorioso, y no como un vagabundo maloliente.

—De todas formas, no tengo tiempo para chapotear como una niña boba en una cuba de agua caliente y jabonosa; he de hablar de inmediato con lord Edwinstowe.

Le tocó entonces a Goody el turno de ofenderse.

—¿Así que sólo se lavan las niñas bobas? Muy bien, señor, informaré a su alteza de que un soldadote que apesta a tigre solicita ser recibido de inmediato.

Luego me sacó la lengua, dio media vuelta y desapareció. Salvo por el gesto burlón de sacar la lengua, su aspecto era el de una gran dama de alta cuna, y me di cuenta de que había cambiado en más cosas que en el aspecto exterior.

Recogí en la cocina mi desayuno, y pasé media hora vagando por el patio del castillo mientras masticaba el mendrugo seco y miraba a mi alrededor, bajo el sol de septiembre, como un palurdo en la feria del condado. Al ver el aire plácido aunque atareado del lugar, era difícil creer que fuera de la empalizada de troncos había cientos de enemigos empeñados en destruirnos. Pero el recinto del castillo estaba bastante lleno, según pude ver; supuse que todos los habitantes de las aldeas y pequeñas posesiones vecinas se habían refugiado en el interior del recinto para ponerse a salvo del pillaje de los hombres de armas de Murdac. Me estaba preguntando si alguno de los campesinos presentes sería útil en lo más mínimo para luchar, cuando vi reñir a dos niños en un círculo formado por sus compañeros, que los jaleaban. Uno era bajo y moreno, de unos diez u once años, y el otro alto y ya adolescente, casi un hombre. La pelea parecía tan desigual que tuve la certeza de que el chico pequeño y moreno iba a resultar seriamente herido. Y se me pasó por la cabeza intervenir, dar al chico mayor un capón o dos y apartarlo de allí. En cambio, para mi sorpresa, después de esquivar un par de embestidas del alto, el chico moreno agarró el brazo de su rival cuando pasaba por encima de su cabeza, colocó el hombro derecho bajo la axila del muchacho más alto, tiró hacia abajo, se dobló sobre sí mismo y proyectó al otro contra el suelo embarrado del patio. El adolescente alto se quedó tan sorprendido como yo mismo. Y mientras el chico pequeño y moreno le ayudaba a ponerse de nuevo en pie (me di cuenta entonces de que no era una pelea seria, sólo un ejercicio tomado como distracción), vi que Tuck se abría paso por entre el grupo de chicos que jaleaban y los mandaba a todos en dirección a unos establos que habían sido acondicionados como escuela. Cuando el rebaño de chicos pasó a mi lado, llamé a Tuck y le hice una seña para que se acercara.

—¿Quién es ese chico bajo y moreno? —pregunté a mi amigo—. ¿Y por qué arte de magia ha aprendido a hacer morder el polvo a tipos que le sacan dos palmos?

Tuck resplandeció casi de orgullo paternal y gritó al muchacho:

—¡Thomas, Thomas, ven aquí! ¡Quiero presentarte a un amigo! —Y cuando el chico moreno vino obediente al trote, Tuck le dijo—: Muchacho, éste es Alan de

Westbury, *trouvère* del conde de Locksley, que acaba de regresar de combatir a los sarracenos en Tierra Santa.

El chico clavó en mí sus ojos de azabache, a tono con su cabello oscuro. Tenía un aire de tremenda confianza en sí mismo; no de arrogancia, sino sólo la mirada de alguien que ha encontrado su lugar en el mundo y no está dispuesto a dejar que nadie se lo quite. Parecía sólido de una forma desacostumbrada: era moreno y fuerte, como el tronco de un roble crecido, y aquella cualidad resultaba inquietante en una persona tan joven.

—Me siento honrado de conoceros —dijo en tono grave—. ¿Puedo preguntaros, señor, si sois Alan Dale, el espadachín?

Asentí, impresionado por la total seguridad en sí mismo de que daba muestra. ¡Me estaba interrogando a mí!

—A veces me han llamado así —admití.

—Entonces, ¿puedo pedir un gran favor? —prosiguió aquel chico extraordinario—. ¿Os dignaréis a cruzar algún día vuestra espada con la mía, y tal vez a enseñarme alguno de vuestros secretos? Quiero aprender a luchar, y me han dicho que vos sois uno de los mejores hombres de Inglaterra en el manejo de la espada.

—Me parece que ya has aprendido a luchar —le dije, señalando con la cabeza al chico alto al que acababa de derrotar, y que ahora se dirigía cojeando a la escuela improvisada.

Se encogió de hombros.

—Eso era sólo un juego de chicos, un tipo de lucha que estoy intentando perfeccionar; quiero aprender a luchar como un soldado de verdad.

Hablaba con una frialdad y una madurez que resultaban casi ridículas en aquel pequeño retaco. Tenía delante de mí a un chico que no podía contar más de once años, pero que hablaba como un hombre en la plenitud de su fuerza. La verdad, me pareció que podría resultar un tipo difícil de manejar si me reía de él; su actitud, su mirada, toda su persona exigían que se le tomara en serio.

—Si sobrevivimos a la próxima batalla contra los hombres de sir Ralph Murdac, me encantará intercambiar algunos golpes contigo, si todavía deseas hacerlo..., pero con una condición —dije, con la misma seriedad que él había mostrado.

—¿Señor? —preguntó.

—Que tú me enseñes a mí el movimiento con el que derribaste a ese chico más alto —le sonreí—. Nosotros los guerreros hemos de contarnos nuestros trucos, ¿no te parece? De ese modo todos aprenderemos a ser mejores.

Pude ver que mis palabras le sorprendían, pero para hacerle justicia lo disimuló muy bien; fue casi como si estuviera acostumbrado a que guerreros de más edad lo trataran de igual a igual.

—Gracias, señor —dijo en tono grave—. Esperaré con impaciencia ese día.

Me hizo una profunda reverencia, dio media vuelta y corrió hacia la escuela. Yo me volví a Tuck:

—¡Qué chico tan extraordinario! ¿Dónde lo has encontrado?

—Ese, amigo mío, es Thomas Lloyd —dijo Tuck—. ¿No te resulta familiar el nombre?

Me lo quedé mirando, desconcertado.

—Es el hijo de Lloyd ap Gruffyd. Sin duda te acuerdas de él.

No conseguí recordar a nadie con ese nombre. Tuck soltó una carcajada, pero su risa estaba teñida de una extraña tristeza.

—¿Tantos hombres has matado, Alan, que sus nombres ya no significan nada para ti? —dijo—. Oh, Alan, habremos de preocuparnos de tu alma antes de que pase mucho más tiempo. Temo que la sangre de tantos hombres muertos con violencia te haya dejado manchado sin remedio.

Y se alejó meneando suavemente la cabeza en dirección a la escuela, ahora abarrotada de jóvenes y niños de ambos sexos.

Entonces recordé quién era el padre de aquel niño: el arquero galés que intentó matar a Robin antes de que partiéramos hacia Ultramar. Con la esperanza de reclamar la recompensa ofrecida por Murdac, se introdujo una noche en el dormitorio de Robin, y allí me encontró dormido a mí, que había ido a entregar un mensaje a mi señor. El arquero me atacó, confundiéndome con Robin. Después de una lucha corta y terrible en la oscuridad, maté a aquel individuo. El chico, recordé ahora, el Thomas Lloyd con el que acababa de hablar, fue adoptado después en el castillo para atender su propia protección. Había una extraña lógica en aquel acto de caridad cristiana, que revelaba la influencia de Tuck: «Los pecados de los padres no han de recaer sobre la cabeza de los hijos», me había amonestado el monje en una ocasión, y me di cuenta de que había puesto en práctica aquel principio.

Pero me asaltó una idea escalofriante, consecuente con la anterior: ¿sentiría algún día el hijo la necesidad de vengar la muerte de su padre? Si así ocurría, yo me vería obligado, contra mi voluntad, a matarlo también. Sabía en mi corazón que, por joven que fuera Thomas, yo podría cometer aquel crimen, y que lo cometería si..., tal como lo habría expresado Robin, fuera necesario.

¿En qué monstruo me estaba convirtiendo? ¿Llegaría a ser igual que mi señor, el asesino a sangre fría más despiadado que he conocido? Me estremecí, a pesar de que el día era bastante caluroso.

Mis negros pensamientos quedaron interrumpidos por la voz más suave y dulce que conocía, y que me llamaba:

—¡Alan! ¡Oh, Alan, bienvenido a casa! ¡Es maravilloso verte otra vez!

Era mi amiga y anfitriona, Marian, condesa de Locksley. Doblé la rodilla para

hacerle una profunda reverencia acompañada de un floreo de la mano, y mi humor sombrío se disipó al instante delante de su sonrisa radiante e inocente.

Me aferró por los dos antebrazos, me abrazó un breve instante, y enseguida me miró a los ojos:

—¿Cómo está? ¿Está bien? —me preguntó en tono grave.

—Robin se encuentra perfectamente —le aseguré—, y me ha encargado que te ofrezca de su parte un tierno beso, un gran abrazo y todo el amor de su corazón.

Estaba mintiendo, por supuesto. Robin no me había encargado decirle nada semejante, y se indignaría en caso de enterarse de que había puesto esas palabras en su boca, pero yo quería mucho a Marian y me daba cuenta de que necesitaba estar segura de que el afecto de Robin aún subsistía. ¿Quién era yo para negarle algo de consuelo en esa materia? Una sombra oscura se había instalado entre Robin y la hermosa dama que ahora tenía delante de mí; y aunque yo no podía hacerla desaparecer, sí podía en cambio conseguir que ella se sintiera feliz por unas horas.

—Vendrá esta noche —dije—. Y ahuyentará a la chusma de Murdac lejos de tus murallas, a sangre y fuego.

—Sabía que volvería —dijo ella, y una pátina de humedad hizo brillar sus ojos—. Incluso en los días más negros, sabía que iba a volver. ¿Ha cambiado? ¿Ha dicho algo acerca... acerca de... su familia?

Se interrumpió de pronto, y calló. Yo sabía a lo que se refería (a su pequeño Hugh), pero opté por malinterpretar sus palabras.

—Me ha dicho que debo hablar con su hermano lord Edwinstowe cuanto antes, mi señora. ¿Tendréis la bondad de conducirme ante él?

Marian se inclinó hacia mí y arrugó la nariz. Luego dijo en tono severo:

—Desde luego que sí, pero me parece que antes de ser conducido ante la presencia de su alteza deberías cambiarte de ropa, y ponerte algo más adecuado para un noble guerrero de Cristo, de uno que ha tomado parte en la gran peregrinación a Tierra Santa. Y tal vez, antes de eso, podrías tomar un baño...

Y así fue como, un cuarto de hora más tarde, estaba yo sentado en el cuarto de los baños dentro de una cuba de madera humeante, con mis partes pudendas cubiertas con un lienzo mientras las criadas vertían cubos de agua caliente sobre mi torso enrojecido y enjabonado. Fue maravilloso. Marian hizo honor a su palabra, y después de mi baño caliente me envió para vestirme ropa interior limpia, unas calzas verdes nuevas, una camisa fina de lino y una túnica de lana gris. Encima de todo ello me puse una gruesa capa de lana verde de buena calidad, con una orla de brocado de hilo de oro, y colgué de mi cintura una espada nueva procedente de la armería. Debo admitir que me sentí mucho mejor después de bañarme, y que vestir de nuevo como correspondía al señor de Westbury llenó mi corazón de una satisfacción profunda y tranquila.

William, lord Edwinstowe, esperaba sentado en un amplio sitial de madera pintada en colores vivos, situado en la cabecera de la sala de Robin, vestido con una larga túnica de color púrpura y con sus cabellos castaños, largos hasta la altura de los hombros, recogidos por una diadema de oro. Fui conducido a su presencia por un sirviente y, después de inclinarme en una respetuosa reverencia, el barón y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro sin hablar durante un rato. Tenía cierto parecido con Robin, según pude observar, aunque su rostro era más delgado, y más duro en las comisuras de la boca. Además, sus ojos eran castaños, en lugar del extraordinario tono gris plateado de Robin, y a pesar de que estaba sentado me di cuenta de que era un poco más alto que mi señor. Cuando finalmente habló, también su voz era distinta: más aguda y no tan musical como en las cadencias del conde, mi señor.

—De modo que venís a verme de parte de Robert de Locksley —dijo—. ¿Y dónde está ahora, si puedo preguntarlo?

—Está muy cerca, señor —dije—, en las colinas del norte, bien escondido, pero puede observar el castillo mientras hablamos.

—¿De modo que mi hermano pequeño se esconde y observa, mientras yo defiendo *su* castillo de *sus* enemigos?

Su tono iba cargado de algo más que de un matiz de desdén, y sentí la comezón de la rabia en mis mejillas. Sabía, sin embargo, que debía reprimir mi mal humor: no podía permitirme ofender a aquel hombre. El plan de Robin dependía de su buena voluntad, y yo debía instarle a actuar según los deseos de Robin para que el plan tuviera éxito.

—Mi señor atacará el campamento de Murdac esta noche —dije, en tono apaciguador—. Con todos sus hombres, a medianoche.

—¿Eso hará? —dijo William—. ¿Y a cuántos hombres tiene aún a sus órdenes, me pregunto? Me han dicho que hubo grandes matanzas en Ultramar, que la gran peregrinación acabó en fracaso, y que el largo y difícil viaje de regreso... Bueno, una distancia tan enorme sangra a los hombres del mismo modo que se escurre un buen vino en un odre agujereado.

—Cuenta todavía con medio centenar de hombres curtidos —dije, apretando los dientes. Aquel hombre me enfurecía.

—Cincuenta... son demasiado pocos para atacar a sir Ralph Murdac —decidió William—. Ese tipo tiene trescientos, quizá cuatrocientos soldados ahí fuera. De no haber sido por mi ayuda, habrían arrasado el castillo hace ya varias semanas.

—Y Robin os está muy agradecido. También tiene un plan, un truco ingenioso que cree que minará el valor del enemigo y hará que sus piernas tiemblen como jalea y la espina dorsal se les derrita como el agua. Con vuestra ayuda, cree...

—¿Con mi ayuda, decís? Sí, sin duda desea mi ayuda. ¿Cuándo *no* ha necesitado mi ayuda? Ya de niño la necesitaba, y también después, cuando fue proscrito de la

sociedad decente y se convirtió en un vagabundo maldito por todos que recorría Sherwood jugando a sus estúpidos juegos. También entonces le ofrecí mi ayuda...

Estaba empezando, a mi pesar, a irritarme con el barón, aquel tarugo lánguido vestido de púrpura que tenía delante. Temí que mi ira se reflejara en mis ojos, y aparté la vista; entonces vi a Tuck parado junto a la pared de la sala. A uno y otro lado, mirándome, estaban los dos mastines gigantes llamados *Gog* y *Magog* por su terrible capacidad destructora en batalla. Una de las dos bestias bostezó, sus enormes mandíbulas se abrieron y mostraron toda su dentadura aguda como puntas de lanza.

Y mi rabia disminuyó un poco. Incluso a los perros aburre este idiota pomposo, pensé, y sonreí para mis adentros.

—... Trucos y planes, planes y trucos, es todo lo que sabe hacer mi hermano pequeño desde que era un crío. Si yo tuviera un chelín por cada vez...

Le interrumpí en ese momento.

—Milord —le dije, en un tono que intentó ser humilde y erró en una buena milla inglesa de distancia—, el conde de Locksley os pide que cuando ataque el campamento esta noche hagáis una salida con toda la fuerza a vuestro mando y le ayudéis a barrer a los enemigos que nos rodean. Confía en que acudiréis en su ayuda una vez más, en este apuro. Vuestra ayuda es vital para el éxito de sus planes cuidadosamente trazados.

—No es posible, no es posible... —refunfuñó William—. Cuenta con demasiado pocos hombres..., cincuenta más el puñado de hombres que tengo yo aquí, contra el grueso de la hueste de Murdac. Lo aplastarán. Moriremos todos. No. Es pura locura. No, no, lo que debemos hacer es esperar. Esperar aquí la llegada de refuerzos. He enviado cartas a muchos amigos, rogándoles que vengan; y vendrán, en gran número. Y el rey, nuestro noble Ricardo, regresará pronto a su reino, y él arreglará las cosas. No, joven, debéis volver junto a vuestro impetuoso amo e implorarle que sea prudente; implorarle que espere a que la ocasión madure.

Me di cuenta de la razón por la que Robin no sentía afecto por su hermano: aquel hombre se comportaba deliberadamente como un embrollón, respondía con evasivas y, cosa sorprendente en un caballero, un noble de linaje normando, parecía ser extraordinariamente cauteloso, incluso un poco apocado.

—Milord —dije, tan despacio y claro como pude—, el conde atacará al llegar la medianoche de hoy. No puedo volver a su lado, e incluso si pudiera, él no cambiaría sus planes. Debéis darle apoyo esta noche. Debéis hacerlo.

—¿Debo hacerlo, cachorro impertinente? ¡Vos no vais a decirme lo que debo o no debo hacer! Soy el dueño de este castillo, y vos... podéis retiraros. Pero dejad que os diga una cosa antes de que desaparezcáis de mi presencia: no voy a arriesgar mi vida y las vidas de mis hombres en esta loca aventura. ¡Y ahora, fuera de mi vista! ¡Largo!

Me fui con el corazón en un puño. Había fallado a mi señor. Por culpa de mi

estupidez, de la torpeza con la que me expresé ante Edwinstowe, era muy probable que fracasara el ataque de Robin, y que todos mis amigos, enfrentados a un enemigo muy superior en número, perecieran acuchillados en la oscuridad. Por culpa mía, por culpa de Alan Dale.

Capítulo III

El primer indicio de que el ataque comenzaba llegó en forma de destellos y chispas de fuegos de artificio en lo alto de la cima de la colina; un ojo rojo que parpadeaba en la oscuridad. Luego apareció otro, y otro más. Luego empezaron a moverse... y a crecer. Y el aire de la noche se estremeció, rasgado por una serie de gemidos hirientes, un racimo de notas diferentes pero que se fundían entre sí de un modo extraño e inquietante, un sonido de ultratumba, diabólico, que parecía surgir de las entrañas mismas del infierno. Incluso yo, que conocía el origen de aquella música enloquecida y aulladora, y la había oído antes en varias ocasiones, me estremecí ante su poder para evocar los horrores nocturnos. La oí por primera vez en la batalla de Arsuf, camino de Jaffa, en Tierra Santa, y allí fue el anuncio del ataque de la temible caballería de Saladino. Era el sonido de las trompetas turcas, de una masa de clarines y pífanos chirriantes, de timbales que retumbaban y címbalos que ludían y silbatos tan agudos que producían dolor de oídos; una mezcla infernal cuyo objetivo era llenar de terror los corazones cristianos..., por más que los músicos fueran tan sólo una pequeña banda de destripaterrones del Yorkshire reclutados especialmente para la ocasión por su señor recién llegado.

Cuando oí aquella algarabía infernal, me encontraba en el adarve que corría por detrás de la empalizada, en el costado nordeste del castillo de Kirkton. Iba armado con todos los accesorios que me había facilitado Marian: casco cónico con protector nasal, escudo en forma de cometa, y lanza, espada al cinto y la daga misericordia enfundada en la bota; cota de malla larga hasta las rodillas para proteger mi cuerpo, sobre un gran jubón acolchado llamado «gambesón», guanteletes de cuero en las manos, y botas con tiras de acero cosidas para proteger los tobillos y las espinillas.

Al cabo de pocos segundos, se oyeron los primeros gritos de alarma en el campamento de Murdac. Y brotando de la oscuridad, descendiendo por la suave pendiente de la colina, aquellos puntos movedizos de luz anaranjada tomaron forma y se definieron. De las tinieblas de la noche surgieron tres ponis salvajes de los páramos, con los ojos en blanco por el terror, sus relinchos agudos perforando la oscuridad y los cascos pateando enloquecidos la hierba húmeda de los prados... Y llevaban el motivo de su pánico firmemente atado a la grupa: cada poni arrastraba un carro de madera abarrotado de leña menuda y paja rociadas con aceite y grasa de cerdo, que ardían como las calderas de la morada misma del diablo.

El alboroto en el campamento instalado en los prados que tenía debajo de mí habría bastado ahora para despertar a los muertos de su sueño eterno. Sin embargo, por encima de los gritos y de la música infernal, me pareció oír la voz de una mujer, con un ligero acento franconormando, que gritaba una y otra vez en inglés:

—¡Son los caballos-demonios de Satán... corred, corred! ¡Ya llegan! ¡Los caballos-demonios vienen a llevarse vuestras almas!

Los ponis salvajes, enloquecidos por los carros incendiados a los que no podían escapar, cargaron colina abajo directamente contra el campamento de Murdac, llevando la destrucción en sus estelas de fuego. Derribaron las empalizadas, pisotearon las tiendas de campaña y atropellaron a los hombres dormidos bajo sus cascos y las ruedas de los pesados carros que arrastraban. Muchas tiendas y refugios de los mesnaderos de Murdac ardían ahora; banderas y pabellones flameaban, pirámides de lanzas se deshacían y las astas se quebraban como palillos bajo las ruedas. El campamento en desorden parecía un hormiguero desbaratado de una patada: hombres medio desnudos corrían de un lado para otro y aullaban de rabia, miedo y confusión. Y la voz de la mujer francesa seguía gritando:

—¡Vienen los caballos del diablo, los corceles de Satán! ¡Vienen a por vuestras almas!

Y sus chillidos de loca hacían crecer aún más el caos. Y la música sarracena salvaje y fantasmal seguía gimiendo, retumbando, rechinando, en una algarabía ensordecedora que difundía el terror en la noche.

Luego empezaron a volar las flechas, surgiendo de la oscuridad.

Hombres cuyas siluetas se recortaban contra el fuego de los incendios eran atravesados como ciervos por los proyectiles lanzados por manos invisibles cuando salían tambaleantes de sus tiendas, desarmados, aturdidos por el sueño, confusos por el ruido y las llamas y las ráfagas ardientes de pánico. Un hombre, un capitán sin duda, pareció mantener la serenidad pero, mientras daba órdenes a gritos a los hombres que corrían alrededor de su tienda, tres flechas impactaron en su pecho en menos de un segundo. Me di cuenta de que los arqueros de Robin, dispersos alrededor del perímetro del campamento y amparados sólo por la oscuridad, tenían órdenes de disparar primero contra cualquiera que intentara asumir el mando. Y eran pocos los que seguían aún en posesión de sus facultades en aquella noche de caos y confusión, mientras los arqueros arrebataban una a una las vidas de los hombres de Murdac.

Los ponis salvajes con su carga llameante habían llegado ya al centro del campamento y galopaban entre relinchos de terror, y vi desde mi atalaya cómo la rueda de un carro chocaba con una enorme olla de hierro de las cocinas: el vehículo volcó, esparciendo su carga de fuego sobre una zona del campamento, en la que de inmediato se desató una ola de fuegos nuevos. Las flechas zumbaban a través de la

oscuridad, e impactaban en los cuerpos de hombres aterrorizados que corrían sin encontrar ningún lugar donde guarecerse. Un valiente salió de las sombras y, con un solo virote de ballesta bien dirigido a la cabeza, mató a un poni que pasaba galopando enloquecido por su lado. Pero mientras el pobre caballo tropezaba y caía, y el carro volcaba su carga ardiente sobre el cuerpo convulso y moribundo del animal, el ballestero fue derribado a su vez por una flecha de un metro de largo que surgió silbando de la oscuridad y le atravesó el cuello, haciéndole caer de bruces sobre un círculo de fuego de pajas y sangre asada de caballo.

Sonó alta y clara la llamada de una trompeta, que pudo oírse con facilidad por encima del estruendo de los cuernos sarracenos, y mi mirada se volvió hacia el norte, donde había aparecido una hueste de caballería de aspecto extraño. Eran una treintena de hombres montados y armados hasta los dientes, que parecían más grandes y amenazadores envueltos como estaban en largas capas oscuras que cubrían las bardas de los caballos hasta más abajo de las botas de los jinetes. Sus largas lanzas aguzadas relucieron a la luz de los fuegos; los escudos pintados mostraban la imagen tosca de un caballo trazado con sangre seca sobre un fondo blanco; pero eran los rostros de los caballeros (o mejor dicho, el lugar donde deberían estar sus rostros), lo que sin duda infundiría más miedo en el ánimo del enemigo. Cada hombre, a pesar de ir montado sobre un corcel, parecía tener él mismo la cabeza alargada de un caballo, con orejas puntiagudas, ojos en blanco y ollares de un rojo de sangre. Incluso yo sentí un escalofrío de temor, a pesar de saber muy bien que se trataba sólo de los hombres de Robin, con máscaras fabricadas con piel de cordero, orejas cosidas y agujeros abiertos para los ojos, con las caretas pintadas de modo que parecieran el morro de una bestia infernal. Parecían de verdad corceles de Satanás, venidos para llevarse al infierno las almas de los hombres.

Los jinetes diabólicos cargaron. Las lanzas descendieron hasta la horizontal, y aquella masa de puntas de acero aguzadas avanzó como una gran nube negra tonante, bajó por la ladera en formación cerrada en forma de «V» y trajo la muerte y la destrucción al campamento.

—¡Alan, Alan, vamos! ¡Vamos! Ha llegado el momento —gritó una voz debajo de mí. Y al bajar la mirada vi a Tuck, flanqueado por sus dos enormes perros, *Gog* y *Magog*, y sujetando las riendas de un caballo para mí. Era el momento: y si Edwinstowe y sus hombres se negaban a unirse a nosotros, todavía quedaban unos cuantos hombres de armas robustos que sólo debían lealtad a Robin, y que cabalgarían con nosotros esa noche para sembrar aún más terror entre los enemigos de su señor.

Las puertas se abrieron de par en par e irrumpimos a través de ellas en tropel, tal vez una docena de hombres montados, conmigo al frente, y una veintena de infantes: los lanceros y arqueros que Robin había dejado atrás mientras él participaba en la

gran peregrinación, acompañados por un puñado de los más bravos, o tal vez simplemente los más leales, de las tierras vecinas. Conducidos por el padre Tuck, los soldados de a pie corrieron detrás de la caballería, lanzando sus gritos de guerra, armado cada uno de ellos con una lanza larga o una espada corta procedentes de la armería del castillo. Me di cuenta con admiración, y un sobresalto, de que el joven Thomas, armado con un hacha reluciente, se había unido al resto de los hombres que corrían detrás de los jinetes. No tuve tiempo de ordenarle que volviera al castillo, porque ya nos adentrábamos en la noche hacia el enemigo.

Los jinetes salimos al trote largo por la puerta situada en el sector sudeste del castillo, y giramos a la izquierda, picando espuelas, para caer sobre el lado sur del campamento de Murdac. El corazón me latía en el pecho con la oscura excitación de la batalla, la sensación incomparable de tener a un caballo bien entrenado entre mis piernas, un escudo grueso al brazo y una lanza larga recostada bajo mi codo derecho. Sabía que nuestras posibilidades no eran muchas, pero no sentí temor aquella noche extraña y salvaje. Cabalgábamos hacia la batalla, y la batalla, con su júbilo insano, maldita de Dios y desafiante al cielo, venía hacia nosotros.

Un centinela aterrorizado, vestido de negro y rojo, volvió la espalda y corrió hacia el campamento al vernos aparecer en la noche: una banda de jinetes al galope aullando como diablos y dispuestos a caer directamente sobre él. Cuando se volvió para correr, un borrón gris rojizo me adelantó de un salto, uno de los enormes mastines de Tuck entrenados para combatir. El animal saltó sobre el centinela en fuga, sus mandíbulas gigantes se abrieron y volvieron a cerrarse con un chasquido, hundiéndose profundamente en la carne de su pierna derecha, y luego los dos rodaron sobre la hierba oscura, formando un revoltijo de pelaje gris y faldones de una sobreveste negra, de estremecedores gritos pidiendo auxilio y de crujidos de huesos triturados. Luego pasé de largo, y vi que algunos enemigos adormilados salían tambaleantes de las tiendas que tenía frente a mí, visibles sólo a medias en las tinieblas. Me incliné sobre el cuello de mi caballo y galopé en línea recta hacia un soldado que forcejeaba para ponerse una cota de malla forrada de cuero, con los brazos en alto y la cabeza tapada por la camisa de acero, y grité «¡Westbury!» mientras adelantaba mi brazo derecho y hundía la punta de la lanza en su vientre abultado y desprotegido.

Cayó de inmediato, y pareció enroscarse como una serpiente alrededor del asta de mi lanza. Pero giré la muñeca para liberar la punta de los intestinos del hombre y seguí adelante. Apenas acababa de apuntar de nuevo al frente con mi lanza, cuando me vi frente a otro enemigo, un soldado montado, con casco y coraza de cuero, que gritaba enfurecido y blandía una pesada maza contra mí. Me alcé en la silla, mi lanza se proyectó hacia delante, y la punta teñida de sangre perforó el cuero endurecido del peto hasta penetrar en su pecho, propulsada por la fuerza letal de mi caballo al

galope. Mi enemigo era hombre muerto antes de haber llegado a la distancia adecuada para golpearme. Solté la lanza, que oscilaba siniestramente sobresaliendo de su torso mientras la sangre empapaba el peto de su coraza, y desenvainé mi espada. Oí gritos de batalla a mi espalda cuando nuestros infantes irrumpieron en el extremo sur del campamento, tajando y aullando, golpeando y acuchillando a sus enemigos, barriéndolo todo a su paso como una ola de furia humana al estrellarse contra un escollo. Les dejé enfrascados en su sangrienta tarea, decidido a llegar hasta el centro de aquellas hileras de tiendas, donde sabía que se encontraba el pabellón de Murdac. Ansiaba enfrentarme a él, asestar con mi espada un golpe mortal en medio de la alegre carnicería de la batalla, y enviarlo al infierno al que pertenecía. Y mientras apremiaba a mi caballo y rebanaba el cuello de un soldado al tiempo que apartaba de mi camino a un balletero aterrorizado, pude darme cuenta de que el plan de Robin estaba surtiendo efecto. Decenas de hombres vestidos de negro y rojo huían del campamento hacia el este y se perdían en la oscuridad; algunos suplicaban a gritos a Dios en su terror, y otros reservaban fuerzas para escapar más deprisa.

Conduje a mi caballo alrededor de una tienda de campaña grande y baja, y tropecé con una aparición terrible: un gigante montado en un enorme corcel, una mole negra y monstruosa iluminada tan sólo por las luces movedizas de los fuegos, pero que parecía a punto de abalanzarse sobre mí. Enarbolaba una gran hacha de doble cabeza en el puño enorme, y me di cuenta de que goteaba sangre fresca, y de que la cabeza que sostenían los hombros gigantescos era la de un garañón que parecía echar fuego por las narinas. No pude evitar tirar de las riendas de mi caballo para echarme atrás, alarmado, y entonces la aparición utilizó su mano libre para alzar su máscara de piel de oveja, que simulaba una cabeza de caballo, y reveló el rostro sonriente y sudoroso y los rizos rubios de John Nailor, el lugarteniente de Robin y buen amigo mío.

—¡Bu! —me gritó, como si jugara al escondite con un chiquillo.

Conseguí componer una sonrisa nerviosa dirigida a mi viejo camarada. Y Little John me gritó:

—¡Por las pelotas colgantes de Dios, Alan, no me digas que tú también te has cagado en los pantalones con esta mascarada!

Negué con la cabeza y mentí entre dientes:

—¡Claro que no, pero parece que el truco ha funcionado con los hombres de Murdac! Los bastardos se han dado a la fuga.

—No todos, Alan —dijo Little John. Y señaló hacia el este, donde un sargento veterano dirigía a un grupo de una docena de mesnaderos de a pie para que formaran un muro de escudos de aspecto débil y vacilante—. Esta pequeña escaramuza no ha acabado aún, Alan. ¡Vamos! Todavía podemos divertirnos un poco.

Se puso de nuevo la terrorífica careta de caballo sobre la cara, y los dos hicimos

girar a un tiempo nuestras monturas y picamos espuelas, rodilla contra rodilla, hacha y espada revoleando en el aire, yo al grito de «¡Westbury! ¡Westbury!», y Little John dando unos fingidos relinchos estridentes desde lo más hondo de su garganta. Cargamos como locos, o como criaturas surgidas de una pesadilla infernal, directamente contra la delgada línea formada por una docena de soldados asustados que se cubrían únicamente con sus escudos en forma de cometa. Una formación que, al vernos, se quebró como una taza de arcilla al caer sobre un suelo de piedra, y unos segundos después todos corrían para salvar sus vidas y se dispersaban entre las sombras. Yo únicamente conseguí dar un golpe de refilón al casco de un fugitivo, antes de que el hombre se escurriera debajo de un carro volcado, a salvo de mi espada. Lo dejé con vida, y tiré de las riendas, jadeante, mientras escrutaba la noche y recuperaba el aliento.

Little John se había equivocado. La batalla estaba acabada a todos los efectos, y cuando me volví hacia él para decírselo, vi que también había desaparecido en la noche. Estaba solo, y delante de mí se alzaba la tienda listada de negro y rojo de sir Ralph Murdac, iluminada ahora por un círculo de antorchas de resina de pino. Dirigí a mi caballo hacia aquel círculo de luz, y recé con fervor a san Miguel para que me concediera la suerte de encontrar aún a la pequeña rata normanda en su apestosa madriguera.

Murdac, sin embargo, ya no estaba allí, aunque sí encontré a Robin. Mi señor había descabalgado; la careta de piel de cordero colgaba de una cuerda pasada alrededor de su cuello, y tenía un gran arco en las manos, con una flecha montada y la cuerda tensada hasta la comisura de los labios. Apuntaba hacia un lado del lugar de donde venía yo, a un punto apartado de la luz y sumido en la oscuridad; giré la cabeza y seguí con la vista la dirección de su puntería. Una pequeña figura oscura se alejaba del campamento al galope sobre un caballo negro como la medianoche, a rienda suelta, haciendo saltar los vientos de las tiendas del campamento, que se abatían a su paso y caían una tras otra al suelo. Supe en el tuétano de mis huesos que el fugitivo era Murdac. Apenas un segundo después, mi señor soltó la cuerda y una vara de fresno de un metro de largo, con la punta aguzada como una aguja, relució al volar hacia la oscuridad. La flecha alcanzó a Murdac. Vi el impacto, en la parte alta de la espalda, hacia el lado izquierdo; fue un tiro magnífico, que sólo Robin y un puñado de hombres más en todo el mundo podrían haber conseguido. El blanco móvil se encontraba en ese momento a más de cien metros, y la distancia crecía a cada instante, mientras hombre y caballo corrían hacia la salvación. La sobreveste negra y roja de Murdac sólo era visible de forma intermitente en la oscuridad de la noche, cuando caballo y jinete pasaban un tramo levemente iluminado; era una hazaña casi imposible dar en el blanco, y sin embargo Robin lo hizo. Pero no fue un golpe mortal; vi que Murdac se tambaleaba en la silla por la fuerza del golpe en su espalda. Pero no

cayó, y unos instantes después se irguió de nuevo, desafiante, y se perdió de vista definitivamente en dirección al vado del río Locksley, mientras el telón oscuro de la noche se cerraba a su espalda.

Oí a Robin maldecir en voz baja en el momento en que saltaba de mi montura para saludarlo y felicitarle por su asombrosa victoria.

—Quería matarlo, Alan —dijo mi señor después de que nos aferráramos recíprocamente los brazos derechos, como saludo—. Quería matarlo sin falta esta vez, y de verdad creí que lo tenía, pero parece que he vuelto a fallar.

—Puede que muera de esa herida —le dije, sonriéndole con afecto—. Tal vez Dios le reserva una muerte lenta y horriblemente dolorosa, cuando la herida se ponga negra y supure un pus espeso y empiece a oler como un carnero rancio de un mes...

—Intentas alegrarme la noche —dijo Robin con una risa amarga—. O quizá despertarme el apetito. De todas formas, gracias, Alan. No, he errado el tiro con Murdac, y habremos de enfrentarnos a él de nuevo en alguna otra ocasión. Ahora tenemos otros asuntos que atender; vamos, es mejor que nos aseguremos de que todos esos bastardos están muertos, presos o a millas de distancia de aquí.

Robin dio media vuelta, y estaba llamando a su caballo cuando William, lord Edwinstowe, precediendo a una veintena de hombres de armas montados, se acercó al trote al círculo de antorchas que rodeaba el pabellón de Murdac. Yo sabía que los hombres de Edwinstowe no habían cargado con nosotros cuando salimos del castillo para apoyar el ataque de Robin, y ninguno de ellos presentaba ninguna huella de haber entrado en batalla: ni un rasguño, ni una salpicadura de sangre en uno siquiera de ellos. Pero el cauteloso barón debió de darse cuenta del giro que tomaba la batalla, de que los hombres de Murdac huían, y llegó a la conclusión de que tenía que aparecer aunque sólo fuera por no manchar su reputación de caballero. Me di cuenta en ese momento de que, por mucho que fuera el hermano de Robin, sólo sentía desprecio por él.

—Robert —saludó escuetamente Edwinstowe, con una ligera inclinación de cabeza a mi señor.

—William —fue la respuesta, en el mismo tono frío. Luego Robin, ya montado, acercó su caballo al de su hermano. Le sonrió sin calor, y dijo—: Te doy las gracias por el gran servicio que me has prestado en estas semanas de asedio. Estoy en deuda contigo.

—Bueno, hermano, cuando me enteré de los planes de Murdac de atacar Kirkton, ¿qué otra cosa podía hacer sino venir aquí? Me he limitado a cumplir un deber de familia —dijo Edwinstowe—. Ni más, ni menos. Los deberes con la propia familia son sagrados, y están por encima de cualquier otra... consideración.

—Y yo te estoy muy agradecido —dijo Robin—. No olvidaré lo que has hecho por mí aquí.

Edwinstowe sonrió a medias; parecía complacido por el agradecimiento de Robin.

—Al parecer, he subestimado tus planes de batalla. Debo felicitarte por tu plan, por esa... estratagema, y por tu notable victoria.

Su mano enguantada describió un arco que abarcaba el conjunto del campamento enemigo convertido en rescoldos humeantes, y vacío ahora de hombres de Murdac. Robin le dirigió una sonrisa alegre, resplandeciente. Y durante un largo momento pareció que el barón iba a decir algo más, pero por fin se limitó a un gesto de asentimiento e hizo dar la vuelta a su caballo para, al frente de su fuerza de choque formada por hombres de armas sin huellas de haber entrado en combate, trotar de regreso al castillo de Kirkton.



Los prisioneros estaban cansados y muy asustados. Dos docenas de hombres pálidos, con las muñecas y el cuello sujetos por gruesas sogas, algunos de ellos con heridas leves (los muy mal heridos habían sido piadosamente enviados a su Hacedor inmediatamente después de concluida la batalla), estaban sentados desconsolados, recostados en la empalizada de madera, despojados de sus ropas hasta quedar casi desnudos, y custodiados por un pelotón de arqueros jubilosos por la victoria, que compartían jarras de hidromiel y sobados chistes marciales. El alba había llegado poco tiempo antes al patio del recinto interior del castillo de Kirkton, y Hanno me estaba felicitando por la muerte de la noche anterior.

—Estoy muy satisfecho, Alan —me dijo mi amigo bávaro, y en su cabeza redonda y afeitada apareció una sonrisa que exhibió una hilera mellada de dientes grises y rotos—. Fue una muerte hermosa, ya lo creo. Elegante, muy silenciosa, casi perfecta.

El dedo mordido me dolía por la falta de cura, aunque lo había vendado ligeramente antes de la batalla de la noche pasada. Miré a mi amigo con algo de amargura, maravillado por oírle utilizar la palabra «hermosa» para calificar un asesinato sórdido.

—¿Qué quieres decir, con ese *casi* perfecta? —dije—. Lo eliminé sin el menor ruido.

Mi humor era algo melancólico, como me sucede siempre después de un derramamiento de sangre, cuando el mundo parece plano y gris, y en mi alma pesa el remordimiento por los hombres que había matado. Además, el dedo me dolía más que un poco.

—Oh, Alan, no me interpretes mal —dijo Hanno, ahora muy serio—. Me siento muy orgulloso de ti..., pero la próxima vez tienes que golpear mientras está de pie, mano izquierda y daga al mismo tiempo —hizo el gesto de tapar la boca de una

víctima invisible y hundir simultáneamente el acero en la base de su cráneo—, y no utilizar tu peso para derribarlo al suelo y luego matarlo mientras los dos rodáis de un lado para otro como dos puercos felices revolcándose en el barro.

—Muy bien, la *próxima vez* intentaré hacerlo mejor —dije con una mueca. Me sentía ligeramente mareado al recordar aquel asesinato sangriento en la oscuridad. Hanno era un defensor apasionado de la perfección, capaz de discutir interminablemente sobre ella: la cerveza perfecta, la mujer perfecta, la estocada perfecta. En cambio, no se dio cuenta en absoluto de que yo estaba hablando con sarcasmo.

—Ésa es la actitud correcta, Alan —dijo Hanno, con gestos de aprobación—. Cada vez que llesves a cabo un trabajo, has de procurar hacerlo mejor que la vez anterior..., hasta que resulte perfecto. Recuerdo mi primera muerte silenciosa..., oh, hace ya muchos años, en Baviera. Yo estoy al servicio de Leopoldo, duque de Austria, un hombre grande y poderoso, y me llegan órdenes tuyas a través del renombrado y nobilísimo caballero Fulk von Rittenburg...

En ese momento, me ahorré volver a escuchar una historia que ya había oído una docena de veces gracias a la llegada de Robin, que todavía vestía el largo manto negro que formaba parte de su disfraz de caballo-demonio la noche pasada; le acompañaban Little John, Marian y una nodriza que llevaba en brazos a un niño pequeño, de mirada solemne, un poco rechoncho; debía de tener dos años y medio de edad, si mis cálculos eran correctos.

Robin se detuvo delante de los prisioneros y alzó en silencio su espada. Su rostro estaba tan pálido como el de un hombre obligado a pasar la noche a la intemperie en pleno invierno. Detrás de él, Marian parecía extrañamente asustada y confusa. John, en cambio, tenía una actitud despreocupada y me dirigió un guiño alegre.

—Hacedles ponerse de pie —dijo Robin en tono seco a los arqueros de guardia. Y mientras los prisioneros eran forzados a levantarse a golpes y empujones, Robin los observaba con una mirada metálica tan fría como el acero que empuñaba.

—Habéis venido a este lugar y puesto sitio a mi castillo con vuestro señor, el cobarde que se hace llamar a sí mismo sir Ralph Murdac, con la intención de matar a mis servidores y arrasar mis tierras mientras yo estaba fuera, luchando por la cristiandad en Tierra Santa. ¿Es o no es cierto?

Los hombres atados no contestaron; removieron los pies, incómodos, con la vista clavada en el suelo de tierra apisonada del patio. Uno de ellos empezó a llorar en silencio. Robin continuó:

—Y sin embargo, ¿no había declarado su santidad el papa Celestino que las tierras y las haciendas de un hombre quedarían bajo la protección de la Santa Madre Iglesia mientras él tomara parte en una santa peregrinación? Atacar las propiedades de un hombre en esas condiciones es romper la Tregua de Dios, un pecado grave, tan

reprobable como atacar las propiedades de la misma Iglesia, ¿no es así?

Los hombres siguieron en silencio. Robin hizo una pausa de un segundo apenas, y prosiguió:

—Así pues, según la santa ley de Dios y la de su santidad el papa, todos vosotros merecéis la muerte por el crimen que habéis cometido fuera de estos muros. ¿No es así?

Yo me reía en mi interior al oír cómo mi señor, un hombre del que sabía que no sentía el menor respeto por el papa de Roma ni por ningún otro eclesiástico de alto rango si vamos al caso, utilizaba aquella ley como justificación, supuse, para ejecutar a aquellos hombres. «Adelante con ello —pensé para mis adentros—. Si has decidido matarlos, adelante. No los cargues con un largo sermón para que se lo lleven a la tumba».

—Pero hay algo que me indigna más que el cobarde ataque a mis tierras mientras yo combatía por la buena causa en Ultramar —siguió diciendo Robin—, y es que vuestro señor ha ido sembrando sospechas sobre el honor de mi esposa, la condesa de Locksley. —La mirada de Robin fustigó a aquellos hombres encogidos, muchos de los cuales musitaban plegarias entre dientes, convencidos de que sus días sobre la tierra estaban a punto de concluir—. El cobarde Murdac afirma que el pequeño Hugh, aquí presente, mi *hijo* —Robin puso un énfasis especial en la última palabra—, no es en realidad hijo mío, sino suyo.

Durante más de un año, por lo que yo sabía, sir Ralph Murdac había estado difundiendo el rumor de que había yacido con Marian y la había dejado preñada. Ese rumor llegó hasta nosotros en un lugar tan lejano como la isla de Sicilia, llenando a Robin de desazón y de la sensación de ridículo del marido cornudo, algo que Robin no podía soportar. Y lo que era peor, los rumores eran ciertos. Murdac había yacido con Marian cuando ella era su cautiva, en los días de proscrito de Robin, y aunque con toda seguridad se trató de una cópula forzada, no podía negarse a ciencia cierta que el hijo era suyo. Me sorprendió que Robin hablara en público de aquellos temas tan intensamente privados y vergonzosos. Ni siquiera yo, uno de sus amigos más próximos, me había atrevido nunca a hablar con él de aquella cuestión. Pero al parecer ahora había decidido sacar el asunto a la luz.

—¿Alguno de los presentes quiere apoyar, ante la Virgen, la demanda del mentiroso Murdac, y sostener que mi hijo Hugh es en realidad suyo?

Los prisioneros miraron al pequeño acurrucado en silencio en los brazos de su nodriza. El niño les devolvió la mirada con sus grandes ojos de un azul pálido, bajo una mata de pelo azabache. Dios me perdone por decir esto, pero era la imagen misma de Murdac, un sir Ralph en miniatura..., y todos los presentes podían verlo. Pero nadie dijo una palabra.

Con la rapidez de una serpiente al atacar, Robin proyectó al frente su espada y

hundió la hoja unos treinta centímetros en el vientre desnudo del prisionero más próximo, que gritó de dolor y cayó al suelo sangrando y gimiendo, apretándose la herida con las manos. Aunque yo estaba convencido de que Robin tenía intención de matarlos a todos, me sorprendió tanto como a todos los presentes en el patio lo repentino y despiadado del golpe.

Robin alzó la espada hacia el cielo, y la sangre del infortunado prisionero relució al resbalar por el canal central de la hoja hacia la empuñadura.

—Quiero una respuesta —dijo mi señor con calma, pero con una dureza helada en la voz—. De modo que vuelvo a preguntaros: ¿alguno de los que estáis aquí apoya la afirmación de sir Ralph de que éste no es mi hijo?

Hubo un coro inmediato de «¡No, mi señor!», y «¡Por mi fe que el hijo es vuestro, mi señor!» y frases parecidas, por parte de los prisioneros. El hombre herido dio un gran grito inarticulado, se estremeció y quedó inmóvil, misericordiosamente al margen de todo dolor.

Uno de los prisioneros dio un paso al frente. Era un hombre guapo, alto y orgulloso.

—No mentiré —dijo, con los ojos puestos en Robin y sosteniendo su mirada—. No voy a presentarme ante Dios con una mentira en los labios. No es vuestro hijo, no tenéis más que mirarlo para verlo. Es evidente que su verdadero padre...

La espada de Robin relampagueó en el aire y cortó de un tajo la garganta del hombre, que cayó de rodillas con la sangre manando entre sus manos apretadas, en un gesto inútil de retener el precioso fluido vital que caía a chorros sobre su pecho blanco.

—¿Alguien más? —preguntó Robin, tan inmóvil y frío como la losa de una tumba.

De nuevo hubo un coro de «¡No, mi señor! ¡Es sin duda hijo vuestro!».

—Todos merecéis la muerte por vuestros actos de las últimas semanas..., pero yo soy un hombre misericordioso —dijo Robin. Y a su espalda, vi que Little John no podía contener la risa y simulaba un acceso de tos, se estremecía, se tapaba la boca con una mano enorme mientras su cara se teñía de un color rojo encendido, y por fin se esforzaba en recuperar la compostura. Mi señor dirigió a John una severa mirada de reojo, torció apenas la boca un instante para expresar su disgusto, y continuó—: Soy un hombre misericordioso a menos que se me provoque, y puedo, *puedo* sentirme ahora inclinado a la clemencia. Si algún hombre aquí jura ante Dios y la Virgen, por todo lo que le es querido, que nos servirá a mí y a mi hijo Hugh con lealtad, durante todos los días de su vida, con todas sus fuerzas y su voluntad, le perdonaré su miserable vida. ¿Alguno de vosotros está dispuesto a prestar ese juramento solemne?

Un bosque de manos se alzó en el aire; muchos levantaron las de otros hombres, y

uno particularmente bajo fue aupado en el aire por las manos alzadas de los dos hombres altos que tenía a uno y otro lado. Inmediatamente, hubo un clamor de voces que declaraban: «Yo quiero, mi señor, sí, yo quiero». De hecho, y tal vez aquello no fuera demasiado sorprendente, al parecer todo el grupo de prisioneros estaba dispuesto a aceptar la oferta de dedicar su vida entera al leal servicio de Robin.

Mientras los arqueros desataban a los prisioneros y éstos se arrodillaban por turno para jurar lealtad a Robin, colocando sus manos entre las de él, pensé en lo listo que había sido mi señor. Había reclutado de golpe a una veintena de hombres de armas expertos y bien entrenados, que él necesitaba con urgencia y que ahora encontrarían difícil, si no imposible, volver a formar bajo los estandartes de Murdac, dado que habían reconocido en público que Hugh era el hijo de Robin. Él había sabido descubrir, y eliminar con toda rapidez, al único hombre que jamás le habría servido, y había desplegado de forma sucesiva una dureza implacable y una clemencia llena de generosidad que, era de desear, contribuirían a atraer a aquellos hombres hacia él con lazos más fuertes. Pero ¿mantendrían su lealtad aquellos hombres, los hombres de sir Ralph Murdac, cuando cesara la amenaza de una muerte inminente? Estudié sus rostros, y me prometí que en el futuro les vigilaría con atención, a todos y cada uno de ellos.

Capítulo IV

Durante las semanas siguientes, el castillo de Kirkton disfrutó de un período de paz y tranquilidad que fue balsámico para nuestras almas, después de nuestros largos vagabundeos. El tiempo en el comienzo del otoño era soleado y cálido, y era evidente para todos que a mi señor Robin le complacía estar de nuevo en casa junto a su esposa Marian. El pequeño Hugh correteaba por el patio; era un niño alegre, mofletudo, que se parecía más a sir Ralph Murdac cada día que pasaba, aunque nadie era tan temerario como para comentarlo; y sin embargo, al parecer Robin había decidido, por lo menos en su mente, que el niño era suyo, y dispensaba una ternura paternal algo reservada al chiquillo en cada ocasión en que sus caminos se cruzaban.

Lo cierto es que mi señor fue un hombre muy atareado en las semanas que siguieron a su regreso. Después de dos años y medio de ausencia, había muchas cuestiones de la administración de sus posesiones que necesitaban una puesta al día. Tributos y rentas que recaudar, muros, vallas para el ganado y puentes que reparar, pleitos que arbitrar, haciendas lejanas que visitar, a veces por vez primera. Yo también tenía obligaciones propias, y me despedí de mi señor para regresar por breve tiempo a Westbury.

Robin había encontrado un administrador que dirigía la propiedad para mí, un hombre mayor, flaco, con cabellos grises y un humor ácido, llamado Baldwin. Me gustó desde el principio, y cuando lo visité descubrí que mantenía el lugar en orden y que, en mi ausencia, había dirigido los asuntos de la casa de forma cortés pero firme, y conseguido que después de pagar los diezmos a la Iglesia y los tributos a la Corona, aún quedaran para mí una pequeña renta en plata y un excedente de grano. Después de inspeccionar sus cuentas, descubrí que no tenía nada más que hacer allí, excepto cabalgar por mis tierras procurando adoptar un aire señorial, gastar el dinero que él había reunido para mí, y de vez en cuando sentarme a ejercer de juez de los pleitos de los aldeanos, en la corte instalada en la mansión. Baldwin me trataba con cortesía y una pizca, pequeña pero satisfactoria, de deferencia, a pesar de que él era de origen normando y tenía que saber que yo no era un noble de nacimiento. Me complacía contar con un hombre tan bien dispuesto y competente para administrar mis tierras.

Había algunas casas vacías y en mal estado en la aldea de Westbury, y las regalé a un puñado de veteranos de Robin que, bien por sus heridas o por su edad avanzada, deseaban abandonar la peligrosa vida de la milicia para arar mis campos y esparcir

algunas semillas aquí y allá. Me pareció que podría resultar ventajoso disponer de media docena de soldados veteranos a mano a modo de prevención de alguna futura emergencia, un incendio o un ataque de gente enemiga.

No pude quedarme mucho tiempo en Westbury, sin embargo, porque muy pronto Robin me mandó a recorrer el país para entregar mensajes a sus amigos y aliados, con la idea de tantear su buena o mala disposición. De modo que pasé la mayor parte de los días de otoño e inicios del invierno de aquel año (Tuck me dijo que era el 1192 desde el nacimiento de Nuestro Señor) en la silla de montar, y las noches en castillos o en monasterios de los cuatro puntos cardinales del país. Fue un trabajo fatigoso pero no solitario, porque me llevé a Hanno como guardaespaldas y compañero. Tenía un repertorio inmenso de historias de sus viajes, y me contaba cuentos sobre osos negros que habían vivido en los bosques de su Baviera natal, y de las brujas locales, los malvados ogros y los elfos que robaban los niños de sus cunas...

Hanno se había unido a nuestra hueste después del sitio de Acre. El rey Ricardo capturó el puerto fortificado tan sólo un mes después de su llegada a Tierra Santa, una hazaña que causó admiración incluso entre sus enemigos. Acre había estado sitiada durante casi dos años hasta ese momento, y era considerada inconquistable, pero la llegada de Ricardo con máquinas de asedio y refuerzos masivos selló su destino. Yo enfermé después de la caída de la ciudadela; fui herido y sufrí una enfermedad misteriosa que me dejó débil y mareado durante semanas. También Hanno había sido herido, y a los dos nos tocó pasar la convalecencia en el mismo cuartel de Acre, en la parte controlada por los caballeros hospitalarios, los monjes curanderos que combinaban un profundo amor a Cristo con una reputación temible de guerreros implacables.

Hanno había formado parte del contingente alemán en Ultramar, mandado por el duque Leopoldo de Austria, pero fue dejado atrás cuando su señor feudal se retiró de la cruzada después de una grave disputa con el rey Ricardo, cabeza de la expedición. Nuestro impetuoso monarca inglés arrojó la bandera del duque desde lo alto de las murallas de Acre en las que había sido izada al lado de la inglesa y del estandarte del rey Felipe Augusto de Francia. Ricardo dijo que no era correcto que la bandera de un simple duque ondeara junto a las de los reyes. De hecho, todo se reducía a una cuestión de dinero, como ocurre a menudo en la guerra..., y también en la paz, como Robin se complacía en decir. O más bien, una cuestión de botín. Al exhibir su bandera junto a las de Ricardo y Felipe, lo que Leopoldo quería era reclamar la misma parte que ellos (un tercio) de las riquezas procedentes del saqueo de Acre. Y Ricardo no estaba dispuesto a permitirlo. Desde su punto de vista, Leopoldo fracasó en su intento de tomar Acre después de muchos meses de asedio, mientras que Ricardo lo había conseguido en pocas semanas. El resultado fue que, poco tiempo después, Leopoldo abandonó la gran peregrinación y se volvió a Austria furioso con

el rey Ricardo y jurando que se vengaría.

Abandonado por su señor porque se encontraba demasiado débil para viajar, Hanno fue recuperándose poco a poco, y acabé convenciéndole para que se enrolara en la hueste de Robin, formada por proscritos de Sherwood reconvertidos en soldados. A pesar de la barrera de la lengua, que Hanno pronto superó aunque con algunos giros peculiares (tenía la curiosa costumbre de hablar siempre como si lo que contaba estuviera ocurriendo en ese mismo momento), encajó bien como explorador y como guerrero en la banda de antiguos cazadores furtivos y bandidos que seguía a Robin. Y, como ya he dicho, pareció adoptarme, y responsabilizarse de enseñarme todo lo que sabía sobre la caza al acecho, tanto de animales como de personas.

En los castillos y las grandes mansiones en los que me hospedé durante mis viajes por Inglaterra para los asuntos de Robin aquel invierno, normalmente era solicitado para entretener a mi audiencia por las noches con música, la mayor parte de composición propia, pero también en algunas ocasiones compuesta por otros, y me complació darme cuenta de que mi reputación como *trouvère* iba en aumento. En el castillo de Pembroke, en Gales del Sur, después de escuchar «Mi alegría me invita» (una *cansó* que había compuesto a medias con el mismísimo rey Ricardo Corazón de León en Sicilia, de camino hacia Tierra Santa), el famoso caballero William Marshal, ahora un gran magnate y, en ausencia de Ricardo, uno de los justicias mayores y mariscal de Inglaterra, llegó incluso a hacerme el cumplido de invitarme a abandonar el servicio de Robin y unirme a su corte.

Aunque Marshal me prometió mucho oro y las rentas de varias propiedades, le informé desolado de que no me era posible dejar a mi señor después de haber sufrido tanto a su lado en nuestros viajes a Oriente. Por supuesto que no le gustó mi negativa, pues, por decirlo con toda claridad, no estaba acostumbrado a ellas, y le costó bastante disimular su considerable irritación.

—Desde luego, entiendo vuestra lealtad a Locksley, e incluso la aplaudo —refunfuñó Marshal. Era un hombre gigantesco, tosco, de cabellos castaños que ya griseaban, en los años postreros de la edad mediana, con grandes manos llenas de cicatrices, y en aquella época tal vez el guerrero de mayor renombre en el país. Nos encontrábamos los dos en las almenas de la torre de piedra de Pembroke, recién acabada de construir, y observábamos desde allí a una multitud de peones y albañiles que trabajaban como hormigas atareadas para construir un lienzo de muralla debajo de nosotros—. Pero deberíais saber que vuestro precioso conde va a caer en desgracia. Es bien sabido que es el favorito del rey, pero el rey Ricardo se encuentra muy lejos en Ultramar, y quién sabe cuándo volverá. O si volverá siquiera algún día.

Marshal hizo una pausa en ese momento, y me dirigió una mirada significativa antes de continuar.

—Locksley tiene enemigos aquí en Inglaterra, y no me refiero únicamente a esa

comadreja de Murdac. Nuestro noble príncipe Juan mira con recelo a cualquier partidario del rey Ricardo..., es tan evidente como la nariz que tiene en medio de la cara que quiere el trono para sí mismo, y me han llegado rumores de que determinados elementos muy poderosos de la Iglesia también desean ver muerto a vuestro señor. Un montón de gente ansía la caída de Robert de Locksley, joven Alan. Deberíais abandonarle mientras tengáis la oportunidad de hacerlo. Venid a probar suerte a mi lado, nadie os criticará por abandonar a Locksley para uniros al más gran y temible caballero de la cristiandad. —Me sonrió para hacerme ver que bromeaba sobre su propia fama y prestigio, pero lo cierto es que estaba muy orgulloso de su reputación como guerrero—. En serio, Alan, mis informadores me dicen que Locksley está condenado. Son demasiados los poderosos que desean verlo humillado. Uníos a mí, vuestra exquisita música tendrá la recompensa que merece, y además podré contar con otro espadachín de primera categoría en mi corte.

Sir William Marshal no era un mal hombre; si uno se paraba a rebuscar debajo de su aspecto hosco de soldado y de su enorme orgullo, encontraba nobleza..., y quería lo mejor para mí. Aun así, rechacé su oferta. Sin embargo, me preocupó lo que me había contado. Yo sabía, desde luego, que el príncipe Juan codiciaba el trono de Inglaterra; parte de las órdenes secretas que el rey Ricardo había dado a mi señor cuando éste marchó de Tierra Santa se referían a mantener vigilado a su hermano Juan y entorpecer cualquier maniobra que intentara para acrecentar su poder, de ser esto posible. Pero también me preocupaba la mención de Marshal a determinados elementos muy poderosos de la Iglesia que querían su sangre. Robin se había burlado en muchas ocasiones del clero (en sus días de proscrito, se empeñó especialmente en robar a los clérigos ricos que atravesaban sus dominios del bosque), y ahora, al parecer, aquellas cañas se tornaban lanzas.

Dado que el objetivo de mi misión, además de hacer entrega de los mensajes de mi señor, era recabar información de cualquier cuestión que afectara a su familia o al propio Robin, garabateé una nota para mi señor en un pedazo de pergamino viejo y mandé de inmediato a Hanno al galope hacia Kirkton.

Mientras esperaba el regreso de mi compañero con nuevas órdenes, me entretuve en Pembroke para observar las obras del castillo, con no escaso respeto por las enormes sumas de dinero que consumían, tocar música para sir William, practicar mi juego de espada y escudo con sus caballeros, y flirtear con discreción con Isabel, la joven y encantadora esposa de mi añoso anfitrión, que era más o menos de mi misma edad. Además, por supuesto, aproveché cualquier oportunidad que se me presentó para intentar averiguar más sobre las amenazas a Robin por parte de la Iglesia. Pocos días más tarde, me llegó información más concreta, y con ella una sorpresa desagradable.

Hanno había regresado a mi lado con instrucciones escuetas de Robin de que

volviéramos los dos de inmediato a casa. No me disgustó dejar Pembroke porque me había encandilado bastante con Isabel, y sólo mi considerable respeto por sir William me había aconsejado abstenerme de expresarle a ella mis apasionados sentimientos. Era preferible alejarme de la tentación, me dije a mí mismo. Cuando empaquetábamos nuestras pertenencias preparando ya la marcha, apareció mi anfitrión con un ruego: quería que diese una representación especial esa noche después de la cena, pues recibía a un huésped distinguido. Quise complacerle porque había estado disfrutando de su hospitalidad durante varias semanas, y me sentí además complacido porque quería cantar una canción de amor que había escrito para Isabel, con la intención de dejarle algo hermoso que le recordara a mi persona.

La *cansó* que había escrito para ella tenía un tono sentimental y se basaba en un cuento árabe que había oído en Ultramar, sobre un tordo común y una hermosa rosa blanca. El tordo está enamorado hasta la desesperación de la rosa, pero debido a la diferencia de rango nunca podrá estar junto a ella. Además, los pétalos delicados de la rosa blanca están celosamente protegidos por muchas espinas crueles, pero el tordo, loco de amor y despreciando el peligro, se arroja sobre la rosa en busca tan sólo de un breve beso, y voluntariamente se deja morir atravesado por las afiladas espinas. Y desde entonces las rosas son rojas como la sangre, en recuerdo del sacrificio del tordo que murió de amor.

Podéis pensar que todo eso son simplezas sentimentales, pero he de decir con toda sinceridad que Isabel entendió mi *cansó* en toda su extensión, y que por las miradas que me dirigió después de mi actuación creo que, de haberme quedado más tiempo, bien pudiera suceder que me invitase a disfrutar plenamente de la suavidad de sus pétalos. En cambio, al día siguiente Hanno y yo nos pusimos en marcha en la gélida madrugada de diciembre, y nunca volví a ver a mi rosa blanca. Estimo que, dada la temible reputación de guerrero de sir William, fue la mejor solución: sin duda no era un hombre dado a llevar los cuernos con resignación.

Sea como sea, aquella noche en Pembroke tuve un encuentro que resultó enormemente importante para esta historia. Después de representar mi *cansó*, y varias otras piezas, fui presentado al huésped distinguido de sir William. Su nombre era sir Aymeric de Saint Maur, y era un emisario de William de Newham, el maestre del Temple de Londres, la cabeza de la rama inglesa de la orden de los Pobres Soldados Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón: los famosos caballeros templarios.

Así pues, aquel sir Aymeric era un templario, formaba parte de una orden de élite de monjes guerreros, famosa en todo el mundo por su piedad y sus hazañas. Los templarios eran el brazo armado de la Santa Madre Iglesia, los guerreros sagrados de Nuestro Señor Jesucristo, que sólo obedecían a su gran maestre y a su santidad el papa. Los templarios habían estado en primera línea de batalla en Ultramar y, junto a los caballeros hospitalarios, habían ganado un gran renombre por su implacable

ferocidad en la guerra y su devoción total a la causa cristiana. No daban cuartel a sus enemigos en Tierra Santa, y tampoco lo esperaban. Prueba de su suprema eficacia como guerreros era que, si en alguna ocasión un soldado templario era capturado por Saladino, de inmediato era ejecutado. Y aquellos monjes guerreros consideraban una muerte así como un martirio deseable.

Yo había conocido antes a varios templarios, en Inglaterra y en Tierra Santa, y siempre me había sentido impresionado por ellos: sir Aymeric de Saint Maur no fue una excepción.

Era un hombre de buena estatura y corpulento, en la treintena, de espalda recta, con cabellos negros espesos, vestido con el manto de un blanco immaculado de los templarios, con la cruz roja en el pecho. De maneras nobles, era un militar en cada pulgada de su cuerpo, y el rictus de su boca insinuaba una crueldad fría que por el momento no me preocupó. Cuando, después de la cena y la velada musical, fui presentado a él por sir William, de inmediato dio un paso atrás, casi como si me temiera, y trazó la señal de la cruz en el aire, entre él y yo.

—¿Servís al conde de Locksley? —dijo en un tono de voz curioso, a medias incierto y a medias acusador—. ¿El hereje? ¿El adorador del demonio? Es difícil creer que alguien cuya música está tan claramente inspirada por el cielo sirva a una persona tan hundida en prácticas oscuras.

Sin hacer caso del cumplido, repliqué irritado.

—Sirvo al conde, y me siento honrado de hacerlo porque no es un hereje. Puede que no preste a su alma tanta atención como debiera, y es posible también que debiera ser más respetuoso con la Iglesia, pero sin la menor duda puedo asegurar que no es un adorador del demonio.

—¿De verdad? —preguntó el templario, alzando una ceja—. Me han contado hace poco una historia curiosa sobre el conde de Locksley, que como vos admitís presta tan poca atención a su alma inmortal y tan poco respeto a la Santa Madre Iglesia; pero tal vez esa historia es falsa...

Me miró con cautela durante unos instantes.

—¿Sí? —pregunté, seco.

—Me han dicho... —empezó el caballero, e hizo una pausa de apenas un segundo—. Me han dicho que Robert de Locksley, al verse abrumadoramente superado en número por sus enemigos, convocó a caballos-demonios surgidos de las mismas entrañas del infierno para que le ayudaran a ganar una batalla en Yorkshire contra sir Ralph Murdac, vasallo del príncipe Juan.

De nuevo hizo la señal de la cruz.

—Fue tan sólo un truco —dije, acalorado—. Una *ruse de guerre*. Únicamente unos cuantos hombres enmascarados, carros de fuego tirados por caballos y un poco de música pagana para aterrorizar a sus enemigos. No se recurrió a artes negras de

ningún tipo. Lo juro. Juro por Dios Todopoderoso, por la Virgen y todos los santos, que no hubo nada diabólico en aquel genial ardid. Sólo quiso asustar a sus enemigos. Y debo añadir que el truco funcionó muy bien. Pericia. Pericia militar, sir Aymeric.

—¿Música pagana? Hum, interesante. Ah, bien —dijo aquel condenado templario—. Si vos decís que no se recurrió a ningún arte diabólica, debo creerlos. —Era evidente que no lo hacía, y su voz había adquirido un tono distante, helado, como si ya se hubiese formado un juicio sobre mi persona—. Sin duda, la verdad saldrá a la luz con la Inquisición.

—¿La Inquisición? —pregunté totalmente espantado.

—¿No lo sabíais? —dijo el monje caballero, con sorpresa fingida—. Lord Locksley ha sido convocado a presentarse ante el maestre de nuestra orden para responder a cargos por herejía. El papa Celestino en persona lo ha aprobado... Y será un acontecimiento bastante singular, espero. Como debéis saber, todos los obispos de la cristiandad han sido encargados por su santidad de combatir la herejía allí donde la encuentren. En gran parte la medida va encaminada a extirpar la herejía en las tierras del sur, a esos malditos cátaros, pero el maestre ha recibido una dispensa especial del Santo Padre en persona para investigar a Robert, conde de Locksley. De modo que vuestro señor, si siente algún respeto por el vicario de Cristo, representante ungido de Dios en la tierra, deberá presentarse ante un tribunal en Londres el día de San Policarpo, so pena de excomunión e interdicto sobre todas sus tierras.

El caballero templario me dirigió una sonrisa feroz.

—Si lo que decís es cierto, lo considerará una oportunidad feliz para limpiar su nombre.



Salí en estado de conmoción de la sala de banquetes de sir William. La conversación con sir Aymeric de Saint Maur me había dejado pasmado. El día de San Policarpo era el 23 de febrero, a tan sólo diez semanas de plazo. ¿Sabía aquello Robin? Sin duda debía de saberlo, y por eso nos llamaba a Hanno y a mí a su lado. ¿Se presentaría voluntariamente ante la Inquisición? Sería muy arriesgado no hacerlo. La excomunión era una de las sanciones más graves que podía imponer la Iglesia a un mortal: significaba que el pecador dejaba de formar parte de la comunión de los cristianos; una vez excomulgado, quedaba excluido públicamente de la Iglesia y se convertía en un proscrito espiritual, apartado de la eucaristía, y en consecuencia condenado a los tormentos eternos en el infierno. Pero yo sabía también que a Robin le importaba la opinión de la Iglesia sobre su alma menos que una manzana podrida. Ni siquiera estoy seguro de que creyera tener una. Y en todo caso, nunca se acercaba a recibir la eucaristía.

El interdicto sobre sus tierras era más grave. Significaba que no se celebraría ninguna ceremonia religiosa en ningún lugar de sus propiedades: no se casaría a nadie, no se bautizaría a ningún niño y no se enterraría a ningún muerto en una gran parte del Yorkshire del sur, y tampoco en áreas considerables del Nottinghamshire. Era una noticia preocupante. Tener a la Iglesia como enemiga no era una cuestión baladí. Los niños que murieran prematuramente irían al infierno sin el bautismo; los cadáveres se amontonarían en las cunetas de los caminos. Todos sus aparceros y villanos se indignarían con su señor por ese motivo, y tal vez llegarían al extremo de la rebelión, a menos que Robin pudiera conseguir el rápido levantamiento del interdicto.

Pero presentarse a la Inquisición y ser declarado culpable sería aún peor: la pena para un hombre culpable de herejía grave era la confiscación de todas sus tierras y pertenencias... y, en los casos más graves, la muerte en la hoguera.



Dos días más tarde, Hanno y yo estábamos en la despensa adyacente a la gran sala del castillo de Kirkton, refrescándonos con un par de grandes jarras de cerveza recién escanciada del barril dispuesto allí. A la despensera, una mujer de proporciones generosas, le caía bien Hanno por alguna razón, y daba vueltas a nuestro alrededor animándonos a probar un pedazo de queso y a servirnos otra jarra de cerveza. Yo había notado a menudo la predilección de Hanno por las despenseras: gordas o delgadas, altas o bajas, amaba a todas las mujeres que servían cerveza. No había en eso ningún misterio, porque no creo haber conocido nunca a un hombre más aficionado a la cerveza. Despreciaba el vino y el hidromiel: su bebida, su amor líquido, era la cerveza, y no probaba ninguna otra.

Mientras bebíamos en abundancia la mejor cerveza de la despensera, decidí que había sido una tontería preocuparme tanto por mi señor. Cuando llegamos a Kirkton aquella misma mañana, después de muchas leguas de duro cabalgar, Robin se había echado a reír, a reír a grandes carcajadas cuando le hablé de los templarios y de su especialmente bendecida Inquisición por cargos de herejía para el día de San Policarpo.

—Lo sé todo, Alan. He recibido una carta del maestre del Temple en persona invitándome a presentarme y a dejarme poner con mansedumbre el dogal al cuello. Le he respondido declinando respetuosamente su invitación y sugiriéndole, con mucha cortesía, que pida a sus novicios más revoltosos que dejen de encularle por un rato, de modo que pueda disponer del tiempo suficiente para recapacitar y olvidarse de una vez para siempre de esa Inquisición.

Me chocaron sus palabras. Yo sabía que Robin no tenía miedo de nada, pero

insultar de una manera tan cruda al maestro del Temple, un miembro dirigente de la orden de caballería más respetada del mundo...

—Pero ¿no has empeorado las cosas? —le pregunté—. ¿No vendrán a atacarte aquí, en Kirkton?

—¿Cómo podría empeorarlas? Me han declarado la guerra a mí personalmente, quieren quemarme vivo en la pira... Y no porque les preocupen unos cuantos míseros golpes de efecto en una pequeña escaramuza en el Yorkshire, ni por el estado de mi alma inmortal. Piensa, Alan, usa la cabeza. Tú sabes lo que de verdad está en juego...

Yo sabía exactamente a lo que se refería: el incienso, el enormemente lucrativo comercio de ese material que se quemaba diariamente en todas las mayores iglesias de la cristiandad. Aquella preciosa mercancía procedía de Arabia del Sur, y su comercio había supuesto una fuente significativa de ingresos para los caballeros templarios y sus socios en Ultramar..., hasta que Robin convenció a los mercaderes de incienso árabes (por métodos no precisamente delicados, si ha de decirse todo) a comerciar directamente con él. Reuben, el amigo de Robin, un judío duro e inteligente, se había quedado en Ultramar cuando la mayoría de nosotros regresamos a Inglaterra, y había asumido la responsabilidad de continuar el comercio del incienso, actuando en nombre de Robin. ¡Y qué comercio tan lucrativo! Los pequeños cristales de un color blanco amarillento del incienso, comprados por pocos peniques en las tierras de Al-Yaman, en el extremo sur de la península Arábiga, valían más de su peso en oro en Europa. Reuben compraba grandes cantidades a los mercaderes de Gaza por una modesta cantidad de plata, y embarcaba el precioso polvo en dirección a Sicilia, donde otro socio de Robin lo vendía a Italia y al resto de Europa.

Yo no conocía todos los detalles de aquel comercio, pero había visto sus resultados. A nuestra llegada a Dover, varios meses atrás, estábamos cubiertos de harapos, mareados y agotados, pero también éramos muy, muy ricos. Llevamos con nosotros en nuestro largo camino a casa (en condiciones estrictamente secretas, por supuesto) varios grandes cofres repletos de plata por valor de miles de libras, que ahora reposaban dentro de los gruesos muros de la cámara del tesoro construida en el patio interior del castillo de Kirkton. Y no paraba allí la fortuna de Robin. Desde que regresamos de Oriente, habían llegado dos remesas más de plata a Kirkton, con los saludos de Reuben y una carta en la que aseguraba a su amigo que todo marchaba a pedir de boca en Gaza, y que el negocio iba de perlas. El tráfico del incienso había convertido a Robin en un hombre rico, y seguiría enriqueciéndole... a menos que el maestro de los caballeros templarios y su santidad el papa consiguieran su propósito.

A eso se refería Robin cuando me dijo que lo que de verdad interesaba a los templarios no era el estado de su alma. Querían derribarlo de su trono dorado del incienso, y recuperar aquel comercio para ellos mismos; y sin duda habían prometido a su santidad una jugosa porción del pastel.

—Esto es sólo un movimiento inicial en un juego largo y complejo —dijo Robin—. Me creen vulnerable a sus amenazas de excomunión. No lo soy; no me importan un ardite todas las solemnes declaraciones de curas y de papas. ¿Y la interdicción? Puedo comprar eso también. Geoffrey, el arzobispo de York, vendería a su hermana por un cofre de plata, y con mayor razón estará dispuesto a murmurar unas pocas palabras para anular cualquier maldición frailuna sobre mis tierras.

Lo que decía era cierto: era conocida la venalidad del arzobispo Geoffrey, el hermanastro mayor ilegítimo del rey Ricardo; había sido forzado a tomar los hábitos para convertirlo en inelegible para el trono, y desde entonces parecía decidido a llegar a ser el prelado más rico de Inglaterra.

Pero, aunque las palabras de Robin me tranquilizaron hasta cierto punto, su falta absoluta de respeto por las instituciones de la Iglesia continuaba produciéndome un profundo desasosiego.

—¿Y si emplean la fuerza? ¿No cabalgarán hacia el norte para sitiarnos de nuevo? —sugerí. En mi opinión, Robin se mostraba demasiado confiado. No me parecía que los famosos guerreros templarios pudieran ser ignorados con tanta facilidad.

—¿Cuántos caballeros templarios crees que hay en Inglaterra en estos momentos, Alan? —preguntó Robin—. ¿Una docena? ¿Veinte, tal vez? Toda su fuerza de combate está en oriente: en Ultramar, en Acre, en Jaffa o en Chipre. Aquí cuentan con pocos caballeros para hacer pesar su fuerza en el campo de batalla. Y si reclutan soldados corrientes de a pie, también yo cuento con plata para reunir a unos cuantos hombres de armas bajo mi estandarte.

También eso era cierto. Y de hecho, Robin ya había empezado a gastar su botín del incienso con ese fin. Además de los veinte hombres a los que había perdonado la vida después de la batalla librada fuera de los muros de Kirkton, Robin trajo de Gales, como refuerzo, a un contingente de cincuenta arqueros expertos. El padre Tuck, que en tiempos había sido un excelente arquero, había negociado con aquellos hombres su ingreso en la hueste de Robin bajo la bandera del lobo. También había sesenta nuevos jinetes reclutados en las tierras vecinas, a los que estaba entrenando en los prados de un verde lujurioso que rodeaban el castillo. Kirkton estaba de nuevo repleto de soldados, y pensé que tal vez Robin tenía razón y los templarios no podrían hacer otra cosa que lanzar impotentes amenazas espirituales.

Pero me equivocaba.

Capítulo V

Desde las almenas del sector meridional de la muralla, pude ver cómo se aproximaba al castillo de Kirkton la columna armada, esforzándose por el empinado camino embarrado que sube desde el fondo del valle del río. Había subido a mirar los riscos mojados por la llovizna, a aspirar el aire fresco y a intentar encontrar una rima para «damisela». La columna avanzaba despacio, sus banderas rojo y oro colgaban flácidas sobre una docena de jinetes empapados, y los rayos de luz acuosa del sol invernal que perforaban aquí y allá la capa de nubes grises arrancaban destellos de las cotas de malla y las puntas de las lanzas. Por encima del golpeteo de cascos y del rumor del trueno lejano, oí el ludir amortiguado del metal de las armaduras. Pero aquellos hombres con sus capuchas chorreantes y sus cuerpos encogidos por el cansancio no venían a presentar batalla. Su aproximación era demasiado lenta, demasiado abierta para que fueran otra cosa que visitantes pacíficos de alguna clase; y, por supuesto, también eran demasiado pocos.

A pesar de sus ropas empapadas, vi que viajaban con ciertas comodidades: sus caballos estaban lustrosos y bien alimentados, y sus capas de lana empapada de lluvia eran de la mejor calidad: era evidente que se trataba del séquito de algún noble o cortesano adinerado. Sin embargo, era una estación poco adecuada para la intemperie; durante el frío y riguroso mes de enero, eran muchos los caballeros que preferían quedarse en casa y disfrutar de un fuego bien alimentado, antes que aventurarse a afrontar los elementos. Quienquiera que fuese el que había emprendido aquel viaje, tenía asuntos urgentes que tratar con nosotros.

Cuando los jinetes empapados y salpicados de barro llegaron ante las puertas cerradas del castillo de Kirkton, y anunciaron formalmente su presencia con un toque de trompeta, me asombró reconocer a mi viejo amigo y en tiempos mentor musical Bernard de Sézanne a la cabeza de la columna. Bernard era la última persona a la que esperaba ver desafiando el frío para visitar a unos amigos. Odiaba estar lejos de una despensa bien provista, de una o dos mujeres jóvenes y cariñosas y de un hogar caldeado.

La Navidad había llegado unas semanas atrás, y celebramos las fiestas de una forma pasablemente buena en Kirkton, con mucha comida y bebida, canciones y risas. Yo había cumplido mi promesa con el joven Thomas, y le había dado varias lecciones sobre el uso de la espada. Tenía talento, y yo estaba convencido de que

algún día sería un espadachín temible, pero todavía era demasiado pequeño y débil para manejar el arma con la técnica precisa; con todo, era rápido, muy rápido. Él, por su parte, me enseñó cómo había derribado al chico mucho más alto que él, y me explicó sus ideas acerca de la forma de luchar:

—Intento utilizar la fuerza del adversario en su contra —me dijo en tono grave.

Luego me demostró cómo, con rapidez y una utilización adecuada del efecto palanca, aprovechaba el impulso de su oponente para derrotarlo. Cuando ensayamos, consiguió mandarme de espaldas al suelo un par de veces, antes de que yo decidiera que mi dignidad ya había sufrido bastante por un día a manos de un chiquillo arrogante.

El tiempo fue apacible durante el período de la Navidad, pero ahora pasábamos una racha de frío intenso, con días cortos y grises y pocas distracciones para alegrar el alma, y con la perspectiva de la primavera a varios meses de distancia. En Kirkton, además, se palpaba una inquietud especial. Habían ocurrido cosas extrañas en la región; cosas que los campesinos del lugar atribuían, como siempre, a brujería: había nacido un ternero con dos cabezas, un viejo se había ahogado en su propio pozo, y se habían visto luces extrañas en el cielo nocturno. En las tabernas de Locksley y de las aldeas vecinas, se susurraba que la *hag* de Hallamshire, una especie de bruja aterradora y espectral, envuelta en ropajes negros y con un rostro horrible de pesadilla, había vuelto a la región. Se decía que robaba niños y los sacrificaba al diablo, para luego revolcarse en su sangre. Varios villanos de Locksley aseguraban haberla visto, cuando volvían de la taberna hacia la medianoche, en lo alto de los riscos, gritando maldiciones a la luna en una lengua extraña. Yo no habría dado importancia a ese tipo de historias de borrachos sobreexcitados por el alcohol, de no ser por un extraño mensaje que me transmitió Elise, la adivina normanda.

Elise había recibido muchos elogios por el papel que desempeñó en la victoria sobre los hombres de Ralph Murdac, y Robin le había regalado una yegua gris y una bolsa de monedas de plata como recompensa por haber difundido el pánico con tanto éxito entre las tropas sitiadoras. Ahora, a pesar de sus costumbres extrañas y en ocasiones alarmantes, era una persona popular en el castillo: no solo por la ayuda que nos había prestado contra Murdac, sino también por su extraña habilidad para curar: varios hombres y mujeres de Kirkton debían sus vidas al conocimiento que tenía de las hierbas medicinales. Por consejo de Robin, había ido a visitar a otra famosa curandera, adivina y, según algunos, bruja, llamada Brigid, una antigua amiga de Robin y, debo admitirlo, también mía.

Años atrás, Brigid, que vivía apartada en una pequeña cabaña en las profundidades del bosque de Sherwood, más de cuarenta y cinco kilómetros al sur de Kirkton, me había curado el brazo de la mordedura de un lobo; todavía tengo las cicatrices, una hilera de marcas rosadas en el brazo derecho. Cuando Elise anunció

que tenía intención de ir a visitar a Brigid, le di una pequeña bolsa con pieles secas de naranja para que se lo llevara como regalo mío. Las pieles endurecidas y oscuras de aquella fruta habían viajado conmigo desde España, donde las compré a un médico árabe al que consulté sobre una tos incómoda acompañada de cantidades considerables de mucosidad. Aquel hombre me dijo que si sumergía la piel seca en agua hirviendo y añadía un poco de miel, podría fabricar un jarabe suavizante que calmaría mis males. Para ser sincero, no me molesté en preparar el bebedizo, y mi resfriado se curó solo, pero conservé la pequeña bolsa de piel en las alforjas de mi silla de montar durante muchos meses. Se me ocurrió que Brigid encontraría aquel remedio interesante y útil desde el punto de vista medicinal.

Elise estuvo fuera un mes durante la época de la Navidad, y cuando volvió me llevó aparte, a un rincón de la gran sala y, después de saludarme en nombre de Brigid y darme las gracias por mi regalo, me dio algunas noticias inquietantes.

—Mi hermana y colega te agradece el regalo, y te pide que estés alerta —dijo Elise—. Ha consultado las runas, y me ha dicho que debes evitar a toda costa a una mujer fea vestida de negro que te quiere mal.

—¿Es esa otra tontería sobre la *hag*? —pregunté, un poco alarmado a pesar de mí mismo.

—No lo sé —me aseguró Elise—. Pero mi hermana es adivina, y, si estuviera en tu lugar, yo no tomaría su advertencia a la ligera.

Muy bien, pensé. Muy bien. Me cuidaré de una mujer de negro. Evitaré a la *hag* de Hallamshire. Me dije a mí mismo que las brujas no me daban miedo. Bueno, sólo un poco.

—¿Vas a dejarnos entrar de una vez, o esperas que muramos congelados aquí fuera? —gritó Bernard hacia las almenas de madera. Yo puse punto final a mis ensueños, y corrí a dar a los guardias de la puerta la señal de retirar los gruesos troncos que atrancaban el portón para dar paso a mi amigo; luego bajé a la carrera las escaleras, y fui a recibir a mi viejo maestro de música que entraba ya al trote en el patio.

La nariz de Bernard estaba azul y roja, a juego con los colores de sus ricos ropajes. Mientras le ayudaba a apearse de su montura, se quejó de ser un viejo; se movía despacio, muy tieso, con muchos gruñidos y suspiros.

—Dame de beber, Alan, algo de beber... y de prisa, por el amor de Dios. Vendería mi alma por un sorbo de vino.

Lo acompañé a la sala, dejando que la guardia se hiciera cargo de los caballos y los mesnaderos de su escolta, y lo invité a sentarse en un banco junto a la gran chimenea que ardía todo el día en cualquier época del año, mientras encargaba a un sirviente que trajera vino caliente y especiado para los dos.

—Bienvenido al castillo de Kirkton, Bernard —dije—. ¿Qué te trae a este lugar

en medio de nuestro hosco clima del Yorkshire?

Bernard agitó una mano lánguida delante de mi cara.

—Shhh, shhh, muchacho, ahora no, ahora no. Deja que antes caliente un poco mis viejos huesos fatigados.

Bernard tendría tal vez treinta y cinco años, pero le gustaba dramatizar y se divertía simulando ser un vetusto abuelo, víctima de la gota y del reuma cada vez que soplaban un poco de viento frío.

Por suerte, el sirviente volvió al poco rato con una jarra de vino caliente. Después de beber dos reconfortantes copas llenas hasta el borde, Bernard condescendió por fin.

—Aaah, esto está mejor —dijo, al tiempo que me alargaba su copa para que la volviera a llenar—. Alan, eres un magnífico anfitrión, un hombre que sabe cuándo guardar silencio y limitarse a escanciar el vino. Siento que la vida vuelve a mis miembros congelados. —Me miró con más atención—. ¿Cómo va tu música estos días? ¿Estás componiendo algo?

No tuve oportunidad de contestar, porque siguió diciendo:

—He oído comentarios sobre ti, Alan, en mis correrías por el mundo. Buenos comentarios, casi siempre. Incluso escuché a alguien que intentó interpretar uno de tus *tensós* el otro día, aquel del debate entre el rey Arturo y el ratón de campo. —Tarareó unos compases de mi música—. El muy bobo hizo un estropicio, como era de esperar, y tuve que enseñarle cómo tocarlo. Pero es bueno que la gente interprete tus obras. Estoy orgulloso de ti, Alan. Haces muy feliz a un viejo cansado.

—Déjate de cuentos conmigo, Bernard. Vamos, suelta tus noticias. ¿Qué es lo que te trae aquí?

—Malas noticias, Alan. Muy malas. Las peores posibles. Me ha enviado mi real dama, la reina Leonor de Aquitania, así Dios le dé mil años más de vida, con una invitación para tu señor y tu señora: quiere que se reúnan con ella en Westminster. Me ha enviado a este desierto helado en tu busca, sin consideración por el daño que el frío puede causar en mis viejos huesos. Pero he de entregar mi mensaje al gran hombre en persona. ¿Dónde está el noble conde de Locksley?

Miró a uno y otro lado de la sala de manera cómica, haciendo pantalla con una mano como si Robin estuviera oculto como un ratero en algún rincón oscuro.

—Ha salido a cazar. Pronto estará de vuelta. ¿Y cuáles son esas terribles noticias? —dije, impaciente.

—Las sabrás a su debido tiempo. Sin duda su señoría el conde te lo contará todo. Pero me las reservaré hasta su regreso. Dame un poco más de vino, te lo ruego.

Y de forma irritante, se negó a decir una sola palabra sobre el tema hasta el regreso de Robin una hora más tarde, mojado, feliz y cansado, con un par de ciervos jóvenes colgados de su silla de montar, mientras el día gris invernal se deslizaba de

forma imperceptible hacia la oscuridad de la noche.

Cuando Robin se hubo lavado y refrescado con una copa de vino y algo de comida, llamó a Bernard, que se acercó a su sitial de madera tallada al fondo de la sala para darle las noticias.

—Vengo de parte de la reina Leonor, la estimada madre de nuestro buen rey Ricardo —empezó mi antiguo maestro de música—, con noticias de la peor, de la más grave especie, mi señor.

Robin asintió e hizo un gesto impaciente, moviendo en círculo muñeca y mano, para urgir al *trouvère* francés a entrar en materia.

—La calamidad nos golpea —siguió diciendo Bernard, mientras el ceño de Robin se ahondaba más y más—, el desastre ha caído sobre nosotros —declamó, e hizo una pausa.

—¡Sí, sí, calamidad, desastre, noticias de la peor especie! Lo he captado. ¡Adelante, hombre! —espetó Robin, con una sequedad inusual en él.

Bernard se permitió saborear un instante más aquel momento de tensión, y puso a prueba la paciencia de mi señor hasta un límite casi insostenible antes de decir:

—El rey Ricardo ha sido hecho prisionero. Nuestro noble rey yace cargado de cadenas. Ricardo ha sido capturado por hombres malvados cuando viajaba de regreso a Inglaterra.

Otra pausa. Me di cuenta de que Robin estaba ahora realmente inquieto.

—¿Quién ha sido? ¿Quién le ha capturado? —preguntó Robin en tono frío. Su rostro era una máscara; jugueteaba con la empuñadura de su espada, y me pareció que, si la respuesta se demoraba tan sólo tres segundos, liberaría a Bernard de la pesada carga de su propia cabeza.

—¡El duque Leopoldo de Austria! Ahora languidece cargado de cadenas a la merced de su mortal enemigo.

¡En la mazmorra más profunda y oscura de Alemania!

Era una terrible noticia. Desastrosa. Y pude perdonar a Bernard por haber retrasado al máximo su mensaje. La paz y la prosperidad de Inglaterra dependían de que Ricardo regresara con vida. Su heredero reconocido, su sobrino Arthur, duque de Britania, era sólo un niño de cinco años, y en todo el reino era cosa sabida que el hermano de Ricardo, el príncipe Juan, acechaba el trono. Si Ricardo moría en Alemania, en Inglaterra estallarían una guerra civil entre los barones que apoyaban al heredero legítimo, a pesar de su extrema juventud, y quienes preferían la decisión práctica de seguir a Juan, que parecía algo más capaz de imponerse en el campo de batalla. Se produciría un caos sangriento: todavía vivían ancianos capaces de recordar los días sombríos de la anarquía, cuando el rey Esteban y la emperatriz Matilda pugnaban por hacerse dueños del país. Fue una época de hambruna y de terror, con bandas de soldados que merodeaban y asolaban las tierras, incendiando casas y

cosechas, robando la comida de las despensas, violando a las doncellas y arrasando los territorios enemigos.

—Esto va a resultar muy, muy costoso —dijo Robin.

Yo estaba absorto en mis pensamientos sobre la carnicería que desencadenaría una guerra civil, y tardé unos momentos en captar su idea. Pero poco a poco, comprendí. Ricardo era demasiado valioso como cautivo para matarlo, por mucho que lo odiara el duque Leopoldo. Su real persona valía un rescate regio. E Inglaterra se vería obligada a pagarlo.

—La reina Leonor reclama vuestra presencia: desea que vos y lady Marian os reunáis con ella en Westminster tan pronto como os sea posible —observó Bernard en el tono mesurado de un diplomático, muy distinto de la excitación con la que había dado la fatídica noticia de la prisión del rey Ricardo.

—Sin duda desea discutir lo que debemos hacer —dijo Robin—. Muy bien, iremos a Westminster. Sí, tenemos que hacer planes. Partiremos mañana al amanecer.



Al día siguiente, cuando una pálida luz azul perfilaba las colinas del este y empujaba a la noche a la retirada, nuestra compañía cruzó a caballo la gran puerta de Kirkton y tomó el camino a Sheffield, en dirección este. Mientras cabalgaba al trote a través del portal, miré atrás y vi los rosados dedos de la aurora acariciando las formas siniestras que remataban dos largos palos colocados a uno y otro lado del portón; las cabezas cortadas de dos hombres de armas, empaladas en lanzas: dos antiguos hombres de Murdac que habían intentado desertar.

Aquellos hombres robaron algunos objetos, entre ellos una pequeña bolsa con monedas, saltaron en silencio los muros y se dirigieron hacia el sur en medio de la noche, a pie, probablemente esperando convertirse en proscritos o tal vez reunirse con sir Ralph en Nottingham. Cuando el robo y su deserción fueron descubiertos a la mañana siguiente, Hanno fue enviado con media docena de arqueros montados para perseguirlos y devolverlos al castillo: debían afrontar la justicia de Robin. El bávaro de la cabeza afeitada no tardó más de medio día en capturarlos, en un bosque vecino a Chesterfield, y regresó por la noche con los dos cuerpos atravesados sobre un par de caballos de carga. Un desertor había muerto en la refriega; fue el afortunado. Al otro hombre Robin lo colgó hasta que estuvo casi muerto, luego lo azotó con látigos de tralla metálica (los restantes hombres que habían formado parte de la hueste de Murdac fueron los encargados de llevar a cabo el castigo), y finalmente, con la piel colgando de su cuerpo en tiras ensangrentadas y con la sangre formando un charco a sus pies, lo hizo decapitar frente a una multitud burlona en el centro del patio del recinto. Las cabezas de ambos desertores fueron luego ensartadas en lanzas y

expuestas a ambos lados del portón principal como terrible advertencia para cualquier otra persona que pudiera tener la intención de traicionar a Robin.

Al mirar atrás y ver aquella macabra exhibición, me estremecí, y no sólo por el frío de la mañana. Sus rostros habían sido picoteados por los cuervos en los últimos días, hasta dejarlos casi irreconocibles como hombres incluso. Y sin embargo parecían maldecirnos en silencio, odiarnos, lanzar un maleficio sobre nuestra partida de Kirkton.



Cuatro días después teníamos a la vista la ciudad de Londres, un borrón sucio de humo en el horizonte meridional. Me pregunté si llegaría a percibir el hedor de veinte mil individuos dedicados a sus tareas apelotonados en unos pocos kilómetros cuadrados. Pero por fortuna no teníamos intención de entrar en aquel laberinto de calles tortuosas y casas abarrotadas de gente y rezumantes de humedad, en medio de la babel ensordecedora de la muchedumbre. Por el contrario, abandonamos Watling Saintreet, la gran calzada romana que habíamos seguido desde Coventry hasta el límite noroeste de la capital, y cabalgamos hacia el sur cruzando la soñolienta aldea de Charing y una serie de verdes campos y pequeños huertos a orillas de las aguas perezosas del Támesis, hasta una rica abadía benedictina habitada por sesenta monjes y ensombrecida por los altos muros de Westminster Hall, el enorme palacio de los reyes de Inglaterra.

Éramos un grupo numeroso, más de cincuenta personas en total, bien montadas y escoltadas por una veintena de hombres de armas de Robin y una docena de arqueros a caballo. Robin, yo mismo, Hanno y Tuck íbamos en vanguardia, en tanto que Marian, Goody, el pequeño Hugh y un par de nodrizas marchaban en el centro de la columna, protegidos de los elementos en el interior de un carruaje cubierto. Además de una fuerte escolta de soldados, Robin también llevaba consigo cocineros y panaderos, herradores, doncellas, criados y todo el personal necesario para realzar su dignidad de conde mientras era huésped de la reina Leonor.

Nos había llevado cuatro días cabalgar desde Kirkton hasta Westminster, alojándonos por las noches en los castillos de amigos y aliados, porque nuestro paso era más lento debido a los carros; y me alegré de haber llegado a nuestro destino. Mi caballo, un corcel gris al que di el nombre de *Fantasma*, que me había acompañado durante todo el viaje de ida y vuelta a Ultramar, había atrapado una piedra en el casco delantero derecho al salir de Saint Alban's, y aunque se la quité en cuanto me di cuenta, todavía cojeaba. Yo temía que el casco se hubiera agrietado, y ansiaba llegar al refugio de un bonito establo tranquilo en el que *Fantasma* pudiera descansar y yo prestar la atención necesaria a su pata lastimada.

También me apetecía un poco de hospitalidad regia, y sabía que la reina Leonor no nos defraudaría. Cuando hubimos dejado las ropas empapadas y sucias del viaje en el dormitorio de la abadía para vestirnos con algo más adecuado para ser recibidos por la reina, cruzamos el camino y entramos en la gran mansión real, en la que fuimos recibidos por la propia Leonor de Aquitania. Había dispuesto un festín para nosotros, y nos atracamos de cisne al horno, lamprea guisada y jabalí asado, con pan blanco dulce, todo ello acompañado por un delicioso vino tinto ligero de Burdeos, unas tierras que formaban parte del feudo ancestral de Leonor. Cuando concluyó el festín y nos hubimos lavado las manos sucias de grasa, Robin, Tuck y yo fuimos conducidos a una cámara privada que se abría a un lado de la gran sala, mirando al río. Nos acompañaron otros dos invitados: Walter de Coutances y Hugh de Puiset, dos de los más leales partidarios del rey Ricardo en Inglaterra.

—Te agradezco que te hayas dado tanta prisa en venir, Robert —dijo la reina en francés, al tiempo que Robin se inclinaba para besar el anillo de su mano. Tenía una hermosa voz, profunda, rica y un poco aterciopelada, que provocaba un delicioso escalofrío de placer en el hombre que la escuchaba—. Sé que en este momento tienes tus propios problemas.

—Él es mi rey, majestad, con cadenas o sin ellas —respondió Robin en tono grave, en la misma lengua—. Él hizo de mí lo que soy, y no olvido su generosidad.

Leonor me sonrió.

—Y si no recuerdo mal, tú eres Alan Dale, el antiguo discípulo del bribón de mi *trouvère*, Bernard. Coincidimos en Winchester, si no me equivoco, en circunstancias bastante dramáticas.

Y me dedicó un gesto de complicidad y un guiño de sus brillantes ojos castaños. La belleza de la reina me dejó pasmado una vez más; debía de tener cerca de setenta años, pero seguía siendo esbelta y ágil, y su piel era tersa como la de una muchacha. También su memoria seguía siendo excelente. Se refería a una ocasión, tres años atrás, en la que yo había sido acusado públicamente de proscrito bajo su techo, un cuco metido en su nido podríamos decir, y arrojado sin contemplaciones a la mazmorra más lóbrega.

Me limité a hacerle una reverencia y musitar:

—Majestad, me honra vuestro recuerdo...

Y callé, por las dudas de si era o no adecuado hacer más comentarios de la humillación que sufrí en Winchester.

Robin me sacó del atolladero.

—Mi señora, ¿tendréis la amabilidad de compartir con nosotros las informaciones más recientes que os han llegado sobre el rey Ricardo? —preguntó.

—Sí, tienes razón, Robin... Vamos al asunto. Walter, ¿qué es lo que sabemos hasta ahora? —dijo la reina, dirigiéndose al eclesiástico de edad mediana, bajo y

bastante grueso, que se había colocado a su izquierda.

El aspecto de Walter de Coutances no impresionaba, y el tono de su voz al hablar era monótono y sin inflexiones, propio de un estudioso criado entre el polvo de las bibliotecas, pero se decía de él que era el hombre más inteligente de Inglaterra, y sin duda era también uno de los más poderosos. Había sido canciller segundo bajo el viejo rey Enrique, que más tarde lo nombró arzobispo de Ruán. Cuando Enrique murió, Walter invistió a Ricardo como duque de Normandía, y también le ayudó a coronarse rey de Inglaterra tres años atrás. Yo lo conocía de vista, porque había acompañado a Ricardo a la gran peregrinación, pero el rey lo envió de vuelta a Inglaterra desde Sicilia para que lo representara en su ausencia, y de hecho nunca habíamos cruzado una sola palabra.

Walter carraspeó:

—La verdad es que no sabemos gran cosa —empezó—. Tenemos por seguro que Ricardo se embarcó en Ultramar en octubre del año pasado y que, como la mayor parte de Europa estaba cerrada para él, intentó dirigirse en secreto a Sajonia, en el este de Alemania, donde estaba seguro de ser recibido cordialmente por su cuñado, el duque Enrique. Creemos que desembarcó en algún lugar al este de Venecia, cerca de Aquilea, en la costa adriática...

Mientras Walter seguía informando con su tono seco, reflexioné sobre lo inconveniente que había sido para Ricardo crearse tantos enemigos entre los poderosos de Europa mientras tomaba parte en la gran cruzada. Además de pelearse con el rey Felipe de Francia y el duque Leopoldo de Austria, se había enemistado con Enrique VI, el sacro emperador romano, señor de Leopoldo y poseedor de la mayor parte de Italia, al firmar un tratado con Tancredo de Sicilia, una isla llena de riquezas que el emperador codiciaba. Al no poder pasar por Francia ni por Italia, a Ricardo no le quedaba otra opción que seguir el largo camino del este hacia su casa. Y al parecer, esa opción resultó nefasta.

—... Quería viajar en secreto —la voz de Walter zumbaba como el vuelo de un moscardón—, de modo que tomó la decisión, que se reveló después imprudente, de despedir a casi todos sus hombres y viajar disfrazado de caballero templario desde la costa norte del Adriático hasta Sajonia. No llegó muy lejos. Al parecer fue traicionado, o descubierto de alguna manera, en un... ejem, en un burdel. Temo mucho que su majestad posee un talento más bien escaso para actuar como lo haría un simple mortal, de modo que acabó siendo apresado por hombres del duque Leopoldo. Desde ese momento perdimos su pista, y ahora no tenemos idea de dónde se encuentra. Sin embargo, nuestros espías han interceptado una copia de una carta fechada el mes pasado, y enviada por el emperador al rey Felipe de Francia, en la que alardea de haber capturado al mismísimo rey Ricardo.

Walter rebuscó entre una pila de documentos colocados sobre la mesa que tenía

frente a él, y extrajo un pergamino enrollado. Lo desplegó y leyó:

—«Dado que nuestra Imperial Majestad no duda de que vuestra Real Alteza se complacerá en todas las providencias de Dios que nos exaltan a nos y a nuestro Imperio, hemos considerado adecuado informaros de lo ocurrido a Ricardo, rey de Inglaterra, enemigo de nuestro Imperio y provocador de disturbios en nuestros reinos, cuando cruzaba los mares de regreso a sus dominios...»

La carta explicaba lo mismo que Walter acababa de contarnos, y concluía así:

—«Nuestro muy amado primo Leopoldo, duque de Austria, capturó al rey en una casa de mala reputación cerca de Viena. Ahora está en nuestro poder. Sabemos que esta noticia os llenará de felicidad».

—¡Apuesto a que sí! —exclamó Hugh de Puiset, un hombre bajo, nervioso e inquieto, que parecía demasiado excitable para ser un obispo—. ¡Debe de ser el hombre más feliz de la cristiandad! Y habréis observado que no hay alusión ni mención alguna al hecho de que los alemanes están violando la Tregua de Dios que protege a todos los caballeros cristianos que han luchado o luchan en Ultramar. Debemos protestar ante su santidad el papa, de inmediato: ¡la persona de un caballero que toma parte en una peregrinación santa, o que regresa de ella, así como todas sus tierras y propiedades, son sacrosantas! ¡Esto es un ultraje! ¡El emperador y el duque Leopoldo deben ser excomulgados sin tardanza!

Recordé las amenazas del templario a Robin, y me pregunté hasta qué punto le preocuparía a un emperador una excomunió; si Robin, un simple conde, podía permitirse ignorarla, ¿afectaría una sanción así a un gran monarca de Europa?

—Bueno, sí, por supuesto —dijo Walter, muy despacio—. La excomunió... sin duda, estamos trabajando ya con los prelados de su santidad para conseguirla. Pero ¿conseguiremos con esa sola acción traer de vuelta al rey Ricardo a nuestro lado? Lo dudo mucho.

—El problema real es Felipe de Francia —dijo Robin. Todos los presentes en la habitación le miraron. Su observación nos pareció muy extraña. Pero Walter de Coutances sonrió e hizo gestos de asentimiento a mi señor, que siguió hablando en medio de un silencio asombrado—: Tanto Enrique como Leopoldo necesitan plata, y algunos afirman que la necesitan hasta la desesperación. Pero el tesoro del rey Felipe está bien provisto; lo que quiere Felipe son tierras. Quiere Normandía; para ser exactos, quiere todas las posesiones del rey Ricardo al otro lado del Canal. Y ésta es su mejor opción para conseguirlas. Felipe puede muy bien intentar comprar a Ricardo a los alemanes, y luego forzar a nuestro rey a entregarle las tierras que posee en el continente.

Hubo una pausa mientras digeríamos las palabras de Robin.

—Ricardo nunca le cederá voluntariamente ninguna porción de su patrimonio. Ni un solo acre. Nunca, mientras conserve un soplo de aliento —dijo Leonor, con

firmeza.

—¿Y el príncipe Juan? —preguntó Robin—. Si Ricardo muriera, ¿cedería Normandía a Felipe a cambio de la corona inglesa?

Hubo un silencio incómodo, que nadie parecía dispuesto a romper. Juan era también hijo de Leonor, y nadie deseaba ofenderla con una expresión sincera de la opinión que nos merecía.

—¿Dónde se encuentra el príncipe ahora, a propósito? —preguntó Robin. Parecía decidido a insistir en algún punto que consideraba importante.

El silencio en la pequeña cámara real fue casi como una presencia física; una ausencia innatural de todo ruido. Finalmente, el arzobispo Walter dejó escapar un largo suspiro y dijo:

—Está en Londres por el momento, pero tenemos información de que ultima los preparativos para una visita a París.

—Ah —dijo Robin.



Robin y la reina Leonor y sus consejeros se reunieron varias veces en los días siguientes, pero como yo me sentía fuera de lugar entre personas tan importantes y sabias, y apenas podía contribuir a sus discusiones, pedí a Robin que me excusara de asistir a ellas. De modo que me quedé dando vueltas por los pasillos llenos de ecos de Westminster Hall, porque *Fantasma* era incapaz de soportar el menor peso sobre su pata herida y yo no poseía ninguna otra montura, a excepción de una mula vieja, un animal de carga inservible para cabalgar. Para combatir el aburrimiento, salí a explorar el área que rodeaba Westminster..., en barca.

Me había hecho amigo de un barquero local llamado Perkin, un tipo de nariz chata y pelo rojo más o menos de mi edad, que era el orgulloso propietario de un bote de cinco metros de largo. El agua no era mi elemento, y tenía amargos recuerdos de las travesías por mar durante la gran peregrinación, pero ser llevado corriente abajo por el Támesis era muy diferente, y la experiencia me pareció placentera. Con Perkin al manejo del largo remo que servía de timón, nos deslizábamos siguiendo la amplia curva que traza el río en ese lugar hasta la ciudad de Londres. Aquellos paseos me daban una gran sensación de serenidad: solo en el agua con mi nuevo amigo, y sin apenas más ruido que el suave batir del oleaje contra los costados de aquel bote y el grito agudo de las gaviotas, o en ocasiones el saludo amistoso de otro barquero que se cruzaba con nosotros, sentí que todas mis preocupaciones se diluían, arrastradas río abajo junto a Perkin y yo mismo por las aguas pardas del Támesis. También disfruté en su momento de la experiencia novedosa de contemplar la ciudad desde el agua, al pasar despacio frente a los muelles donde los barcos mercantes descargaban sus

productos, ropas y especias, y cestas de frutas exóticas; o de flotar suavemente más allá de los muros elevados de los grandes edificios de la ciudad, y de los mercados donde los pescadores voceaban sus capturas del día, hasta llegar al puente de piedra a medio construir en el que la corriente, al dividirse para pasar entre los grandes pilares de los ojos, se aceleraba en el centro del río, de modo que cruzamos el túnel oscuro a lomos de una ola de espuma verde envueltos en risas. Me gustaba mirar arriba hacia la bóveda de la arcada del puente, y contemplar la capilla dedicada a santo Tomás Becket en el centro de su estructura, mientras cruzábamos por debajo, hasta que Perkin me informó en voz baja de que algunas de las casetas de madera que sobresalían a un costado del puente eran letrinas, por lo que debía estar atento a evitar las inmundicias que caían de allí. Dábamos la vuelta, manejando Perkin y yo un remo cada uno, y remontábamos el río por la parte de aguas más tranquilas, junto a la orilla sur, donde el puente estaba aún sin construir, por delante del priorato de los agustinos de Southwark y la zona maloliente de aguas estancadas y bosques en miniatura de juncas, y luego embocábamos la curva por el lado más abierto hacia el pantano de Lambeth, para finalmente cruzar el río hasta Westminster.

Un día llevé a Goody con nosotros en el bote de Perkin, pensando que le divertiría pasar el día al aire libre y lejos de los cotilleos de las mujeres de la corte de la reina.

Fue una mala idea.

Mis sentimientos hacia Goody eran confusos en aquella época. Como la conocía desde que era una niña, tendía a olvidar que ahora era una mujer joven, y la trataba con la confianza ruda y la condescendencia que se emplean con una hermana pequeña. Aquella neblinosa mañana de febrero, cuando la llevé al bote de Perkin y la presenté al barquero, me pareció que se sentía incómoda, de mal humor y picajosa, y me di cuenta de que la punta de su nariz estaba enrojecida. Mucho después, se me ocurrió que debía de estar en sus días del mes. Al ayudarla a subir al bote se tambaleó un poco, y hube de sostenerla para que no cayera en las orillas embarradas del Támesis. Por accidente, lo juro por los huesos de Cristo, al echar mano a su cuerpo me encontré a mí mismo apretando sus pequeños pechos duros. Cuando recuperó el equilibrio y se encontró a salvo a bordo, me abofeteó, un golpe duro y punzante que me hizo zumbir los oídos. Me quedé atónito, sin habla. No había sido mi intención meterle mano de una manera lasciva, sólo intentaba evitarle un chapuzón en las aguas mugrientas del río.

—Ten quietas esas manazas de soldadote, Alan Dale —dijo en tono severo mientras tomaba asiento y se acomodaba las faldas, en la proa del bote—. Ya me han advertido de esta clase de cosas: los hombres vuelven de la guerra con sólo una idea en la cabeza. No sé qué clase de pindongas te habrás encontrado en tus viajes a oriente, pero ahora estás en tierra de cristianos, y aquí no es tan fácil toquetear a una

dama sólo por darte el gusto.

Perkin se echó a reír con tantas ganas que casi se cayó por la borda. Yo enrojecí de rabia impotente, y de esta guisa tomé asiento en el centro del bote, silencioso, furibundo. En ese momento, me habría hecho feliz tirarla al barro de un empujón. Apreté los dientes y fijé la vista en la lejana orilla de Lambeth, simulando que observaba a una garza que revoloteaba cansina sobre una franja de terreno pantanoso. Podía haberlo tomado a broma, o disculparme, pero no lo hice, y zarpamos en un silencio incómodo y hostil.

Había elegido un mal día para contemplar Londres desde el río; mientras nos deslizábamos corriente abajo, un banco de niebla empezó a ascender por el Támesis desde el mar lejano. Muy pronto apenas podíamos ver más allá de la proa del bote, y la ciudad se hizo invisible para nosotros, a excepción de algunas ojeadas fugaces a través de la cortina húmeda y gris de la niebla.

—Atento a la presencia de otras embarcaciones, colega —me dijo Perkin—. Más de un buen hombre se ha ahogado después de una colisión inesperada en medio del río.

Con la intención de hacer un chiste, pero seguramente también, en el fondo del fondo de mí mismo, como una venganza ruin, dije:

—Los demás botes no tendrán ninguna dificultad para vernos —sonreí a Goody—, ¡con ese grano enorme que reluce como una luminaria en medio de la nariz de mi dama! ¡Ja, ja!

Sólo quería alegrar la atmósfera. Para ser sincero, Goody sólo tenía un minúsculo punto rosado, pero me di cuenta de que mi broma la había herido..., y mucho. Goody se encogió como si yo la hubiera golpeado, su mano voló a la cara para ocultar el grano, y para mi asombro rompió a llorar, a sollozar y a resoplar, tapándose la cara bañada en lágrimas. Otra vez me quedé sin habla; había visto a esa misma chica apuñalar en una ocasión a un loco peligroso en el ojo con una daga, y al hacerlo me salvó la vida, ¿cómo podía echarse a llorar por una broma tonta de un viejo amigo? Sentí de inmediato el deseo de acercarme a la proa y rodearla con mi brazo para consolarla, pero temí que pensara que sólo quería toquetearla otra vez. Así que no me moví. Sólo refunfuñé:

—¿Os encontráis bien, mi señora? ¿Hay algo que pueda hacer por vos?

Pero esas palabras sólo la hicieron llorar con más fuerza.

Seguimos río abajo, con Goody sollozando en silencio, yo sintiéndome torpe e inútil, y Perkin mudo por la incomodidad de ser testigo del enfado de sus dos pasajeros. Después de un intervalo prudente, me volví a Perkin y le dije en tono brusco:

—Bueno, no vamos a ver gran cosa hoy, marinero, ¿damos media vuelta? —Luego me volví hacia la proa y añadí—: ¿Goody?

Ella hizo un gesto de asentimiento, pero no dijo nada; su carita estaba aún surcada por las lágrimas, roja y congestionada.

Remamos de regreso a Westminster, con Goody y yo mismo en un estado de tristeza abyecta. Yo no podía esperar a salir del bote para ocultar mi vergüenza. ¿Qué le pasaba a aquella chica, estaba enferma? ¿Por qué no me lo contaba? Cuando amarramos el bote a un poste, ofrecí mi mano a Goody para ayudarla a bajar a tierra, pero ella ignoró mi brazo, saltó torpemente al muelle de tablas y, sin más palabras, sin esperar a que la escoltase, echó a correr a toda prisa y se perdió en la niebla matinal en dirección al refugio de los aposentos de las mujeres, en Westminster Hall.

Yo me había vuelto ya hacia Perkin para pagarle el paseo en barca cuando, por el rabillo del ojo, vi dos figuras entre los paseantes que circulaban por el muelle que despertaron en mí algún recuerdo remoto. Allí, a menos de veinte metros de distancia, vi a un hombre alto y muy delgado junto a otro bajo y grueso. Me resultaron familiares, pero ¿dónde les había visto con anterioridad? Antes de poder precisarlo, los dos hombres desaparecieron en la espesa niebla del río, y yo olvidé su presencia en mis prisas por compensar mi torpeza con Goody pagando de más a Perkin.

Capítulo VI

Pasé todo el día furioso conmigo mismo por haber hecho llorar a Goody; yo la quería mucho, después de todo. Y, tal vez por ello, de forma imprudente, acepté una invitación de Bernard a tomar un trago aquella noche. Mi viejo maestro de viola me llevó a una taberna junto al río, bajo el cartel del Jabalí Azul, donde, según dijo, el vino era caro pero las mozas baratas. El lugar era horrible, una gran sala de techo bajo con manchas de grasa en el suelo y un fuego encendido en un hogar central de ladrillo. En un mostrador largo situado contra la pared, el propietario manipulaba barriles de vino y cerveza, e hizo una pausa para servirnos unas frascas rebosantes de espuma de un vino verde alemán, entre pase y pase de un paño mugriento por la superficie grasienta de las jarras de peltre de un estante. Dos muchachas despeinadas, de pecho abundante y vestidas únicamente con camisas ligeras y poco decorosas, trajeron la bebida a nuestra mesa, con un plato de pan seco, fiambre de puerco y pepinillos. Yo no sentía ninguna clase de apetito por las mujeres ni por la comida, pero bebí con una convicción sincera, buscando olvidar lo ocurrido y borrar el sentimiento de vergüenza con largos tragos de aquel vino del Rin sorprendentemente bueno que nos había servido el tabernero.

Bernard iba vestido de sedas relucientes y parecía estar en excelente forma. Ocurrente, con la nariz encendida por el vino, me habló de una nueva obra que estaba componiendo; he olvidado los detalles, pero me aseguró que iba a deslumbrar a las mansiones nobles de Europa con la belleza exquisita de su música y sus rimas prodigiosamente ingeniosas. Insistió en cantarme algunos fragmentos, y pidió de malos modos silencio a los dos o tres restantes bebedores presentes en la taberna: forasteros, por supuesto, hombres toscos que, a juzgar por las miradas que nos dirigieron, no aguantarían con paciencia que un petimetre borrachín les ordenara estar callados mientras él cantaba dando palmadas sobre el tablero de la mesa para marcar el ritmo. Comenté que era una composición bastante decente, pero Bernard pareció decepcionado por mi respuesta. Entonces empezó a contarme sus lances amorosos con las damas de la corte de la reina Leonor: eran muchos y muy complicados.

Me quedó claro, al escuchar presumir y mentir de forma escandalosa a mi amigo, que estaba pasando la mejor época de su vida como *trouvère* de Leonor. Sin embargo, mi malhumor era tan acusado que sólo fui capaz de responder a la cháchara brillante de Bernard con gruñidos y cabezadas. Debí de ser una compañía lamentable, pero él

no se lo tomó a mal. Durante un rato, dejé de escucharle por completo, y al mirar a mi alrededor en aquella taberna cochambrosa llamó mi atención un hombre grueso de pelo negro que mascullaba algo para sus adentros y nos dedicaba miradas venenosas mientras bebía, de pie en un rincón, con su cerveza en una jarra de litro.

Aparté mi mirada del hombre y me volví hacia Bernard, que en aquel momento decía:

—... Y cuando el pobre villano se quejó de lo pesada que era la carga de un padre y pidió compensación por la virginidad perdida de su hija, el príncipe Juan lo encadenó en una mazmorra y lo revistió con una túnica de plomo. Cuando se ajustó aquella pesada lámina de metal al cuello del hombre, y sabiendo que la túnica lo aplastaría poco a poco hasta matarlo, el príncipe Juan comentó: «¡Ésa sí que es carga para un padre!». Todos lo encontraron muy ingenioso..., ¡bueno, todos excepto el pobre hombre cargado con cien libras de plomo alrededor del cuello!

Bernard rio como un lunático, dándose palmadas en la rodilla, y pidió otra jarra de vino.

Al poco rato, al darse cuenta de que ni siquiera sus historias más divertidas conseguían levantarme el ánimo, mi amigo desapareció en una habitación trasera con una de las despeinadas. Yo acabé mi vino, y empezaba a pensar en pedir la cuenta al tabernero e irme a la cama cuando, al levantar la vista desde mi taburete, me topé con el hombre grueso de pelo negro que me miraba de arriba abajo; llevaba un garrote de madera de roble colocado al desgaire sobre el hombro poderoso, que balanceaba ligeramente.

—No me gustas —dijo, y frunció el entrecejo. Tenía un marcado acento del sur, y era evidente que estaba muy borracho—. No me gustas lo más mínimo, ni tampoco tu amigo, ni ninguno de vuestra ralea —continuó—. Músicos, *trouvères* o como sea que os llaméis..., no sois más que vagabundos que vendéis cancioncillas vulgares, maricas melindrosos que laméis el culo a cualquier señor que quiera escuchar vuestra maldita basura.

El tabernero lo llamó desde el estante de las jarras, donde estaba dando brillo a un tanque metálico:

—Compórtate, Tom. Deja en paz al caballero músico. No queremos jaleos aquí.

El hombre grueso, que se llamaba Tom, al parecer, lo ignoró.

—No me gustas... —empezó otra vez. Yo tenía ya más que suficiente.

—¿Sabes una cosa? No creo que me importe una mierda lo que pueda o no gustarte —dije, mirándolo a los ojos—. De modo que, ¿por qué no te apartas de mi vista y te buscas un cerdo para que te folle..., uno que no sea muy remilgado sobre a quién se lleva a la cama?

Tom se inclinó más sobre mí, y su enorme bulto casi oscureció la escasa luz de aquel antro cochambroso.

—Escúchame, mariquita...

Y yo pensé: «Sí, esto servirá. Esto es lo que he querido toda la noche».

Mi espada estaba con el resto de mis pertenencias, en Westminster Hall, pero conservaba la misericordia oculta en la bota. De hecho, tampoco la necesité. Me limité a impulsarme hacia arriba, utilizando toda la potencia de mis piernas jóvenes, y disparado con la fuerza de un ariete mi cráneo fue a golpear su barbilla con una fuerza demoledora. Tom se tambaleó hacia atrás y yo, ya erguido, pivoté sobre las puntas de los pies y proyecté la cabeza hacia delante en un arco breve y preciso para aplastar su nariz con un segundo testarazo decisivo. Mi frente impactó en su cara como una piedra aplasta una rebanada de pan reciente. Perdió el equilibrio y cayó, escupiendo sangre y dientes, con una mirada de incomprensión aturdida en su fea carota, y yo solté un puntapié con mi bota derecha que fue a darle de pleno en la ingle. Se dobló sobre sí mismo, con un gemido de agonía. Di un paso atrás, levanté el taburete en el que había estado sentado y partí el pesado disco de madera en su cabeza. Se venció hacia delante como un árbol cortado, y se estrelló contra el suelo, en el que quedó tendido como un bulto inerme en medio de la suciedad, sangrando en silencio pero copiosamente por una brecha abierta en el cuero cabelludo.

Al levantar la vista, me di cuenta de que el tabernero me miraba boquiabierto. Intenté controlar el temblor de mis manos por mi repentino acceso de ira, busqué en la bolsa que colgaba de mi cinto y puse un puñado de monedas sobre el mostrador.

—Esto es por el vino y por el taburete —dije volviéndome hacia la puerta—. Y será mejor que le dé a ese buey un buen trago de cerveza cuando se despierte.



Pensé que una noche de borrachera y jarana me harían sentir mejor acerca de Goody, pero no fue así. Al día siguiente, desperté con jaqueca y un profundo sentimiento de culpa. Esperé no haber matado al tal Tom en la pelea de la noche anterior. No merecía morir sólo por ser un patoso borracho.

Mencioné el asunto del bote con Goody a Marian aquel día, con la esperanza de que, como mujer que era, pudiera arreglar las cosas con mi joven amiga.

—Yo de ti no me preocuparía demasiado —dijo la condesa de Locksley, mientras compartíamos una cena fría en sus aposentos. Me había llamado para que cantara para ella, mientras Robin seguía reunido con la reina discutiendo la suerte del rey Ricardo. Marian tuvo que darse cuenta de que mi corazón estaba lejos de la música porque, después de haber ejecutado algunas de las *cansós* favoritas de mi repertorio, me invitó a dejar a un lado mi viola y a sentarme a su lado para cenar.

—Las muchachas de su edad pasan por una época difícil, entre la infancia y el florecimiento pleno como mujeres —me dijo—. Ya debería estar casada a estas

alturas, la verdad, y tener niños que atender, pero como no posee ni tierras ni dinero, le resulta difícil atraer a pretendientes de valía.

—Pero es hermosa de verdad, tiene una cara preciosa... Seguro que hay muchos hombres interesados en ella —dije yo.

Marian me miró de reojo.

—Podrías componer una canción para ella —dijo—; al menos, si quieres que te perdone. Estoy segura de que le gustará, y sería una bonita manera de expresarle cuánto sientes lo ocurrido.

Pensé en ello, y me pareció una buena idea.

—Lo haré —dije—, pero...

Y en ese momento, la puerta de la estancia se abrió y un torbellino de pura energía sostenido por dos piernas rechonchas irrumpió a la carrera y se precipitó en línea recta sobre Marian con gritos alegres de «*Maman!*», perseguido por una nodriza de cara colorada.

—Siento tanto molestarla, señora —dijo ésta sin aliento—, pero se ha escapado mientras yo buscaba en el baúl de la ropa.

—No hay problema, Ysmay —dijo Marian, y aupó al pequeño Hugh a sus brazos, le acarició los cabellos negros y plantó un beso en su mejilla suave y pálida. Yo me levanté de mi escabel, y estaba a punto de excusarme y salir cuando la condesa me detuvo:

—Alan, ¿te parece..., cuando el tiempo mejore..., podrías arreglar las cosas para que Hugh y yo misma diéramos un paseo en barca por el río, contigo? No mucha gente, sólo unos pocos de nosotros. Tal vez tu amigo Perkin sería el más indicado...

Le dije que sería un placer organizarlo, hice una profunda reverencia y salí de la habitación.



Tuve algo de suerte, y el día que elegí para la excursión en barca con Marian amaneció claro y soleado, y sorprendentemente cálido, casi primaveral a pesar de que estábamos aún a mediados de febrero. Nuestro grupo estaba formado por la condesa, el pequeño Hugh y su nodriza Ysmay, yo mismo, Perkin, y Tuck en su condición de capellán personal de Marian. Tuck se empeñó en cargar con una cruz de madera tan alta como él mismo. La cruz, además de símbolo sagrado y emblema de su oficio, le servía a mi corpulento amigo de bastón en el que apoyarse, ahora que estaba ya bien entrado en la edad mediana..., aunque no le gustaba que los jóvenes se lo recordáramos.

Yo hablé con el obispo de Londres, un hombre amable llamado Richard FitzNeal, que había acudido a Westminster con la intención de ofrecer consejo a la reina en

aquella época de crisis, y le pedí en nombre de la condesa permiso para visitar su mansión de Fulham, pocos kilómetros río arriba. Se decía que los jardines eran de una belleza extraordinaria, y yo pensé que Marian disfrutaría viéndolos. El obispo Richard era un hombre espléndido, de más de sesenta años de edad pero aún vigoroso, y muy culto (su libro sobre la administración del reino era muy elogiado), y se sintió feliz al ofrecernos su mansión.

—Por supuesto, querido muchacho, por supuesto —dijo—. Avisaré con tiempo para asegurarme de que todo esté preparado a vuestra llegada. ¿No le gustaría a la condesa quedarse allí unos días? Yo estoy ocupado aquí con la reina, pero si a ella le apetece apartarse por un tiempo de la vida de la corte, en Fulham será bienvenida, durante semanas si ése es su deseo; hay montones de habitaciones, y nadie para ocuparlas salvo los criados...

Insistí al buen obispo en que sólo iríamos a pasar el día, el martes próximo, pero su generosidad me conmovió. Lo dejé dando órdenes a sus secretarios para que su gente en Fulham preparara a nuestra llegada un almuerzo succulento y los mejores vinos. Marian era muy popular en Westminster; su belleza, su encanto y, añadirían los cínicos, su amistad íntima con la reina Leonor, la habían convertido en el objeto de la adoración de toda la corte. Y al parecer, ni siquiera los obispos ancianos eran inmunes a sus gracias.

El bote estaba lleno hasta los topes cuando Perkin se apartó del pequeño embarcadero y él y yo ocupamos nuestros lugares a los remos. Era una tarea dura; mover todo el peso del bote cargado contra la corriente exigía una buena dosis de músculo y sudor por parte de mi amigo el chato y de mí mismo, pero yo era joven y fuerte entonces, y no me importó tener que remar río arriba. Eso haría más placentero el viaje de vuelta al atardecer, repletos de las viandas y el buen vino del obispo, cuando sólo tendríamos que dejarnos llevar por la corriente hasta Westminster, con el mínimo esfuerzo.

De modo que manejaba el largo remo de madera de pino vuelto hacia atrás, procurando sincronizar mi palada con la de Perkin, sentado a mi izquierda, cuando Perkin me alertó de la presencia de un pequeño barco negro. Mientras remábamos despacio por el río, en dirección sur en ese punto, Perkin se volvió hacia mí, me señaló con un ademán una forma oscura y baja situada detrás de nosotros y a un lado, en la misma parte este del río pero más cerca de la orilla, y me dijo en voz baja:

—Ese mamón se mueve de una forma muy rara. Va demasiado despacio para un barco de ese tamaño. Tiene que tener por lo menos diez remeros, pero no nos adelanta.

Tenía razón; aquel barco pequeño, bajo, con las bordas forradas de planchas metálicas y los costados ennegrecidos con brea, de un solo palo pero sin izar trapo de ninguna clase, iba propulsado por cinco remeros a cada lado, y sin embargo avanzaba

a la misma velocidad que nosotros. De hecho, se diría que nos estaba acechando.

Al principio sentí sólo mera curiosidad, pero cuando hubo pasado media hora empecé a alarmarme. El río había girado hacia el oeste, y ahora nos encontrábamos muy cerca de la orilla norte, pero el barco negro seguía detrás de nosotros. Y la coincidencia era más evidente aún por la razón de que aquel día soleado y en aquella parte del río había muy poco tráfico acuático.

Estaba seguro ahora de que aquel barco nos seguía, y tan pronto como llegué a esa conclusión, el barco empezó a adquirir más velocidad y se acercó a nosotros por el lado más próximo a la orilla. Maldije mi decisión de no alquilar un bote más grande para nuestra excursión, porque en el pequeño esquife de Perkin no había sitio para una escolta mayor, y los únicos hombres a bordo en disposición de luchar éramos Tuck y yo mismo, aunque supuse que Perkin sabría desenvolverse en una situación crítica, pues llevaba una daga larga de aspecto impresionante colgada al cinto.

Volví la vista hacia Perkin, y me pareció que los dos habíamos tenido la misma idea al mismo tiempo. El joven barquero murmuró:

—Piratas de río. ¡Dios maldiga sus almas negras!

Yo estaba demasiado ocupado en remar con todas mis fuerzas y no pude responderle. Pero a pesar de nuestros esfuerzos, estábamos perdiendo la carrera.

El barco negro estaba ahora casi a nuestra altura, y se había colocado entre nuestro esquife y la orilla norte del Támesis, a un centenar de pasos del lugar donde se extendía a lo largo de la ribera la pequeña aldea de Chelsea desde la que el viento traía hacia nosotros el humo que salía de las chimeneas de docenas de cocinas. En la proa del barco negro pude ver agachados a más de media docena de hombres de aspecto fiero armados con espadas, bastones y lanzas, vestidos de cuero grasiento y con armaduras también de cuero, pero sin emblemas que anunciaran a quién servían. Nos miraban relamiéndose. Perkin y yo afianzamos los pies en las costillas de madera del suelo del bote y redoblamos el trabajo de los músculos de nuestras espaldas y nuestros brazos. El río giró de nuevo hacia el sur en ese punto, e intentamos cruzar hacia el otro lado, a un área pantanosa en la que se alzaba un pueblo llamado Battersea, en una pequeña isla.

El río tenía unos seiscientos metros de anchura en ese punto, y con la ayuda de Dios, si remábamos con todas nuestras fuerzas, esperaba poder llegar a las marismas salvajes de la orilla sur, y una vez allí intentar despistar a nuestros perseguidores o encontrar un escondite. Lo habríamos conseguido, además, de no ser por un factor: el viento. Soplabo directamente del norte y, cuando nosotros, en nuestro pequeño bote de remos, pusimos la proa hacia el sur, el barco negro izó una mugrienta vela blanca y sus remeros aumentaron el ritmo y viraron hacia el sur para seguirnos.

El barco se lanzó hacia nosotros con rapidez, cortando el agua como un gran pez

oscuro. A pesar de que Perkin y yo forzamos al máximo nuestros músculos, no hubo manera de escapar. La charla alegre del bote había cesado, y todas las miradas estaban ahora fijas en nuestros perseguidores.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Marian con un hilo de voz, pero tranquila. Abrazaba al pequeño Hugh contra su seno.

—No lo sé, mi señora, pero al parecer vienen a por nosotros.

El barco negro estaba ya a menos de treinta metros de distancia y se acercaba cada vez más: los remos moviéndose al unísono, la vela henchida. La orilla sur distaba aún sus buenos ciento cincuenta metros; de hecho, estábamos plantados en medio del río. No había forma de dejar atrás al barco negro, de modo que dejé mi remo a Perkin, me puse en pie, me dirigí tambaleante hasta la popa del bote y desenvainé mi espada. Oí a Tuck venir detrás de mí, y pronto noté su mole tranquilizadora a mi lado. Perkin sujetaba su remo con las dos manos, jadeante, y el bote empezó a deslizarse con suavidad a favor de la corriente del río. Al acercarse el barco negro, observé a la media docena de rufianes apiñados en la proa: todos aquellos bastardos grandes y feos me sonreían. Uno de ellos incluso se estaba relamiendo.

Tuck levantó su pesada cruz de madera en la mano derecha extendida hacia el barco negro, como para detener el mal.

—¿Quiénes sois? —tronó a través del agua—. ¿Por qué molestáis a buenos cristianos que van pacíficamente a sus asuntos?

—Traemos una invitación para lady Marian y su hijo —dijo un bruto gordo de barba gris, armado con una espada herrumbrosa: era el que se relamía—. Está invitada a una corta estancia en la mansión de un noble amigo nuestro. Pasádnosla a ella y a su hijo y os dejaremos ir en paz. Os lo prometo.

—Ponle tan sólo un dedo encima y te haré picadillo el hígado para alimentar con él a los peces —le dije con toda la calma que me fue posible, aunque mi corazón se había disparado—. Eso es lo que te prometo yo.

Era muy consciente del hecho de que no llevaba armadura, sino sólo una delgada túnica de lana y el manto, ceñido con el cinto de la espada. Pero tenía un arma en cada mano, la espada en la derecha y la misericordia en la izquierda, y estaba decidido a enviar a alguno de aquellos bastardos al infierno antes de que se acercaran siquiera un palmo más a mi señora.

A mi espalda, oí decir a Marian:

—Alan, quizá si pudiéramos hablar...

Pero no hubo tiempo para más palabras. El barco negro saltó adelante movido por la fuerza de sus remeros, y fue a topar con el costado de nuestro bote, que a punto estuvo de zozobrar. Volaron por el aire los ganchos de abordaje, mordieron en la borda de nuestro esquife, fueron tensados y aguantaron el tirón. Barba gris no perdió

el tiempo; saltó desde su proa, apuntando con su espada a mi cabeza. Aterrizó con estruendo en el asiento de popa del bote de Perkin, y lanzó una estocada; yo me agaché justo a tiempo, mientras la hoja de acero pasaba silbando por encima de mi cabeza desprotegida. Di un paso adelante; mientras él trataba de recuperar el equilibrio después del salto, y le asesté un golpe circular de costado desde la izquierda, de modo que la punta triangular de la misericordia penetró profundamente por entre sus costillas hasta perforar el pulmón. Aulló de dolor, y yo acompañé el primer golpe con otro en la cara con la empuñadura de mi espada, que le aplastó labios y dientes. Dejó caer su espada y cayó hacia atrás a su propio barco con un grito de rabia, escupiendo sangre, pero no tuve tiempo de ver qué pasaba con él después. Una lanza se proyectó con fuerza contra mi cara y yo me agaché hacia un lado, dejando pasar la punta por encima de mi hombro, y golpeé de arriba abajo con mi espada el brazo del lancero, de modo que desgajé el miembro en dos a la altura del codo.

A mi lado, Tuck hacía el vacío a su alrededor con grandes golpes circulares de la pesada cruz. El travesaño alcanzó a uno de los piratas en la sien, le aplastó el ojo y lo mandó al río con un grito agudo, casi de pájaro. Otro hombre saltó desde el barco negro blandiendo un hacha de doble cabeza. Tuck paró el golpe del hacha con el travesaño de su cruz, pero la hoja partió por la mitad la dura y vieja madera, y dejó al veterano monje simplemente con un bastón grueso en las manos. Yo salté adelante, agachado para evitar el voleo salvaje del hacha, y le rebané el cuello con mi espada, pero con tan mala fortuna que cayó sobre mí al morir, y me derribó al suelo del bote. Empujé a un lado su cuerpo ensangrentado, pero nuestras piernas habían quedado enlazadas, y vi con horror que más enemigos saltaban a bordo y rodeaban a Marian y a Hugh en el otro extremo del bote.

Pude ver cómo Perkin atizaba a un asaltante en el hombro con su remo, y luego soltarlo, sacar su daga y hundirla en el vientre de otro hombre, pero un garrote enarbolado por un pirata le alcanzó en la nuca y se derrumbó de inmediato, doblando las piernas, en el fondo del bote. Marian estaba rodeada por un círculo de hombres. Un individuo de barba larga la golpeó con fuerza en la sien con su puño revestido de acero, haciéndola caer de rodillas sin sentido, y vi que el pequeño Hugh era izado, lloroso y pataleando, por encima de la refriega, pasado luego sobre las cabezas de los hombres colocados en círculo alrededor de Ysmay, y llevado en volandas hasta el barco negro. Lancé una maldición, luché por ponerme en pie y me lancé de nuevo a la lucha, pero mi espada se vio frenada por un asaltante alto de largos mostachos, y mientras yo fintaba y tajaba desesperadamente, él daba pruebas de una pericia poco común al parar mis estocadas, me di cuenta de que el resto de los piratas abandonaban el bote, muchos de ellos señalados y sangrando; soltaron los ganchos de abordaje y saltaron a la cubierta de su propio barco. Finté abajo hacia la inglete del

hombre del mostacho con mi espada, avancé un paso, tracé un círculo completo alrededor de su guardia y asesté la misericordia en su oído izquierdo, de través, en un golpe duro que alcanzó el cerebro. Los únicos piratas que quedaban a bordo de nuestro pequeño bote eran ahora cadáveres.

Cinco metros de agua parda nos separaban ya del barco negro, que se alejaba con rapidez, mientras nuestros enemigos se burlaban y agitaban sus armas contra nosotros. Me agaché para evitar una lanza esgrimida contra mi cabeza. Cuando me erguí de nuevo, vi que era la única persona que aún se mantenía de pie en nuestro bote. Perkin estaba inconsciente, tendido en un charco de sangre en los imbornales; Ysmay, la nodriza, estaba muerta, acuchillada cuando intentaba proteger al niño; su pequeña mano cortada había quedado sobre el banco de los remos en un charco de sangre negra, como un delicado cangrejo blanco. Marian estaba caída en la proa, pero por el movimiento de su pecho vi que aún respiraba, Dios sea loado. Tuck había recibido un tajo en el brazo, que había cortado los grandes músculos que se encuentran allí. Sólo yo estaba ileso.

Seguí con la mirada el barco negro que se alejaba con rapidez, y levanté mi espada empapada en sangre, señalando amenazador en su dirección, y recé en silencio porque Dios me permitiera algún día tomarme la venganza sobre ellos. En respuesta, uno de los piratas levantó un pequeño bulto de cabellos negros que gritaba furioso y pataleaba el aire con sus robustas piernecitas. Vi con toda claridad los zapatos azules de piel de cabrito de sus pies. Era Hugh. Yo era el responsable de la pérdida del hijo único de mi señora, heredero del condado de Locksley.

Y entonces una idea percutió en mi mente con la fuerza de la coza de una mula furiosa: yo y sólo yo tendría que dar la noticia a Robin.

Capítulo VII

—**¿D**ices que lo sientes? ¡¿Que lo sientes?! ¡Te llevaste a mi mujer y a mi hijo a una excursión infantil, lejos de la seguridad de Westminster Hall y de nuestros hombres, sin protección de ninguna clase, sin un solo hombre de armas! — La voz de Robin era un látigo helado—. Y ahora mi mujer está sin sentido por un golpe, su nodriza muerta y mi hijo secuestrado. Y tú vienes aquí a decirme que lo sientes.

Los ojos de Robin relucían como un cuchillo alzado en la oscuridad. Me pregunté si me iba a matar en el acto o si meditaba torturas terribles para prolongar mi agonía.

—No había sitio para más gente en el bote —murmuré—. Pensé que no corríamos peligro. Nadie sabía adónde íbamos...

No pude seguir defendiéndome. Miré a Robin, su rostro pálido y sin expresión y sus ojos llameantes, y no supe encontrar más palabras. No había excusa; mía era toda la culpa por la pérdida de Hugh, y yo sólo podía esperar que mi muerte fuera rápida.

—¿Nadie sabía adónde ibais? La mitad de Westminster estaba enterada de vuestra excursión; cuando hablaste con el obispo de Londres, era como si pusieras por escrito el itinerario y lo clavaras en las puertas de la abadía...

Robin hizo una pausa y tragó una gran bocanada de aire:

—Sólo... sólo te pido que te vayas. ¡Largo! No quiero ponerte la vista encima.

Dio media vuelta, frotándose las cejas con la base de la palma de las manos.

Esbocé una rápida reverencia y retrocedí a toda prisa, mientras el alivio invadía mi corazón. Por lo menos seguía vivo..., de momento.

Tuck se mostró comprensivo cuando le conté cómo había sido abroncado en público por mi señor.

—Ha sido voluntad de Dios, desde luego; siempre es la voluntad de Dios —dijo mi obeso y viejo amigo mientras yo le ayudaba a vendarse el brazo herido en la enfermería de la abadía de Westminster—. En cierto sentido, podrías decir que no ha sido culpa tuya en absoluto..., aunque no te recomiendo que se lo digas así a Robin en estos momentos. Dios quería que el pequeño Hugh fuera capturado, porque de otro modo Él no habría permitido que sucediera. Es así de sencillo. Y Él ha querido que yo recibiera esta herida, porque de otro modo no habría ocurrido.

Envidié la profunda fe de Tuck; siempre mantenía la serenidad, ponía toda su confianza en el Señor y dejaba que el mundo fuera allá donde Dios deseaba. No es

que fuera una persona pasiva; siempre hacía y decía lo que creía justo, sin miedo, pero no se perturbaba lo más mínimo cuando las cosas se ponían en su contra, o cuando algún otro sufría un revés. Estaba totalmente convencido de la existencia de un plan divino, y aunque no sabía qué papel le tocaba desempeñar a él en ese plan, se sentía satisfecho al abandonarse a la voluntad del Todopoderoso.

Mi propia fe se había sentido conmovida por la carnicería inútil que había presenciado en Tierra Santa, por la muerte de hombres buenos sin buenas razones. No podía creer que un Dios misericordioso permitiera que sucedieran aquellas cosas tan horribles. Pero sucedieron. Y mientras Tuck decía que todo formaba parte de un plan, yo me preguntaba a veces, en lo más profundo de mi corazón, y sin duda me condenaré por haber consentido esos pensamientos, si de verdad Dios se interesaba mucho por el destino de la humanidad. Puede que sea el diablo quien gobierna el mundo, y Dios es incapaz, o demasiado indiferente, para poner freno a sus obras.

No hace falta decir que no expresé esos pensamientos heréticos delante de Tuck. Me limité a pedirle que me oyera en confesión, para recibir así el consuelo que sólo puede proporcionar un ritual bien consolidado. Fuimos a la iglesia de Saint Peter de la abadía y, arrodillado delante de él sobre el frío suelo de piedra, le hablé de todas las personas a las que había dado muerte en Ultramar, a sangre fría o en caliente; y del mal que había visto hacer, y de las cosas malas que yo mismo había hecho. Le hablé, postrado de rodillas y suplicando humildemente a Dios que me perdonara, de un muchacho que tenía a mi servicio al que maté, y por qué lo hice; de una hermosa esclava árabe a la que creí amar, y con la que cometí muchos pecados carnales. Se llamaba Nur y era la muchacha más hermosa que jamás había visto. Pero mi enemigo, un hombre malvado de nombre Malbête, la raptó y, para castigarme, le cortó la nariz, los labios y las orejas, y arruinó para siempre su maravillosa belleza. Pero tal vez mi pecado fue mayor que el de Malbête, porque dije a Nur que la amaba, y le prometí que la amaría siempre y la protegería; y sin embargo, sin embargo... Todavía me cuesta admitirlo: cuando Malbête la despojó de su belleza, me di cuenta de que ya no la amaba, de que jamás podría volver a amarla como había prometido. Y así, ella me dejó, apartó de mí su pobre rostro desfigurado y fue a esconderse del mundo, llena de vergüenza.

Luego le hablé a Tuck de un hombre bueno, un noble, un amigo al que vi caer acuchillado por unos ladrones..., y al que nunca vengué: nunca castigué a su asesino. Porque el asesino de ese hombre bueno había sido Robin, mi señor.

Y Tuck me absolvió de todos esos pecados, librando mi corazón de un peso terrible, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.



Al día siguiente, al atardecer, Robin nos convocó a Tuck y a mí a una cámara privada adyacente a Westminster Hall. Aunque se mostró frío conmigo, me pareció que había conseguido apagar su furia del día anterior. No nos recibió solo: la reina Leonor de Aquitania estaba sentada en un rincón de la sala, en un gran trono, y a su lado el leal arzobispo de Ruán, Walter de Coutances, en un sitial algo más pequeño. Había dos clérigos más en la habitación, los rostros en sombra, vestidos con los hábitos blancos de los monjes cistercienses, de pie y en silencio junto a la pared más alejada, y un puñado de sirvientes y secretarios que se afanaban de un lado a otro con rollos de pergaminos.

Robin fue directamente al asunto.

—Estos dos caballeros son los abades de los grandes monasterios cistercienses de Boxley y Robertsbridge; son hombres de Dios, hombres de paz y no de guerra —dijo, mirándonos directamente a Tuck y a mí—. La reina les ha elegido para que viajen a Alemania en busca del rey Ricardo, y traten de entrar en contacto con él. El padre Tuck debía acompañarles en ese difícil y posiblemente peligroso viaje, en el papel de representante mío y también para ofrecerles alguna clase de protección física contra vagabundos, proscritos, salteadores de caminos y gente parecida.

Robin dijo aquellas palabras con una seriedad perfecta. Pocos años antes, dos pacíficos abades habrían sido exactamente la clase de viajeros que él habría asaltado de haber sido lo bastante imprudentes de aventurarse en el bosque de Sherwood. Oí a la reina Leonor reprimir una risita divertida al oír las palabras de Robin. Yo guardé un silencio prudente.

—Puesto que el padre Tuck está herido —siguió diciendo Robin, dirigiéndose a mí en tono severo—, y dado que tú eres el responsable de sus heridas, se ha decidido que dentro de tres días acompañes a estos venerables abades a Alemania, y que cuides de que no les ocurra ningún daño. —Me miró con sus ojos fríos de un gris plateado—. Hablo mortalmente en serio, Alan: esta misión es de la mayor importancia para el reino. No debes correr ningún riesgo innecesario con las vidas de estos hombres santos.

Admito que quedé sorprendido. Había esperado alguna clase de castigo, pero al parecer, en lugar de castigarme me enviaban a una delicada misión. Me sentí excitado, y en cierta forma halagado. Era una aventura: cruzaría medio mundo en busca de mi rey. Procuré no mostrar mi alegría al acercarme a los dos abades y besar con solemnidad los anillos de sus manos, como respetuoso saludo.

Formaban una pareja austera, los dos altos y flacos, de cabellos grises y con un círculo perfectamente afeitado en la coronilla, la tonsura clerical. Además, eran tan parecidos en el físico, el hábito y la actitud, que al principio les tomé por hermanos. No lo eran, claro está, pero en las semanas que pasé en su compañía, a veces me parecieron tan indistinguibles como dos gemelos.

Cuando me disponía a salir, la reina se dirigió a mí.

—Cuando encuentres a mi hijo —dijo, con su acento altivo y su ligero ceceo—, y te habrás dado cuenta de que no he dicho «si». *Cuando* encuentres a mi hijo Ricardo, dile que en Inglaterra haremos todo lo que esté en nuestras manos para conseguir su rápida liberación. No ha de desesperar; dile que ponga su confianza en Dios, y... que su madre no le fallará en esta hora de necesidad.

Era posiblemente la mayor dama de la cristiandad; durante su larga vida había reinado sobre territorios que se extendían desde los montes Peninos hasta los Pirineos; se había casado con los dos monarcas cristianos más poderosos, los reyes de Inglaterra y de Francia, y controlaba el destino de millones de súbditos, pero en aquel momento vi en ella lo que realmente era: una madre cuyo hijo amado se encontraba a merced de sus enemigos.

Pasé casi todo el día siguiente con Robin y Tuck, examinando mapas muy toscos y antiguos de los ríos de Alemania, Austria y el Sacro Imperio romano, y discutiendo un montón de planes y alternativas a esos planes. Los dos abades se reunieron con nosotros para conocer algunos pormenores, pero al parecer desconocían la zona por la que íbamos a viajar y estaban convencidos de que yo iba a ser su guía. Se sentían felices, por lo visto, poniendo su confianza en mí, a pesar de que yo nunca había estado antes en aquellos lugares ni me eran más familiares que las montañas de la Luna; y si yo les fallaba, confiaban en un poder superior.

—Dios nos guiará en la buena dirección —dijo un abad con una sonrisa piadosa; no sabría decir si era el de Boxley o el de Robertsbridge. Me costaba distinguirlos.

No había más remedio que reclutar a un ayudante; un hombre con un conocimiento genuino del terreno, y también un dominio perfecto de la lengua local: Hanno.

Mi amigo de la cabeza rapada se sintió feliz de acompañarme en el viaje; para él era una oportunidad de volver a visitar su tierra natal, y tal vez de ver a algunos amigos y familiares. Y yo me sentí satisfecho de tenerlo con nosotros, porque era un maestro en muchos tipos de combate y, por más que no dudara de mi propia capacidad en ese terreno, me tomaba muy en serio mi papel de protector de los abades. Sí, Hanno sería valiosísimo a mi lado en una reyerta. Se reunió conmigo en los aposentos de Robin, y estábamos los tres discutiendo sobre los monasterios en los que podríamos encontrar alojamiento seguro durante el viaje, cuando la puerta se abrió de golpe y Marian entró impetuosa en la habitación. Era evidente que había llorado, y la cofia blanca sólo alcanzaba a cubrir parcialmente un moretón de feo aspecto a un lado de su cara magullada. En una mano sostenía un rollo de pergamino amarillo, sellado con cera y atado con una cinta roja: una carta. La otra mano la mantenía pegada a la espalda, fuera de nuestra vista.

—Ha llegado esto para ti —dijo Marian, y tendió el pergamino enrollado a Robin.

Su voz temblaba de una emoción en la que se mezclaban la rabia, la esperanza y el miedo.

—Y con la carta ha venido... ¡esto!

Marian mostró la mano que había ocultado a su espalda: tenía en ella un zapatito azul, el zapato que yo había visto en el pie de Hugh cuando el barco negro se alejaba velozmente de nosotros, surcando las aguas pardas del Támesis.



No llegué a leer aquella carta, pero su contenido quedó muy claro para mí aquella noche. A primera vista, se trataba de otra cortés invitación a Robin a presentarse en la nueva iglesia del Temple al día siguiente, el día de San Policarpo, para responder ante la Inquisición de las acusaciones presentadas por la orden del Temple de los cargos de herejía, adoración del demonio, blasfemia y otros actos malvados. No se mencionaba en absoluto al pequeño Hugh. Y sin embargo, el significado real del mensaje era muy claro. O bien Robin se sometía a la justicia de los templarios, o su hijo y heredero moriría. La carta requería a Robin que se presentara en persona, desarmado y con sólo dos asistentes, en la puerta de la iglesia del Temple al mediodía del día siguiente. El rostro de Robin carecía de toda expresión mientras leía la misiva. Luego miró a Marian y le tendió la carta para que la leyera ella. La cara de Marian, en contraste con la de Robin, se cubrió de palidez y preocupación, y empezó a mordisquearse el dedo meñique mientras lo miraba con ojos suplicantes. Robin dudó sólo un segundo, y luego sonrió. Fue una sonrisa radiante, cálida, confortante, una sonrisa amante que incluía una promesa solemne, y abrió los brazos de par en par, y ella cayó en ellos llorosa, pero esta vez de alivio. Estuvieron enlazados en un fuerte abrazo durante un largo rato, y sólo se oían los sollozos ahogados de Marian, que apretaba su rostro contra el cuello de Robin, mientras Hanno y yo intercambiábamos miradas incómodas.

—Bien —dijo por fin Robin, soltando a su condesa—. Parece que hemos subestimado a esa gente. Alan, sé tan amable de llamar a uno de los mensajeros de la reina. Creo que tendremos que redactar las condiciones para que suelten al chico, de modo que queden claras como el cristal.

Yo sabía en mi corazón lo que estaba haciendo Robin. Iba a poner voluntariamente su cuello en un dogal templario para salvar la vida de un niño pequeño, un niño que ni siquiera era su verdadero hijo. A pesar de todo lo que Robin había hecho en el pasado, a pesar de todos los pecados egoístas que había cometido, todavía estaba dispuesto a sacrificar su vida en un instante, a arder en la pira, una muerte horriblemente dolorosa y lenta, por amor a su esposa y a su hijo bastardo Hugh, la progenie de un enemigo.

No deberían haberme sorprendido los actos de Robin, porque para entonces lo conocía bien y comprendía a fondo sus puntos de vista. Me lo había explicado años atrás, poco después de que yo me uniera a su grupo de proscritos.

—Hay dos clases de personas en el mundo, Alan —me dijo—, los que forman parte de mi círculo, a los que amo y sirvo y que me aman y me sirven a mí..., y los que están fuera de ese círculo.

En su momento, me pareció tan sólo que me estaba haciendo una advertencia, pero más tarde me di cuenta de que me había explicado su doctrina personal. Robin había dicho después:

—Los que están dentro del círculo son preciosos para mí, y mientras ellos sean leales yo siempre les seré también leal y haré todo lo posible para protegerlos, incluso al precio de mi propia vida. Los que están fuera de ese círculo —se encogió de hombros— no son nada.

La manera como lo dijo me hizo sentir un escalofrío a lo largo de la espina dorsal.

Cuando pienso en los crímenes de Robin, en los actos de egoísmo y de crueldad que más me han horrorizado, procuro recordar que las víctimas de esas acciones siempre fueron personas que estaban fuera de su círculo encantado, o que le habían traicionado. Por quienes se encontraban en el interior del círculo, como Marian y el pequeño Hugh, e incluso yo mismo, daría gustoso la vida.



Cabalgamos hacia el este por la Saintrondway, la carretera ancha que llevaba a Londres, en grupo: veinte soldados montados y con todas sus armas, espada, escudo y lanza, además de Robin, Tuck, yo mismo y Marian. Nuestro camino nos condujo hasta más allá de la casa del obispo de Exeter, que estaba cerrada y atrancada por encontrarse el obispo fuera de la ciudad, y cruzamos la verja del Templar Bar para desembocar en Fleet Saintreet. En la puerta del Temple, nos detuvimos en el exterior de la arcada redonda de la entrada, y un portaestandarte que llevaba la enseña personal de Robin, una cabeza de lobo negra y gris sobre fondo blanco, dio un toque de trompeta para alertar a los ocupantes de nuestra presencia, aunque no había estricta necesidad de ello porque yo ya había visto a un hombre cruzar a la carrera el patio exterior para informar a sus amos templarios de que habíamos llegado. El sol estaba en lo alto, como una pálida moneda de oro en el cielo gris de febrero, y aguardamos en silencio, con tan sólo el ruido ocasional de un casco de caballo golpeando el suelo, uno o dos relinchos y el ludir de las piezas metálicas de las bridas cuando los caballos movían la cabeza.

Mientras esperábamos, paseé la mirada hacia el este por la calle embarrada, más allá de varias chozas y viviendas dispersas, de una taberna y un horno de pan, hasta

un gran edificio con las puertas abiertas, situado en el lado norte de la calle. Ardía allí un fuego poderoso bajo una gran campana metálica ennegrecida por el humo. Un hombre grande y musculoso con una cabellera de un rubio claro, y lo que parecía un parche de cuero cubriéndole un ojo, sacó una barra de metal del fuego y empezó a martillarla en un yunque colocado delante de la forja. El herrero estaba a medio tiro de flecha de distancia y de espaldas a mí, y sin embargo, al observarle arrancar tiras de acero anaranjado de la hoja de la espada a medio forjar con los poderosos golpes de su martillo, tuve la extraña sensación de que le había visto en alguna parte. Pero eso era imposible sin la menor duda, porque yo no conocía a casi nadie en Londres. En silencio esperé el momento en que se daría la vuelta para mirar en nuestra dirección, pero él siguió inclinado sobre el yunque, golpeando el metal al rojo mientras lo hacía girar con unas grandes pinzas. Eso en sí mismo tenía algo de extraño. ¿Quién no pararía de trabajar unos instantes y se volvería a ver un destacamento de caballería pesada con todas sus armas, detenido a tan sólo cien metros de distancia? Puede que estuviera totalmente enfrascado en su trabajo, me dije, o sordo por el continuo golpear de su martillo, y también medio ciego.

Muy pronto mi atención se vio apartada del industrioso herrero por la llegada a la puerta de un caballero templario, acompañado por seis forzudos sargentos vestidos con túnicas negras por encima de sus cotas de malla y armados con espadas y lanzas. Vi que el caballero era sir Aymeric de Saint Maur, el hombre al que había conocido en el castillo de Pembroke y que calificó a Robin de adorador del demonio. Y con su puño cubierto de acero sujetaba con firmeza el brazo de un niño que lloriqueaba.

Oí dar a Marian un grito agudo, y por el rabillo del ojo la vi deslizarse de la silla y correr hacia Hugh. Pero antes de que pudiera tocarlo y estrecharlo en sus brazos, sir Aymeric alzó una mano autoritaria, con la palma al frente, que la detuvo en seco. Pude ver entonces que uno de los sargentos sostenía un cuchillo junto a la garganta del pequeño Hugh.

—Rendíos y entregad las armas —dijo el caballero, por encima de la cabeza de Marian, directamente a Robin. Pero Robin ya estaba en movimiento, apeándose del caballo con una facilidad llena de gracia. Mi señor alzó los brazos por encima de su cabeza para mostrar que iba desarmado, y avanzó hacia la puerta del Temple. Yo me apeé de la grupa de *Fantasma* tan aprisa como pude, y Tuck y yo, los dos desarmados, fuimos a unirnos a Robin en la entrada al patio del Temple. Marian se abalanzó sobre el pequeño Hugh, lo besó y le murmuró mil ternezas, y apenas tuvo tiempo de dirigir a su marido una mirada de agradecimiento antes de que Robin, Tuck y yo nos viéramos rodeados por los hombres de armas de los templarios y nos adentráramos por el pasillo oscuro y estrecho que conducía al patio exterior del Temple.

Mientras nuestros pasos nos alejaban de Marian y Hugh y de los bien armados

soldados de Robin, tuve la impresión de que estábamos cruzando las puertas del infierno: y todos pudimos oír el estruendo hueco de esas puertas al cerrarse a nuestras espaldas.



El patio exterior del conjunto de construcciones del Nuevo Temple era un amplio espacio con suelo de tierra apisonada en el que aparecían dispersas algunas construcciones bajas de troncos y argamasa: un granero, una destilería, varios almacenes, barracones y alojamientos de criados. Del lado sur, se abría un huerto bien cuidado con manzanos y perales, que se extendía hasta un grupo de chozas y un muelle de madera sobre el río Támesis. Apenas llegamos a ver todo aquello, sin embargo, porque casi de inmediato nos hicieron girar a la izquierda y avanzar por una galería cubierta que corría en dirección este, por un costado de la mansión del gran maestro hasta la iglesia misma del Temple. Yo nunca había estado en su interior antes, y a pesar de mi angustia por Robin, me conmovió la grave belleza y la majestad de aquel edificio. Cruzamos la pesada puerta, forrada de hierro y rematada en un arco de medio punto, que se abría en el extremo oeste de la nave principal. Ésta, perfectamente circular y de unos veinte pasos de diámetro, estaba iluminada por la tenue luz del sol, de un amarillo pálido; se decía que había sido construida a imitación de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, el lugar donde fue enterrado Cristo y que, ay, a pesar de mi larga estancia en Tierra Santa, nunca tuve la fortuna de visitar.

Seis gruesos pilares negros formaban un anillo en el centro de aquel espacio, y soportaban un cimborrio circular. Dirigí la mirada hacia la cúpula del techo, bajo la cual seis amplios ventanales permitían filtrarse al interior la débil luz del sol de febrero. Bajo aquella cúpula, un par de docenas de hombres paseaban y hablaban en voz baja entre ellos; muchos llevaban las sobrevestes blancas con la gran cruz roja de los caballeros templarios al pecho, y otros iban vestidos con los ropajes más coloridos de nobles laicos. Algunos habían tomado ya asiento en el banco de piedra que corría a lo largo del muro exterior. En el cuadrante nordeste de la iglesia, pude ver a Richard FitzNeal, el canoso obispo de Londres, que se removía incómodo en su asiento.

Directamente frente a mí, estaba el presbiterio, una cámara rectangular de veinte metros de largo que se prolongaba más allá del espacio circular de la nave, y que albergaba el altar y un enorme crucifijo dorado con la figura de Nuestro Señor retorciéndose en su Pasión. Me santigüé y murmuré una breve plegaria, y enseguida nos condujeron a nuestros puestos en el banco de piedra, justo a la derecha de la puerta principal, junto a la pila, en el cuadrante sur. Robin tomó asiento en el centro, entre Tuck y yo mismo, y dos sargentos templarios se sentaron uno al lado de Tuck y

el otro de mí. El resto de los soldados que nos habían escoltado al interior se desplegaron alrededor del perímetro de la iglesia, recostados en sus lanzas y dirigiendo de vez en cuando miradas ceñudas a nuestro pequeño grupo, con ojos estrechos de carceleros.

Yo miré a mi alrededor sobrecogido y maravillado ante aquellos muros que brillaban como gemas preciosas a la luz del sol, decorados con vívidas pinturas de Jerusalén y del templo del rey Salomón, con ricos tapices de hilo dorado, azul y escarlata, que representaban escenas de la Biblia, y con asombrosos relieves de rostros humanos tallados en el interior de las arcadas del muro interior, justo encima de los bancos de piedra. Algunos de esos rostros eran grotescos, otros amables, unos terribles, otros santos..., y todos parecían a la espera de presenciar el proceso que estaba a punto de comenzar.

Éste era el corazón vivo de la orden inglesa del Temple, un lugar de pureza y bondad y de fortaleza cristiana, y yo me sentí indigno de permanecer en el interior de un lugar así. Cerré los ojos de nuevo para rezar, y rogué a Dios que me infundiera fuerzas en el juicio inminente, y velara para proteger a mi señor de la ira justiciera de aquellos santos caballeros.

Un toque de trompetas interrumpió mis devociones, y cuando abrí los ojos los heraldos cruzaban el umbral de la puerta situada a mi izquierda, y sus trompetas se adornaban con gallardetes de los colores reales, rojo y oro. Un gesto del sargento templario nos indicó que nos pusiéramos en pie, y entró en la iglesia el mismísimo príncipe Juan, al parecer enfrascado en conversación con sir William de Newham, el maestre provincial inglés del Temple. Detrás de él venía sir Aymeric de Saint Maur, que charlaba con un compañero; el corazón me dio un vuelco, aunque no me sorprendió demasiado, al reconocer a sir Ralph Murdac en el compañero del caballero templario.



El maestre, William de Newham, tomó asiento en el extremo este de la iglesia circular, en un imponente sitial de respaldo alto. Era un hombre grueso, de cara roja y aspecto irritable, con grandes ojos inyectados en sangre, y a cada lado se sentaron ahora sus dos asistentes, caballeros veteranos que actuaban como sus secretarios. Con el maestre, eran ellos los hombres que habían de juzgar ese día al conde de Locksley. Las grandes puertas de madera se cerraron de golpe, y dos soldados se quedaron tras ellas para que nadie estorbase la ceremonia, y otros apostados dentro con la espada desenvainada, para mayor seguridad de que los procesos de la inquisición no fueran interrumpidos. El príncipe Juan fue conducido a un lugar de honor, en la parte de la iglesia situada frente a Robin, Tuck y yo mismo (el lado norte), y al tomar asiento, de

inmediato empezó a protestar y a pedir almohadones para aliviar la dureza del banco de piedra. Sir Ralph Murdac, después de unir su voz a la exigencia de más almohadones, con gritos a los sargentos templarios conminándoles a cuidar con más diligencia de la comodidad de su señor, por fin se sentó también y miró en nuestra dirección con una sonrisa burlona y llena de satisfacción.

Como siempre que veía las facciones de Ralph Murdac, sentí una descarga de odio en mis entrañas. Pero aquel día la sensación fue especialmente intensa, y por un instante me preocupó que me buscara mi desgracia vomitando la bilis que me ahogaba en el limpio suelo de losas grises. De alguna forma, conseguí aquietar mi estómago y observé cuidadosamente a mi enemigo. Aparte del vistazo a la luz de la fogata en el exterior del castillo de Kirkton, el día que crucé su campamento, yo no había tenido la desgracia de contemplar sus odiosas facciones desde hacía varios años. Estaba recién afeitado y con la cabeza descubierta, con sus cabellos negros bien recortados en forma de bol; era evidente que el barbero le había visitado el mismo día. Sus vestidos eran de fina seda negra, de buen corte, caros y selectos; el rostro era bien parecido, aunque los labios tenían un tono demasiado rojo para mi gusto, y le daban un aire de petulante y aficionado a vicios secretos. Sus ojos de color azul pálido, fríos como el hielo, relucieron cuando se cruzaron con mi mirada. Me asombró una vez más lo mucho que se le parecía el pequeño Hugh, en el aspecto exterior por lo menos; sólo podía rezar porque Hugh no compartiera al crecer su mismo corazón negro. Estaba demasiado lejos de mi posición para que pudiera oler su perfume, y me pregunté si todavía conservaría su afición por aquel repugnante aroma a lavanda que siempre me hacía estornudar.

Luego me di cuenta de algo que hizo saltar un chispazo de alegría dentro de mi corazón: Murdac tenía un hombro en una posición forzada, ligeramente más alto que el otro. Al principio pensé que sólo era su manera de estar sentado, pero luego se giró hacia un lado para susurrar algo al oído de su señor, el príncipe Juan, y entonces entendí qué le ocurría. Estaba herido, llevaba algún tipo de vendaje en la espalda. La flecha de Robin, disparada en la oscuridad de aquella noche de sangre y fuego ante el castillo de Kirkton, no llegó a matarlo, pero desde luego había estropeado su postura.

Dediqué ahora una amplia sonrisa a Murdac, al cruzarse nuestras miradas, y miré con intención su hombro levantado, al tiempo que le hacía muecas como un mono. Y miré también de reojo a Robin, esperando que se hubiera dado cuenta, pero mi señor había fijado una mirada serena en algún lugar impreciso y tarareaba entre dientes para sí mismo, como si no tuviera la menor preocupación en el mundo. Si las cosas iban mal para Robin, le quedaban pocas horas de espera para sufrir una muerte lenta y horrible. Pero nunca he conocido a un hombre capaz de hacer gala de una calma mayor ante la muerte.

Fue el príncipe Juan el primero en hablar, con su típica falta de oportunidad. Sacudió los rizos rojizos de su cabellera en un gesto imperioso al maestro del Temple, agitó un dedo de su anillada mano derecha y gruñó:

—Bueno, ¿empezamos de una vez? No tengo intención de quedarme aquí todo el día.

El maestro, que había estado parlamentando con uno de sus asistentes y con un secretario que cargaba un montón de rollos de pergamino, levantó la vista, sorprendido al ver usurpada su autoridad en el interior de su propia iglesia.

En su honor hay que decir que se resistió a lo que, a todos los efectos, había sido una orden del rey.

—Dentro de un momento, vuestra alteza —dijo, y sus ojos se estrecharon—. Sólo os suplicamos un poco más de paciencia.

Su tono tuvo un ligerísimo matiz de condescendencia, como si estuviera dirigiéndose a un chiquillo revoltoso.

Vi entonces que Aymeric de Saint Maur se levantaba de su asiento en la parte sur de la iglesia, no lejos de nosotros, y al mismo tiempo me vino a la cabeza una idea. Me volví a Robin y le pregunté:

—¿Dónde está la reina? ¿Dónde está lady Leonor? Sin duda acudirá en tu ayuda, ¿no es así?

Robin se volvió a mirarme y sonrió; parecía tan fresco como una brisa de verano. Me contestó casi sin mover los labios, en voz muy baja:

—La reina no puede venir en mi ayuda, Alan. Tiene que mantenerse al margen de este pleito. Necesita la ayuda de los templarios ingleses para liberar a Ricardo, o más bien necesita su plata y su capacidad de obtener crédito. Aquí dependemos de nosotros mismos, Alan. Tú límitate a representar tu papel, y al final todo saldrá bien.

Seguramente mi cara expresó mis dudas, porque me hizo un guiño conspiratorio y murmuró:

—No te preocupes demasiado, Alan. Todo va a ir como la seda. Tuck me asegura que el Todopoderoso tiene un plan infalible; Dios lo tiene todo previsto, al parecer — y me dirigió una sonrisa casi blasfema antes de añadir—: ¿Te has dado cuenta de que Murdac tiene la espalda torcida?

Sólo pude devolverle la sonrisa, complacido con un regocijo poco cristiano en el mal de un enemigo.

El maestro de los templarios se puso ahora en pie, hizo una breve seña a uno de sus sargentos, y entonó una oración coreada por la iglesia entera pidiendo a Dios que la verdad resplandeciera y se hiciera justicia en este día en su casa sagrada y ante sus ojos. Luego el sargento condujo a Robin al centro del presbiterio, y lo colocó de modo que quedara situado frente al maestro, pero donde todos los presentes en aquella iglesia circular pudieran verle con claridad.

Entonces el maestre levantó un grueso rollo de pergamino y leyó en voz alta en latín. Era una carta de su santidad el papa, que llevaba el sello papal, dando validez al tribunal eclesiástico de la Inquisición en la iglesia del Temple de Londres en este día, y nombrando a la persona que debía ser investigada como Robert Odo, conde de Locksley. El documento era largo y aburrido, y hacía referencia a una bula papal conocida como *Ad abolendam*, emitida por el papa Lucio cerca de diez años atrás, en la que urgía a las altas jerarquías de la cristiandad a investigar con diligencia a todos los herejes y a quienes les amparaban y prestaban apoyo, y a llevarlos con rapidez ante la justicia.

Establecida de ese modo su autoridad como inquisidor episcopal, el maestre tomó asiento y dio comienzo la sesión inquisitorial.

—Robert Odo, conde de Locksley, ¿creéis en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en su único Hijo Jesucristo, nuestro Salvador? —preguntó el maestre en francés, clavando en Robin sus ojos inyectados en sangre.

—Creo —dijo Robin gravemente, en la misma lengua. Yo sabía que mentía por su pecadora lengua, pero no había otra respuesta posible.

—¿Y creéis que el verbo de Dios se hizo carne en Jesucristo, y que por su pasión y muerte en la Cruz fue redimido este mundo de pecado?

—Sin la menor duda —dijo Robin, pintada en su rostro una expresión de inocencia cristiana.

—¿Y creéis que el tercer día después de ser crucificado, Él se alzó de nuevo de entre los muertos y ascendió al cielo, y ahora está sentado a la derecha de Dios Padre?

—Absolutamente... El tercer día, a mano derecha, y toda la retahíla —dijo Robin, y sus ojos parecían brillar de convicción.

—¿Y creéis en la Santa Trinidad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo? ¿Y que María era virgen antes y después del nacimiento de su hijo Jesucristo?

—¡Oh, por el amor de Dios, acabad con todo eso! —sonó la voz áspera del príncipe Juan interrumpiendo el recitado de una fórmula muy conocida y estimada. Aunque el maestre ignoró la interrupción, el color rojo de su tez se acentuó ligeramente.

—Desde luego que sí —dijo Robin, anhelante—. Estoy enteramente seguro de que María era virgen antes y después..., sí, ya lo creo.

—¿Y juráis por Dios Todopoderoso, por Jesucristo, por la Virgen María y todos los santos, a riesgo de condenar vuestra alma inmortal si jurareis en falso, que lo que habéis dicho en este día y a esta hora es la verdad?

—Sí, así es, lo juro; lo juro por mi alma inmortal —dijo Robin plenamente entregado, y de alguna forma consiguió parecer sincero hasta un punto imposible.

El maestre pareció un poco confuso por el tono lleno de fervor de Robin. Bajó la

vista al rollo de pergamino que sostenía en las manos:

—Estáis acusado de los graves crímenes de herejía, de nigromancia, de adoración al demonio, de blasfemia, de tomar el nombre del Señor en vano...

Robin le interrumpió, atropellando las palabras del maestro:

—... De hurgarme la nariz en domingo, de silbar en la iglesia, de robar caramelos a los niños, de negarme a compartir mis juguetes... Señores, esos cargos son completamente absurdos. Han sido inventados por enemigos que buscan...

Al oír burlarse a Robin de la lista de graves cargos que acababa de leer el maestro, hubo algunas risitas de asombro entre los caballeros laicos sentados alrededor de la iglesia, pero la mayoría de los presentes quedaron demasiado sorprendidos por el giro de los acontecimientos como para siquiera reaccionar.

El maestro no fue uno de ellos.

—¡Silencio! —rugió, furioso por el hecho de que alguien tuviera la temeridad de interrumpirlo. Sus mejillas encendidas mostraban un peligroso color púrpura—. Sois un insolente, señor. No hablaréis a menos que se os haga una pregunta directa; si me interrumpís de nuevo, seréis amordazado.

Robin no dijo nada; dejó escapar un largo suspiro, y fijó la mirada en el espacio por encima de la cabeza del maestro, con una ligera sonrisa. Su expresión era de nuevo de una serenidad beatífica. Justo en ese momento, con la iglesia en silencio después de la amenaza del maestro, Tuck soltó un poderoso eructo, un trompeteo resonante que duró varios segundos y despertó ecos en todo el edificio.

—¡Silencio! —aulló el maestro. Me di cuenta de que el tono púrpura de su rostro se oscurecía, y de que una vena parecía a punto de reventar en su frente—. ¿Quién ha hecho eso? ¡Exijo saber quién ha hecho ese repugnante ruido!

—Perdonadme, maestro —dijo Tuck—. Me temo que bebí demasiada cerveza con la cena de anoche. —Y de nuevo dejó escapar un enorme eructo atronador—. Os pido humildemente perdón.

Por lo menos la mitad de las personas presentes en la iglesia reían ahora. Y la faz del maestro se había oscurecido todavía un poco más.

—Si oigo un solo... sonido... inapropiado más, de cualquier clase..., de cualquiera de los presentes, haré que el responsable sea sacado fuera de este tribunal, atado, esposado y arrojado a la cripta.

Era evidente que el maestro tenía intención de hacer lo que decía: su cara tenía aún el color de una berenjena pero, pasado un rato, se calmó lo bastante para reanudar la lectura de los cargos contenidos en el pergamino. La lista era larga, pero en su mayor parte consistía en variaciones sobre el mismo tema: que Robin era un hereje, un impío negador de Cristo, un adorador de los demonios que conjuraba a espíritus malvados venidos de las profundidades del averno. Cuando el maestro hubo terminado de leer, fijó una mirada dura en Robin y anunció en tono solemne:

—Conde de Locksley, éstas son las acusaciones que pesan contra vos. ¿Qué respuesta dais a los cargos?

—Todo es mentira —dijo Robin con sencillez, con una voz tranquila y razonable que llegó a todos los rincones de la iglesia—. Son mentiras inventadas por enemigos que desean mi ruina. Niego todos esos cargos. Todos, uno por uno.

El maestre mantuvo la mirada fija en él durante unos momentos, como si esperara que dijera algo más. Luego asintió, y, mirando a los presentes, sentenció:

—Escucharemos entonces los testimonios contra vos.

Escoltado hasta su asiento por el sargento templario, mi señor de Locksley volvió a colocarse a mi lado, estiró sus largas piernas y se recostó en el muro, completamente relajado.

Ralph Murdac fue el siguiente en dirigirse al centro de la iglesia. Se adelantó caminando con toda la dignidad posible, habida cuenta de que su hombro izquierdo estaba levantado casi hasta rozar su oreja, quedó de pie frente al maestre y sus dos asistentes, y prestó juramento sagrado de decir la verdad y sólo la verdad en ese día delante del tribunal.

—Este hombre —dijo Murdac, apuntando con un dedo acusador en dirección a Robin—, Robert Odo, el así llamado conde de Locksley, está tan infectado de herejía, de pecado y de blasfemia de la peor especie que deshonra esta misma iglesia con su presencia.

Yo había medio olvidado su tono rastrero y rasposo, pero el cabello de mi nuca se erizó al oírle hablar de mi señor en esos términos.

—Bien hablado, sí señor. Muy cierto, muy cierto —graznó el príncipe Juan desde su asiento almohadillado.

El maestre fijó en él sus ojos inyectados en sangre:

—Mi señor príncipe, permitidme que os ruegue que os guardéis vuestra opinión hasta que hayamos oído las pruebas.

No hubo ninguna mención a atarlo, esposarlo y arrojarlo preso en la cripta, pero estaba claro que el maestre seguía decidido a no ceder autoridad en su propia casa. El príncipe Juan se limitó a gruñir, y alzó levemente su lánguida mano para indicar que sir Ralph Murdac podía continuar.

Murdac hizo una media reverencia y siguió devanando el hilo de su historia.

—Cuando era un proscrito, repudiado por todas las personas decentes y respetuosas de la Ley, y vivía en estado salvaje en los bosques como un animal, Robert Odo era conocido por practicar los actos diabólicos más horribles, según los preceptos de una religión falsa, que llegaron hasta el sacrificio de vidas humanas a un demonio selvático sediento de sangre. Desde que se le ha permitido neciamente volver a integrarse en la sociedad cristiana, sus tierras tienen fama de ser un nido de brujas y hechiceros, de súcubos, íncubos y criaturas malvadas infrahumanas surgidas

de las profundidades del infierno. Preguntad a cualquier hombre bueno del área de Kirkton, o de Locksley, o del propio Sheffield, y os confirmará que el diablo y sus secuaces recorren el país en las noches oscuras, en forma de hombres salvajes con cabeza de caballo que vomitan fuego, y que pueden convertir a un hombre en piedra con una mirada. Se ha visto merodear por la zona con mucha frecuencia a una bruja local, la *hag* de Hallamshire, una vieja horriblemente deforme que roba bebés cristianos y los sacrifica a sus artes mágicas...

—Sí, sí —dijo el maestro, impaciente—, hay rumores de brujería en toda Inglaterra. Pero a este hombre se le culpa de herejía. ¿Tenéis alguna prueba concreta de que sea un hereje?

—He visto a esos caballos-demonios, convocados sin duda por los encantamientos de Locksley, con mis propios ojos —dijo Murdac, orgulloso—. Vi a esas criaturas diabólicas cabalgar a la batalla, en compañía del preso que ahora se encuentra ante nosotros.

De nuevo Murdac señaló con el dedo a mi señor.

—Proseguid —dijo el maestro. Se había producido un murmullo de interés en la iglesia ante las palabras acusatorias de Murdac. El obispo de Londres, al que podía ver directamente desde mi asiento, frunció la frente y pareció seriamente preocupado.

—El pasado mes de septiembre, en la víspera del día de la fiesta de los santos Cornelio y Cipriano, cuando yo me encontraba acampado pacíficamente en el exterior del castillo de Kirkton, parlamentando con la deshonesta condesa de Locksley para conseguir la devolución de mi hijo, el cual obra en su poder —miré de reojo a Robin, pero su expresión serena apenas se había modificado, aunque una ligera sonrisa aleteaba en torno a su boca; y, cosa extraña, esa sonrisa me produjo mayor temor que todas las amenazas que se estaban voceando—, fui atacado por un ejército de espíritus infernales. Primero hicieron caer del cielo una lluvia de fuego que abrasó a mis hombres hasta los huesos, y luego la caballería del diablo, encabezada por el heresiarca, el maligno Robert de Locksley, apareció como por arte de magia. Los corceles de Satán, hombres gigantescos con cabeza de garrones que respiraban fuego, arrasaron mi campamento y pasaron a cuchillo a mis hombres. Sólo debido a la bondad de Dios, y sin duda a la intercesión de los santos Cornelio y Cipriano, pudimos algunos de nosotros escapar con vida.

—¿Y juráis ante Dios que visteis todas esas cosas con vuestros propios ojos? —preguntó el maestro.

—Por mi honor —dijo Murdac—, y ante Dios Todopoderoso, lo juro.

Oí a Tuck dar un resoplido incrédulo entre dientes cuando Murdac volvía a su asiento, evidentemente satisfecho de su declaración.

—Bien hablado, sí señor, bien hablado —se oyó graznar al príncipe en el cuadrante norte de la iglesia.

El maestro susurró algo a uno de sus asistentes, que hizo una anotación en un pedazo de pergamino.

—Traed al acusado —entonó el maestro. Y cuando Robin hubo sido llevado de nuevo al centro del círculo, le preguntó—: ¿Qué tenéis que decir sobre ese asunto de los caballos demonios?

Robin hizo una aspiración profunda y se encogió de hombros, despacio.

—Es verdad... —dijo, e hizo una pausa, y a su alrededor todo el mundo tragó saliva—. Es verdad que Ralph Murdac estaba delante de mi castillo de Kirkton con muchos cientos de hombres armados. En contra de las leyes de la Iglesia y del edicto de su santidad el papa, estaba atacando mis propiedades mientras yo regresaba de Tierra Santa después de luchar en nombre de la cristiandad, para recuperar la tierra donde nació Nuestro Señor.

Un murmullo de aprobación recorrió la iglesia. Muchos de los hombres presentes habían combatido con ferocidad en Tierra Santa, muchos habían perdido allí a sus camaradas; de hecho, uno de los principales objetivos de los caballeros templarios era la defensa de Ultramar. Y la Iglesia *había* prometido protección a los caballeros y a sus propiedades mientras ellos estuvieran en la Gran Peregrinación. Robin se había anotado un punto, y en la iglesia todos lo sabían. Vi que el obispo de Londres empezaba a relajarse un poco; sonrió en nuestra dirección, e hizo gestos de asentimiento con su cabeza plateada.

—Cuando regresé de la Tierra Santa donde Nuestro Salvador Jesucristo predicó, muy maltrecho por las duras batallas contra los sarracenos —continuó Robin, explotando sin miramientos la ventaja conseguida—, me encontré con que Ralph Murdac había puesto sitio a mi castillo. Eran tantos los hombres buenos míos que habían caído en Oriente en defensa de las enseñanzas de Cristo, que me encontraba con tan sólo cincuenta almas cristianas capaces de presentar batalla a mis enemigos. Como no quería rendir mi familia y mis tierras a un perro bastardo que desprecia las leyes de la Iglesia, me vi forzado a recurrir a un subterfugio, a una treta.

»Las historias que ha contado este hombre sobre gigantes de cabeza de caballo que escupían fuego son bobadas, excusas de un cobarde —dijo Robin, que señaló al mismo tiempo a Murdac con un gesto del meñique de su mano izquierda, sin dignarse mirarlo—. Es verdad que hice rodar carros en llamas contra su campamento; y es verdad también que mis hombres llevaban máscaras de piel de cordero pintadas para que parecieran cabezas de caballo, para asustar a sus temblorosos soldados; pero no hubo en ello ninguna herejía, y es extremadamente ridículo imaginar que se convocara a los demonios. Rezamos a Dios Todopoderoso y a su único Hijo Jesucristo para que nos librasen de nuestros enemigos, y con Su ayuda y la fuerza y el valor de mis hombres, el enemigo, superior en número, fue derrotado.

Aquí calló Robin, y el maestro lo miró durante algunos segundos, a la espera de

oír algo más.

—¿Podéis probar lo que decís? —dijo finalmente el superior de los templarios.

Robin me señaló.

—Llamo a mi leal vasallo Alan de Westbury como testigo de la verdad de lo que he dicho. Alan tomó parte en aquella acción, y es un buen cristiano que jamás consentiría implicarse en ningún acto contrario a las enseñanzas de la Iglesia. Ponte en pie, Alan. Adelántate y habla.

Caminé tan tranquilo como pude hasta el centro de la iglesia; sentía flojas las piernas y un hormigueo en las tripas, y era consciente de las miradas de más de treinta pares de ojos nobles. Pero mantuve alzada la barbilla, miré directamente al maestro, y declaré:

—Lo que ha dicho el conde de Locksley es tan verdad como el Evangelio para mí. No se convocó a caballos demonios, fue sólo una *ruse de guerre*, una treta para atemorizar al enemigo.

Se produjo un revuelo en toda la iglesia, y murmullos de aprobación. Sentí que la opinión de los allí reunidos se volvía en favor nuestro como una gran marea. Los hombres que se encontraban en aquel lugar eran en primer lugar y sobre todo guerreros, y muchos de ellos habían empleado en alguna ocasión estratagemas astutas para conseguir una victoria.

—Muy bien, podéis los dos regresar a vuestros asientos —dijo el maestro.

Cuando volvimos a ocupar nuestro sitio en el cuadrante sudoeste de la iglesia, Tuck resplandecía. Empezó a susurrarnos palabras de felicitación, pero Robin le interrumpió:

—Esto no se ha acabado, Tuck —dijo en voz baja mi señor—, ni mucho menos. Sólo ha sido el primer cruce de espadas.

—Solicito de sir Aymeric de Saint Maur que presente a este tribunal nuevas pruebas —tronó el maestro, y al mirar hacia mi derecha me di cuenta de que, como de costumbre, Robin tenía razón.

El caballero templario estaba puesto en pie junto a una criatura lisiada: un hombre medio desnudo y tendido sobre un costado, con las manos atadas a la espalda, que había sido golpeado y maltratado hasta un punto horrible. Tenía quemaduras algunas zonas de la piel, en carne viva y supurando después de la aplicación de hierros al rojo..., y recordé con un estremecimiento las torturas que yo mismo había sufrido a manos de sir Ralph Murdac. Pero había algo en él que me sobresaltó más aún: tatuado en el pecho de aquel pobre hombre, y muy visible debido a sus brazos atados, vi un símbolo con la forma de la letra «Y». Yo conocía aquel signo, y sabía lo que significaba.

Mi mente retrocedió a una siniestra noche en el bosque de Sherwood, hacía ya cerca de cuatro años, y a un desgraciado no menos aterrorizado que el hombre que

ahora se encontraba delante de mí: un hombre atado a una piedra antigua y muerto en una ceremonia demoníaca como sacrificio a un dios pagano. En la ceremonia se adoraba a Cernunnos, una deidad de los bosques, una figura que la Iglesia consideraba un demonio malvado. Robin había representado un papel importante en aquella ceremonia, y la adoración del demonio Cernunnos sin duda había de ser considerada como una herejía de la peor especie.



Sir Aymeric de Saint Maur arrastró del pelo al desgraciado hasta el centro de la iglesia. Y el hombre se quedó allí llorando, ya fuera de dolor o de miedo, postrado en el suelo delante del maestro. Todos los presentes en el templo se inclinaron a la vez hacia delante para ver mejor.

—Este villano se llama John —empezó Aymeric, que hablaba, como lo habíamos hecho todos hasta ese momento, en francés—. En tiempos perteneció a la mansión de Alfreton, pero mató a un hombre y huyó de la justicia hace cinco años, para llevar una vida salvaje en el bosque de Sherwood. Se convirtió en un mendigo y un vagabundo..., y también en un adorador del demonio, como lo indica la señal que lleva en el pecho.

Aymeric señaló el tatuaje en forma de «Y». A mi lado, Robin se sentó un poco más erguido e inclinó la cabeza a un lado, dirigiendo al villano una mirada especulativa, aunque todavía asombrosamente despreocupada.

—Hemos tenido que hacer muchos esfuerzos para convencerle —siguió Aymeric, y dio al prisionero una patada salvaje que hizo que el hombre se retorciera en el suelo y ensuciara las losas de piedra con su sangre y el icor de sus quemaduras—, pero ha acabado por confesar sus fechorías. Y nos ha contado una historia muy interesante sobre el conde de Locksley.

Hubo un silencio absoluto en la iglesia; ni una tos, ni un roce de pies al moverse.

Sir Aymeric continuó, y su voz arrancó ecos del silencio:

—Este hombre asegura haber participado en una ceremonia diabólica en la Pascua de hace cuatro años, en la que un prisionero de guerra, un hombre de armas llamado Piers, al servicio de sir Ralph Murdac, que era entonces alguacil del Nottinghamshire, fue sacrificado a un demonio llamado Cernunnos por una conocida bruja de la localidad. Durante la ceremonia, Robert Odo, que se hacía llamar por aquel entonces Robin Hood, participó plenamente en el ritual sangriento y herético. Es más, este hombre asegura que fue poseído por el propio demonio Cernunnos.

Hubo carraspeos en toda la iglesia, y las miradas se fijaron ahora en Robin y nuestro pequeño grupo. Vi que el obispo de Londres sacudía su cabeza plateada y se mordía una uña. Parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Es eso cierto? —preguntó el maestro, dirigiéndose en inglés al desgraciado postrado en el suelo—. ¡Tú, villano, ¿es cierto lo que dice sir Aymeric?! ¿Participaste en una ceremonia herética sangrienta en adoración a un falso dios en la que el conde de Locksley tuvo un papel protagonista?

El hombre tatuado exhaló un gemido de temor y balbuceó:

—Oh sí..., señor, por favor no me peguéis. Es cierto, palabra por palabra. Lo juro delante de Dios Todopoderoso, y de Jesús, José y María, y de todos los santos, por favor...

—¡Es suficiente!

Aymeric se agachó y golpeó con violencia al hombre en la cabeza, y el pobre infeliz se derrumbó en el suelo y volvió a sollozar en silencio.

—Lleváoslo —ordenó el maestro, volviendo a la lengua francesa: y el pobre hombre fue arrastrado y conducido a empujones por las escaleras de la cripta por dos forzudos sargentos templarios.

—¿Qué respondéis a esa acusación? —preguntó el maestro a Robin.

Mi señor se puso en pie.

—Está muy claro que ese hombre ha sido torturado hasta perder la cordura, y que diría cualquier cosa para mitigar sus penas. Por decreto de la Iglesia, por decreto del mismo Santo Padre, su testimonio no tiene validez en una inquisición —espetó, indignado—. Según la ley de la Iglesia, el testimonio de un hombre torturado no es aceptable. ¿No estoy en lo cierto, maestro?

El maestro consultó con sus dos asistentes. Hubo mucho revuelo de pergaminos y rollos consultados, y por fin uno de los asistentes susurró largo rato al oído del maestro. Por fin, después de muchos encogimientos de hombros y fruncimientos de frente, el maestro declaró en tono áspero:

—Al parecer, nos vemos obligados a rechazar el testimonio de ese villano. Hay claros indicios de que podría haber sido torturado, y en consecuencia su testimonio no es válido. Pero creo que vamos a oír más testimonios sobre la misma cuestión, a su debido tiempo. ¡Sir Aymeric, proceded!

Robin se encogió de hombros. Giró sobre sus talones y caminó hasta donde le esperábamos Tuck y yo, se sentó de nuevo, cruzó las piernas y empezó a mirarse las uñas de los dedos de la mano. Todavía parecía despreocupado acerca de aquel proceso.

Me maravilló su actitud, y estaba haciendo esfuerzos por imitarlo cuando oí decir al maestro:

—Llaman al siguiente testigo.

Durante la siguiente media hora, sir Aymeric de Saint Maur llamó al centro de la iglesia a una serie de hombres y mujeres pobres. Cada uno de ellos juró decir sólo la verdad, y después se les hicieron a cada uno de ellos dos preguntas sencillas en

inglés: «¿Has visto alguna vez participar a Robert de Locksley en actos heréticos contrarios a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia?» Y, «¿has visto alguna vez participar a Robert de Locksley en un ritual que podría ser considerado una adoración de demonios?».

En cada ocasión, el testigo se adelantaba hasta el centro de la iglesia y balbuceaba su historia. Algunas eran simples fantasías de lunáticos, cuentos sobre que el conde de Locksley escupía y pisoteaba y orinaba sobre crucifijos en ceremonias secretas en las tinieblas de la noche, o que copulaba frenéticamente con un cabrón negro mientras los dos volaban por el aire; otras no eran más que relatos inocentes de cómo Robin había tomado el nombre de Dios en vano después de golpearse el pie con un guijarro del camino. Todas, hasta donde yo podía saberlo, eran falsas. Pronto quedó claro que los testigos habían recibido un buen pago. Un hombre llegó a dar las gracias a sir Aymeric delante del tribunal por la plata que había recibido.

Mientras se desarrollaba todo aquello, las mentiras, las fantasías y las acusaciones lunáticas, Robin mantenía una actitud impasible. En ocasiones se inclinaba un poco hacia delante para oír mejor el testimonio de un hombre o una mujer en particular, pero lo hacía a la manera de un anciano sacerdote benévolo que escucha la confesión absurda de uno de sus parroquianos. Alguna vez bostezó y se estiró, como si el espectáculo le aburriera.

Y Robin no era el único en el interior de aquella iglesia en parecer cansado de tanta pantomima. Vi que algunos de los caballeros sentados en torno a la nave redonda también bostezaban o charlaban en voz baja con sus vecinos. No parecían demasiado impresionados por las pruebas que los templarios habían acumulado contra mi señor. Cuanto más extraña y ridícula era la historia, más descendía la credibilidad del proceso para el auditorio. Me di cuenta con regocijo de que sir Aymeric de Saint Maur había pecado por exceso de celo en la preparación de la acusación. Estábamos ganando; contábamos con el apoyo tácito de los caballeros laicos, por lo menos, y muchos templarios valorarían por encima de todo los servicios prestados por Robin en Tierra Santa. El obispo de Londres nos sonrió amistoso desde el otro lado de la iglesia.

Entonces, el maestre tomó nuevamente la palabra:

—Hemos oído hoy muchos testimonios sobre si Robert de Locksley es o no un hereje y un adorador del demonio. Debemos descartar el testimonio del villano John, dado que este tribunal sospecha que puede haber sido torturado. Pero creo que hemos oído bastante. Escucharemos sólo a un testigo más en este asunto, y luego dictaremos sentencia. —Hizo una pausa, y echó una breve ojeada al pergamino que tenía en la mano—. Sir Aymeric, llamad a vuestro último testigo —dijo el maestre.

Aymeric de Saint Maur se adelantó hasta el centro de la iglesia. Con voz fuerte y sonora anunció:

—Llamo a Alan de Westbury a comparecer.

Y mi corazón se heló.

No tengo memoria de haber dado los diez pasos que me separaban del centro de la iglesia y el lugar que ocupé al lado de sir Aymeric. Pero sí recuerdo con toda claridad la intensidad de la mirada inyectada en sangre del maestro y sus palabras siguientes:

—¿Juráis por Dios Todopoderoso, por la Virgen y por todos los santos, que vais a decir la verdad este día, en la conciencia de que, si pronunciáis falsedades, Dios Nuestro Señor os fulminará por blasfemo y vuestra alma arderá en el infierno?

Sentí la boca seca, y mi lengua parecía haber crecido en la boca hasta el doble de su tamaño normal. Murmuré algo, el maestro me ordenó irritado que hablara más alto, y me encontré realizando un juramento solemne de que iba a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Robin estaba sentado a mi espalda, y ese hecho me alivió. No me vería obligado a mirarle a los ojos.

Sir Aymeric estaba de pie a dos pasos de mí, a mi izquierda: esperó hasta haber atraído mi atención, y entonces me hizo la pregunta fatídica:

—¿Fuisteis testigo de la ocasión en que vuestro señor Robin Hood, ahora titulado conde de Locksley, tomó parte en una ceremonia diabólica por la Pascua de hace cuatro años, en el curso de la cual un soldado vivo llamado Piers fue sacrificado a un falso dios? Responded simplemente sí o no. Y recordad que os encontráis bajo juramento de decir la verdad en este recinto sagrado, y ante la mirada de Dios Todopoderoso que todo lo ve.

No pude hablar. Mi boca parecía cerrada con cola de carpintero; los músculos de mi mandíbula estaban rígidos.

El maestro estalló:

—¡Contestad la pregunta de una vez!

Y me encontré a mí mismo murmurando:

—Sí.

—Más alto —dijo el maestro—. Hablad más alto, Alan de Westbury, de forma que todo el mundo pueda oíros.

Sir Aymeric de Saint Maur me miraba y sonreía como un zorro que ha encontrado un agujero por el que colarse dentro del corral de las gallinas.

—Sí —repetí—. Sí, fui testigo de la participación de mi señor en un ritual sangriento, una ceremonia durante la cual un hombre vivo fue sacrificado a un demonio, por la Pascua, en Sherwood, hace cuatro años.

El caos se apoderó de la iglesia; un gran coro de voces que gritaban y de hombres que se removían en sus asientos. Quise volverme y mirar a Robin, pero descubrí que no podía mover ni mis hombros ni mi cuello.

Oí los graznidos sonoros del príncipe Juan:

—¡Culpable! ¡Culpable, por Dios! Condenado por la boca de su propio vasallo. Yo digo que es culpable. ¡A la pira con ese criminal! ¡Quemadlo ahora mismo!

Luego el maestro gritó pidiendo silencio, mientras yo seguía allí, paralizado por lo que acababa de hacer.

Por fin se hizo el silencio, y oí a duras penas decir al maestro:

—Creo que hemos oído bastante... ¿Qué decís vosotros, asistentes?

Yo seguía inmóvil, de pie delante del maestro del Temple, con las manos colgando a los costados, mientras él conferenciaba con sus asistentes. Con la mirada fija en el suelo y la mente nublada por el remordimiento, le oí decir:

—Este tribunal de la Inquisición ha encontrado a Robert Odo, conde de Locksley, culpable de todos los cargos. Desde este lugar, será conducido prisionero a la cripta del Temple, y en el plazo de tres días, al alba, será entregado al fuego purificador que lo limpiará de sus negras iniquidades. Dios se apiade de su alma.

Por fin conseguí volver la cabeza y mirar a Robin. Mi señor estaba ahora de pie, con cuatro sargentos templarios a su alrededor mientras otro le ataba las manos al frente. Sus ojos plateados me dirigieron una mirada tan feroz que casi me eché atrás, como empujado por una poderosa ráfaga de viento. Me miró durante un momento largo, muy largo, y luego pronunció una sola palabra... Una palabra terrible, dicha en voz alta y tan clara que todos los presentes en la iglesia pudieron oírla; una palabra cargada de desprecio y de odio. Luego los sargentos se lo llevaron hacia la cripta. La palabra siguió resonando en mis oídos, y puedo oírla todavía, más de cuarenta años después. La palabra era... «¡Judas!».

Segunda parte

Capítulo VIII

En Westbury estamos ahora tan atareados como las abejas de un panal. Junio está ya mediado, el tiempo es soleado y, por nuestros amplios cielos azules del Nottinghamshire, apenas aparece alguna nube solitaria. Es el tiempo de esquilar a mis ovejas, y la forja del herrero se ha ocupado de confeccionar nuevas tijeras de esquileo de aspecto maligno, y de afilar las antiguas. Con el calor, las bestias están incómodas cargadas con su pelaje invernal, y sin duda les hacemos un favor al esquilarlas. También para mí es una bendición, porque el precio de la lana ha subido mucho en los últimos años, y cuento con sacar una bonita suma de esos copos grises y grasientos. Además, en poco menos de una semana enviaré a las cuadrillas de segadores a cosechar, para luego poner a secar los largos tallos de hierba, hacer gavillas y almacenar el heno como pienso de invierno para mi ganado.

Osric está enfrascado en esos trabajos; él supervisará el esquileo de las ovejas y el empaquetado de la lana, e inspeccionará los prados después de la siega del heno. De hecho, todos tenemos asignadas tareas en esta época, incluido yo mismo. Pero a pesar de que son tantas las cosas por hacer, me he asignado a mí mismo una tarea extra: he decidido vigilar a Osric desde las sombras, en silencio, continuamente, empleando todas las técnicas de espionaje y acecho que me enseñó Hanno hace tanto tiempo. Me propongo sorprenderle en alguna fechoría y denunciarlo ante la viuda de mi hijo, Marie. Entonces, y sólo entonces, podré librarme de él. La preocupación no me deja dormir por las noches ahora, y sigo estando seguro de que se propone matarme, pero no tengo pruebas, y necesito pruebas para demostrar a Marie que se ha casado con un monstruo.

Seguramente sólo la suerte me ha permitido sobrevivir tanto tiempo. Ahora ha llegado el momento de actuar. De modo que vigilaré a Osric, y lo vigilaré a conciencia. Sé que su malicia no es un capricho de mi imaginación. La otra noche, hará una semana de eso, le vi añadir un pellizco de polvo blanco a mi bol de sopa servido en la mesa: un veneno lento, sin duda, del tipo de los que oí hablar en mis viajes a Oriente. Marie me trae la sopa a mi habitación estos días, porque trabajo mucho tiempo de noche en escribir estas páginas a la luz de una vela de cera de abeja. Una extravagancia, lo sé, pero siento dentro de mí una urgencia muy grande. Tengo una premonición de mi propia muerte, y quiero acabar mi historia antes de que caiga sobre mí alguna desgracia.

Tuve la suerte de descubrir a Osric en el acto de envenenar mi sopa. Un mozo me había llamado para que viera a un caballo enfermo en los establos, y volvía cruzando la sala hacia mi habitación cuando vi a ese individuo de cara de topo vertiendo su infernal polvo blanco en el bol. Me enfrenté a él, desde luego, de inmediato y a gritos, y el canalla tuvo la cara dura de decir que sólo era sal lo que añadía a mi cena, para dar sabor al caldo. Mentira, por supuesto, lo vi en el rubor de su cara, ¿desde cuándo un administrador tan ocupado se encarga de echar sal en la comida de su señor? Arrojé el bol al suelo sin probar su contenido, y di órdenes a los criados de que no se permitiera a Osric acercarse a ningún plato destinado a mi mesa.

Y sin embargo, en parte desearía no haberme enfrentado a él de forma tan abierta, y más aún no haberle acusado con tanta furia de querer envenenarme. Enseñé mis cartas, y eso ha hecho que se pusiera en guardia. Llevo observándole dos semanas desde entonces; le sigo a caballo cuando va a los campos o a la aldea de Westbury, y lo observo a lo largo del día, de todos los minutos del día, desde un taburete colocado a la sombra delante de la fachada de la casa. A veces intento sorprenderlo apareciendo por sorpresa cuando él está fuera de la vista de todos, en una dependencia de la mansión, por ejemplo. Y muchas veces noto en él un sobresalto culpable cuando me ve aparecer detrás de una puerta como un conejo saliendo de su madriguera. Pero no he conseguido atraparlo in fraganti, aún no. Lo cierto es que actúa casi siempre con la inocencia de un cordero, y se dedica a sus asuntos como si no tuviera otro objetivo en el mundo. Sin duda eso prueba la diabólica astucia de ese hombre.

Todas las noches rezo a Dios Todopoderoso para que aparte de mí un poco más de tiempo la malicia de Osric, y me dé así la oportunidad de acabar este manuscrito, y con él mi historia de Robert de Locksley, de Little John, de Marian, Goody, Tuck, Hanno, del buen rey Ricardo y de mí mismo. Porque temo que me haya sido asignado poco tiempo ya en esta tierra, y es mucho, mucho, lo que me queda aún por contar.



La lluvia caía de un cielo negro, derramándose en rachas sucesivas que martilleaban la superficie del río y salpicaban los tableros oscuros de nuestra barcaza en una serie continua de pequeñas explosiones. Todos nos sentíamos mojados y a disgusto, Hanno, yo mismo y los cuatro jóvenes monjes cistercienses ingleses, que nos apiñábamos bajo un toldo encerado sujeto a la proa de la larga barcaza, con la capucha bajada o el gorro calado, observando ceñudos el desfile a lo largo de la orilla, invariable hora tras hora, de las colinas boscosas y empapadas de Alemania.

Los abades de Boxley y Robertsbridge, como correspondía a su rango superior, se habían refugiado en el cuadrado camarote de madera de la popa del barco. Allí

estaban secos, protegidos de la lluvia y de la humedad del río, pero a cambio sufrían el fuerte hedor a pescado podrido que ascendía de la sentina. Como yo era el jefe de la expedición, podría haber insistido en compartir aquel cajón de pescado con los abades, pero encontraba escolásticas y aburridas sus conversaciones en latín y, para ser sincero, prefería estar en la proa de la barcaza con Hanno. Por lo menos desde allí podía ver lo que ocurría más allá de cada curva de la corriente. Aún no había olvidado el desastroso ataque de los piratas del río en Londres; aquí, a muchos centenares de kilómetros del hogar, mientras remontábamos el río Meno, al norte de Baviera, sentía que podía ocurrir cualquier cosa.

El patrón de la barcaza, una nave de fondo plano, de unos 25 metros de largo por seis de ancho, con un solo mástil y una gran vela cuadrada de un color rojizo sucio, era un hombre llamado Adam. Era un londinense robusto, con el cabello rubio y los ojos azules de un noruego, que llevaba diez años o más comerciando por estos ríos. Además, era tío de Perkin. Mi amigo el barquero pelirrojo también nos acompañaba; se había repuesto de las heridas sufridas durante el ataque de los piratas del Támesis y, en lugar de echarme a mí la culpa de los golpes recibidos por los secuestradores del pequeño Hugh, se sentía culpable por el hecho de que mi grupo hubiera sido atacado cuando estaba bajo su responsabilidad, embarcado en su bote. Yo le felicité por su buen desempeño en la pelea, y le regalé una espada corta de excelente forja; ahora, en estas tierras extrañas y peligrosas, la llevaba consigo todo el tiempo.

No podía ver en ese momento a Perkin porque se encontraba en la popa, por encima del camarote de los abades, manejando el timón para tomar una bordada que había de llevarnos hasta una curva del río. Allí, Adam y él empujarían el timón sin maniobras demasiado bruscas y, al girar la pala, la vela roja se hincharía y restallaría brevemente, y nos encontraríamos en un rumbo nuevo que nos dirigiría en diagonal hacia la otra orilla del río. De ese modo, en una serie interminable de largos zigzags, íbamos remontando los grandes ríos de Alemania. Cuando no teníamos vientos favorables, Perkin y Adam, ayudados a veces por los cuatro monjes, hacían avanzar la barcaza con pértigas en las aguas someras próximas a las orillas. Y cuando era necesario, Hanno y yo mismo nos uníamos a los monjes para manejar los seis largos remos de madera de pino que llevábamos a bordo, y empleábamos nuestros músculos en hacer avanzar despacio el barco contra la corriente, adentrándonos más y más en el corazón del Sacro Imperio romano, la guarida de los enemigos del rey.

Perkin había arreglado las cosas para que yo contratara a Adam para este viaje, aunque la plata que yo le pagaba no era mía, sino que provenía del cofre del tesoro privado de Leonor de Aquitania. La reina me había dado también una generosa cantidad de monedas destinadas a pagar los peajes de los ríos y cubrir los gastos del largo viaje. Se mostró comprensiblemente fría conmigo cuando fui a verla al palacio de Westminster, apenas dos horas después del juicio contra Robin. La reina quería

mucho a mi señor, y era evidente que le habían llegado ya las nuevas de mi traición. Fuera como fuese, no mencionó en ningún momento aquel asunto, y yo no me encontraba en la situación idónea para hablar de forma racional de lo ocurrido, de modo que nuestra discusión se limitó a los azares del viaje y a las dificultades que debería afrontar antes de descubrir dónde se hallaba su hijo. La charla fue breve; a su conclusión, ella me tendió una bolsa repleta y me aconsejó que reuniera a mis dos abades con su séquito de monjes y partiéramos con la mayor rapidez posible hacia Alemania. Eso me convenía, y yo no tenía el menor deseo de quedarme mucho tiempo en Inglaterra: la palabra «¡Judas!» todavía resonaba en mis oídos, y me perseguía la imagen de las dos cabezas en descomposición clavadas sobre las puertas de Kirkton y picoteadas por los pájaros, a las que culpaba de habernos echado una maldición a nuestra partida, pocas semanas atrás. Intenté no pensar en Robin, ni en su triste destino a manos de los templarios. Así pues, a la luz grisácea del amanecer, un día después de que Robin fuera sentenciado a morir en la hoguera, mi compañía y yo nos deslizamos aguas abajo por el Támesis en la gran barcaza de vela de Adam, *El Cuervo*, en dirección a alta mar, con el fin de empezar nuestra búsqueda del rey Ricardo.

Adam era un hombre estólido, honrado y poco dado tanto a manifestar sus emociones como a las fanfarronadas, pero conocía los ríos de Europa, según dijo, tan bien como cualquier inglés vivo. Estábamos en buenas manos, me aseguró Perkin; su tío era un marino experto, un piloto de primera clase, y el barco era tan robusto como su dueño. Sin embargo, *El Cuervo* no era una embarcación hermosa, y tampoco cómoda. Las condiciones de nuestro viaje empeoraron sensiblemente dos días atrás, al llegar a Frankfurt, cuando el barco quedó cargado hasta la altura del puente e incluso más arriba con troncos de árboles, dejando el espacio destinado al pequeño grupo de pasajeros reducido a la nada. Era la tercera carga que transportábamos: Adam había insistido en que, si él había de llevarnos en su amado barco por los ríos alemanes, nosotros a cambio teníamos que permitirle comerciar; al fin y al cabo, el suyo era un barco mercante. A mí no me desagradó el trato, porque el comercio nos ofrecía una buena tapadera, una razón de peso para viajar tan lejos de nuestra patria; y no me convenía que se aireara nuestro verdadero objetivo. Había muchas personas poderosas en las tierras que atravesábamos que podían estar interesadas en hacer fracasar nuestra misión.

Adam procuraba sacar una bonita renta de nuestro viaje: había cargado cientos de sacos de lana empaquetada bien prieta y sin tratar en un muelle más abajo de la Torre de Londres, y los había llevado, en una travesía de dos días muy agitada y desagradable, a los Países Bajos. En Utrecht, mientras los dos abades y yo hacíamos una visita de cortesía al obispo Balduino de Holanda en su gran palacio de la ciudad, Adam permaneció en los muelles ocupado en vender la carga y volver a comprar una

nueva remesa de mercancía, con la que volvió a llenar el barco hasta las portas, en esta ocasión con piezas de buen paño flamenco.

La entrevista que Boxley, Robertsbridge y yo tuvimos con el obispo Balduino fue la primera de las muchas visitas que hicimos a los grandes príncipes de la Iglesia en los reinos germánicos, y a pesar de que no sentía ninguna simpatía particular hacia los dos venerables abades que tenía a mi cargo, pude comprobar lo acertado de enviar a aquellos respetables eclesiásticos a averiguar el paradero del rey Ricardo. A medida que nuestro barco seguía su lento viaje remontando el río Rin, nos detuvimos en Colonia, Coblenza y Maguncia, además de en otras muchas ciudades más pequeñas, y en cada ocasión pedimos alojamiento al abad de la localidad, o al obispo o arzobispo, y en cada ocasión, además de disfrutar de la lujosa hospitalidad debida a unos clérigos ingleses de alto rango, nos enteramos de algunas noticias recientes sobre la región..., y a veces también sobre el rey Ricardo.

Los cuatro monjes que acompañaban como sirvientes y secretarios a los abades no sólo nos proporcionaron una fuerza muscular que podíamos necesitar, sino que demostraron una gran habilidad en sonsacar información acerca de nuestro soberano. Aunque los prelados de mayor importancia solían mostrarse reacios a confiarnos los rumores relativos al paradero de nuestro rey cautivo, los monjes no se preocupaban tanto por la discreción cuando coincidían en el refectorio, el baño o el dormitorio, e intercambiaban chismes con los clérigos de menor categoría. Así conseguimos información valiosísima.

Poco después de dejar Colonia, cuando nos dirigíamos río arriba con un fuerte viento del norte impulsando nuestra torpe barcaza con una celeridad tan inesperada como bienvenida, uno de los monjes, un joven listo llamado Damian, vino muy excitado a contarnos que había averiguado dónde estaba el rey. Dos clérigos le habían contado en el claustro de la catedral que Ricardo estaba encerrado en el castillo que el duque Leopoldo poseía en Dürnstein, en Austria. Cualquiera noticia sobre el paradero de Ricardo debería habernos animado a todos, pero mi sonrisa se torció cuando Hanno dijo que Dürnstein estaba muy lejos hacia el sur, junto al gran río Danubio y cerca de Viena. Para llegar hasta allí tendríamos que dejar a Adam y a Perkin en *El Cuervo* en el norte de Baviera, cruzar a caballo un enorme territorio boscoso y prácticamente desierto para llegar al Danubio, y una vez allí alquilar un barco que nos llevara río abajo hasta el castillo. La idea misma era desalentadora; incluso las incomodidades de aquella barcaza inglesa resultaban preferibles a aventurarnos en aquel vasto territorio desconocido.

Además, tenía otra razón para sentirme incómodo: días antes, mientras exploraba las calles de Colonia y deambulaba por los muelles concurridos del río viendo a los mercantes descargar sus exóticas mercaderías junto a la amplia franja resplandeciente de las aguas del Rin, me asaltó la extraña sensación de que me seguían. Cuando entré

a rezar brevemente en la antigua catedral, ante la capilla que guarda las reliquias de los tres reyes que fueron los primeros en adorar al Niño Jesús, tuve la certeza de que, en medio de la multitud de peregrinos, unos ojos malignos me observaban. En cierto momento, paseando solo por un callejón oscuro cerca del mercado, percibí la presencia de enemigos a mi espalda con tanta intensidad que giré en redondo y desenvainé mi espada; como era de esperar, no había nadie y me sentí ridículo. Escudriñé las caras de la gente de las calles de Colonia buscando algún rasgo familiar, y encontré muchas veces facciones que me recordaron a personas a las que había conocido en Inglaterra, o que había encontrado en mis viajes a Oriente. Aunque, cuando volvía a mirarlas más de cerca, me daba cuenta de que nunca antes había visto a esas personas. En una de esas ocasiones, sin embargo, distinguí a una pareja de hombres medio ocultos entre la multitud, uno muy alto, el otro bajo pero enormemente grueso, y algo se agitó en mi memoria. Cuando volví a mirar, habían desaparecido.

Mis entrevistas con los caballeros locales en busca de noticias del rey Ricardo no tuvieron éxito. Con todo, pude enterarme de algunas buenas nuevas de la patria. Un caballero alemán al que conocí en el palacio del arzobispo de Colonia, y que hablaba torpemente el francés, me dijo que toda Inglaterra zumbaba como un enjambre de abejas al comentar la noticia de que un noble, famoso por ser un hereje confeso y un adorador del diablo, había escapado de la custodia de los caballeros del Temple en Londres. Ese mismo caballero, un santurrón con una cicatriz rosada en la mejilla y vestido con una sobreveste negra, me dijo que seis días antes el tal Robert Otto había utilizado sus poderes diabólicos para deshacerse de sus grilletes de acero al filo de la medianoche, y que había huido en compañía de un gigante rubio feroz que blandía una enorme hacha. Después se desvaneció en el aire, algunos decían que volando a lomos de un dragón, y así escapó el tal Robert del justo castigo a su herejía a manos de los templarios.

Mi humor mejoró con la noticia, por más que me llegara de una forma tan sesgada. Pero mi placer por la fuga de Robin recibió de inmediato un jarro de agua fría. El noble fugitivo, ese tal Otto, me dijeron, había sido excomulgado por la Santa Iglesia y, a petición del príncipe Juan, los jueces del Nottinghamshire y del Yorkshire lo habían declarado proscrito fugitivo. Un vasallo del príncipe, un tal Rolf Meurtach, en la pronunciación del caballero alemán, se había dirigido de inmediato al norte con un ejército de más de mil hombres leales al príncipe. Rolf encontró abandonado el castillo del tal Otto, y lo incendió y arrasó hasta los cimientos. Ahora el tal Otto era un fugitivo que luchaba para salvar su vida, y se ocultaba en el bosque hechizado de Sherwood, un lugar poblado por brujas, demonios y hombres salvajes, y el intrépido sir Ralf Meurtach sin duda había de sacarlo de allí y conducirlo muy pronto al lugar previsto para su ejecución.

Sonreí al oírlo, y el caballero alemán me miró extrañado. Aunque Robin hubiera abandonado Kirkton ante el avance de Murdac, en Sherwood distaría mucho de encontrarse desamparado. Había allí muchos hombres que lo ocultarían, lo alimentarían y lucharían hasta la muerte por él, de ser necesario. Sherwood era, como lo había sido durante muchos años, su hogar predilecto, su santuario espiritual, su fortaleza del bosque. Allí estaría totalmente seguro.

De modo que Robin volvía a ser un proscrito, pensé para mí, libre de las ataduras establecidas por la ley, e incluso por la moralidad común. Era una noticia muy mala para sus enemigos; ahora Robin era dos veces más peligroso para cualquiera que él considerara que le había traicionado.

Pero mi señor se encontraba muy lejos en Sherwood, y yo tenía que dedicarme a la tarea que me había sido asignada. Así pues, di las gracias al caballero, me despedí de él y me concentré en la cuestión más urgente: ¿Dónde estaba nuestro rey? ¿En qué punto de aquella enorme extensión de Europa se encontraba el rey Ricardo?



Habíamos esperado que Ricardo fuera trasladado de una prisión a otra con cierta regularidad por el hombre que le había capturado, Leopoldo de Austria. Por un lado, el duque tenía que atender a un enorme patrimonio, y los grandes personajes tienen la costumbre de viajar por sus dominios para repartir la carga de su mantenimiento de una forma equitativa sobre los hombros de sus numerosos vasallos; y allí donde fuera el duque, iría también Ricardo. Pero había otras razones para llevar a Ricardo de una prisión a otra con cierta regularidad. Su rescate podía valer una gran cantidad de dinero a cualquiera que lo tuviera en sus manos, y si los amigos del rey, o sus enemigos, para el caso, no sabían dónde estaba, difícilmente podrían apoderarse de él. El rescate no figuraba entre nuestros objetivos, sin embargo; habríamos necesitado para eso un ejército poderoso, y nada podrían hacer seis clérigos y dos hombres de armas. Sólo queríamos encontrarlo y dar comienzo a las negociaciones que lo condujeran sano y salvo a su patria.

Si establecíamos contacto con Ricardo, podríamos garantizar que la reina Leonor, y la propia Inglaterra, formaran parte de las negociaciones para su rescate. El peligro estaba en que sus apresadores, el duque Leopoldo o su señor Enrique VI, el emperador, vendieran a Ricardo al rey Felipe de Francia. Si Ricardo languidecía en una prisión francesa, posiblemente azotado regularmente y pasando hambre, Felipe podría conseguir que nuestro rey le cediera una parte sustancial de sus posesiones en Francia, tal vez toda la Normandía, el Anjou, el Maine e incluso la propia Aquitania. Se encontraría a merced de su enemigo mortal. Y eso no era lo peor. El rey Felipe podía muy bien llegar a un acuerdo con el príncipe Juan. Yo podía imaginar

fácilmente al príncipe Juan dispuesto a desprenderse de Normandía y los demás territorios franceses a cambio de una muerte discreta de Ricardo y el apoyo de Felipe para conseguir el trono de Inglaterra.

Sólo si conseguíamos encontrar a Ricardo y empezar las negociaciones, todos esos peligros podrían contenerse, aunque no desaparecerían del todo. Tal vez pudiéramos firmar un tratado con los alemanes, y salvar así la vida de Ricardo, impidiendo que cayera en las garras de Felipe y de su hermano Juan.

Un elemento jugaba a nuestro favor: Enrique VI se llamaba a sí mismo con orgullo Sacro Emperador Romano, heredero de los césares. Le agradaba pensar en sí mismo como el noble de más alcurnia de la cristiandad, el primer caballero y un gobernante sabio y benéfico para millones de cristianos. Y sin embargo, al capturar y mantener en prisión a un peregrino de regreso de Tierra Santa, estaba quebrantando una de las leyes fundamentales que había jurado mantener. Por más que en el otro lado de la balanza hubiera demasiado dinero en perspectiva como para dejar libre a Ricardo, posiblemente preferiría comportarse de un modo justo, honorable y cristiano, y permitir que el rey volviera con su propio pueblo a cambio de una recompensa sustancial..., antes que dejar a un héroe de la Guerra Santa en manos de sus enemigos. Fuera como fuese, todo dependía de que el paradero de Ricardo fuera conocido de forma pública. Si todo el mundo sabía dónde tenían preso al famoso rey Ricardo, y si diplomáticos ingleses de alta jerarquía estaban en contacto con él y entablaban una negociación pública con los alemanes para conseguir su libertad, a Enrique le resultaría mucho más difícil llegar a un trato discreto, más lucrativo y, desde nuestro punto de vista, más desastroso, con Felipe de Francia o el príncipe Juan.

A unos cien kilómetros río arriba de Colonia, en la ciudad fortificada de Coblenza, el entusiasta Damian volvió de una visita a los baños públicos con más noticias sobre el rey. Un monje le había dicho que, a mediados de febrero, Ricardo había sido trasladado a la fortaleza de Augsburgo, en el sudoeste de Baviera. Así las cosas, en aquel momento, mediado el mes de marzo, sentimos que nos acercábamos a nuestra regio preso. También fue reconfortante saber que, mientras navegábamos en dirección sur, Ricardo había sido trasladado más al norte por sus apresadores, acercándolo a nosotros.

Por fin pude ver el acierto del plan de la reina Leonor al enviarnos a remontar el Rin. Ese río anchuroso y de aguas lentas era la principal arteria de Europa, y no sólo por el poderoso torrente de agua que se precipitaba desde sus fuentes en las montañas suizas hacia el mar del Norte: también transportaba mercancías, gentes y, lo más importante para nosotros, información.

Hanno fue el siguiente en conseguir detalles del paradero de Ricardo. Una noche, mientras yo ejecutaba música compuesta por mí para el arzobispo de Maguncia,

pulsando amorosamente mi viola en un lujoso festín dado en honor de los dos abades ingleses, Hanno se dedicaba a cultivar su amor por la cerveza en una taberna de un callejón de los suburbios de la ciudad. Dio la casualidad de que uno de los parroquianos del lugar tenía un primo soldado que trabajaba al servicio del duque Leopoldo, y contó a Hanno que el rey sería trasladado en breve a Ochsenfurt. Al principio, los abades se mostraron escépticos; después de todo, Ochsenfurt era sólo una ciudad pequeña y relativamente poco importante, un rincón rústico rodeado de inhóspitos bosques. Además, ¿cómo iban a saber unos soldados incultos y borrachos el paradero del rey? En cualquier caso, yo sí lo creí, y apelé a mi autoridad como jefe de la expedición para insistir en que la fuente de Hanno no mentía. Y así, después de acallar las protestas de los clérigos, nuestra barcaza abandonó las aguas del Rin en Maguncia y empezó a remontar con lentitud las aguas pardas del Meno en dirección a Frankfurt.

Una vez en Frankfurt, un lugar lleno de bullicio, repleto de cientos de mercaderes de todo el Sacro Imperio Romano decididos a hacerse ricos, con sus tiendas, sus almacenes y miríadas de tabernas, posadas, burdeles e iglesias que servían sus necesidades, todo ello apiñado alrededor de una catedral imponente, el abad Boxley (¿o tal vez fue Robertsbridge?) pudo confirmar lo que Hanno había avanzado con tanta seguridad varios días antes. El rey Ricardo, se le escapó decir al algo lerdo cillerero del obispo de Frankfurt, estaba en efecto en Ochsenfurt, a sólo dos días de camino remontando el río. Al parecer, habían pedido al cillerero que enviara allí varios barriles de su mejor vino, porque la ciudad albergaba en esos días a un huésped muy especial. Nunca llegué a averiguar cómo Robertsbridge (o Boxley) había conseguido sonsacar aquella información al cillerero, pero nuestros ánimos crecieron al saber que estábamos en el buen camino y nos acercábamos rápidamente al rey Ricardo.

Después de varias horas de regateo con los mercaderes de Frankfurt, Adam consiguió finalmente colocar su mercancía de paños flamencos y recibió a cambio una carga de troncos aserrados, de una clase de madera poco común y muy apreciada por su densidad, y zarpamos cargados hasta las bordas a la mañana siguiente, rumbo al este bajo una lluvia insistente, con el objetivo de socorrer a nuestro rey cautivo.

Dos días después, la humedad de nuestras ropas y de los bosques que nos rodeaban nos tenía a todos cansados, empapados e irritables. Con la excepción de Hanno, encantado por estar de vuelta en su patria y con una amplia sonrisa partiendo en dos su cabeza rapada y dejando a la vista su mancillada dentadura. La tarde estaba ya muy avanzada cuando superamos el último meandro del río y acostamos el barco a un ancho muelle de madera en la orilla sur, que pertenecía al monasterio (o, para ser más exactos, a la colegiata) premonstratense de Tuckelhausen. Ochsenfurt quedaba a poco más de un kilómetro río arriba, pero esperábamos que, al declarar que nuestro

destino era Tuckelhausen, esquivaríamos por algún tiempo las sospechas sobre nuestros verdaderos propósitos.

Nuestra historia, que había discutido extensamente con Boxley y Robertsbridge, era que los abades visitaban Tuckelhausen porque deseaban ver su famoso *scriptorium* y examinar una rara copia de las Escrituras guardada en aquel lugar. Lo cierto es que el volumen en cuestión no tenía ningún mérito relevante, pero pocas personas se atreverían a discutir los deseos de dos abades tan augustos, que habían viajado desde tan lejos para verlo. Contarían a sus anfitriones que habían tomado pasajes en el barco de Adam y Perkin, dos compatriotas que transportaban una carga de madera de construcción río arriba hasta Sweinfurt, donde el margrave local estaba reforzando las fortificaciones de su ciudad. Acordamos que yo sería presentado en Tuckelhausen no como un miembro destacado del grupo, sino como un hombre de armas común, contratado para proteger a los clérigos. La historia no se apartaba mucho de la verdad, y me convenía: para mis planes, era preferible no recibir las pocas atenciones debidas a mi rango de señor de unas tierras no muy extensas.

Después de anunciar los nombres de los abades y el propósito de nuestra visita al malhumorado canónigo de hábitos blancos que estaba a cargo del muelle, éste nos prestó a regañadientes una mula escuálida para cargar nuestro equipaje, armas y pertenencias. Y mientras Adam y Perkin simulaban trabajar en algunas reparaciones en el barco, Boxley, Robertsbridge, los cuatro monjes, Hanno y yo mismo emprendimos, a la luz del crepúsculo, el recorrido de tres kilómetros por un sendero estrecho a través del bosque hacia el monasterio de Tuckelhausen. La mula era particularmente terca: no sentía el menor deseo de dejar la comodidad de su establo junto al río para enfrentarse a un diluvio como aquél, y menos cuando era evidente que se acercaba la hora del pienso de su cena. Sólo conseguimos mover a aquella bestia tirando con todas nuestras fuerzas de las riendas y azotando sus cuartos traseros salvajemente con una vara de avellano.

Mientras seguíamos el sendero embarrado, a mi izquierda pude echar una ojeada a Ochsenfurt, a kilómetro y medio de distancia, por entre las ramas desnudas de los árboles de ribera. Era una fortaleza, una ciudad apiñada rodeada de murallas por los cuatro costados, de perímetro cuadrangular, con cada lado amurallado de no más de setecientos metros de largo, y con cuatro robustas torres redondas en las esquinas. En algún lugar del interior de aquella fortaleza, pensé, y muy probablemente en una de las cuatro grandes torres, estaba cautivo mi rey. Mi soberano, un hombre al que respetaba tanto como al que más, un guerrero al que había seguido lealmente y junto al cual había combatido en Ultramar, y con quien había disfrutado componiendo música; un hombre que me había honrado con su compañía y me atrevo a decir con su amistad, y que se encontraba aquí prisionero como si fuera un villano. Sus enemigos se habían apoderado de él, de un peregrino que regresaba de Tierra Santa,

obviando las leyes divinas y humanas, e intentaban enriquecerse con la venta de esa persona como si se tratara de un esclavo.

Por primera vez desde que tuve noticia de la captura de Ricardo, sentí brotar la rabia de mis entrañas. Si alguna vez tenía oportunidad, juré, castigaría a los responsables de aquella fechoría. Y la llama de mi furia silenciosa me calentó mientras chapoteábamos por los baches del sendero, tirando de la mula tozuda, hacia los muros sombríos de Tuckelhausen.



El abad Joachim se atribuló bastante al verse a sí mismo como anfitrión de un grupo empapado de forasteros, cuando fuimos introducidos en su confortable cámara calentada por un brasero. Cuando se recuperó del susto, saludó a sus colegas abades con un beso de paz y ordenó a sus sirvientes que nos trajeran vino y prepararan comida y camas para nosotros. Nos habíamos presentado a las puertas de Tuckelhausen a la caída de la noche, cuando las campanas de la iglesia tocaban las vísperas. Las puertas del monasterio estaban cerradas, pero Hanno, que hablaba el dialecto bávaro local, explicó a los porteros que éramos un grupo distinguido de clérigos nobles ingleses, y que debían abrir las puertas a pesar de lo tardío de la hora.

—Pero ¿cómo, mis nobles señores, no habéis escrito para avisar que pensabais hacer una visita a nuestro humilde monasterio? —preguntó el abad Joachim—. Habríamos preparado de manera adecuada vuestra visita. Me temo que está todo un poco patas arriba, porque nos disponemos a celebrar la fiesta de San Jorge, el mes próximo. Es un santo muy popular en estas comarcas..., esta casa está dedicada a él, como a buen seguro ya sabéis, y en este momento albergamos a muchos peregrinos bajo nuestro techo. De hecho, el dormitorio está lleno, y todo está sumido en el mayor desorden.

Joachim era un hombrecillo nervioso, bajo, rechoncho y de mirada triste, con sólo algunas hebras de cabello blanco alrededor del círculo calvo y rugoso de su tonsura. Nos hablaba en un rudimentario latín, con un acento tan extraño que era difícil comprender lo que quería decirnos. En más de una ocasión, tuvimos que pedir a Hanno que hiciera repetir al abad sus palabras en alemán para que mi compañero de fatigas nos las tradujera.

—Si al menos nos hubierais dado aviso —seguía diciendo Joachim—, aunque fuera sólo con unos días de anticipación...

—Únicamente el Señor Todopoderoso puede decir lo que le ha ocurrido al mensajero que llevaba la carta que os enviamos —explicó Robertsbridge en tono grave, y me di cuenta de que, para ser un buen cristiano, mentía como un bribón redomado—. ¿Tenéis problemas en esta zona con los bandidos?

—Oh sí, decididamente sí —dijo Joachim. Pareció aliviarse haber encontrado una respuesta plausible a la cuestión de nuestra llegada inesperada. De hecho, la idea de que nuestro mensajero podía haber sido asesinado por bandoleros cuando intentaba dar la noticia de nuestra llegada, pareció llevar al abad Joachim a un éxtasis de gozo. Sirvió a los abades más vino, ahora radiante.

—Oh sí —espetó entusiasmado—, docenas de bandidos, ¡bribones de todo tipo! No sé por qué el duque Leopoldo no los expulsa de estas tierras, dada la forma en que acosan a las personas temerosas de Dios, a los peregrinos devotos como vos mismo. En este lugar, tenemos fama por nuestro vino, nuestras salchichas, nuestras mujeres..., y nuestros bandoleros. ¡Ja, ja!

Robertsbridge y Boxley, de pie el uno al lado del otro, le sonrieron simultáneamente con amabilidad, y cada uno de ellos dio un sorbo al vino al mismo tiempo, mirando al abad por encima de la copa.

—Perdonad que os lo pregunte —el abad alemán miraba atentamente a los dos prelados—, ¿sois hermanos, por casualidad? ¿Gemelos, tal vez?

—Somos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo —dijo Boxley con una sonrisa piadosa—. Pero no, no pertenecemos a la misma familia terrenal.

—Ah sí, ya veo, hermanos en Cristo... Desde luego, todos lo somos, ya lo creo que sí.

Al parecer, habíamos desconcertado de nuevo a aquel buen hombre.

Se destinó a Boxley y Robertsbridge una buena habitación para pasar la noche, y en cambio a Hanno y a mí se nos comunicó de una forma bastante brusca que tendríamos que buscar acomodo en el establo. Pero eso era perfecto para mis planes.

El monasterio se extendía con sus dependencias formando un gran cuadrado en un prado herboso. La iglesia, de considerables dimensiones, estaba en el extremo este, y el establo al oeste, junto a la tapia exterior del recinto. Era un edificio alargado y cálido, con un techo de tejas rojas y espacio para una docena de animales. Llegó hasta mis narices el olor familiar a sudor de caballo, heno y cuero aceitado, y de haber tenido intención de dormir en aquel lugar, me habría agenciado un rincón muy cómodo en el que reposar mi cabeza.

Sin embargo, después de haber cenado en el refectorio con los canónigos y los demás peregrinos, y asistido al oficio de completas en la gran iglesia de la abadía, Hanno y yo cruzamos el prado y, tras desear cortésmente buenas noches a varios canónigos de hábitos blancos con los que nos cruzamos, nos retiramos al establo. Atrancamos la puerta de madera y, después de comprobar que nuestra única compañía era la media docena de caballos y la vieja mula tozuda, empezamos a examinar el interior del edificio a la luz de un cabo de vela. En el extremo más alejado del establo, Hanno encontró la mancha de humedad en el suelo que andábamos buscando, y al mirar por entre las vigas asentadas sobre nuestras cabezas,

comprobó que faltaban una o dos tejas del techo, lo que había permitido que se filtrara la lluvia y mojara la paja del suelo.

—¡Perfecto! —murmuró mientras buscaba la forma de trepar por la tapia trasera. En un abrir y cerrar de ojos, estaba ya subido en precario equilibrio sobre un pesebre fijado a la pared del establo a la altura aproximada de los hombros, y se esforzaba en ensanchar el agujero del techo, apartando las tejas sueltas y maldiciendo el ruido que hacían al ser arrastradas en el silencio de la noche.

Yo, mientras tanto, hacía mis propios preparativos para la misión proyectada. Me vestí con ropas oscuras (dos túnicas, porque la noche era fría), un manto grueso, botas y una capa oscura con capucha, y me embadurné la cara y las manos con una mixtura hecha de hollín y grasa de oca. Aquello me recordó los preparativos del ataque a Kirkton: ¿podían haber pasado tan sólo seis meses desde entonces? Me pareció que había sido una vida entera. Aunque esperaba no tener que matar a nadie esta noche, oculté la misericordia en mi bota..., y murmuré también una breve plegaria a san Miguel.

Hanno había querido acompañarme en mi paseo nocturno, pero tuve que decirle que no. Me habría sido útil, porque era un maestro en el arte de moverse furtivamente de noche, pero me pareció que lo que tenía intención de hacer lo haría mejor solo. No quería tener que preocuparme por él, ni que él se preocupara por mí, si nos separábamos en la oscuridad. Y más importante aún, necesitaba que alguien quedara atrás para excusar mi ausencia si algún monje se presentaba en el establo, o si el abad Joachim nos llamaba por alguna razón inesperada. Después de pasar un par de semanas encerrado en la barcaza de Adam, la perspectiva de sumergirme a solas en la fría pureza de la noche, sin depender de nadie, sin ser responsable de nadie más que de mí mismo, me resultaba extraña y especialmente atractiva.

Y, lo confieso, también sentía el hormigueo familiar y placentero de la acción inminente: una tensión en el estómago y un aumento de la percepción en mi retina. Apreté con calor la mano de Hanno antes de que él me aupara, y luego, apoyando un pie en el pesebre, asomé con cautela la cabeza por el agujero del techo ensanchado por mi amigo bávaro. El alero empinado del tejado me impedía ver nada hacia la parte interior del monasterio, pero agucé el oído y no me moví hasta estar seguro de que nadie andaba cerca. Finalmente, me alcé hasta quedar tendido sobre las tejas en pendiente junto al agujero, y mirando al interior a oscuras susurré «¡Hanno!». El cazador de la cabeza rapada apenas era visible como una sombra más oscura en la penumbra, pero conseguí ver lo bastante a la luz de la luna para agarrar el bulto voluminoso que él me tendía. Era un saco grande, con dos largas tiras de tela acolchada a la altura de los hombros, que colgaban a la espalda si uno se lo ponía. Hanno me había dicho que, en el sur de Baviera, los montañeses solían llevar ese tipo de prenda cuando tenían que cargar grandes pesos arriba y abajo por las laderas de los

Alpes. Del fondo de aquel «saco de espalda» como lo llamaban los bávaros, extraje una cuerda en la que Hanno había atado cuidadosamente gruesos nudos cada treinta centímetros, y até con firmeza uno de sus extremos a una de las vigas del interior del techo del establo. Luego arrojé la cuerda por encima de la tapia exterior de la colegiata. Apenas me llegó a los oídos el «Ve con Dios» susurrado por mi amigo desde abajo, y empecé, con mucho cuidado para no hacer ningún ruido, a bajar por la cuerda con el saco de espalda sobre los hombros. Y con los músculos tensos por el peso de mi cuerpo, salvé los cinco metros de tapia hasta el suelo del exterior.

Todo estaba tranquilo cuando me encontré de pie en una parcela fangosa de tierra, una especie de huerto por lo que pude ver. Dejé la cuerda colgando contra la tapia exterior y me encaminé hacia el sur procurando que mis huellas no fueran demasiado visibles, siguiendo el muro hasta llegar a la esquina del monasterio. Desde allí, corrí unos cincuenta metros hasta un bosquecillo que se alargaba en sentido este-oeste al sur de Tuckelhausen. Mientras descansaba jadeante por la carrera, examiné la situación: la lluvia había cesado, pero el cielo seguía cubierto de nubes, entre las que asomaba una luna en tres cuartos que daba luz suficiente para orientarse. Demasiada luz incluso, a decir verdad; yo había esperado un poco más de oscuridad, porque no deseaba poder ser localizado con facilidad en el curso de mi aventura.

Faltaba más o menos una hora para la medianoche, calculé, mientras me ajustaba las tiras de mi saco de espalda para sentirme más cómodo enfundado en él. Comprobé una vez más que la misericordia seguía en mi bota, me eché sobre la cara la capucha de la capa, y emprendí el camino hacia el este, en dirección a Ochsenfurt, la ciudad fortificada en la que mi rey permanecía cautivo.

Capítulo IX

Me llevó menos de una hora recorrer los aproximadamente cinco kilómetros de sembrados y prados entre Tuckelhausen y los altos muros de Ochsenfurt. Me mantuve a cubierto en las zonas boscosas y de arbustos siempre que me fue posible, o caminé siguiendo las líneas de setos o vallas para disimular la silueta de un hombre en movimiento a la luz de la luna en una noche demasiado clara. Hacia la medianoche, me encontraba agachado al pie de un árbol, en un bosquecillo de alisos no lejos del río Meno, masticando un pedazo de tasajo de carne que Hanno había colocado previsoramente en mi saco de espalda, y mirando hacia las defensas de la esquina noroeste de Ochsenfurt, situadas a menos de treinta metros de distancia de mi posición.

La ciudad estaba protegida por un foso profundo, lleno en sus tres cuartas partes de agua de lluvia, que se extendía por delante de un grueso muro de piedra de unos siete metros de altura. En aquel ángulo formado por los tramos oeste y norte de la muralla, al igual que en las demás esquinas de aquella ciudad cuadrada, se alzaba una torre alta y redonda con saeteras a diferentes alturas en tres lados. Supuse que las saeteras daban a una escalera de piedra en espiral, que ascendía por el interior de la torre y conducía a una habitación bien guardada en el piso alto. Estaba seguro de que el rey Ricardo estaba encerrado en una de las torres. Había una posibilidad sobre cuatro de que en ese momento me encontrara delante de la prisión de mi rey.

Desde luego, también cabía la posibilidad de que Ricardo estuviera preso en otra zona de la ciudad, tal vez en la mansión de un noble. Pero yo había trepado a varios árboles en mi camino hacia Ochsenfurt y, aparte de una gran iglesia de aspecto macizo en el centro de la ciudad, no vi ninguna otra construcción adecuada para guardar a un cautivo valioso durante varios días o semanas. Por más que las torres estuvieran en los extremos de la ciudad, sin duda habría soldados patrullando continuamente en las murallas, y la única forma de salir de cada una de aquellas torres sería sin duda una puerta con un buen cerrojo, situada en el lado interior de los muros.

No, estaba casi seguro de que Ricardo se encontraba en una de las cuatro torres. Pero ¿en cuál?

Unos diez metros a mi izquierda, el camino principal corría de este a oeste a orillas del ancho curso del río Meno, y entraba en Ochsenfurt por una sólida

barbacana construida al lado de la torre. La gran puerta de madera de la ciudad, forrada de hierro para mayor seguridad, estaba atrancada. Sin duda la habían cerrado tras el toque de queda, y no la abrirían hasta el amanecer. Sobre las almenas que coronaban la barbacana, vi el resplandor amarillento de antorchas encendidas en dos o tres ventanas, y alguna que otra sombra en movimiento cuando un centinela pasaba delante de la luz. Calculé que debía de haber allí cinco o tal vez seis hombres. Y esos hombres de armas, encargados de la seguridad de Ochsenfurt, estaban despiertos y alerta. Si quería entrar en la ciudad y hablar con el rey Ricardo, tendría que cruzar a nado el foso, escalar un muro vertical de siete metros de altura, eludir a los seis centinelas o matarlos en silencio, y recorrer después el laberinto de callejas estrechas y desiertas después del toque de queda hasta localizar a mi soberano en una de las cuatro torres fuertemente custodiadas... Y hacer todo eso en una noche cerrada y sin el menor ruido. Ser capturado significaría la muerte segura, ejecutado como ladrón o, aún peor, como espía.

Le di vueltas al problema mientras masticaba el tasajo. Era imposible, concluí. No había forma de entrar en Ochsenfurt sin ser visto. Pero eso no significaba que no pudiera comunicarme con mi rey.

Las grandes puertas dobles de la barbacana estaban sólidamente atrancadas, como había podido observar. Nadie podía pasar por allí. Pero también, era muy improbable que alguien saliera por ellas. ¿Qué centinela está dispuesto a abandonar su cómodo puesto junto a un brasero, el puesto que le ha sido asignado, para aventurarse en la oscuridad? ¿Quién sabe qué extrañas criaturas infernales, demonios o brujas, pueden acechar más allá del círculo iluminado por las antorchas? Recordé a los supersticiosos aldeanos de Locksley, y sus temores por la *hag* de Hallamshire, y sonreí para mí mismo. Luego rebusqué en mi saco de espalda, y saqué mi viola de madera de manzano pulida y mi arco de crin de caballo. Era una de mis posesiones más preciadas, un regalo de mi viejo amigo y mentor musical, Bernard de Sézanne. La viola tenía unos sesenta centímetros de longitud y constaba de un mástil, en el que yo pulsaba las cuerdas, y un cuerpo redondeado con forma de mujer, que generaba su exquisito sonido. Era lo bastante ligera para llevarla sin problemas en el saco, y muy sólida.

Volví a cargar con el saco y, preparado para huir a la menor señal de alarma, empecé a afinar el instrumento haciendo el menor ruido posible. Llegaron hasta mí fragmentos de conversación desde las luces encendidas en lo alto de la barbacana, a menos de treinta metros de distancia, mientras pulsaba las cinco cuerdas y ajustaba los trastes de la cabeza del mástil de la viola. No pude oír bien lo que decían, y tampoco les hubiera podido entender, pero supe que los centinelas habían detectado mi presencia.

Entonces empecé a tocar.



Mi señor Robin casi siempre había andado escaso de dinero durante la Gran Peregrinación. Desde que se puso al frente del lucrativo comercio del incienso, todo había cambiado radicalmente, por supuesto, pero la mayor parte del tiempo no había podido contar con la cantidad de plata suficiente para cumplir con sus obligaciones de general de casi cuatrocientos hombres de armas. Y la culpa la había tenido el rey Ricardo. Mi soberano había prometido a Robert de Locksley una determinada cantidad a cambio de la promesa de Robin de ir a la guerra, llevando consigo a sus temibles arqueros galeses. Por desgracia, como suele ocurrir con los hombres muy ricos, y en particular con los reyes, Ricardo había retrasado mucho el pago de su deuda con mi señor, y Robin se había visto sometido a una gran escasez de fondos.

Con la intención de ayudar a Robin, aproveché una oportunidad en que compuse música para Ricardo, y le recordé al rey su deuda con mi señor. Los dos entablamos una especie de duelo musical: yo había cantado una estrofa en la que sugería que Ricardo debía pagar sin más retraso, y Ricardo me respondió con otra en la que me reprochaba mi impertinencia. Todo se desarrolló en un ambiente de broma y buen humor, pero el resultado fue que Robin recibió una parte de la plata que se le debía, y que Ricardo y yo acabamos disfrutando de algún que otro encuentro para componer canciones.

Aquella noche oscura, sentado sobre la tierra fría a poco más de treinta metros de la barbacana de la puerta principal de Ochsenfurt, toqué la música que acompañaba la canción que Ricardo y yo compusimos a dúo. Era una melodía sencilla y característica, que se repetía dos veces y luego desplegaba algunas variaciones en el tercer y el cuarto verso, para retornar finalmente a la línea melódica principal. Toqué las notas iniciales, y canté:

Mi alegría me invita a cantar
en esta dulce estación...

Pulsé las cuerdas siguientes, y continué:

... y el corazón generoso replica
que es bueno sentir de este modo.

Ahí me detuve y escuché. Se alzaron voces en lo alto de la barbacana, y algunos gritos preguntando algo incomprensible, pero intenté dejarlos en segundo plano. Aguzaba el oído para oír si mi soberano Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, duque de Normandía y de Aquitania, conde de Anjou y de Poitiers, se unía a mi

cantar desde el interior de la celda de su prisión. Si los guardianes de la barbacana habían podido oírme, estaba seguro de que cualquiera que estuviera preso en la torre vecina podría oírme también.

Esperé lo que me pareció un instante eterno. Apareció una sombra. Silueteado contra las almenas que remataban la puerta, vi a un hombre de armas de pie, con una antorcha encendida en la mano, escrutando la oscuridad. Pero mantuve la calma. Dudaba de que salieran a buscarme, e incluso si lo hacían tendría tiempo de sobra de escapar antes de que me atraparan. El hombre de las almenas volvió la cabeza y habló con alguien situado a su espalda. Luego fijó la antorcha en un blandón cercano, y volvió al calor del cuerpo de guardia. «Una vez más —pensé yo—, sólo una vez más, y me iré».

Pasé el arco por las cuerdas de la viola, y volví a cantar la primera estrofa de «Mi alegría». Hubo más gritos en el cuerpo de guardia, y esta vez aparecieron dos hombres en las almenas, con antorchas encendidas. Como yo no había recibido la respuesta que esperaba, retrocedí en la oscuridad y dejé que los centinelas gritaran sus irritadas amenazas a la noche desierta.

Caminé hacia el sur, alejándome del río y cuidando de apartarme un trecho del muro de la ciudad y el foso lleno de agua, pero sin perderlos de vista en ningún momento. No sólo en la barbacana había centinelas bien despiertos; por los cuatro muros de la ciudad patrullaban también soldados, que parecían tomarse su trabajo a conciencia. Pero en el ángulo sudoeste de Ochsenfurt no había concentrados tantos hombres cuando llegué allí momentos más tarde; encontré un lugar adecuado, detrás de un arbusto, desde el que observar la segunda torre: los gritos de los guardias de la barbacana habían alertado a un solo hombre, que corría por la sección oeste de la muralla de la ciudad; le había visto trotar en dirección opuesta al acercarme a la segunda torre.

Algo me alarmó: creí oír un ruido extraño a mis espaldas; un rumor de ramas rotas y hojas aplastadas, como si un animal de gran tamaño se moviera pesadamente por el sotobosque. Cuando me detuve a escuchar, el ruido también paró. Un escalofrío de miedo ancestral recorrió mi cuerpo, la noción de que había algo ahí fuera, detrás de mí, en las tinieblas, algo malévolo. Bostecé para calmar mis nervios, y me dije a mí mismo que debía tener más ánimo. Lo más probable es que se tratara de un jabalí o un ciervo que merodeara por aquellos ricos campos de labranza en busca de comida; o quizás una vaca soñolienta que se había movido en la oscuridad alertada por mi presencia.

La segunda torre, en el ángulo sudoeste de la ciudad, parecía vacía. No se veía ni una chispa de luz; tampoco ningún movimiento. Esperé tal vez un cuarto de hora, acurrucado detrás de mi arbusto, y entonces me erguí, pulsé la primera cuerda y canté la primera estrofa de «Mi alegría». Nada. No hubo respuesta desde la torre, y

tampoco gritos furiosos de alarma de los guardias. Probé con la segunda estrofa:

Mi corazón me ordena amar
a mi dulce señora, y mi alegría al hacerlo
es en sí misma una generosa recompensa.

Nada, una vez más. La segunda estrofa había sido compuesta por el propio rey Ricardo, y era una réplica ingeniosa a mi primera estrofa, porque utilizaba muchas de sus mismas palabras para dar un sentido diferente a los versos. Ricardo se había sentido justificadamente orgulloso de su composición. Dudo mucho que la hubiera olvidado. Pero: nada, sin respuesta. De modo que volví a guardar el arco y la viola en el saco de espalda, y empecé a caminar en dirección este, hacia la tercera torre.

La aproximación al lugar de mi tercera actuación fue más fácil que las dos anteriores porque, al sur de Ochsenfurt, se alzaba un pequeño bosque que me permitió acercarme sin ser descubierto hasta un lugar muy próximo a la muralla. La tercera torre parecía tan poco prometedora como la segunda; no había guardias a la vista ni un solo resquicio de luz. Me pregunté si había cometido un error: tal vez Ricardo no estuviera encerrado en ninguna de aquellas fortificaciones altas y circulares; tal vez ni siquiera se encontraba en Ochsenfurt. Quizás había sido trasladado de nuevo a otra ciudad cualquiera. ¿Estaba desperdiciando la noche, cuando podía estar acurrucado en el heno cálido del establo oyendo los ronquidos de Hanno?

Saqué mi viola, con una sensación de desánimo, y, sin más preámbulos, canté una vez más la primera estrofa. De nuevo no obtuve respuesta; no se oyó el menor ruido: ni guardias ni rey. Sin esperanza, empecé a cantar a toda prisa la segunda estrofa, la que había compuesto Ricardo. Y entonces ocurrió.

Apareció una luz en una ventana estrecha en lo alto de la torre; una chispa de esperanza. Dejé de cantar, aturdido. «No puede ser, no puede ser...»

Se oyó una voz: no fuerte ni especialmente entonada, la voz de alguien que acaba de despertarse... Pero familiar, muy familiar, y que hizo que la piel de todo mi cuerpo se erizara como la de un ganso desplumado. La voz cantó:

Un señor tiene una obligación
mayor que el propio amor
y es recompensar con generosidad
al caballero que le sirve bien.

Era Ricardo. Había encontrado a mi rey. Y él recordaba, estaba cantando la estrofa que yo compuse tiempo atrás, para recordarle su deuda con Robin.

Brotaron lágrimas de mis ojos mientras pulsaba las cuerdas de la viola para la estrofa final: y canté al unísono con mi señor, mi capitán, mi rey, y su voz fue tomando más y más fuerza a cada nota.

Un caballero que con tanta dulzura
canta las obligaciones para con su noble señor, conoce demasiado bien las
virtudes
de los modos corteses, para así contradecirlas.

Cuando terminamos, se produjo un largo silencio. Sentía mi garganta demasiado oprimida para hablar. Por fin, vi una cara pálida en la ventana de lo alto de la torre, y una voz regia me llamó:

—Blondel, Blondel, ¿de verdad eres tú? ¿O eres un fantasma nocturno enviado para regocijarse en mi desgracia?

—Soy yo, sire. Soy Alan Dale. De verdad soy yo, y nosotros, yo mismo y mis señores abades Boxley y Robertsbridge, hemos venido a conseguir vuestra libertad. Tened ánimo, señor, vuestros amigos están muy cerca.

En ese momento, vi un destello fugaz con el rabillo del ojo. Por puro instinto, di medio paso atrás en el instante en que la hoja de acero de una espada pasaba rozando mi rostro a un cuarto de pulgada. De haber alcanzado el golpe su objetivo, me habría partido el cráneo en dos y matado con toda seguridad. Pero, Dios sea loado, yo era joven entonces, y muy ágil. Me agazapé y volví contra mi atacante con sólo una frágil viola de madera en las manos. Era un hombre alto y muy flaco, unos quince centímetros más alto que yo, y tampoco él era lento. De pronto, supe quién era. Era el hombre al que había visto junto al fuego con Ralph Murdac, en el sitio de Kirkton, hacía seis meses. No tuve tiempo de sacar la misericordia, pero mi amado instrumento musical me bastó para parar el golpe siguiente, una estocada a fondo hacia mi corazón. ¡Por Dios, era rápido! Sujetando el instrumento por el mástil, con la caja sonora hacia mi enemigo, atajé y desvié su espada cuando avanzaba centelleante hacia mí. ¡Y qué espada! Una hoja larga y delgada, engastada en oro, una guarda decorada con hebras de plata y una gran joya azul, un zafiro, supuse, engastado en un anillo en el centro de la empuñadura de plata. Vi todo eso en un instante, y al mismo tiempo mi viola se movió arriba y a la derecha y apartó aquella arma magnífica de mi cuerpo. Respondí por instinto; horas y horas de entrenamiento en la esgrima. Y de haber sido la viola una espada, mi contra le habría matado. Tal como fueron las cosas, el extremo chato del cuerpo redondeado de mi viola le golpeó en la cara con fuerza bastante para aplastarle la nariz y hacerle retroceder tambaleante. Me agaché para sacar la misericordia de su funda en mi bota; para un asunto como éste necesitaba acero, no madera frágil. Él parecía furioso y

sorprendido, mientras los dos nos movíamos en círculo el uno frente al otro. Yo vigilaba el brazo de la espada, a la espera del movimiento siguiente, e intentaba no pensar en la mucho que deseaba poseer aquella hermosa hoja. Pero en el fondo de mi cerebro se agitaba otra señal de alerta: una que no conseguí descifrar en aquel instante.

Tenía la misericordia en la mano izquierda y la viola en la derecha cuando me atacó de nuevo; un tajo de revés en diagonal con la larga espada dirigida hacia el lado derecho de mi cabeza. Levanté la viola, y la espada se incrustó en ella, dejándome ileso pero con un amasijo de astillas y maderas que se aguantaban juntas gracias a las cinco cuerdas que colgaban de mi mano. Hurté el cuerpo al golpe siguiente, y salté sobre un tajo dirigido a mis tobillos cuando intentaba acercarme lo suficiente para utilizar la misericordia, y todo el tiempo sonaba la misma señal de alarma en mi cerebro, y cuando él se erguía después de su golpe abajo, yo salté adelante, le atacé con la misericordia, una finta, y proyecté la viola rota hacia su cabeza. Él evitó la hoja con un gesto limpio y elegante, pero los restos del instrumento roto pivotaron en torno a su nuca y las cuerdas quedaron enredadas en su garganta. Entonces tiré. Él dejó caer la hermosa espada y se volvió; sus dos manos blancas y flacas volaron a su cuello para aflojar el cordaje que le estrangulaba. Yo solté a mi vez la misericordia y me lancé a su espalda, utilizando mi peso para derribarlo al suelo, al tiempo que mis manos retorcían la cabeza del mástil, de forma que las cuerdas de la viola se clavaran profundamente en su largo pescuezo en un hábil torniquete mortal. Luchaba por mi vida, con una mano en el mástil del instrumento y la otra en la panza rota. Él gorgoteó, sus ojos se hincharon, la lengua asomó por la boca como una maligna salchicha mientras su cuerpo pataleaba y se agitaba debajo de mí. Supe que estaba moribundo; todo lo que tenía que hacer era aguantar fuerte y apretar más y más las cuerdas de la viola...

Y entonces algo explotó en un lado de mi pecho, y oí el chasquido de los huesos mientras mi cuerpo se elevaba sobre el espadachín tendido y caía a un lado. Tendido sobre mi espalda, con el mástil sujeto aún y las cuerdas aún enredadas en el cuello del hombre, vi una forma gigantesca, redondeada como las piedras de un glaciar, apenas humana, que se erguía encima de mí. Supe que me habían pateado en las costillas como nunca antes lo habían hecho; pensé en la cox furibunda de un corcel enloquecido por el pánico. Y supe también lo que mi cerebro había intentado advertirme mientras luchaba con el espadachín: ¿Dónde está su amigo? ¿Dónde está el compañero gigantesco y musculoso al que vi junto a la fogata? Ahora ya lo sabía.

El ogro (porque no había otro modo de calificar a aquel individuo casi inhumano en esta tierra de Dios) levantó un pie enorme dispuesto a aplastar mis muñecas, todavía empeñadas en apretar las cuerdas que estrangulaban al hombre alto. Solté precipitadamente los restos de la viola, y retiré los brazos en el momento en que un

tremendo pisotón aplastaba el suelo en el lugar en que habían estado un instante antes. Y juro que sentí retumbar la tierra bajo el impacto de aquella bota. Me aparté de la pareja rodando sobre mí mismo: el flaco, ahora arrodillado y tosiendo, tanteó en busca de su espada y se irguió de pronto, imposiblemente veloz, con la hoja reluciente en la mano; y el ogro se me echó encima con un brillo enloquecido en sus pequeños ojos porcinos. Parecía desarmado, pero al ver sus manos grandes como jamones apretarse y soltarse frente a él mientras avanzaba hacia mí, supe que, si dejaba que se cerraran sobre mi cuerpo, era hombre muerto. Mi misericordia había desaparecido, perdida en la pelea, y me avergüenza decir que no lo dudé un solo instante: di media vuelta y corrí tan deprisa como pude con mis costillas hundidas. Corrí como una liebre asustada hacia los árboles que se alzaban detrás de mí.

Con una espada en la mano no temo a nadie; pero desarmado contra un esgrimista de primera clase y una criatura monstruosa surgida de alguna pesadilla febril... En cualquier caso, basta ya de excusas pobres. Hui. Corrí para salvar la vida. El ogro me persiguió durante unos veinte metros, jadeando y gruñendo en mi cogote como un oso, pero el dolor y el miedo me dieron alas, y pronto lo perdí de vista en el espesor del bosque. Mientras corría, oí los gritos en alemán de una pareja de guardias en lo alto de las murallas. Y por encima de sus gritos rudos, pude distinguir las llamadas de mi rey, en buen y claro francés, pidiendo a gritos que le informaran de lo que había ocurrido debajo de la torre en la que estaba encerrado. Pero no tuvo respuesta de su leal súbdito. Yo necesitaba todo mi aliento para seguir corriendo.



Mis magulladas costillas me daban un montón de problemas. Tantos, que descubrí que ni siquiera podía trepar por la cuerda con nudos, que aún colgaba del lado exterior de la tapia cuando llegué a Tuckelhausen media hora más tarde. Llamé en voz baja a Hanno, pero no hubo respuesta. Sin duda mi amigo dormía como un tronco en el blando heno. No tuve más remedio que intentar arrojar piedras por el agujero del techo, con la esperanza de que el ruido que hacían al rodar sobre las tejas y caer en el interior del establo despertaría a mi amigo. Por fortuna funcionó, y pronto vi su cabeza redonda y rapada asomar por el agujero del techo.

Hanno consiguió auparme al tejado sin demasiadas dificultades, y menos de media hora después me encontraba bebiendo de una jarra de vino y limpiándome el hollín grasiento de la cara, mientras contaba las noticias a mi amigo y él vendaba mi costado herido con largas tiras de tela bien apretadas.

Sintió una enorme alegría al saber que habíamos localizado por fin al rey Ricardo, pero lo alarmó el ataque contra mí de los dos asesinos desaparejos.

—¿Quiénes son, Alan, y por qué quieren matarte? —me preguntó perplejo—. Si

están al servicio del duque Leopoldo o del emperador Enrique, sin duda te arrestarán y luego te colgarán en la plaza por espía. ¿Qué significa esto?

—Son hombres del príncipe Juan —le contesté, y le expliqué que los había visto antes, delante de Kirkton, con un mensaje del príncipe Juan para sir Ralph Murdac.

—*Ach so*, pero ¿por qué quieren matarte? —preguntó mi amigo. Hanno era un maestro en el arte de moverse con sigilo, tanto a la luz del día como de noche; podía cazar y seguir el rastro de animales y hombres mejor que nadie que yo conociera. Pero no tenía precisamente una mollera privilegiada cuando se trataba de adivinar los motivos oscuros de los príncipes.

—El príncipe Juan no desea que se sepa en todo el mundo el paradero de Ricardo —le expliqué, procurando expresarme con la mayor sencillez posible—. Sin duda tiene espías en Westminster, y cuando le dijeron que partíamos con la misión de encontrar a Ricardo, él encargó a esa repugnante pareja de asesinos la tarea de asegurarse de que no lo encontráramos. Si en nuestro viaje desaparecíamos sin escándalo nosotros dos, y quizá también los monjes y los abades, ¿quién iba a saberlo? Podrían pasar semanas, meses incluso, antes de que se enviara otra embajada a buscar al rey. Y el retraso daría al príncipe Juan tiempo más que suficiente para llegar a un trato con Leopoldo.

—¿Volverán a atacarnos? —preguntó Hanno.

—No lo creo —contesté, aunque estaba muy lejos de estar seguro—. Pero debemos mantenernos alerta, y llevar cuanto antes a los abades a Ochsenfurt para que vean al rey y consten como una embajada oficial inglesa.



De modo que, a la mañana siguiente, más o menos una hora antes del mediodía, me encontraba una vez más delante de la puerta de la barbacana, en el ángulo noroeste de la ciudad de Ochsenfurt, mientras Hanno chapurreaba con los centinelas y ofrecía una traducción pormenorizada de nuestros nombres y rango, y el motivo de nuestra visita. Me sentía muy distinto a la última vez que había estado delante de aquel portalón, unas horas antes. Los abades y yo íbamos vestidos con nuestras mejores galas; hábitos blancos de lana, báculos rematados con cruces de oro y en el caso de los clérigos, y en mi caso, una túnica escarlata con brocado de hilo de plata, más un elegante sombrero nuevo de lana gris. Puse todo mi empeño en tener un aspecto señorial mientras Hanno gruñía que habíamos venido a presentar nuestros respetos al duque Leopoldo de Austria, y a visitar a su ilustre prisionero el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León.

La pesada puerta de madera forrada de hierro se abrió despacio, y entramos en Ochsenfurt escoltados por un pelotón de diez hombres de armas cubiertos de malla de

acero, cada uno de ellos armado con lanza y espada, y luciendo con orgullo el emblema de un buey rojo, símbolo de la ciudad, en el pecho de sus sobrevestidos de un blanco inmaculado. Nuestra escolta nos condujo a través de las estrechas calles hasta el centro de la ciudad, y nos dejó en la antecámara de una gran sala, donde se nos ofrecieron refrescos, que rechazamos cortésmente, antes de ser llevados a la gran sala y conducidos ante el duque Leopoldo, leal vasallo del emperador Enrique, gobernante de la mayor parte de los territorios del sur de Alemania, antiguo peregrino a Tierra Santa..., y enemigo mortal de nuestro buen rey Ricardo.

Leopoldo era un hombre alto, moreno, de rostro de halcón, con ojos que relucían como piedras de azabache. Escuchó con atención el discurso que pronunció en un latín elegante el obispo Boxley; el duque asentía y sonreía de vez en cuando, y nosotros esperábamos mientras un clérigo obeso enfundado en una túnica con ribete de piel traducía el discurso al alemán.

Habló un rato en su lengua nativa, al parecer dándonos la bienvenida a sus tierras, y luego oí a Hanno tragar ruidosamente saliva, a mi lado. El clérigo obeso tradujo sin dilación:

—Mis nobles señores —empezó el clérigo en un latín con fuerte acento—, el duque os da la bienvenida a su palacio y a su feudo. Si es vuestro deseo, podéis permanecer todo el tiempo que deseéis en los dominios del duque, bajo su protección, y reposar después de vuestro largo viaje. Su Gracia se complace de contar con la compañía de un grupo tan distinguido de peregrinos, y considera un honor vuestra presencia en su mansión —siguió diciendo el sacerdote—, pero... —Aquí el hombre hizo una pausa y carraspeó—. Pero Su Gracia teme que os haya traído a este lugar algún malentendido. Su Gracia no tiene ninguna noticia del rey de Inglaterra, y es seguro que el noble Ricardo Corazón de León no se encuentra en estos momentos en los confines de la ciudad de Ochsenfurt.

Aquella mentira descarada nos dejó boquiabiertos y en silencio.

Robertsbridge empezó a hablar, dirigiéndome miradas furiosas entre frase y frase:

—Vuestra Gracia, sabemos por fuentes seguras —volvió la cabeza para mirarme—, mejor dicho, hemos recibido algunas indicaciones de que el rey Ricardo podría estar prisionero dentro de estos muros, a la espera de ser rescatado por sus leales amigos.

El sacerdote tradujo, y el duque respondió por su mediación:

—Estáis en un error. El ilustre rey de Inglaterra no se encuentra en esta ciudad. Temo que hayáis sido víctimas de una broma, tal vez de la travesura de un monje con ganas de divertirse un poco. Puedo aseguraros, por mi honor, que vuestro rey no está en Ochsenfurt.

Capítulo X

Los abades estaban indignados, furiosos incluso, y Robertsbridge llegó a acusarme de haberme inventado toda la historia, o de haberla soñado en un estupor de borracho. Les informé en un tono helado de que mis costillas rotas eran reales, que me dolían considerablemente aquella mañana y que mantenía todo lo que les había dicho sobre mis aventuras de la noche pasada. Luego pedí, por medio de Hanno, que los hombres de armas de Ochsenfurt nos llevaran a la tercera torre, en el ángulo sudeste de la ciudad. Inmediatamente.

Por increíble que pueda parecer, obedecieron mis órdenes. Mientras todo nuestro grupo trepaba por la estrecha escalera en espiral, y los cuatro monjes y los dos abades bufaban y jadeaban detrás de mí, supe con una certidumbre amarga que la habitación del piso alto estaría vacía. Y así fue.

Era una habitación circular, de techo alto, sin apenas muebles: un catre estrecho, una mesa y un taburete. Nada más. La puerta muy gruesa, lo vi al entrar, tenía el cerrojo por el lado de fuera, y no por dentro de la habitación. El suelo de madera estaba ligeramente húmedo, y no había en él rastro de polvo. Parecerá extraño, pero me alegré al verlo: la habitación había sido limpiada aquella misma mañana, y el suelo fregado a conciencia. Y a pesar de saber que no había soñado mi encuentro de la noche anterior con Ricardo, me satisfizo tener aquella prueba, si puede llamarse prueba a un suelo húmedo. Alguien, sin duda nuestro buen rey Ricardo, estuvo preso en esta habitación hasta pocas horas antes, y desde entonces alguien se había tomado la molestia de borrar las huellas de su presencia en aquel lugar.

Cuando se lo expliqué a los abades, no parecieron muy convencidos. Pero no llegaron tan lejos como para llamarme mentiroso en la cara. Bajamos todos en tropel las escaleras, y fuimos escoltados por los hombres de armas de Ochsenfurt hasta nuestros aposentos, en una gran casa municipal de madera situada frente a la iglesia de Saint Michael, en el centro de la ciudad, destinada a alojar a caballeros de alto rango.

Nos reunimos cabizbajos en torno a la larga mesa de la sala, y mientras los monjes jóvenes se ocupaban en servirnos pan, queso y vino de la bien provista despensa, yo meditaba sobre lo que haríamos a continuación.

De pronto, levanté la cabeza de mi copa de vino y pregunté:

—¿Dónde está Hanno?

Nadie lo sabía. No recordé haberle visto desde que salimos de la gran sala en la que nos había recibido el duque Leopoldo. Tradujo mi petición de que los hombres de armas de Ochsenfurt nos llevaran a la torre, pero nadie sabía qué había sido de él a partir de ese momento. No me preocupé demasiado, sin embargo, a pesar de la amenaza de los dos asesinos. Sabía que mi astuto amigo el cazador era muy capaz de cuidar de sí mismo. Probablemente, sólo había querido tomarse un rato libre para explorar Ochsenfurt, beber la cerveza local y hablar en su propia lengua durante unas horas.

No necesitábamos a Hanno para nuestras discusiones. Por otra parte, había poco que discutir; estábamos en blanco sobre cómo actuar a continuación. Robertsbridge era partidario de volver a hablar con el duque y amenazarle con la excomunión si no nos revelaba el paradero de Ricardo. Boxley, según me parece recordar, sólo quería volver a casa. En cuanto a mí, la perspectiva de presentarme ante la reina Leonor con la noticia de que había cantado alegremente a dúo con su hijo pero no me habían permitido hablar con él y me habían despedido con una mentira obvia, era impensable. Argumenté que, puesto que sus dos sicarios rondaban por las cercanías de Ochsenfurt, era fácil suponer que el príncipe Juan estaba en connivencia con el duque Leopoldo sobre la cuestión del rescate de Ricardo. La única conclusión posible era que Leopoldo tenía intención de vender a nuestro rey al príncipe Juan o al rey Felipe de Francia. Como no podíamos impedir que tal cosa sucediera, nuestra mejor opción consistía en seguir en Ochsenfurt hasta que el duque intentara sacar de allí a Ricardo, en cuyo momento podría sernos más fácil establecer contacto con él.

Los abades y yo seguíamos sentados desanimados en la sala, bebiendo sorbos de vino y devanándonos los sesos mientras el día declinaba en silencio, cuando la puerta se abrió con estruendo y Hanno entró tambaleándose en la estancia. Estaba muy borracho:

—Lo *entronqué* —balbuceó mi guardaespaldas bávaro, y una vaharada espesa de cerveza fuerte se esparció por el aire con su aliento.

—Estáis ebrio, buen hombre —le reprendió Robertsbridge—. Id a la cama y no nos molestéis. Tenemos asuntos importantes que tratar aquí.

—Encontré al rey Ricardo —dijo Hanno, esforzándose en hablar con más claridad—. He encontrado a vuestro señor perdido. Venid, os llevaré con él.

Corrimos a la calle, y allí Hanno nos presentó a Peter, un robusto soldado que lucía en su sobreveste el emblema de Ochsenfurt y que nos sonrió con una carota tan roja como el buey cuya imagen llevaba al pecho. Estaba todavía más borracho que Hanno. Era también, como pronto descubrimos, el carcelero del rey Ricardo.

Cuando nos dirigíamos al sector sur de la ciudad, me di cuenta de que ocurría algún gran acontecimiento, el recibimiento a alguien importante que llegaba, con toques de trompeta, campanas al vuelo y coros de monjes en la puerta de la

barbacana, pero estábamos demasiado excitados y preocupados para intentar averiguar más. De camino, Hanno nos contó lo que había estado haciendo las últimas seis horas, además de ingerir grandes cantidades de la cerveza local. Mientras nosotros marchábamos escoltados por los hombres de armas para inspeccionar la tercera torre, él había salido a hurtadillas de la ciudad y rodeado los muros exteriores hasta llegar al lugar, debajo de la torre, donde yo había tocado la viola la noche anterior. De habernos asomado al pequeño ventanuco de la celda de Ricardo, lo habríamos visto debajo de nosotros. En este punto, Hanno interrumpió su historia para tenderme mi misericordia, y yo la guardé agradecido en la funda de mi bota. Había encontrado mi daga, además de las señales de la pelea, en el suelo. También había encontrado los restos de la viola, por desgracia imposible de reparar. Luego había seguido el rastro de dos hombres, uno de pies largos y estrechos, el otro de pies grandes y muy anchos, por el bosque, y había descubierto el sitio donde habían vivaqueado. Hanno se acercó con precaución y encontró el lugar desierto, pero las cenizas del fuego, aún calientes, le dijeron que había estado ocupado recientemente. Según la casi sobrenatural lectura de los indicios que hacía Hanno, los dos hombres habían abandonado su campamento al amanecer y se habían dirigido hacia el norte, en dirección al río Meno, posiblemente con la intención de huir de allí en un bote. Mientras Hanno contaba su historia, parecía serenarse más y más a cada momento que pasaba: los vapores de la cerveza se disipaban.

En lugar de intentar seguir su rastro más allá, mi astuto amigo volvió a Ochsenfurt y se dirigió a la taberna de soldados más próxima. Allí se ganó la confianza de un hombre de armas invitándole a varias jarras de cerveza. El nuevo amigo de Hanno le llevó luego a otra taberna, y a otra, en busca del idiota sonriente de cara de color de ladrillo que teníamos ahora delante: el carcelero de Ricardo. Hanno, además de ganarse a aquel tipo invitándole a beber, le había prometido una bolsa llena de plata si nos permitía hablar con su prisionero durante un cuarto de hora. Al parecer, nadie había dicho a aquel bufón quién era su prisionero, sino sólo que tenía que guardarlo bien.

Mientras recorríamos a toda prisa las calles, Hanno nos contó que a Ricardo le habían vendado los ojos y atado, y luego lo trasladaron sin contemplaciones al amanecer desde la torre hasta un sótano excavado en el suelo de una gran casa próxima al muro sur de Ochsenfurt. La casa estaba vacía y los únicos guardias, cuatro en total, estaban a las órdenes de aquel Peter, evidentemente un borracho habitual, que ahora trotaba inseguro a nuestro lado, alternando las sonrisas con profundas reverencias a los abades, que hacían que su grasiento flequillo le cayera sobre los ojos.

Poco después estábamos en la casa, y mientras el estúpido carcelero maniobraba con la llave, yo felicité a Hanno por su iniciativa y le tendí la bolsa que llevaba al

cinto, para que recompensara con ella a Peter.

—*Ach*, esto no es nada —dijo Hanno con modestia. Parecía haber superado casi por completo los efectos de la cerveza—. Ésta es una ciudad muy pequeña, aquí todo el mundo lo sabe todo de todo el mundo. Yo me crié en una ciudad parecida. Nunca se puede guardar un secreto en sitios pequeños como éste...

—Lo has hecho a la perfección —dije, sabiendo que mis palabras le gustarían. Sonrió y asintió, feliz.

El carcelero abrió la puerta y, con una profunda reverencia, nos invitó a entrar al interior húmedo y polvoriento. Hanno se quedó fuera vigilando, y los dos abades y yo agachamos la cabeza y nos adentramos con cautela en el sótano en penumbra. Yo tenía la mano puesta en el puño de la espada, pues no estaba muy seguro de qué podíamos encontrar allí, y cuando algo se movió con un tintineo en el rincón más lejano, desenvainé a medias mi arma.

Apenas había luz suficiente para ver, pero cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra pude distinguir la forma de un hombre, un hombre de buena estatura, tendido en el rincón. Un grillete sujeto a su tobillo lo encadenaba a un poste de hierro profundamente clavado en el suelo; tenía la cara tapada por un saco de tela oscura de alguna clase, y los brazos atados a la espalda, a la altura de los codos, con cuerdas muy apretadas. Sentí que la furia me invadía. Ese hombre era un rey, y un héroe de la justa guerra contra los enemigos de Cristo; no un bribón común a la espera de una ejecución vergonzosa. Corté las ataduras con mi espada y le quité el saco de la cabeza. No pude hacer nada con el grillete y la cadena.

—Sire —dije en voz baja mientras el rey Ricardo se frotaba los brazos para restablecer la circulación—. Sire, aquí estamos. Todo irá bien ahora que estamos aquí para ayudarlos.

El rey Ricardo parpadeó y me miró a la escasa luz del sótano.

—Blondel —dijo, casi susurrando mi apodo—. Blondel... Sabía que no soñaba. Fuiste tú quien cantó anoche, y no un engaño de mis oídos ni un demonio nocturno. Lo sabía.

—Sire... —El abad Boxley dio un paso hacia el rey—. Estamos aquí con la autoridad plena de vuestra madre la reina para negociar vuestra libertad. Inglaterra está dispuesta a pagar vuestro rescate. Y no nos apartaremos de vuestro lado hasta haber conseguido vuestra libertad.

El rey Ricardo se incorporó. Parecía recuperarse rápidamente de su suplicio. Se frotó los ojos y miró al abad, que estaba de pie ante él con sus prístinos ropajes blancos.

—Ah, sois mi señor el abad de Robertsbridge, si no me equivoco. Estoy contento de veros. Muy contento de veros.

Boxley se echó atrás imperceptiblemente al oír las palabras del rey.

—Sire —dijo—, tengo el honor de ser el abad de Boxley. Mi señor de Robertsbridge está aquí, junto a la puerta.

—Desde luego, desde luego —dijo el rey—. Me es muy grato teneros a los dos ante mi presencia. Sois, eh..., John, ¿no es eso?

El abad de Robertsbridge respondió desde el umbral:

—Los dos llevamos el mismo nombre cristiano, sire. Pero, si me permitís el atrevimiento, tenemos poco tiempo para estos cumplidos y mucho que discutir sobre vuestro rescate..., y sobre ciertos acontecimientos ocurridos en el reino en vuestra ausencia. Vuestro hermano, el príncipe Juan...

Dejé a los abades y a mi rey acucillados sobre el suelo sucio de tierra del sótano en una animada discusión, y salí fuera, a la luz tenue del crepúsculo. Hanno charlaba en bávaro y reía con el carcelero Peter junto a la puerta principal de la casa, y yo me acerqué a ellos simulando el aire más indiferente que pude. Lo que intentaba explicar él en aquel momento, nunca lo sabré.

Mi brazo izquierdo se proyectó hacia delante y lo aferró por la garganta, apretando su nuez con una poderosa presa que le hizo chocar de espaldas contra el muro de la casa. Mi misericordia estaba ya en mi mano derecha, y coloqué la punta afilada bajo su ojo izquierdo. Hanno le gruñó por encima de mi hombro.

—Escúchame, basura podrida —dije, hablando despacio y en tono duro en inglés, con los ojos clavados en su cara asustada—. Ese prisionero es un rey, el rey de Inglaterra nada menos, y vas a tratarlo con el respeto que merece mientras esté a tu cuidado. Quiero que le traigas comida y vino y ropa limpia, y agua para lavarse. Y quiero que lo hagas ahora.

Yo estaba realmente furioso. Mi mano derecha, la que empuñaba la daga dirigida a su ojo, temblaba ligeramente por la ira que me invadía. Y mientras Hanno traducía, yo miraba a Peter y le transmitía toda la fuerza de mi justa ira.

—Has de saber —gruñí— que, si lo maltratas, si no guardas con él la cortesía debida, te arrancaré los ojos. Y te cortaré la nariz y los labios. —Le rocé la boca con la punta de la misericordia.

Hanno repitió mi mensaje en bávaro. Luego continué:

—Aunque me cueste la vida, te dejaré ciego, te torturaré y te mataré muy, muy despacio. Luego mataré a toda tu familia y prenderé fuego a tu casa hasta que no quede piedra sobre piedra. Y si una rata cobarde como tú tiene amigos, los mataré a todos y quemaré sus casas también. ¿Ha quedado claro?

Antes incluso de que Hanno tradujera mis palabras, vi que Peter me había entendido. Tartamudeó algo, y entonces Hanno se adelantó, con el rostro impassible como una máscara de piedra, y embutió la bolsa de plata en la boca de aquel hombre, silenciando sus gimoteos.

Lo solté con repugnancia, y volví al sótano para ver cómo se comportaban mis

espirituales acompañantes. A mi espalda, el carcelero llamaba a gritos a sus camaradas y les daba un torrente de órdenes, supuse que para hacerles traer vino y comida de inmediato.

De pronto, me vino a la mente la imagen de Robin; su hermoso rostro me sonreía con crueldad mientras me preguntaba: «¿De modo, Alan, que ahora utilizas el miedo para conseguir que hombres más débiles se plieguen a tu voluntad? Cada día te pareces más a mí». Sacudí la cabeza para librarme del sonido de la risa burlona de Robin, y vi que los abades de Boxley y Robertsbridge salían ya del sótano con aspecto grave pero satisfecho. El carcelero daba vueltas ahora a mi alrededor, ofreciéndome en bávaro no sé qué servicios, pero no me digné siquiera a mirarlo. Había aparecido un segundo hombre de armas y se disponía a cerrar la puerta del sótano cuando, desde el interior, el rey Ricardo gritó:

—¡Espera! ¡Sólo un momento!

Yo agarré del brazo al hombre para detenerlo. El rey Ricardo me miró un instante desde su sótano húmedo y maloliente, con la puerta medio cerrada; me miró directamente a mí por la abertura. No dijo nada durante unos instantes, y luego pronunció las siguientes palabras:

Un señor tiene una obligación
mayor que el propio amor.
Y es recompensar con generosidad
al caballero que le sirve bien.

Sentí el corazón henchido de emociones intensas, ira y amor y vergüenza, y la puerta se cerró de golpe sobre mi soberano. Y al dar media vuelta para reunirme con Hanno y los abades, impaciente ahora por enfrentarme al duque Leopoldo, pensé: «Soy tu leal soldado, Ricardo Corazón de León, obediente a tus órdenes; lo juro ahora, en silencio, no ante ningún mortal, sino ante el propio Dios Todopoderoso. Lo juro. Hasta la muerte, seré siempre el buen vasallo del rey».



Fuimos directamente a la gran sala en grupo, ofendidos y decididos a proclamar como innegable nuestro encuentro con el rey. Con los abades al frente, exigimos a los hombres de armas de Leopoldo ser conducidos de inmediato ante el duque. De forma bastante sorprendente no opusieron resistencia, y abrieron las pesadas puertas sin dilación. Irrumpimos directamente en medio de un lujoso festín.

La sala guardó silencio a nuestra entrada, el banquete se interrumpió, un juglar que estaba en plena actuación dejó caer una de sus pelotas plateadas y nos miró

boquiabierto. Con voz sonora, mi señor de Robertsbridge empezó a informar al duque Leopoldo, en un latín crispado, de que acababa de tener una conversación con el rey Ricardo y había encontrado a nuestro señor encadenado y tendido sobre su propia inmundicia. A mitad de su demanda de que se tratara a nuestro rey con el respeto debido a un monarca cristiano, su voz vaciló de pronto y calló. Me di cuenta enseguida de la razón. Robertsbridge se había dirigido al duque Leopoldo, a quien esperaba ver sentado en el sitial de honor, pero ahora era otro hombre el que ocupaba esa plaza. Y aunque yo nunca lo había visto antes, supe de inmediato que tenía ante mis ojos a Enrique, el sexto de su nombre, rey de Alemania, señor de buena parte de Italia, superior del duque Leopoldo de Austria y representante ungido de Dios en la tierra, el Sacro Emperador Romano en persona.

El mayor príncipe de la cristiandad era un hombre delgado, de estatura mediana, de edad próxima a la treintena, con una melena de pelo castaño rizado bajo la corona dorada y una barba rala de tono un poco más claro en torno a una fina boca. Parecía divertido más que furioso por el apasionado discurso de Robertsbridge, y cuando el abad se detuvo en seco, alzó una mano pálida y se dirigió a nuestro grupo en un latín claro y fluido.

—Calmaos, mi señor abad, os ruego que apacigüéis vuestro espíritu —pidió el emperador en tono cálido, pero con un filo acerado en la voz—. Ha habido un lamentable malentendido, al parecer. Es cierto que el rey Ricardo se encuentra aquí en Ochsenfurt, lo hemos sabido *ahora mismo*, y acabo de dar órdenes de que sea alojado en habitaciones acordes con su alto rango.

Robertsbridge irguió los hombros, y señaló con un huesudo índice acusador al duque Leopoldo:

—Este caballero lo negó esta misma mañana. Me dijo a la cara, y lo juró por su honor, que el rey Ricardo no estaba en Ochsenfurt. Mintió a...

—Al parecer, mi noble primo Leopoldo estaba en un error —le interrumpió el emperador en tono conciliador—. Hace varios meses un vagabundo sin dinero que pretendía ser un caballero templario fue arrestado en una casa de mala reputación en los dominios del duque, y desde entonces hemos intentado averiguar su verdadera identidad. Como vos mismo habéis podido confirmar, ahora tenemos la certeza de que ese vagabundo disfrazado es en realidad el rey Ricardo de Inglaterra en persona.

—Puesto que *ahora* habéis reconocido quién es..., un peregrino auténtico de regreso de Tierra Santa, un noble caballero entregado al servicio de Cristo..., tal vez tendréis la amabilidad de devolvérmelo de inmediato —dijo Robertsbridge en tono helado.

—Ay, señor abad, vuestro rey está acusado de cargos muy graves..., de haberse conjurado en secreto con ese diablo, Saladino, traicionando la Gran Peregrinación, y también de haber dado orden de matar a nuestro primo Conrado de Monferrato en

Acre, el año pasado. Me temo que vuestro noble rey Ricardo deberá responder de esos cargos antes de que podamos permitirle marchar libre.

Los cargos eran burdas falsedades, ridículas incluso. El emperador sólo buscaba un pretexto legal que le permitiera mantener a nuestro soberano en su poder.

—Debo suplicaros que lo reconsideréis —dijo Robertsbridge—. La prisión del rey de Inglaterra entra en contravención directa del decreto de su santidad el papa sobre la inmunidad de quienes regresan de la Gran Peregrinación.

Enrique intentó parecer genuinamente preocupado por la dificultad de conciliar las acusaciones trufadas contra Ricardo y el decreto del papa: arrugó la frente y se rascó la cabeza. Frunció el entrecejo, se acarició la barbilla y simuló estar sumido en pensamientos profundos. Luego sonrió, radiante. De haber sido un cómico de la legua en lugar del señor de media Europa, con toda seguridad se habría muerto de hambre.

—Desearía sinceramente dejar al noble rey Ricardo en vuestras manos, sinceramente lo desearía, pero ay, temo que me es imposible hacerlo. Los graves cargos que se le imputan han de ser respondidos. Hasta el momento en que podamos investigar esos presuntos crímenes, el rey de Inglaterra permanecerá a mi lado; no como prisionero, sino como huésped honrado, alojado con todas las comodidades y con todas las garantías de seguridad. —Contento de sí mismo como un idiota de pueblo, el emperador prosiguió—: Y por mi parte siento grandes deseos de pasar el tiempo a su lado en las próximas semanas. Tengo entendido que él y yo compartimos el amor por la poesía y la música. Pues bien, tocaremos música los dos juntos mientras sea mi huésped. —En ese punto, sus ojos penetrantes me buscaron—. Tocaremos música *de día*, por supuesto —añadió, y pareció dirigirse a mí en particular—, en una sala, de forma civilizada. Y no fuera de las murallas y en la oscuridad de la noche, como ladrones comunes.

Sin embargo, Robertsbridge no había llegado a ser un obispo grande y poderoso por casualidad; sus huesos eran de hierro forjado.

—En ese caso, mi señor, en nuestra calidad de amigos y consejeros en los que él confía, nos quedaremos junto a nuestro rey, y con vuestra venia y licencia estaremos atentos a su comodidad y a su seguridad hasta que esta cuestión quede satisfactoriamente resuelta..., a menos que tengáis alguna objeción...

—Desde luego que no, mi señor abad. Vos y vuestros hombres sois bienvenidos a mi corte. Muy bienvenidos. ¡Ahora, sigamos con el banquete!

No había nada mejor que hacer que unirnos a la celebración.



Pasamos la noche en vela. Después de que acabara el festín, y ya de vuelta a nuestros alojamientos, los obispos se dedicaron a dictar muchas cartas a hombres, y mujeres,

importantes de Inglaterra y de Normandía, mientras Hanno y yo empaquetábamos nuestro equipaje, limpiábamos nuestras espadas y armaduras, y nos preparábamos para el largo viaje de regreso a casa con aquellas preciosas noticias.

Nos disponíamos a dejar a los abades y a sus monjes con el rey Ricardo, y a dirigir nuestros pasos hacia *El Cuervo*, que nos llevaría aguas abajo por el Meno y el Rin hasta el mar del Norte, y de allí a Inglaterra. Las cartas que llevábamos con nosotros eran de una importancia vital; en efecto, se nos confiaba con ellas la suerte de Ricardo, porque esas cartas eran su única conexión con sus partidarios en Inglaterra. Sin duda los sicarios del príncipe Juan no se detendrían ante nada en sus esfuerzos por impedir que aquellas cartas llegaran a su destino. Con todo, yo confiaba en que, con Hanno a mi lado y un metro de acero en la mano, seríamos capaces de mantenerlos a raya. En estas circunstancias, me dije a mí mismo, huir hasta llegar a la seguridad de Inglaterra no sería un acto vergonzoso.



Después de despedirnos con cariño de los abades junto a la puerta de la barbacana de Ochsenfurt, Hanno y yo nos echamos al hombro nuestros sacos y nos adentramos en el sendero junto al río, en dirección al muelle de Tuckelhausen en el que habíamos dejado *El Cuervo* dos días antes. Debo admitir que me sentía agotado después de dos noches sin dormir, y de los dramáticos sucesos ocurridos desde que atracamos en el desvencijado muelle del monasterio. Pero estaba eufórico por nuestro éxito. ¡Qué historia iba a contar a Perkin! Habíamos concluido nuestra misión; habíamos encontrado al rey y conseguido que su vida estuviera un poco más segura y su persona más cómoda..., al menos por el momento. Pronto toda Europa conocería su paradero; todo saldría a la luz, y el riesgo de un acuerdo solapado y deshonesto entre sus enemigos sería mucho menor. A pesar de mi cansancio, me sentía feliz; embriagado por el resplandor de nuestro éxito, estaba deseando contar a Perkin todas mis aventuras, cómo canté con el rey y luché con los dos asesinos, seguro que aquello le impresionaría, y cómo dimos con Ricardo gracias a la habilidad de Hanno; luego me acurrucaría en el camarote de popa debajo de una manta y dormiría el sueño de los justos, mientras Adam y él tripulaban la gran barcaza negra de vela río abajo hacia el hogar.

Fue mi compañero bávaro, con sus ojos penetrantes, el primero en ver una delgada columna de humo negro que se alzaba hacia el cielo gris nuboso, apenas un hilo. Cuando le presté atención, murmuré algo sobre una fogata de algún campesino de los contornos, con mi mente dividida entre la idea de volver a casa y la necesidad, dado mi agotamiento, de concentrarme en poner un pie delante de otro. Pero al acercarnos, el hilo de humo se espesó, creció y se hizo más negro, hasta que los dos

supimos que nos esperaba un desastre. Hanno y yo echamos a correr al mismo tiempo por el camino del muelle, tan deprisa como podíamos hacerlo bajo el peso de nuestros pesados sacos. La columna de humo se había vuelto negra y maligna, y se retorció en el cielo como una serpiente gruesa, tenebrosa como un pecado y moteada por chispas anaranjadas que danzaban en una espiral ascendente.

Después de una última revuelta del sendero, nos dimos de bruces con la catástrofe. *El Cuervo* ardía de proa a popa, y su carga de troncos era el combustible perfecto para el holocausto. El calor de las llamas era feroz, y no pudimos acercarnos más que a una docena de metros del barco incendiado. Pero pude distinguir a través del humo y de las llamas el cuerpo de un hombre, acuchillado varias veces y tendido en un charco de sangre hirviente en la proa de la barcaza; sus cabellos rubios se rizaban y ennegrecían en aquel horno, y llegó hasta mí el hedor de la carne quemada. Era Adam. Su rostro estaba vuelto hacia mí, y sus ojos azules de marino no miraban ya a ninguna parte. Me santigué y empecé a musitar el avemaría una y otra vez para mí mismo entre dientes... Porque el cadáver de Adam no era el peor espectáculo que se ofreció a nuestros ojos aquella maldita mañana: en el muelle de madera, frente al barco que ardía, había algo mucho peor.

Por entre los flecos de humo negro, vi los brazos, las piernas y el torso de un hombre joven, y a un metro de distancia más o menos su cabeza: una cabeza chata y pelirroja. No había sido cortada por una hoja; del cuello sobresalían piltrafas de tejido, ligamentos, venas, y la punta blanca y aguzada de la tráquea, en tanto que la piel del cuello estaba retorcida y colgaba flácida. La cabeza de Perkin había sido arrancada por unas manos inmensamente poderosas, como se arranca la cabeza a un pollo. Sentí la bilis agolparse en mi garganta, pero me esforcé en reprimir el vómito. La rabia me consumía; no me cabía duda de quién había perpetrado aquel crimen.

Hanno, que empezó a estudiar el suelo pisoteado más allá del velo acre del humo, confirmó muy pronto mi opinión.

—Han sido ellos —dijo, sencillamente. Y me señaló dos series de huellas, una de un pie largo y estrecho, la otra grande y ancha, como la huella de la garra de una bestia enorme.

Imagué a los asesinos tal como los había visto por primera vez, a la luz de la fogata de Ralph Murdac, y me di cuenta de que casi estaba llorando de furia por lo que habían hecho a mis amigos. Tenía la espada en mi mano y sentí un deseo casi irresistible de matar, de tajar y machacar; de blandir mi arma contra aquellos dos monstruos en nombre de la justicia.

—No hace mucho que se han marchado —dijo Hanno. Me miraba con ojos interrogadores, furiosos—. Tenemos que atraparlos. Vamos, Alan, puedo seguir su rastro. No nos llevan tanta ventaja, ¡vamos ahora mismo tras ellos!

Y yo no quería otra cosa que hacer eso mismo. Dios allá arriba sabía lo mucho

que me habría gustado soltar el saco que llevaba al hombro, arrojarlo lejos y correr detrás de aquellas criaturas malvadas y monstruosas hasta hacerlas pedazos. La resolución que tomé a continuación fue una de las más difíciles que me he visto obligado a tomar en mi vida.

—No, Hanno —balbuceé. Y me di cuenta de que respiraba con dificultad, y jadeaba—. Tenemos que asegurarnos de que estas cartas son entregadas. Si los persiguiéramos, como sinceramente ruego a Dios y a todos los santos poder hacer algún día, uno de los dos podría resultar herido y disminuir de ese modo nuestras posibilidades de llevar estas preciosas noticias a Inglaterra.

Hanno me miró, desconcertado. Luego, muy despacio, inclinó su cabeza redonda y rapada.

—Es tu deber, ¿no?

—Sí —suspiré—. Es mi deber. Pero juro ahora, delante de ti, amigo mío, que me vengaré de esos monstruos antes de irme de este mundo. Lo juro en nombre de la Virgen, e invoco a san Miguel, el santo guerrero, para que sea testigo de mi juramento. Tú me has oído, ellos me han oído, y ahora hemos de irnos de aquí tan deprisa como podamos. Necesitamos un bote. Cualquier clase de bote servirá.

Por segunda vez en pocos días, estaba huyendo de un encuentro con aquellos dos monstruosos bastardos. En nombre del deber hacia mi rey, sacrificaba mi honor personal. Pero me sentí un poco mejor después de mi juramento de vengarme; tal vez no del todo a gusto, pero más tranquilo. Nos encontraríamos algún día: estaba seguro. Y no cejaría en el empeño hasta devolverles tajo por tajo. Pero mientras tanto lo que necesitábamos, lo que yo rezaba por encontrar, era un bote...

Y pareció que Dios escuchaba mis súplicas. Poco después, mientras yo estaba arrodillado al lado de Perkin, componiendo sus miembros inertes y colocando su pobre cabeza tan próxima al cuerpo como me fue posible, con los ojos irritados por el humo y casi sin poder respirar, Hanno me informó de que a diez metros del muelle humeante y manchado de sangre había encontrado un bote oculto entre los juncos: un esquife algo maltrecho, pero lo bastante grande para transportar a dos hombres carga dos con un equipaje pesado.

—Debe de pertenecer al monje que atiende el muelle —dijo Hanno. Las palabras de mi amigo plantearon otra pregunta: ¿dónde estaba el malhumorado canónigo premonstratense?

Lo encontramos poco después, sentado detrás de la cabaña que usaba como refugio, con la boca abierta de par en par y lo que parecía una macabra sonrisa bajo la barbilla: le habían cortado la garganta de oreja a oreja. Miré el cuerpo de aquel hombre, la pechera de su hábito blanco manchada de escarlata por su sangre, y me invadió un terrible cansancio. Había presenciado tantas muertes..., demasiadas muertes. ¿Cuándo acabaría la maldad del hombre? ¿Por qué permitía Dios que sus

servidores fueran asesinados por hombres que eran con toda certeza espantos del diablo? No pude encontrar respuesta. Sólo pude repetir mi juramento a san Miguel de que vengaría aquellos actos horrendos.

Hanno y yo dejamos a los muertos donde estaban, confiando en que los monjes de Tuckelhausen los enterrarían y dirían una misa por sus almas, y preparamos el esquife. Colocamos los sacos con nuestro equipaje en el centro de la embarcación, empuñamos las dos palas que encontramos en el pantoque, y partimos río abajo, remando despacio y con vigor, y dejando que la lenta corriente se encargara de la mayor parte del trabajo.



Pasé el resto de aquel día sumido en el estupor, con la cabeza hundida en mi pecho mientras mis músculos hacían funcionar de forma más o menos automática la pala, a pesar de que mis magulladas costillas llenaban de un dolor punzante todo mi costado izquierdo a cada palada. Pero con la ayuda de Dios, y con el esfuerzo incansable de Hanno, llegamos a Wurzburg la misma tarde. Y mientras yo me tambaleaba, magullado y exhausto, Hanno arregló las cosas para que pudiéramos ocupar unos jergones en el asilo de peregrinos de la catedral. Me quedé dormido en cuanto mi cabeza tocó la paja húmeda del mísero jergón.

Dormí durante dos días, despierto sólo a ratos para atender a las necesidades naturales y sorber un poco de la sopa que Hanno me traía. Estaba agotado, tocado en cuerpo y alma por aquella dramática sucesión de acontecimientos. Y mis costillas me dolían más que nunca. Pero aunque yo descansaba, Hanno no lo hacía. A la mañana del tercer día, me presentó a un bribón sonriente, con una enorme cicatriz, llamado Dolph, que por la principesca suma de cinco chelines estaba dispuesto a llevarnos en su galera mercante hasta Utrecht. Era un precio exorbitante para un viaje así, pero yo tenía el dinero preciso (después de todo, era la reina Leonor la que pagaba), y aunque aquel hombre tenía todo el aspecto de un pirata, Hanno al parecer confiaba en él. Nunca llegué a averiguar si Dolph era en realidad un pirata de río, pero sí descubrí que era un hombre de palabra. Mientras yo dormía la mayor parte del viaje y cuidaba mis costillas heridas, Dolph nos condujo en silencio y eficientemente por los ríos Meno y Rin y, siete días más tarde, con un gesto alegre y un apretón de manos, nos depositó a Hanno y a mí, con nuestros preciosos sacos, en el puerto de Utrecht.

Tres días más tarde, me encontraba con las ropas aún manchadas de sal en una cámara privada del palacio de Westminster, cara a cara con la venerable madre del rey, la reina Leonor de Aquitania.

Capítulo XI

La reina tenía el mismo aspecto encantador de siempre. Vestía un brial de color borgoña, y llevaba mi discreto collar de perlas. Su pelo de color caoba había sido recogido cuidadosamente en una red dorada. Pero al mirarla más de cerca, me di cuenta de que sus facciones finas estaban un poco ajadas por el pesar, y por primera vez empecé a advertir su verdadera edad en las líneas de su rostro aún hermoso. Su recibimiento fue mucho más cálido de lo que esperaba, después de la fría despedida tras el juicio de Robin; se levantó de su sitial de respaldo alto para abrazarme, ordenó a un sirviente que trajera vino y me preguntó por mi salud de la manera más considerada.

Le tendí las cartas dirigidas a ella (ya había despachado a Hanno para que se hiciera cargo del resto), y esperé pacientemente mientras ella las leía, dando de tanto en tanto un sorbo al vino de mi copa de madera engastada en plata y admirando los tapices bordados con hilo de oro que colgaban de los muros de la estancia. La reina no estaba sola, por supuesto. Walter de Coutances, arzobispo de Ruán y el consejero más leal de la reina, también se encontraba allí. Parecía incapaz apenas de refrenar su impaciencia mientras ella leía las cartas, y casi se las arrebatava de las manos en cuanto ella acababa de leerlas, y devoraba su contenido como un hombre hambriento engulle un plato de comida.

—Lo has hecho muy bien, Alan —dijo la reina con una sonrisa—. Y te estoy sumamente agradecida. Todos lo estamos. El servicio que nos has prestado no caerá en el olvido cuando acabe este asunto.

Empecé a murmurar algo acerca de que no buscaba ninguna recompensa, porque el honor de servir a mi rey era ya recompensa suficiente en sí misma, pero el arzobispo me interrumpió de forma brusca.

—Parece que Boxley y Robertsbridge controlan la situación. Dicen que se pegarán como la cola de carpintero al rey hasta que hayamos reunido el rescate —dijo a la reina, ignorándome a mí por completo—. Pero va a ser caro, muy caro...

—La Iglesia de Inglaterra tendrá que participar activamente en la recogida del dinero —dijo la reina, que clavó en el arzobispo una mirada significativa—. Probablemente tendremos que requisar las bandejas de oro y plata de todas las parroquias del país. Y Boxley sugiere que tomemos también parte de la lana de los cistercienses... Eso nos proporcionará una bonita suma.

—Sí, probablemente —dijo Coutances—. Pero la nobleza también habrá de pagar su parte, aunque mucho me temo que eso no va a bastar. —Sacudió con pesar la cabeza—. Una parte de la carga también habrá de recaer sobre el pueblo llano. Reclamaré un tributo general de un cuarto del valor de toda propiedad mueble. Tendremos que reunir toda la plata..., la cantidad será muy considerable, en un lugar central. Aquí, en la cripta de la abadía, tal vez, o en Saint Paul, en Londres...

De pronto, el arzobispo recordó mi presencia y me miró ceñudo.

—Tal vez, mi señora, podríamos discutir esos detalles en privado... —dijo, e inclinó la cabeza en mi dirección.

—Alan, ¿nos excusas, por favor? —me dijo la reina con una sonrisa encantadora.

Hice una profunda referencia y me retiré, dejando al anciano y a la reina enfrascados en sus deliberaciones.



No tenía ningún deseo de quedarme en Westminster. Me horrorizaba tropezar con Marian, que según me contaron no había seguido a Robin a su exilio de los bosques, sino que se había quedado bajo la protección de la reina Leonor, a salvo y con todas las comodidades de la vida en la corte. Después del modo en que traicioné a su amado esposo en la inquisición de la iglesia del Temple, sabía que no iba a poder enfrentarme a su mirada acusadora, en caso de encontrarnos.

Me hizo feliz, en cambio, reencontrarme con mi caballo gris, *Fantasma*, que había engordado de forma alarmante en los establos de palacio mientras yo estaba en Alemania, y que se había recuperado por completo de su casco agrietado. Fue feliz al verme, y resopló y relinchó de placer cuando le llevé una cena especial de papilla de avena caliente esa noche, y me tomé mi tiempo en almohazarlo, prometiéndome sacarlo al día siguiente para un largo galope.

Mientras estaba ocupado con mi amigo, creo que estaba trenzando su cola como si fuera un mozo de establo, oí una voz familiar que me llamaba por mi nombre y me deseaba la paz de Dios, y al volverme me encontré con un hombre delgado, de estatura mediana y aspecto atlético, de cabellos espesos de un color gris acerado y ojos de un tono verde turbio.

Era sir Nicholas de Scras, un viejo amigo y estimado camarada de Tierra Santa, que me había cuidado cuando enfermé de fiebres en Acre. Pero aunque su rostro me resultaba maravillosamente familiar, una cosa de sir Nicholas era diferente: su sobreveste. Cuando lo conocí en Ultramar, sir Nicholas era un hospitalario, un miembro de la orden religiosa y caballeresca similar a la de los templarios, pero dedicada a curar a los enfermos además de combatir al infiel. Su sobreveste por aquel entonces era de un austero color negro, con una pequeña cruz blanca en el pecho. El

hombre que tenía delante de mí en el establo llevaba ahora una túnica de color azul oscuro, adornada con tres conchas de oro en torno a la imagen de un delfín.

—Sir Nicholas —casi grité, y apreté su mano con calor—. ¡Qué contento estoy de veros! Pero ¿qué os trae a Inglaterra? ¿Han abandonado los hospitalarios Tierra Santa a los paganos sarracenos?

—No lo han hecho, y Dios mediante nunca lo harán —dijo mi viejo amigo, devolviéndome la sonrisa—. No, soy yo quien ha abandonado a los hospitalarios.

—¿Cómo es eso? —pregunté, asombrado.

—Es una historia triste —dijo, y sus ojos se empañaron de pena de forma repentina—, y será mejor que os la cuente ante una copa de vino. ¿Me acompañáis? Conozco una taberna que se ajusta a la perfección a nuestras necesidades. No está lejos de aquí.

Y así me encontré de nuevo sentado a la mesa de la taberna del Jabalí Azul, donde seis semanas antes había cantado con Bernard, compartiendo una jarra del mismo vino verde del Rin de entonces con mi viejo amigo sir Nicholas.

Después de chismorrear un poco sobre la corte de la reina en Westminster, pedí a sir Nicholas que me contara por qué había dejado la orden de los hospitalarios. Y empezó así:

—No me habría ido de no ser por la muerte de mi hermano mayor, Anthony. Murió el otoño pasado; se cayó del caballo, se rompió el cráneo y exhaló su último suspiro tres días después. Fue una muerte estúpida, sin objeto, indigna de un hombre valioso. Pero ahora está junto a Dios, más allá de las preocupaciones de este mundo.

»Su pobre esposa, Mary, ha quedado viuda con dos hijos pequeños. El mayor, William, heredará nuestras tierras de Sussex, pero es un niño que apenas empieza a caminar, y mal podrá administrar su hacienda ni defender su propiedad en unos años de sangre y violencia como los que vamos a vivir. Por eso, cuando me llegó la noticia de la muerte de Anthony, me vi frente a una disyuntiva muy dura: volver a Inglaterra para proteger a la familia de mi hermano, mi familia, o mantener la lealtad a mi orden.

Sir Nicholas bebió un trago de vino. Era evidente que todavía no se había reconciliado con la opción que tomó.

—Recé durante siete días y siete noches. Pasé una semana de rodillas en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Durante la tregua concertada con Saladino el año pasado, después de que el rey Ricardo marchara de Ultramar, se nos permitía a los cristianos visitar los santos lugares libremente. De modo que, durante una semana, pedí el consejo de Dios. ¿Debía volver a casa para defender las tierras de mi familia, o permanecer con los hospitalarios? Y por mediación de la Gracia divina, recibí una señal.

»El silencio de aquel lugar santo se vio roto de pronto por dos niños, uno cristiano

y el otro musulmán, que empezaron a corretear por la iglesia armando alboroto y riéndose de algún juego que llevaban entre ellos. En ese momento, supe que Dios me enviaba un mensaje. Los dos niños felices no eran mucho mayores que mis dos sobrinos, y a pesar de ser de cada uno de una fe diferente, y de haber nacido enemigos, durante la tregua se les permitía jugar juntos, y cada cual había encontrado un placer fresco e inocente en la compañía del otro. Supe entonces que Dios quería que yo hiciera mi propia paz con los sarracenos, que abandonara Tierra Santa y volviera a Inglaterra para proteger a los hijos de mi hermano.

Se enjugó la insinuación de una lágrima, y admito que también yo me sentí conmovido por su historia.

—Fui a ver al gran maestro al día siguiente para informarle de mi decisión, y debo a su bondad, y sin duda también al hecho de que, debido a la tregua, teníamos menos necesidad de guerreros experimentados, que accediera a liberarme de mis votos. De modo que aquí estoy, recién llegado a Inglaterra. Mañana tendré que viajar a Sussex, y desenvainar mi espada en defensa de la familia. Pero debo decirte, Alan, que no ha sido fácil para mí volverle la espalda a la orden. Aunque estoy convencido de que fue Dios quien guió mi decisión, no puedo evitar sentir que, en cierto sentido, me he comportado de una manera vergonzosa.

Calló, y durante unos momentos no dijo nada más. Intenté imaginar la fortaleza de que hubo de dar prueba para romper sus votos y abandonar su vocación, en beneficio de dos niños pequeños que ni siquiera eran sus hijos. De nuevo la imagen de Robin se materializó en mi mente; recordé su sacrificio para con otro niño pequeño que tampoco era hijo suyo. Había algo de Robin en sir Nicholas, pensé: un guerrero despiadado, sin duda un temible matador de hombres, pero con una veta de compasión y un sentido lleno de orgullo de sus deberes familiares.

—Hablabais de la sangre y la violencia que vamos a vivir en Inglaterra —tenía que romper aquel silencio de alguna forma—. ¿Qué habéis querido decir?

Sir Nicholas se había serenado ya para entonces.

—Oh, me refería a ese asunto entre Ricardo y Juan. Los dos son hijos del rey Enrique, y ambos quieren el trono. Y aunque Ricardo lo tiene ahora, está prisionero en algún lugar de Alemania. ¿Quién sabe cuándo volverá? Mientras tanto, Juan va acumulando poder, llama a barones y caballeros a agruparse bajo su bandera, recluta hombres de armas... Incluso en el caso de que Ricardo regrese pronto, tendrá que librar una batalla descomunal. Juan ha tomado el castillo de Tickhill, Saint Michael Mount y los castillos de Marlborough y Nottingham. No será cosa fácil desalojarlo de esas fortalezas cuando regrese Ricardo, si es que regresa algún día. Por lo que sabemos, el rey podría haber muerto a estas alturas.

Deseé contarle todo lo que sabía para tranquilizarle sobre esa cuestión, pero se suponía que el resultado de mi misión en Ochsenfurt había de permanecer en secreto

por el momento, y no podía permitirme a mí mismo traicionar la confianza de la reina. Por el rabillo del ojo, vi a un hombre corpulento en un rincón de la sala. Era Tom, el mismo patoso con el que tuve una trifulca la última vez que entré a beber en este lugar. Me volví a mirarlo, con ojos desafiantes. Pero cuando vio que lo miraba, se apresuró a apurar su jarra de cerveza y salió de la taberna sin mirar atrás ni una sola vez. Lo aparté de mi mente y me concentré en lo que estaba diciendo sir Nicholas de Scras.

—... Añooro Ultramar —dijo, con un leve deje de emoción en la voz—. Añooro la certidumbre de la causa; saber que estamos comprometidos con la obra de Dios, y que le servimos en todo lo que hacemos. Yo tenía un puesto en ese mundo, un propósito. Ahora, no lo sé... Nada está claro. Allí tenía amigos, buenos amigos, y en cambio en la corte no conozco a casi nadie. Y en Sussex..., bueno, dejé el hogar de mi hermano hace mucho tiempo. Han pasado sus buenos veinte años desde que me fui de allí. Inglaterra es hoy un país desconocido para mí.

Miré a Nicholas. El vino parecía haber despertado su autocompasión.

—¿Recordáis a sir Richard at Lea? —preguntó, y sus ojos de un verde turbio se nublaron por la pena.

Asentí, y di un sorbo frugal a mi copa.

—Le echo de menos. Pudo cometer un error de apreciación al unirse a los templarios, pero era un verdadero cristiano y un verdadero amigo. No tuvo una muerte digna de un noble caballero cristiano; degollado, cuando escoltaba una caravana de mercaderes. Me gustaría poner mis manos encima de los hombres que lo mataron, si algún día llegase a saber quiénes fueron... Bandidos..., jodida basura y nada más.

Me sorprendió que utilizara aquella palabra malsonante. No podía imaginar al sir Nicholas que había conocido en Ultramar, el cruzado, el hombre dedicado a Dios, utilizando aquel término. Y por supuesto, me acordaba de sir Richard at Lea. Había sido también un buen amigo mío.

Y también recordaba la muerte de sir Richard porque yo estaba allí, a tan sólo unos metros de él, cuando murió. Recordaba la forma despreocupada y eficiente con que Little John rebanó la garganta del caballero templario por orden de Robin, después de que sir Richard fuera capturado. Recordarlo era para mí una fuente de dolor. De vergüenza, también. Insulté como un loco a Robin por haber ordenado la muerte de aquel buen hombre. Me enemisté gravemente con mi señor por ese motivo, e incluso llegué a pensar en abandonar su servicio. La «jodida basura» de la que estaba hablando Nicholas eran los hombres de Robin; robamos aquella caravana sólo como una amenaza nada sutil de Robin a los ricos mercaderes de incienso de Gaza, para convencerles de que les convenía tratar en exclusiva con él.

Al parecer, sir Nicholas no tenía la menor idea de la identidad de los asesinos de

sir Richard, y sentí alivio al comprobarlo. Recé para que nunca llegara a descubrir la verdad.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? —pregunté a sir Nicholas. Me miró con sus ojos verdes turbios y dijo:

—Mañana viajo a Sussex, con Mary y los niños. Pero no me quedará mucho tiempo allí. —Hizo una pausa y bajó la vista al tablero agrietado de la mesa—. He entrado al servicio del príncipe Juan —balbuceó.

—¿Qué? —exclamé, incrédulo—. ¿Qué es lo que has dicho?

Levantó la vista, y su mirada se afirmó.

—He jurado fidelidad al príncipe Juan, el hombre que sin la menor duda va a ser el próximo rey de Inglaterra. —Habla en tono desafiante—. Ya no soy un hospitalario, un guerrero de Cristo; tengo el deber de defender a mi familia, y el príncipe Juan es el hombre del futuro. Ricardo puede ser el rey ahora, pero sólo nominalmente. Juan subirá al trono, y eso ocurrirá pronto. He tomado partido, me he alineado con el bando correcto, con el que creo que acabará por vencer. Y al hacerlo, al apoyar a Juan, he asegurado el bienestar de la familia de mi hermano.

Disimulé mi asombro tomando un sorbo del vino verde alemán. Me estaba hablando de traición. Sir Nicholas siempre me había parecido un hombre de fe sencilla, que curaba a los enfermos y luchaba con valentía, sin egoísmos, contra los enemigos de la cristiandad. Nunca había visto en él esta faceta pragmática y política. Este sir Nicholas inglés, con su sobreveste azul y oro, que hablaba de «jodida basura» y admitía haber incurrido en alta traición, era una criatura enteramente distinta.

—Sobre esta cuestión quería hablar contigo esta noche —siguió diciendo sir Nicholas—. El príncipe Juan será generoso con cualquier hombre de armas que desee unirse a su causa. Y me acordé de eso en el momento mismo en que te vi en el establo. Tú eres un hombre honrado, Alan. Y un guerrero notable: te vi en la carga contra el ala derecha sarracena en la batalla de Arsuf, y quedé impresionado. ¡Aquél fue un día sangriento! ¡Un gran día! Deberías unirme a Juan ahora..., él hará tu fortuna en los años por venir.

—Pero Juan es tan... —empecé a decir.

—El príncipe Juan es el hombre que será rey —me interrumpió sir Nicholas, mirándome con intensidad a los ojos como si deseara que yo comprendiera su actitud, tal vez incluso que la perdonara, y para que enderezara mi vida siguiendo sus huellas—. Piénsalo —dijo—. Medita un poco sobre tu posición en este momento. He oído decir que traicionaste a tu señor en la inquisición de la iglesia del Temple. Que fue tu testimonio el que decidió que fuera declarado culpable. ¿Es cierto?

Enrojecí de vergüenza.

—Es cierto —murmuré. En esta ocasión fui yo quien no pudo sostener su mirada.

—No te culpo —dijo—. Me han dicho que estabas bajo juramento; un juramento

ante Dios y la Virgen le obliga a uno a decir la verdad y toda la verdad, ¿no es cierto? ¿Cómo podías haber actuado de otro modo? No, no te culpo..., te comportaste como debe hacerlo un buen cristiano. Y por tanto, como he dicho, yo no te culpo..., pero el proscrito conde de Locksley sin duda sí que va a hacerlo.

»Y, por lo que sé de la reputación del conde —siguió diciendo—, estoy seguro de que va a intentar vengarse de ti. No es hombre que permita que uno de sus servidores le traicione, sin devolver el golpe. Querrá hacer contigo un escarmiento sonado. ¿No estoy en lo cierto?

—Lo has descrito a la perfección —dije.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Volver a Westbury para supervisar a tus arrendatarios y recaudar tus rentas, y esperar a que su venganza caiga sobre ti? ¿O buscarte amigos nuevos y más poderosos? Tal como yo lo veo, no tienes opción. Debes ir a ver al príncipe Juan a Nottingham y jurarle fidelidad tan pronto como puedas.

No dije nada. Su lógica era inflexible. Sir Nicholas hizo una seña al tabernero de que trajera otra jarra de vino del Rin. Me di cuenta entonces de que la anterior estaba vacía, y que él se había bebido la mayor parte.

—Vamos, Alan... El príncipe Juan no es un monstruo. No es mal hombre, sólo un poco soberbio, y de eso debes culpar a su linaje y a su alta cuna. Es hijo de un rey, y él mismo será rey. Créeme, sabe recompensar a quien le sirve con lealtad. Nunca le has ofendido personalmente, ¿verdad?

Sacudí la cabeza. No lo había hecho. Había sido humillado por él en una ocasión, pero nunca había devuelto el golpe, en realidad porque nunca tuve la oportunidad de hacerlo. Dudaba incluso de que él recordara mi nombre.

—Ve a verle, arrodíllate ante él —me apremió sir Nicholas—. Humíllate delante del próximo rey de Inglaterra, y estarás a salvo de la ira del conde. Más aún, prosperarás y reunirás riquezas y honores en esta vida.

No pude decir nada contra sus argumentos.

—Le enviaré un mensaje antes de que vayas, y le diré que tienes mi bendición. Vamos, dime que aceptarás entrar al servicio del príncipe Juan y yo te allanaré el camino. Serás recibido por el próximo rey. Vamos, hombre... Di que le servirás. ¡Dime que lo harás!

Miré sus ojos turbios, que ahora relucían con un fervor verdooso que nunca antes le había visto.

—Lo haré —dije.



Cuando salimos de la taberna, me di cuenta de que había bebido demasiado vino,

pero ni mucho menos tanto como sir Nicholas. Hacía mucho que había pasado la hora del toque de queda, y las calles estaban silenciosas y desiertas. Después de dar mi conformidad a regañadientes a su propuesta de unirme al príncipe Juan, Nicholas había insistido en que siguiéramos bebiendo, y la conversación había pasado a temas más agradables. Era ya pasada la medianoche cuando salimos tambaleantes de la taberna a la calle, y mientras el soñoliento tabernero cerraba y atrancaba la puerta a nuestra espalda, quejándose de los clientes que le tenían fuera de su cama calentita, Nicholas dijo algo acerca de aliviarse y se arrimó a la esquina, donde empezó a mear como un corcel de batalla.

Yo me quedé mirando el cielo estrellado y la brillante luna llena colgada como un queso fresco encima de los tejados. Tarareé algo para mí mismo, mientras esperaba que sir Nicholas acabase su asunto; sentía la cabeza ligera, pero disfrutaba de la sensación del aire fresco en mi rostro. Una hermosa noche...

Y de pronto me di cuenta de que no estaba solo. Vi tal vez una docena de figuras que se movían amenazadoras en la penumbra del otro lado de la calle, a unos veinte metros de distancia; sombras grises contra el fondo negro, y el reflejo frío de hojas de acero desnudas a la luz de la luna.

Fue una suerte que llevara mi espada, a pesar de que no contaba con más protección para mi cuerpo que una túnica y una capa corta. Con un rápido movimiento desenvainé mi arma y me dispuse a vender mi vida tan cara como me fuera posible. En esta proporción, fue lo único que tuve tiempo de pensar: «Soy hombre muerto».

Una serpiente de hielo se deslizó por mis entrañas, y me di cuenta de que tenía miedo. La pandilla oscura avanzaba ahora con rapidez. Se acercaban sin ruido, desplegados en semicírculo para envolverme, rodearme y acuchillarme, pero yo ya me estaba moviendo hacia mi izquierda, arrimado a la pared de la taberna para forzar a los hombres que se acercaban a amontonarse y cambiar su táctica. Conté once y desistí de seguir contando, pero me di cuenta de que eran demasiados para luchar contra un hombre solo con eficiencia... Pero ¿quién necesitaba eficiencia? Aunque yo consiguiera abatir a tres o cuatro de ellos, no les faltaban hombres para cubrir las bajas.

En medio del grupo, claramente visible a la luz de la luna llena, distinguí la silueta amenazadora de Tom, el hombre con el que me había peleado en mi última visita a aquella maldita madriguera de borrachos. Estaba claro que no había olvidado ni perdonado nuestra trifulca. No cruzamos palabras, ni era necesario decir nada. Era evidente que Tom quería vengarse de la paliza que recibió... Y en esta ocasión venía armado con una espada y había invitado a todos sus amigos a la fiesta.

Di un paso adelante, y me coloqué en posición con la guardia alta: mi espada larga vertical en la mano derecha, con la empuñadura frente a mi rostro y la punta

señalando el cielo tachonado de estrellas; tenía la misericordia abajo y a un lado, en la mano izquierda. Y esperé su ataque.

Fue Tom quien comenzó aquel baile mortal, con un poderoso tajo dirigido a mi cabeza; aquello fue la señal para que todos sus colegas se abalanzaran sobre mí. Yo paré el golpe de Tom con un barrido semicircular de mi espada, que apartó su arma abajo y a un lado, y habría seguido con una estocada a fondo con la misericordia, pero a mi izquierda un hombre amagó un hachazo hacia mis piernas, y me vi obligado a saltar para poner a salvo mis tobillos. A partir de ese momento, todo se redujo a una confusión sangrienta. Las espadas tajaban, cortaban y punteaban en mi dirección desde tres lados, y yo me movía tan deprisa como podía, parando, bloqueando, esquivando, rechazando, y golpeando con todas mis fuerzas para seguir con vida. Recibí un corte de un cuchillo en las costillas desprotegidas de mi costado izquierdo magullado, pero conseguí derribar a un hombre con una puntada de la daga en el vientre y, cuando se echó atrás gritando, amputé limpiamente la mano de otro hombre con un tajo de mi espada en su muñeca. Pero estaba en un grave apuro..., y lo sabía.

Una hoja surgió de ninguna parte y me hirió en la mejilla antes de que pudiera bloquearla; me pregunté cuánto tiempo más podría mantener a raya a aquella cuadrilla. Tenía ensangrentados el rostro y el costado izquierdo, y tuve la sensación de que la duración del resto de mi vida iba a medirse por el tiempo que tarda una hoja en caer del árbol al suelo. En ese momento, mientras me agachaba para esquivar el tajo de una espada, vi de reojo un rostro congestionado sobre una sobreveste oscura, y el relampagueo de una hoja plateada: sir Nicholas cargaba contra el pelotón de hombres desde mi derecha.

Mi amigo no hizo más ruido que el de los golpes blandos de su espada al tajar la carne del grupo de hombres que me rodeaba. Su primer tajo decapitó a un atacante, y luego se abrió camino hasta mi posición dejando a su paso una estela de hombres mutilados que gemían. Tajo, estocada, giro, parada, estocada. Era un espectáculo sobrecogedor, y casi deseé echarme a un lado y admirar a placer la formidable técnica del otrora caballero hospitalario mientras desbarataba a la cuadrilla con una eficiencia despiadada. Despachó a un asaltante con la gracia de un bailarín, atravesando con su espada el vientre del hombre, e inmediatamente retiró la hoja y tajó la pierna de otro con un golpe por abajo. Salí de mi ensueño justo a tiempo para bloquear otro golpe salvaje de espada del fornido Tom. Pero esta vez conseguí clavar la punta de la misericordia en la parte alta de su muslo, y seguí con un golpe lateral de la espada en dirección a su cintura que lo derribó en el suelo. Y entonces todos echaron a correr. Bueno, todos los que aún podían correr. Media docena de cuerpos alfombraban la calle sucia de barro y de sangre, incluido el de Tom, que gemía e intentaba sujetarse la pierna herida.

Sir Nicholas dejó descansar la punta de su espada en el suelo y se apoyó en ella un instante. Su respiración era profunda, sin jadeos. Yo me dirigí al lugar donde Tom intentaba incorporarse, y de un puntapié lo hice caer de espaldas boca arriba. Empujé su arma fuera de su alcance, puse mi rodilla y todo el peso de mi cuerpo sobre su pecho, y la punta de la misericordia bajo su barbilla.

—¿Quién te ha enviado? —le pregunté, mientras la sangre de mi mejilla herida goteaba desde mi barbilla sobre su sucia cara vuelta hacia mí—. ¿Quién te ordenó matarme?

—¡Dios te maldiga! —gritó, y me miró con unos ojos abiertos de par en par y doloridos, al tiempo que me escupía. Me eché atrás para limpiarme el esputo de la mandíbula, y en ese momento apareció la punta de una espada, cruzó por delante de mi pecho y lanzó un tajo al cuello de Tom, seccionando la arteria y salpicándome a mí de sangre. El hombre se agarró el cuello rojo y húmedo con las dos manos y me miró con ojos desorbitados; en los breves instantes que tardé en apartarme del borbotón de sangre y envainar mi misericordia, quedó inmóvil, silenciado para siempre.

Me volví a mirar más allá de la longitud de la espada de sir Nicholas, con una pregunta en la mirada.

—Ha sido por su insolencia —dijo mi noble amigo—. Te escupió, te maldijo... Y no he querido consentir que un patán como éste faltara al respeto a un hombre que luchó tan bien por la cristiandad.

No dije nada durante un momento, porque un sinfín de emociones contradictorias se agolparon en mi mente. Me contrariaba no haber podido sonsacar más información a Tom, y sin embargo debía la vida al hombre delgado y letal que se alzaba delante de mí. De no haberme ayudado, yo estaría tan muerto como el hombrón que ahora yacía a un lado en un charco de su precioso fluido vital. Así pues, me puse en pie dolorido, me sequé la sangre que resbalaba por mi cara con la manga, y di las gracias a sir Nicholas desde el fondo de mi corazón por haber acudido en mi ayuda.

—No ha sido nada, amigo mío —dijo—. Si no hubiera bebido tanto vino, habría sido un tanto más rápido. ¿Estás herido?

Mis heridas, por fortuna, no eran graves. El corte en mi costado izquierdo, que atravesaba directamente el gran moretón purpúreo y amarillento del lugar en donde me había pateado el ogro, era poco profundo y de sólo ocho centímetros de largo. Hanno lo suturaría por la mañana. Sir Nicholas, después de examinar mi mejilla, me dijo que no tenía que preocuparme por la profusión de sangre. Luego me dio una palmada en el hombro, y me dijo que me quedaría una bonita cicatriz como recuerdo de la pelea. Lo cierto es que Dios y los santos siempre han velado por mí en la batalla..., aunque también podría decirse que es el diablo quien me protege.

De modo que sir Nicholas y yo dejamos siete cadáveres tendidos en la calle para

que la ronda de noche los encontrara y diera sepultura, o bien para que se comieran los cerdos que rondaban por los alrededores (no me importaba si sucedía una cosa o la otra), y nos dirigimos hacia Westminster Hall, en busca de los jergones que nos esperaban.



A mediodía del día siguiente, Hanno y yo partimos hacia Nottingham para visitar al príncipe Juan. Habíamos llegado tan sólo a Charing cuando vi acercarse al trote a un grupo de jinetes. El corazón me dio un vuelco, pues enseguida me di cuenta de que se trataba de Marian, acompañada por otra mujer, un clérigo y doce hombres de armas con la librea rojo y oro de la reina Leonor. La calle se estrechaba en aquel punto, de modo que Hanno y yo echamos nuestros caballos a un lado para dejar pasar al grupo. No saludé a nadie; de hecho, clavé la mirada en el morro gris de *Fantasma* con la intención de que mi mirada no se cruzara con la de la condesa de Locksley, y sólo les vi pasar con el rabillo del ojo.

No tenía de qué preocuparme. Marian, con una altivez digna de una reina, pasó en su caballo a mi lado con la cabeza erguida y los ojos mirando al frente, sin dedicarme ni una simple ojeada. La mujer que cabalgaba a su lado era Godifa, y no pude evitar darme cuenta de que estaba espectacularmente guapa. Su cabello, bajo una sencilla cofia blanca, brillaba como el oro, su cuello era largo y fino, y mantenía la barbilla en alto en una postura que realzaba la línea de su mandíbula y la elegancia de sus pómulos. Tampoco ella se dignó mirarme. Pero el clérigo, era Tuck, por supuesto, tiró de las riendas al llegar a mi altura, detuvo su montura y me dirigió un saludo alegre. Los hombres de armas que venían detrás se vieron obligados a rodear con sus caballos al monje detenido en medio del camino, para no perder el contacto con las mujeres a las que escoltaban.

—¡Alan! —aulló Tuck, aunque estábamos apenas a un par de metros el uno del otro—. ¡Bienvenido, por Dios Todopoderoso! Ya veo que estás de vuelta de tierras alemanas. Y he oído que tu misión fue un éxito. ¡Bien hecho! Has servido bien al rey. Pero... ¿qué le ha pasado a tu cara?

Levanté una mano hasta el corte recién cosido de mi mejilla, y estaba a punto de responder a mi viejo amigo cuando me interrumpió la condesa de Locksley, que había detenido su montura unos metros más allá. No se dirigió a mí, sino que se volvió sobre la grupa de su caballo para dirigirse a su confesor.

—Padre Tuck —dijo en voz alta e imperiosa—, no perdáis el tiempo con maleantes callejeros y traidores. Atendedme a mí. Venid aquí, os quiero a mi lado ahora mismo.

Tuck se encogió de hombros, me dirigió una media sonrisa de disculpa y su cara

redonda se retorció en una mueca de disgusto, pero hizo lo que se le ordenaba y espoleó su caballo hasta colocarse a la altura de su señora.

Hanno y yo nos quedamos observando al grupo, que continuó su ruta hacia el sur en dirección a Westminster. Estaba a punto de hacer alguna observación intrascendente a Hanno, cuando el caballo colocado a la derecha se separó de pronto del grupo y una figura pequeña vino al galope hacia nosotros, con la falda volando al viento. Cuando llegó a nuestra altura, Goody tiró de las riendas e hizo detenerse a su montura, que alzó las patas delanteras delante de nosotros. Pude darme cuenta de que se había convertido en una magnífica amazona. ¿Desde cuándo no la veía?, me pregunté a mí mismo. ¿La conocía en realidad? Dos manchas rojas de ira coloreaban la tez suave y cremosa de sus mejillas cuando detuvo a su caballo. Y no me fue difícil comprender que sus ojos de un azul violeta echaban chispas en ese momento.

—No puedo creer que tengas la desfachatez de dejar ver tu cara dura en este país —empezó a decir, en voz baja y quebrada por la ira—, después de lo que le hiciste a Robin, a pesar de todo lo que él había hecho por ti... —Tragó saliva—. ¡Eres un hombre decepcionante, desagradecido y odioso!

—Goody —imploré—, si me dejas explicarte...

—Puedes guardarte tus explicaciones. No quiero oír tus mentiras..., no quiero volver a verte nunca más. Y pensar que alguna vez sentí...

Estaba magnífica: hermosa como una ninfa, arrebatadora. Acalorada, soltando chispas, con una ira que parecía una joya rara y preciosa. De no haber sido yo el objeto de su ira, creo que habría saboreado aquel momento durante largos años. Tal como estaban las cosas, sentí que mis mejillas se tornaban de un rojo intenso, a juego con las suyas; y un hilo de sangre fresca resbaló desde el corte de mi cara.

—Goody —volví a intentarlo—. No lo entiendes; no puedes entender..., cuando me hicieron aquellas preguntas en la iglesia...

—¡No te atrevas a hablarme! ¡No vuelvas a hablarme nunca más! ¡Te odio, te odio!

Y para mi asombro, rompió a llorar, hizo dar media vuelta a su caballo y, picando espuelas de un modo salvaje, regresó al galope junto al grupo de la condesa, que se encontraba ya a más de cien metros de distancia.

Hanno parecía haber encontrado algo fascinante en la uña de su dedo índice, y le dedicaba ahora toda su atención. Por mi parte, no estaba de humor para discutir después de haber sido despreciado e insultado por un par de mujeres ofendidas, de modo que volvimos en silencio las cabezas de nuestras monturas hacia la gran calzada romana, y pusimos tanta distancia como nos fue posible entre nosotros y la escena de mi humillación.

Capítulo XII

Dos días más tarde, en una tarde dorada de primavera, mientras la luz del sol se filtraba por las estrechas ventanas e iluminaba las volutas de humo que flotaban en el aire, trazando alegres y caprichosos dibujos en el suelo, yo estaba en posición de firmes delante del mismísimo príncipe Juan, en el gran salón que se abría al recinto medio del castillo de Nottingham. El príncipe estaba de un humor excelente, banqueteeando en un extremo de una larga mesa cargada de pollos asados y otros platos, y reía y bromeaba con un compañero menudo sentado a su derecha. Aunque en el amplio espacio de la gran sala estaban presentes además varias docenas de personas, caballeros, hombres de armas, clérigos y sirvientes de distintas clases, ellos dos eran los únicos comensales. Yo había sido admitido al interior de la sala por el chambelán del príncipe, y anunciado con voz sonora, pero me dejaron allí de pie, con Hanno a mi lado, esperando en un extremo del largo tablero de madera de la mesa a que reparara en mí el hombre más poderoso del país, el hombre que sir Nicholas aseguraba que iba a ser sin duda el próximo rey de Inglaterra. Pero no era el príncipe Juan quien atraía mis miradas mientras esperaba pacientemente; mi atención estaba fija en su compañero menudo y moreno. Parecía disfrutar del favor particular del príncipe aquella tarde, y charlaba en tono confidencial con su señor, haciendo chistes en voz baja y compartiendo la gran bandeja de plata cargada de suculentas aves asadas. Era el anterior alguacil real del Nottinghamshire en persona: sir Ralph Murdac.

Me encantó advertir que su hombro izquierdo seguía torcido, como si lo levantara en una postura forzada, pero por lo demás Murdac parecía gozar de buena salud, algo más grueso que la última vez que lo vi y claramente en una situación boyante al servicio del príncipe. A su habitual túnica de seda negra, se añadía ahora una rica capa con ribete de piel; teniendo en cuenta que el tiempo era lo bastante caluroso, estaba claro que aquella prenda le servía sólo de mera ostentación. Sus dedos rechonchos, sucios de grasa de pollo, exhibían media docena de gruesos anillos de oro rematados por abultadas y relucientes piedras preciosas talladas.

Al cabalgar por la ciudad de Nottingham camino del castillo, había revivido malos recuerdos de mis años de adolescente, cuando ejercía allí de cortabolsas muerto de hambre, y la sensación de incomodidad me acompañaba ahora que me encontraba en el corazón mismo de la fortaleza más formidable de Inglaterra. Me

sentía nervioso y acobardado: aquel castillo me traía recuerdos poco agradables. Cuando yo era niño, se alzaba sobre la ciudad de Nottingham como un símbolo brutal del poder normando. De sus puertas salían hombres vestidos con malla de acero que aterrorizaban a la población, recaudaban tributos, violaban doncellas y ahorcaban sumariamente a cualquiera que se enfrentara a ellos. En esta misma sala, hacía tan sólo tres años, los mismos dos hombres que ahora tenía delante me habían humillado, obligándome a cantar para ellos cuando estaba empapado, cansado y muerto de frío, y luego me arrojaron unos peniques como si yo fuera un titiritero muerto de hambre.

Sentí un estremecimiento de ira en mis entrañas, y lo reprimí de inmediato. Durante las semanas y los meses próximos, yo iba a tener que ser lo que Tuck habría llamado un hombre alambicado: frío y caliente; es decir, un hombre que oculta su rabia en lo más profundo de su interior y sólo muestra al mundo una indiferencia gélida. Robin era un hombre así, recuerdo que Tuck me lo dijo poco después de que me uniera a la banda de proscritos de Sherwood, en lo que me parecía ahora una era distinta. Pero como el ladrón tembloroso que había sido en tiempos, yo ahora tenía hambre, y mientras miraba los anillos dorados de Murdac con una codicia rateril que no había sentido en muchos años, mi estómago gruñía con un sonido largo y ronco como el de un mastín al avisar que está a punto de atacar. El ruido fue lo bastante fuerte como para llamar la atención de Ralph Murdac y su real príncipe, que por un instante dejaron sus pollos dorados y crujientes y me miraron al mismo tiempo.

—Os suplico que me perdonéis, sire —dije, y mis labios dibujaron una sonrisa servil.

El príncipe tenía que saber que Hanno y yo estábamos allí de pie, porque desde hacía un buen rato nos separaban sólo diez pasos de distancia, pero a su alteza real le había divertido ignorarnos. Fue mi incorrecto estómago lo que, al parecer, le obligó a tomar en cuenta nuestra presencia.

—Ah, estáis aquí —dijo el príncipe, de repente todo sonrisas y afabilidad—. El joven Alan de Westbury, si no me equivoco; el famoso *trouvère* y reputado espadachín. Y mis servidores me han contado que sois el hombre al que tenemos que agradecer el haber encontrado a mi noble hermano, el rey Ricardo, en su pestilente prisión alemana... ¿Sabéis? Llegué a temer que hubiese muerto...

Al decir aquello, un relámpago cruzó su rostro durante un instante, una mirada de... ¿tal vez miedo? ¿Rabia? Desapareció de pronto, y todo fueron de nuevo sonrisas melosas.

—Muy bien, prescindamos de ceremonias, muchacho, venid y uníos a nosotros. ¿Os apetece un bocado de pollo? —El príncipe dio unas palmadas y apareció de pronto un criado, como conjurado por la varita de un mago—. Una copa de vino y un taburete para mi joven amigo, y daos prisa —ordenó con su voz bronca y quebrada.

De modo que me senté a la mesa con el príncipe Juan y sir Ralph Murdac. Era

una situación que no habría sido capaz de imaginar cinco años antes. Apenas podía creerlo ni siquiera entonces. Vi que uno de los criados se llevaba a Hanno; sin duda a las cocinas o a algún otro lugar para darle de cenar alguna cosa más adecuada a su bajo rango. Yo me serví un pedazo pequeño de pechuga de pollo, y una rebanada de pan blanco de harina finamente molida.

—Conocéis a sir Ralph Murdac, por supuesto —dijo el príncipe Juan, señalando a mi enemigo mortal, el hombre al que más deseaba matar en el mundo, sentado frente a mí en el otro lado de la mesa y masticando un bocado mientras me miraba con sus helados ojos azules desde detrás de su nariz arrugada, en un mohín de desdén.

—Sir Ralph —dije, y le dediqué una sonrisa condescendiente y una cortés inclinación de cabeza, como si fuese cosa de todos los días para mí sentarme a compartir la cena con despreciables comadrejas de mierda.

Y entonces lo estropeé todo. Me llegó una vaharada del perfume de Murdac, alguna asquerosa poción basada en la lavanda, y como me ocurría siempre que aquel olor me cosquilleaba las narices, solté un fuerte estornudo acompañado de un poderoso trompeteo nasal, y luego otro. Un pedazo de pollo a medio masticar salió proyectado de mi boca, y fue a caer en el immaculado mantel blanco.

—Veo que sus modales de villano no han mejorado —se burló Murdac—. Pero en fin, la cabra tira al monte, según dicen...

—Buen Dios —graznó el príncipe, interrumpiendo a su amigo—. ¡Espero que no hayáis atrapado alguna peste oriental, después de vuestra larga estadía en Tierra Santa! ¿O unas fiebres alemanas? Ja, ja, ja —lanzó una sonora carcajada. Parecía encontrar aquello muy divertido, e hizo unos cuantos visajes durante unos minutos, mientras los rizos rojos de su melena larga hasta los hombros bailaban de un lado a otro con sus sacudidas. «No le des un puñetazo en la cara, Alan, no lo hagas. Ten calma, o todo estará perdido».

—Estoy bien, sire. Tal vez un ligero resfriado, eso es todo. Os agradezco vuestra regia solicitud.

—Bueno, no os entretendré mucho rato, si estáis resfriado..., o enfermo de fiebres —añadió de nuevo entre risas, que tuvo la delicadeza de sofocar. Tengo entendido que deseáis servirme... ¿Es eso cierto?

Me limité a asentir con la cabeza; no me fie de mí mismo lo bastante para hablar.

—Bueno, pues tenéis suerte. Sir Nicholas de Scras, uno de mis mejores caballeros, os ha recomendado personalmente. Y en lo que a mí respecta, eso es suficiente. Sabemos a quién habéis servido antes, y también *por qué* andáis buscando un nuevo señor, pero en mi opinión, cuanto menos hablemos del asunto del día de San Policarpo y de la Santa Inquisición, tanto mejor para todos. ¿No os parece?

—No me fío de él —dijo Murdac sin miramientos—. Estoy convencido de que es un espía enviado por Locksley, y de que se propone traicionarnos.

Yo miré con dureza a sir Ralph, buscando sus fríos ojos azules con furia. Pero mantuve la boca cerrada. El hombre alambicado, ese era yo, en persona.

—Tonterías, Ralphie —dijo el príncipe Juan—. Los dos estábamos en la iglesia del Temple cuando traicionó a su señor hereje. Lo vimos con nuestros propios ojos, todos fuimos testigos. Y ahora que Locksley anda suelto, es seguro que irá en busca de este tipo; nuestro Robert Odo es un hombre muy vengativo. El chico se encuentra en una situación angustiosa; sin señor, y casi sin un penique... No tiene a nadie más a quien recurrir.

El príncipe había abandonado toda pretensión de comportarse como un camarada amistoso y alegre; hablaba de mí como si yo no estuviera presente en la gran sala, a pesar de que ocupaba un asiento a poco más de medio metro de él.

—Lo vigilaremos, desde luego. Tiene una reputación bien merecida de ser un tipo voluble. De baja estofa además, según he oído. Pero si quiere hacernos una jugada, bueno... Si ocurre y cuando ocurra, lo afrontaremos. Necesito guerreros, Ralphie. Además, Nick de Scras lo respalda, y eso me basta.

El príncipe Juan se volvió ahora a mirarme directamente, y su voz cambió y se endureció de nuevo.

—Os hablaré con claridad, Dale. Voy a daros los feudos de Burford, Saintroud y Edington. Están en las tierras del Oeste, a poca distancia entre ellos, y son propiedades dignas de un noble. Espero de vos que, a cambio, me sirváis con lealtad. Si me traicionáis, incluso si me desobedecéis, perderéis esas tierras... y la cabeza. ¿He sido claro? Ahora, ¿aceptáis mi oferta y juraréis servirme lealmente?

—Acepto —dije.

—Bien —dijo el príncipe—. Ordenaré que pongan por escrito los títulos, y celebraremos la ceremonia del homenaje mañana a mediodía en la capilla. Ahora, podéis dejarnos.

Estaba en pie antes de darme cuenta.

—Os doy las gracias, sire, desde el fondo de mi corazón, por esta oportunidad de serviros —dije, con una profunda reverencia—. Estoy muy agradecido a vuestra regia generosidad.

Pero el príncipe había vuelto a su bandeja de pollo grasiento, de modo que me incliné una vez más, ignorando por completo a sir Ralph, y pensé para mí, mientras salía de la gran sala, que tendría que ensayar y mejorar todos aquellos cumplidos y zalemas reales. Después de todo, podía verme obligado a repetir la misma escena todos los días.

Al día siguiente, después de una misa solemne en la gran capilla, durante la cual recé por mi alma con un fervor mayor de lo habitual, hincé la rodilla delante del príncipe Juan, coloqué mis manos entre las suyas, e hice un juramento solemne ante Dios. Luego intercambiamos el beso de paz, y se me hizo entrega solemne de tres

voluminosos rollos de pergamino, sellados con grandes círculos de lacre verde y negro, que me confirmaban como señor de los feudos de Burford, Saintroud y Edington, en las ricas tierras del Oeste. Por lo visto, estaba ascendiendo deprisa en la escala social.

Después de la ceremonia, mi nuevo señor reunió a sus caballeros para presenciar lo que él llamó una «diversión». Un hombre libre de la localidad, llamado Wulfstan de Lenton, había sido acusado de mover de sitio un mojón de los límites de su propiedad, en perjuicio de unas tierras de labor que pertenecían al príncipe Juan. En realidad, según me contó un criado del castillo, un hombre de Nottingham al que había conocido un poco en otras épocas, había sido el administrador del príncipe Juan quien había movido el mojón antes, y Wulfstan se había limitado a volver a colocarlo en su posición original. Lo normal, desde que el buen rey Enrique había reformado la ley, habría sido que el caso fuera juzgado por hombres de la misma condición del acusado, doce hombres buenos y dignos de fe de los alrededores, pero Wulfstan tuvo muy claro que no tendría un juicio justo por parte de un tribunal formado por arrendatarios y amigos del príncipe Juan. De modo que alegó ser descendiente de los Thanés sajones, y por consiguiente con derecho a llevar armas, y reclamó la anticuada ordalía de la batalla a muerte: el juicio por combate.

Era un hombre de pocos alcances, de cabellos tan rubios como los de Goody y con una barba poblada que le oscurecía el rostro, y al parecer tan orgulloso como Satanás. Y yo lo aplaudí en silencio, en lo profundo de mi corazón, por preferir luchar antes que permitir que su poderoso vecino se quedara sin más con parte de las tierras de sus antepasados.

En el recinto exterior del castillo, dentro de la larga estacada de troncos que rodeaba toda la fortificación, pero fuera de los muros de piedra de la fortaleza, se delimitó un área cuadrada de unos 18 metros de lado. La base de roca del castillo de Nottingham tenía la forma de un bebé en pañales, con un recinto superior circular (la cabeza del niño) y un recinto medio algo más grande y de forma oval (el cuerpo envuelto en pañales), conectado al anterior y orientado hacia el norte. Tanto el recinto superior como el medio estaban contruidos sobre un enorme promontorio de piedra arenisca, la mayor elevación en varios kilómetros a la redonda, y contaban con muros de granito en los que se intercalaban, cada cincuenta pasos más o menos, torres de planta cuadrada más altas, que reforzaban la defensa. Entre los recintos superior y medio, y conectada con ambos, se alzaba la gran torre, una construcción cuadrada de piedra, muy alta, que era el último reducto de los defensores de Nottingham, el refugio final en caso de asedio si todo había ido mal. En los costados este y norte del castillo, se extendía una amplia explanada llamada recinto exterior, llena de puestos de mercaderes, cuadras y establos, talleres, casas de comidas y algunos pabellones para invitados. Además, junto a un pozo profundo, se había construido recientemente

una destilería en la que se fabricaba cerveza para el consumo de todo el castillo. El recinto exterior estaba protegido por una empalizada de siete metros de alto hecha de troncos y tierra apisonada: la primera línea de defensa del castillo.

El área acordonada para servir de liza quedaba al noroeste de la construcción de piedra del castillo, y en torno a ella se apiñaban los habitantes del castillo y la gente que venía del animado mercado de la ciudad, que quedaba fuera de las murallas y hacia el este: mi antiguo territorio de caza en mis días de cortabolsas muerto de hambre.

La multitud se agolpaba en los cuatro lados de la liza, y había ya un hormigueo de excitación ante la inminente pelea. Los combatientes debían ir armados con espada y escudo, y yo sospeché que Wulfstan había creído que iba a luchar contra el propio príncipe Juan. De ser así, se llevó un chasco porque Juan, por supuesto, delegó el honor en un campeón para que luchara por él. Confieso que, cuando vi quién era el campeón, hube de esforzarme en disimular mi inquietud. Y cuando vi a su gigantesco compañero, busqué instintivamente la empuñadura de mi espada.

El hombre que iba a combatir con Wulfstan era el espadachín alto y flaco que me atacó delante de los muros de Ochsenfurt. Su compañero con aspecto de ogro custodiaba a Wulfstan con una mano maciza sujetándolo blandamente por la nuca, como si estuviera tomando medidas.

Hice una seña a un caballero que estaba a mi lado, y señalando a aquellos dos grotescos asesinos, le pregunté:

—¿Quiénes son esos hombres?

—¿No habéis tenido aún el placer de serles presentado? —me dijo, con una sonrisa no del todo amistosa—. El alto se llama Rix —continuó—. Es el espadachín más hábil que jamás hayáis visto. Su amigo gigantesco es Milo..., y como podéis juzgar por vos mismo, no es del todo humano.

—¿Sirven al príncipe? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Matan gente para él —fue la escueta respuesta del caballero. Y no dijo una palabra más sobre el tema.

A una señal del príncipe Juan, Milo soltó a Wulfstan y le dio un pequeño empujón que lo envió tambaleante hasta el centro del espacio cuadrado acordonado, de tierra apisonada. El campesino se irguió, hizo girar los hombros, apretó los puños para soltar los músculos y se anudó con una tira de cuero sus largos y espesos cabellos rubios a la altura de la nuca. Era un hombre de unos treinta años, según me pareció, de estatura mediana y tórax voluminoso y fuerte por los largos días de trabajo en los campos. Wulfstan se dirigió al extremo más alejado de la liza, donde le esperaban una espada de un metro de largo con empuñadura de madera forrada de cuero y una guarda robusta de cerca de dos centímetros de grosor, y un escudo en forma de cometa. Eran las armas habituales de cualquier hombre de armas ordinario en

Inglaterra; similares a las que colgaban a la espalda o de la cintura de las dos docenas de soldados que rodeaban la liza cuadrada en aquel mismo momento. Yo mismo llevaba armas muy parecidas.

Luego entró Rix en la liza, pasando sus largas piernas de cigüeña por encima del cordón. Iba vestido con una túnica casera de color pajizo, sujeta con un cinturón del que colgaba al costado izquierdo su espada larga, en la vaina. Iba sin casco, y con los cabellos castaños rapados muy cortos en la frente y afeitados en la nuca hasta más arriba de las orejas, en un estilo anticuado que habría sido más propio de un normando de la época de sus tatarabuelos, alguno de los hombres de Guillermo el Bastardo. Su cara, como su cuerpo, era larga y flaca, y parecía enteramente tranquilo, como un hombre que va a su quehacer diario, y no uno que está a punto de empeñarse en un combate mortal para decidir el Juicio de Dios.

Rix tiró del escudo que llevaba colgado a la espalda y pasó el brazo izquierdo por las asas. Luego desenvainó su espada. De nuevo atrajo mi atención lo hermosa que era la hoja: algo más delgada que la de una espada normal, elegantemente acabada en una punta fina como la de una aguja, y grabada con pequeñas letras doradas a lo largo de la acanaladura central del lomo de la hoja. Desde donde yo estaba, era imposible descifrar lo escrito. El magnífico zafiro azul, engastado en un grueso anillo de plata en el pomo, resplandecía a la luz de aquel soleado día de primavera. Era una espada digna de un rey, de un emperador incluso, y me pregunté dónde la había conseguido. Sin duda de algún noble al que había matado. Yo la quería. Codiciaba aquella espada. La deseaba tanto que me dolía el corazón al pensar en ella.

Pero no había tiempo para esos pensamientos envidiosos. El príncipe Juan, que estaba sentado en un sitial de respaldo alto en el centro del lado norte de la liza y rodeado por sus amigos más íntimos, hizo un gesto amanerado con la mano, y Rix y Wulfstan fueron a colocarse delante de él. El rubio sajón miraba a su oponente con una pizca de recelo. Hacía bien en temerlo, pensé. De pie en el costado este de la liza, veía a los dos hombres de perfil, y me di cuenta de que Rix le sacaba toda la cabeza a su adversario, aunque debido a su delgadez me pareció que Wulfstan debía de pesar un poco más. Los dos hombres declararon solemnemente que no habían comido ese día, y que no ocultaban ningún encantamiento de brujería ni amuleto mágico en sus cuerpos que les dieran una ventaja desleal en la pelea. Wulfstan declaró luego en voz alta que luchaba por conservar sus tierras, las tierras que habían pertenecido a su padre y antes al padre de su padre, y que invocaba a Dios Todopoderoso, a Jesucristo y a todos los santos para que le ayudaran en este trance y probaran de una vez para siempre que su causa era justa.

Y, de inmediato, empezó el combate.

Wulfstan no perdió el tiempo. Cargó contra Rix con un aullido salvaje y empezó a asestar al hombre más alto una lluvia de golpes, manejando con toda su fuerza su

poderoso brazo derecho y dirigiendo profundas estocadas a la cabeza y los hombros de su adversario. Rix esquivó sus ataques sin apuros, bloqueándolos con su espada o apartándolos a un lado con el escudo, al tiempo que retrocedía poco a poco ante la furia de su enemigo. Wulfstan, por lo que pude ver, no era inexperto en el manejo de la espada: alguien le había enseñado los rudimentos de la esgrima, y habría sido un hombre de armas competente, aunque no especialmente dotado. Yo había entrenado a hombres peores que él para Robin, y no cabía duda de que a Wulfstan lo animaba una pasión, una rabia que prestaba una fuerza particular a los tajos y revoleos de su espada: luchaba por su honor, por las tierras de su familia, y sabía en lo más hondo de su corazón que su causa era justa.

Pero estaba claro que no era adversario para Rix.

En medio de una tempestad de golpes de Wulfstan, la espada de Rix rebasó la parte superior del escudo de su adversario y su punta penetró profundamente en el hombro izquierdo de Wulfstan. Fue como la mordedura de una víbora: rápida, precisa y letal. Brotó un chorro de sangre de la herida, y Wulfstan se echó atrás con un grito de rabia y de dolor. Su escudo descendió, al no poder soportar su peso los músculos cortados del hombro. Entonces Rix golpeó de nuevo, otra vez por el costado izquierdo de su oponente, el lado del escudo, y su espada pinchó casi con delicadeza y abrió un surco de sangre en el pómulo del granjero.

Wulfstan cargó una vez más, mientras gotas rojas volaban de su rostro al aire; fue un torbellino de rabia y de desesperación, un revoleo de la espada en todas direcciones que Rix se limitó a responder bloqueando, esquivando, agachándose, para luego dar un paso adelante y cortar con un tajo certero la carne del antebrazo derecho desprotegido de su oponente. Wulfstan gimió y se echó atrás tambaleante. Apenas podía sostener el escudo con el brazo izquierdo, y del de la espada colgaba ahora un pedazo suelto de carne sanguinolenta. No podía ya atacar a su enemigo ni defenderse de forma adecuada, y era sólo cuestión de tiempo que la pérdida de sangre le provocara un desmayo. Era hombre muerto..., y lo sabía. Todos los espectadores lo sabían también.

Un adversario más compasivo habría acabado con él en ese momento, pero Rix parecía no albergar ni una pizca de compasión en su flaca y negra alma. Los minutos siguientes fueron penosos; Rix daba vueltas alrededor de Wulfstan, y le infligía un pinchazo menor tras otro. Le hirió en las pantorrillas, de las que brotó un chorro de sangre, en un costado, en el muslo derecho, le hizo un corte en el pómulo derecho para equilibrar el anterior en el izquierdo, y en esta ocasión se llevó además el ojo. Poco a poco, estaba haciendo pedazos a su oponente. Muy poco a poco, le arrancaba la vida tajo a tajo.

La muchedumbre había aplaudido el espectáculo, con gritos y palmas, en cuanto apareció la primera sangre, pero gradualmente el alboroto se apagó y sólo se oían

algunos gritos dispersos, mientras Rix jugaba con Wulfstan al gato y el ratón. El sajón ya no podía protegerse a sí mismo y vagaba por la liza, debilitado tajo a tajo, sosteniendo espada y escudo con las manos empapadas en su propia sangre, y Rix seguía bailoteando a su alrededor y pinchando, dejando en cada ocasión más débil y ensangrentado al hombre, pero evitando dar el golpe definitivo.

El espectáculo me revolvió el estómago. He visto muchos combates y muchas muertes, pero aquel lento vaciado del coraje y la fuerza vital de un hombre, aquella burla de su dolor y de su orgullo, fue demasiado para mí. Miré al príncipe Juan con la esperanza de que detuviera aquella exhibición cruel, pero vi que seguía sentado y sonriente, señalando algo y bromeando con sir Ralph Murdac, que estaba de pie a su lado.

El sajón dobló las rodillas en el centro de la liza; había soltado la espada y el escudo y estaba arrodillado, pasivo, con la cabeza gacha y la barba goteando sangre. Rix dio dos pasos y le cortó una oreja. Wulfstan dio un largo gemido de dolor y frustración, pero apenas se movió, excepto para inclinarse del lado de la oreja arrancada. Como una res en el matadero, solamente esperaba la llegada de la muerte.

No aguanté más.

Pasé por encima del cordón, y desenvainé mi espada.

—¡Eh, tú, Rix o como te llames! Está acabado. Déjalo en paz —dije, mientras me dirigía al centro del cuadro espada en mano.

Fue una idiotez, un gesto estúpido que echaba por tierra todo cuanto había planeado con tanto cuidado. Y dada su habilidad con la espada, era también muy posiblemente un suicidio. Pero no pude quedarme quieto y verle torturar de ese modo por más tiempo a un bravo guerrero. Tanto peor para mi encarnación del hombre alambicado: dócil y sumiso.

Rix se volvió hacia mí, con su hermosa espada bañada en sangre en la mano. Su sonrisa se hizo más amplia.

—Veo que esta vez tienes un arma como es debido, chico —dijo, en buen francés—. No un juguete infantil para hacer música.

Aunque había insultado a mi muy amada y más aún añorada viola, me complació ver que aún conservaba en el cuello las marcas rojas de sus cuerdas. Alcé mi espada y le saludé.

—Esta vez tengo un arma... y esa arma es la que acabará con tu vida miserable, con la vida de un desalmado carnicero que ataca amparado en la oscuridad.

—No —gritó una voz cascada—. ¡No, no voy a consentirlo! No dejaré que mis hombres se desafíen unos a otros por un asunto trivial como éste —terció el príncipe Juan en la disputa—. Vos, sir Dale, no interferiréis en mi justicia. Esta misma mañana habéis jurado ser mi fiel vasallo, ¿tan pronto estáis dispuesto a romper vuestro juramento? Os ordeno que os retiréis de la liza. Y tú, Rix: pon fin a esto. Lo has

hecho bien, pero ya es bastante. Deja que Milo acabe con él.

Rix me dirigió una mirada malévola.

—Ajustaremos cuentas en otra ocasión —dijo, antes de limpiar descuidadamente su magnífica espada en el borde de su túnica amarilla, envainarla, volverme la espalda, alejarse, pasar sus largas piernas por encima del cordón de la liza y desaparecer entre la multitud.

—Tienes toda la condenada razón al decir que las ajustaremos, bastardo asesino —murmuré mientras envainaba mi propia espada. Retrocedí hacia las cuerdas, pero no pude evitar volverme a mirar al llegar junto a ellas. La mole gigantesca de Milo se inclinaba en ese momento sobre Wulfstan, arrodillado y cubierto de sangre, y con un sencillo apretón de sus enormes manos rompió sin esfuerzo el cuello del hombre y lo envió al instante al otro mundo, un mundo que espero con el mayor fervor que haya sido mejor que éste para él.



Tal vez como castigo por mi insubordinación, el príncipe Juan decidió emplearme como recaudador de impuestos. Con un desprecio desvergonzado por la verdad, la decencia y el honor caballeresco que me dejó auténticamente sin respiración, el príncipe anunció que iba a asumir en persona la tarea de empezar a recaudar los impuestos acordados para pagar el rescate del rey Ricardo. Reunió a una veintena de caballeros en el patio de armas del recinto medio, y nos arengó durante una hora para que paliáramos el triste destino de su pobre hermano, encadenado en Alemania. Nos exhortó a no atender a excusas, a no dar crédito a mentiras, a buscar con diligencia cada granja y cada vivienda, y a no eximir a nadie de la aportación de fondos para el enorme rescate que sin duda muy pronto nos sería anunciado como requisito para la libertad de su querido hermano. La plata del rescate, nos informó el príncipe Juan con un rostro que expresaba un candor perfectamente sincero, sería guardada con todas las garantías de seguridad aquí, en el castillo de Nottingham, bajo su mirada atenta, hasta que llegara el momento de liberar a nuestro amado soberano. Aquello provocó una o dos risitas de los caballeros reunidos, pero su rechifla fue rápidamente acallada por los fríos ojos azules de sir Ralph Murdac, que taladraron al grupo en busca de los culpables. Se había colocado junto a su amo como un fiel mastín, a su sombra, con el hombro izquierdo ligeramente encorvado, y vigilaba al grupo de guerreros reunidos en el patio en busca de signos de deslealtad. Como era de esperar, su mirada se posó también en mí, y yo respondí con una gran sonrisa. Y un guiño lascivo.

Nadie en aquel recinto abarrotado de gente creyó ni por un momento que el príncipe Juan tenía intención de entregar el dinero una vez hubiese sido recaudado. Y eso estaba bien; éramos sus leales vasallos, y todos íbamos a compartir su futura

fortuna en el caso, Dios no lo permitiera, de que el rey Ricardo sufriera algún contratiempo fatal.

Y así fue como me convertí en recaudador de impuestos, que es, os lo aseguro de todo corazón, uno de los trabajos más desagradables a los que alguna vez me he dedicado.

Pocos días después, salíamos de Nottingham al trote largo yo mismo, un sargento gordo y seis hombres de armas a caballo, más un cura con cara de rata llamado Saintephen. Yo había enviado a Hanno a algún recado el día antes, y no le esperaba de vuelta en varios días. El padre Saintephen llevaba en sus alforjas los rollos de pergamino con las largas listas en las que se registraba la riqueza de cada sencilla cabaña, vivienda, granja y parroquia del feudo de Mansfield, el área que se me había asignado para recaudar ingresos a partir de ese día. Otros grupos de caballeros y hombres de armas habían sido enviados a otros feudos, ciudades, distritos y aldeas con el mismo propósito, y había habido muchas discusiones y algunas quejas cuando sir Ralph Murdac hizo el reparto. Algunos hombres habían pedido áreas mayores, y otros se habían quejado de que las propiedades del sector que les habían correspondido eran demasiado pobres para sacar gran cosa de ellas. Estaba claro que muchos de los caballeros congregados bajo la bandera del príncipe Juan calculaban en privado cuánto podrían exprimir a las gentes de los lugares donde iban a recaudar, y sobre todo cuánto podrían quedarse para ellos. Jurar lealtad al príncipe Juan, pensé deprimido, era recibir licencia para saquear.

Inglaterra se mostraba especialmente hermosa en aquella mañana de abril en que me dirigía al norte, a través de Sherwood, a la cabeza de una columna de ocho hombres. El sol nos dirigía sonrisas templadas; el cielo era de un azul intenso e inmaculado; las hojas nuevas de un verde brillante se mecían arrulladas por una brisa ligera; las campánulas alfombraban el suelo en sombra bajo los altos árboles; los arrendajos revoloteaban de rama en rama y las tórtolas se arrullaban dulcemente a nuestro paso. Vi fugazmente pasar un jabalí por entre la espesura del sotobosque, en busca de las últimas bellotas del año, y un gamo esbelto e inmóvil nos miró atento con sus enormes ojos; al instante, me sentí transportado a días más felices, cuando cazaba con Robin y sus proscritos en estos lugares: días pletóricos de cerveza, de risas y de camaradería, amparados por la excitación de la caza.

Cuando cruzábamos las aldeas, espantando a nuestro paso a lechones, gallinas y ocas delante de los cascotes de nuestros caballos, vi que los campesinos plantaban cebollas y puerros en los pequeños huertos que se extendían delante de sus casas, así como guisantes y alubias en los campos de cultivo comunales de las afueras del pueblo. Éstos eran los hombres y mujeres que con su trabajo sostenían todo el reino sobre sus anchas espaldas. Mi familia había sido en tiempos una más entre ellos, y aunque yo había mejorado mi condición al convertirme en un guerrero, siempre

mantuve mi lealtad para con los campesinos, y mi respeto por su resistencia y su valor tranquilo. Conocía a esas buenas gentes, había crecido a su lado, como uno de ellos. Eran las personas que con su sudor y su esfuerzo producirían la plata que algún día, recé, traería al rey Ricardo libre y a salvo a su patria.

Nos detuvimos al mediodía en una taberna, y mientras mis hombres comían pan y queso y trasegaban la cerveza local en una rústica mesa colocada al sol en el exterior de la casa, yo les hablé de nuestra misión y les dije lo que esperaba de ellos cuando llegáramos al feudo de Mansfield.

—No vamos allí a saquear —dije con firmeza a una colección de hombres grandes y violentos enfundados en cotas de malla de acero y con largas espadas colgando de sus cintos—. No vamos a robar. Vamos allí a recaudar los impuestos que se nos deben por ley, y ni un penique más.

Hubo gruñidos y murmullos de descontento al oír aquello. Esperé con paciencia a que se hiciera el silencio, y continué:

—Muy en especial no vamos allí a violar, ni a abusar de nadie, y menos aún a matar. ¿Me he expresado con claridad?

—Con vuestro perdón, señor, ¿cuál va a ser entonces nuestra parte del botín? —preguntó el sargento, un hombre grueso, con el cabello que griseaba en las sienes y varias cicatrices de heridas en la cara.

—No nos corresponde ninguna parte en lo que llamas «botín». ¿No recibís un sueldo diario de dos peniques del príncipe Juan, en recompensa por el servicio a vuestro señor? Ése es el dinero que se os paga por llevar a cabo este trabajo. Quiero que todos lo entendáis. Cada moneda que recaudemos irá a Nottingham. El padre Saintephen tiene la lista de las cantidades que hemos de recaudar en sus pergaminos; las recaudaremos, con firmeza y amabilidad, y entregaremos cada penique a los tesoreros del castillo.

Hubo un conato de tumulto, con hombres furiosos que golpeaban la mesa con sus jarras de peltre y me gritaban. No había hecho nuevos amigos con mi pequeño discurso. El cura, nuestro secretario y escribano, me miró con sus ojos penetrantes de rata, y luego se apresuró a desviar la mirada. No iba a encontrar apoyo por ese lado.

—Entonces, ¿qué sacáis vos de esto? —dijo el sargento. Tenía la cara colorada y agitaba su dedo debajo de mi nariz—. Tened la amabilidad de decírnoslo, a mí y a estos chicos. ¿Cuál va a ser *vuestra* recompensa? Apostaría a que bastante más que el puñado de peniques extra que podríamos haber arañado.

Yo le agarré el dedo con la mano izquierda y la muñeca con la derecha, y se lo retorcí, empujando el dedo atrás contra el nudillo. El dolor le hizo dar un grito agudo de animal, que silenció de pronto aquella mesa alborotada. Me incliné hacia él, de modo que nuestros rostros quedaron separados sólo por unos centímetros.

—Cuando se dirija a mí, sargento, llámeme «señor». ¿Me ha comprendido?

—Sí —dijo, y vi su gorda cara grasienta empapada por el sudor que le producía el dolor que sentía.

—¿Sí, qué? —pregunté, y di un nuevo tirón al dedo retorcido. Aulló de nuevo, pero consiguió balbucear:

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

—Ni un penique del dinero de los impuestos se quedará pegado a mis dedos..., ni a los suyos. ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

El humor de nuestra pequeña cabalgata después de aquello se hizo tan agrio como un cubo de leche de la semana anterior en el que alguien hubiera orinado. Yo cabalgaba a la cabeza de la columna, con el sargento inmediatamente detrás de mí, acariciándose el dedo retorcido y fulminándome con miradas cargadas de odio. Sospeché que aquella tarde yo era el capitán menos popular de Inglaterra, pero no me importó. No creía que se atrevieran a asesinarme, ni a correr el riesgo de incurrir en la ira del príncipe Juan. Y si yo no les gustaba, bien, era algo que podía soportar. Lo más molesto era el zumbido en mis oídos de los ecos de la voz de Robin, que me decía: «Interesante... Otra vez has recurrido a la violencia, Alan; y has causado dolor para imponer tu voluntad. ¡Acabaré por hacer de ti un hombre de verdad!».

Empecé a cantar en voz alta para mí mismo mientras cabalgaba, sobre todo para dejar de oír en mi cabeza el eco de la risa de Robin.

Capítulo XIII

Nuestra primera parada aquella tarde fue en una parroquia que atendía a una pequeña aldea, a unos cinco kilómetros al sur de Mansfield. El anciano sacerdote protestó cuando envié a los soldados a llevarse del altar un par de candelabros de oro y una bandeja de plata, pero calló cuando el padre Saintephen le informó de que lo que estábamos recaudando era para el rescate del rey. Pudo creerlo o no, pero no era tan temerario como para discutir con ocho hombres armados.

Uno de los soldados sugirió que aplicáramos una antorcha encendida a las plantas de los pies del viejo sacerdote para averiguar si tenía más plata escondida en algún lugar pero, con un suspiro, dije que no y volví a explicar las normas de nuestra misión de aquel día. Nada de robos o abusos, ni de violaciones o asesinatos. Pareció que el mensaje calaba por fin en ellos, y en menos de media hora salíamos de la iglesia con todos los objetos de valor que habíamos encontrado.

Nuestra siguiente parada fue la mansión de Mansfield. Era una auténtica casa solariega, que se alzaba en un valle en el límite occidental del bosque de Sherwood regado por varios ríos, administrado por un mayordomo de cabeza ovejuna llamado Geoffrey, que había perdido un pie luchando junto a Ricardo en Francia, en las interminables guerras entre el duque de Aquitania y el difunto rey Enrique.

Geoffrey pagó con gusto los tres chelines y ocho peniques que el padre Saintephen le pidió y, como el día declinaba, nos ofreció alojamiento para pasar la noche y ahorrarnos la cabalgada de regreso de veintitantos kilómetros hasta Nottingham. Pasamos el resto de la tarde recaudando dinero en el pueblo, sin incidentes, a excepción de una vieja que protestó porque no tenía monedas de ninguna clase, por lo que nos vimos obligados a aceptar un gallo viejo y esquelético a cambio. Luego volvimos a la mansión y ofrecimos el ave al cocinero de Geoffrey, como pago por la cama y la cena.

Geoffrey regaló a los hombres un barrilete de cerveza, varias hogazas de pan y una gran olla de fromenta, un potaje de trigo triturado y enriquecido con col, puerro y chirivía, y les permitió acomodarse a su gusto en los establos. Y mientras los hombres se relajaban con una pareja de dados y los restos de la cerveza, el padre Saintephen y yo nos quedamos en la mansión, donde cenamos un guiso de gallina y bebimos vino con el mayordomo.

Sirvió la cena una bonita muchacha de unos catorce años, según me pareció, rubia

y de ojos azules como un ángel. Me recordó un poco a mi encantadora Goody por su aspecto, aunque no tenía el alarmante temperamento y la pasión inflamada de Goody. Pero nos trajo la comida pronto, la sirvió con desparpajo y se ocupó de retirar la mesa sin resultar molesta cuando hubimos acabado de comer. Vi que el padre Saintephen observaba sus movimientos con sus ojillos de rata, y me pregunté hasta qué punto se tomaría en serio su voto de castidad.

Después de la cena, pedí al mayordomo noticias de la comarca, y me contó dos cosas que me interesaron mucho. En primer lugar, que el famoso proscrito Robin Hood se había mostrado muy activo en la región en las últimas semanas, robando iglesias y a eclesiásticos que pasaban por el bosque de Sherwood. Robin había atacado incluso una mansión fortificada cerca de Chesterfield (mansión que pertenecía a sir Ralph Murdac): la había saqueado, se había llevado el ganado y la había quemado y arrasado hasta los fundamentos. Pensé que mi señor no había estado ocioso mientras yo viajaba por Alemania, y que no había olvidado su código de venganza: Murdac había prendido fuego a su castillo de Kirkton, de modo que Robin le pagaba en la misma moneda.

Pero, según Geoffrey, la población local tenía peores cosas que temer que las depredaciones de proscritos sin ley. Se contaban muchas historias acerca de una bruja negra, una arpía repugnante dotada de extraños poderes diabólicos, que había sido vista por muchas personas en un área bastante amplia, que llegaba hasta Derby y Sheffield. Se decía que podía convertir a un hombre en una estatua de piedra con una mirada de sus terribles ojos, que era capaz de maldecir al hijo no nacido de una mujer preñada, y que el diablo la visitaba todas las noches y fornicaban de un modo sucio e innatural bajo las estrellas, mientras la bruja daba grandes gritos de éxtasis en una lengua satánica. El padre Saintephen se apresuró a santiguarse, y el mayordomo le imitó al acabar su historia. Era evidente que la *hag* de Hallamshire tampoco había permanecido ociosa mientras yo estaba fuera. Recordé lo que me había dicho Elise aquel invierno, cuando me transmitió la advertencia de la curandera Brigid, y sentí un extraño hormigueo en la base de mi espina dorsal. También yo me santigüé.

Justo en ese momento, un largo lamento resonó en la noche y yo me puse de pie de un salto. Era el grito de una mujer torturada, y venía del patio que estaba junto a la mansión. Eché mano a la empuñadura de mi espada y, mientras el padre Saintephen caía de rodillas con las manos juntas en oración y gimoteaba de terror, el mayordomo tomó una linterna y él y yo salimos de la sala, cruzamos el patio y entramos en el establo.

En el interior del establo, mis ojos se encontraron con un espectáculo repugnante. A la débil luz de la linterna, vi un par de nalgas redondas y peludas agitándose como el fuelle de un herrero encima de la chiquilla rubia que nos había servido la cena. El culpable era uno de los hombres de armas bajo mi mando, y estaba sin la menor duda

violando a la pobre muchacha sobre un montón de heno. De nuevo ella exhaló un largo gemido, y se aferró a la espalda de él y arqueó el lomo, sin duda para apartarlo de su cuerpo joven y frágil.

Me adelanté un paso y aferré al hombre por el cuello de su túnica, apartándolo de encima de la chica. Le di un golpe en la cara para aturdirlo, desenvainé mi espada y puse la punta en su cuello.

—Te colgaré por esto —rugí—. Te he avisado dos veces, y ahora verás que no bromeaba. Ningún hombre bajo mi mando tendrá excusa si comete una violación u otro crimen.

El hombre tenía unos ojos como platos por el susto y la sorpresa; vi en la mata de pelo de su escroto que su virilidad se encogía deprisa. Quiso murmurar algo, pero las palabras no le salían. A mi espalda, oí removerse al resto de los hombres. Volví la cabeza, y vi que el sargento gordo se acercaba desde el fondo del establo, frotándose los ojos para ahuyentar el sueño.

—¡Trae una cuerda! —le grité—. Vamos a ahorcar a este hijo de puta ahora mismo.

Detrás de mí oí gritar a la muchacha rubia:

—No, por favor, señor...

—Pero, señor... —dijo el sargento, colocándose delante de su camarada, que todavía no había pronunciado una sola palabra en su defensa—. No la violaba. Ella consentía, de verdad consentía, sólo que es una chica que grita mucho, señor, todos se lo pueden decir. Lo lamento si le ha molestado.

La punta de mi espada siguió rozando el cuello del hombre semidesnudo, pero volví la cabeza para mirar a la criada. El mayordomo Geoffrey había encontrado una manta con la que cubrir su desnudez, y también ella tenía los ojos muy abiertos y cuajados de lágrimas.

—¿Te ha forzado este hombre? —le pregunté, procurando mostrarme tan amable como podía en aquellas circunstancias.

Ella sacudió la cabeza.

—No señor, no era eso. Alfie y yo sólo estábamos... dándonos un revolcón, se podría decir.

Envainé mi espada y me aparté del hombre semidesnudo tendido en el suelo del establo, sintiéndome el mayor tonto de toda la cristiandad.

—Ah..., bueno, ya veo... —Sentía un calor cada vez mayor en las mejillas, y no se me ocurría ninguna forma digna de acabar aquella escena—. Bueno —repetí—, en ese caso podéis..., continuar...

Y ruborizado como una granjera de catorce años, me fui lejos del establo y de sus regocijados habitantes en busca de la seguridad de la mansión.

Mientras cabalgábamos de regreso a Nottingham al día siguiente, el humor de mis

hombres había cambiado del odio al ridículo: no fue un viaje agradable para mí, tuve que oírme falsos gritos amorosos procedentes de mis hombres, y risitas ahogadas durante veinticinco largos y lentos kilómetros. Puede que hubiera sido mejor colgar a aquel soldado, después de todo. Me habría evitado un buen bochorno. Pero regresamos al castillo con las alforjas llenas de plata y de oro, después de parar en dos parroquias más en nuestro camino de vuelta. Y cuando entregué el botín al escribano encargado de guardar el tesoro del príncipe Juan en los subterráneos de la gran torre, recibí una alabanza de aquel hombre por la cantidad de plata que habíamos conseguido. El mismo príncipe Juan me hizo una seña amistosa aquella noche, en la gran sala, mientras cenábamos. Era evidente que estaba satisfecho de mi regreso con la recaudación, porque otro de sus grupos de recaudadores no lo había hecho: al parecer, al cruzar el bosque de Sherwood, un grupo de arqueros encapuchados, dirigidos por un gigante rubio que blandía un hacha de doble cabeza, les había robado todo el dinero.

Mi antiguo camarada sir Nicholas de Scras me contó la historia al día siguiente. Estaba de visita en Nottingham con mensajes para el príncipe Juan, y confieso que me complació ver una cara amistosa en aquel castillo repleto de sicarios y matones.

—La coordinación fue impecable —me aseguró sir Nicholas mientras compartíamos una jarra de cerveza y un bol de pescado guisado poco apetitoso delante de un brasero, en uno de los pabellones para invitados del recinto medio—. La banda de ladrones de Locksley esperó a que los hombres del príncipe Juan acabaran de reunir el dinero antes de asestar el golpe, y puedo asegurarte que los recaudadores habían trabajado a conciencia, sus alforjas contenían casi cinco libras de plata. Los hombres de Juan pasaban por un desfiladero estrecho cerca de Hucknall, cuando apareció una veintena de arqueros que lanzaron una lluvia de flechas contra la columna de soldados. Fue una matanza, según cuentan. Hombres y caballos traspassados como acericos. Sólo dos hombres escaparon con vida —siguió contando Scras—, y uno de ellos está moribundo. El príncipe Juan está furioso. Empezó a echar un poco de espuma por la boca cuando se enteró de la noticia, como le ocurría a su padre, y su capellán y los caballeros de su séquito tuvieron que llevárselo. No exagero, lo juro; lo vi con mis propios ojos.

Todavía sonreía con placidez al recordar la ira destemplada de su real amo cuando sir Ralph Murdac se acercó a largas zancadas a nuestra mesa.

—De modo que es eso lo que andabas espiondo —me dijo el hombrecillo, con una mueca de sus labios rojos.

—Sir Ralph, qué alegría veros de nuevo —dijo sir Nicholas, que se puso de pie con agilidad para saludarlo—. ¿Os unís a nosotros? ¿Cómo sigue la buena lady Eve, vuestra deliciosa nueva esposa? Rebosante de salud, confío.

Ralph Murdac lo ignoró, tenía clavados en mí sus ojos llenos de furia.

—Sabes dónde está, ¿no es cierto?

—Perdonadme, ¿dónde está quién?

—No juegues conmigo, sucio jodido campesino. Sabes dónde está, ¿verdad? El maldito conde de Locksley... Tú pertenecías a su siniestra banda de ladrones no hace tanto tiempo, lo recuerdo muy bien, y aunque hayas sido expulsado como traidor de su jodida banda de rebanapescuezos, estoy seguro de que sabes muy bien dónde encontrarlos.

—No tengo la menor idea de dónde se encuentra el conde en este momento. Ni le he visto ni he hablado con él desde el juicio de la Inquisición en la iglesia del Temple. Es un hombre desesperado, fugitivo, un proscrito, y no puedo deciros dónde se encuentra. Sí puedo, en cambio, deciros esto: si volvéis a llamarme «sucio jodido campesino», os cortaré esa piltrafa arrugada de cartílago inservible que os cuelga entre las piernas y os lo haré comer a la fuerza. ¿Me oís, Murdac?

Me había puesto en pie de un salto, y tenía ya la espada a medio desenvainar, y la mano de Murdac buscaba la daga sujeta a su cintura cuando sir Nicholas se interpuso entre nosotros.

—Quietos los dos, amigos míos —dijo en tono apaciguador—. Haya paz. No conviene hablar a la ligera. Por supuesto que Alan no sabe dónde se encuentra Locksley, sir Ralph. No lo sabe nadie, a excepción de los proscritos que lo acompañan. Y no hay necesidad de palabras fuertes..., por parte de ninguno de los dos. Sentémonos y tomemos juntos una copa, y todo se resolverá.

Sir Ralph no dijo nada; se limitó a dar media vuelta sobre sus talones y a alejarse: el hombro izquierdo más alto que el derecho, las zancadas largas y rebosantes de una furia frustrada.

—Realmente es un patán maleducado —comentó sir Nicholas cuando el antiguo alguacil del Nottinghamshire estuvo fuera del alcance de su voz—. Muy leal al príncipe, según me han dicho. Pero en absoluto un temperamento agradable.

Me encogí de hombros y no dije nada. Pensaba en el día en que tendría libertad para matar a sir Ralph Murdac. Aunque, en lo que a mí respectaba, ese día no llegaría en ningún caso demasiado pronto.

—¿De modo que no sabes dónde está, dicho sea de pasada? —preguntó sir Nicholas con voz amable—. Nos pondría más fáciles las cosas a todos.

—Me temo que no —respondí. Y era cierto—. Cuando estuve con él, Robin tenía más de una docena de escondites repartidos por los condados de Nottingham, Derby y York. Cabe esperar que ahora disponga de unos cuantos más. Tiene muchos amigos en Sherwood. Podría estar prácticamente en cualquier lugar; incluso en la ciudad de Nottingham. No tengo ni idea.

—Y si supieras dónde está Robin —dijo sir Nicholas despacio, pero todavía en el mismo tono amable y razonable—, nos lo dirías, ¿verdad? Me refiero a que, a

veces... bueno, todos sentimos el tirón de las antiguas lealtades. Aunque el pasado es el pasado, y es mejor ser honesto en estas cuestiones. Sin embargo, algunas personas creen que no te sientes del todo a gusto sirviendo al príncipe Juan...

—No sé dónde está Robin. —Miré directamente a los ojos de un verde turbio de sir Nicholas de Scras. Y dije despacio y con voz clara—: Juro por Nuestra Señora, María, madre de Jesucristo, que no sé dónde se esconde Robert de Locksley. ¿No me crees?

—Claro que te creo. Pero es mejor asegurarse. Por cierto, ¿te he hablado de la nueva esposa de Ralphie Murdac? Se llama Eve. Es hija de sir John de Grey..., y es absolutamente enorme. ¡Gorda! Grande como una casa. Debe de pesar por lo menos el doble que él. Pero su dote incluye algunas propiedades apetecibles: el feudo de Saintandlake en Oxfordshire es suyo, lo heredó de su padre. Y ahora, supongo que Murdac lo administra en nombre de ella. Aunque tendrías que verla, Alan. ¡Enorme, ya te digo!

—Dios mío —dije, y sonreí a mi amigo—, ¿te imaginas al pequeño Ralphie Murdac practicando la escalada en el cuerpo de esa doña Eve? ¡Debe de ser como un ratón de campo copulando con una vaca lechera!

Y nos reímos de buena gana, pero sin mirarnos a los ojos el uno al otro.



Durante el resto de la primavera y a lo largo de todo el verano de aquel año agotador, recaudé impuestos de las buenas gentes del Nottinghamshire, de ricos y pobres, de iglesias y tabernas, de herreros y mercaderes, aparentemente con la intención de reunir fondos para el rescate del rey Ricardo... aunque pocas personas en el castillo de Nottingham mencionaron a nuestro rey cautivo durante aquellos meses calurosos. El príncipe Juan viajó mucho en esa época; visitó sus restantes castillos en Inglaterra, Tickhill, Lancaster y Marlborough, y, según susurraban algunos, hizo escapadas secretas a Francia, Normandía y los Países Bajos con el fin de reclutar a caballeros y alquilar mercenarios bajo su bandera. Sir Ralph Murdac fue nombrado alcaide del castillo de Nottingham por su real amo, y un caballero llamado William de Weneval fue designado como su lugarteniente. Yo me aparté cuanto pude del camino de Ralph Murdac; tenía miedo de perder los estribos y atacarle movido por un impulso repentino. Cuando no recorría la región recaudando plata, pasaba todo mi tiempo libre con Hanno.

Practicábamos juntos la esgrima todas las mañanas, explorábamos el castillo durante el día, y nos dedicábamos a nuestras cosas por las noches, visitando de vez en cuando La Peregrinación a Jerusalén, una taberna laberíntica excavada en la roca arenisca sobre la que se alzaba el castillo, cerca del recinto superior, por el costado

sur. Era un lugar acogedor con una clientela alegre, y Hanno y yo hicimos amigos allí. En tiempos, antes de que el castillo de Nottingham fuera reconstruido y ampliado por el rey Enrique, La Peregrinación había suministrado cerveza a toda la guarnición. Pero su posición actual fuera de las murallas implicaba que, en caso de asedio, el castillo se quedaría sin el crucial suministro de cerveza. En consecuencia, se había construido una nueva, dentro del recinto exterior, donde quedaba mejor protegida, y la clientela de La Peregrinación consistía ahora en soldados y caballeros fuera de servicio que deseaban salir del castillo durante unas horas, y disfrutar de un rato de paz y silencio fuera de las murallas. La cerveza era excelente, pero las noches que fuimos allí procuramos mantenernos aparte, rehusando cortésmente unirnos a las francachelas de los hombres del príncipe Juan. En una ocasión, un caballero me pidió que cantara alguna canción para él y sus amigos, pero me negué con el argumento de que, hasta que no consiguiera reemplazar mi viola por un instrumento de una calidad similar, no podría hacer justicia a mis propias composiciones. Se ofendió por mi rechazo, y lo mismo ocurrió con sus amigos, y sumado eso a mi actitud retraída y a mi negativa a llenarme los bolsillos a expensas de los campesinos, debo confesar que yo no era precisamente el miembro más popular de la guarnición de Nottingham.

De vez en cuando, se filtraba algún rumor acerca del rey Ricardo. Después de que yo lo viera en Ochsenfurt, había sido llevado a Spira, acompañado por los abades de Boxley y Robertsbridge, y allí el emperador formó un tribunal compuesto por los clérigos y nobles de mayor jerarquía de los reinos germánicos. Al parecer, nuestro rey se defendió bien a sí mismo, y refutó con facilidad los cargos de haber traicionado la Gran Peregrinación y asesinado a Conrado de Monferrato, el rey de Jerusalén. Su elocuencia y su capacidad de seducción, su condición de caballero piadoso capturado cuando regresaba de Tierra Santa, y el hecho de que los cargos fueran burdos inventos, le atrajeron muchas simpatías entre los nobles alemanes. Lo cierto es que hizo buena amistad con algunos de ellos.

Después del juicio, pareció que se había llegado a alguna clase de acuerdo con el emperador Enrique. Ahora Ricardo estaba encerrado en el castillo de Trifels, en las montañas situadas al oeste de Spira, y los informes afirmaban que las negociaciones para su rescate y regreso a Inglaterra avanzaban con rapidez. Fracasado el recurso al juicio, Enrique había buscado un nuevo pretexto para mantener en su poder a Ricardo: por lo visto, el emperador reclamaba un pago por su intervención para «reconciliar» a los reyes de Inglaterra y Francia, y se mencionaba una cantidad de 100 000 marcos. Ricardo, desde luego, seguiría siendo su «honorable huésped» hasta que se produjera el pago de ese dinero. Pero estaba claro que el pago en cuestión no era otra cosa que el rescate con un nombre distinto.

Mientras tanto, Felipe Augusto, el rey de Francia, tan poco reconciliado con Ricardo como antes, había invadido el ducado de Normandía y se ocupaba en

capturar castillos y territorios a un ritmo alarmante.

Pero todo eso ocurría muy lejos, y en Nottinghamshire teníamos bastante con nuestros problemas sin necesidad de preocuparnos por campos de batalla lejanos. Teníamos que recaudar nuestra porción de los 100 000 marcos reclamados como «rescate» (67 000 libras aproximadamente, es decir, el doble de la suma que el país en tero tributaba al rey Ricardo en un año), y todo tenía que salir del mismo sitio: de los sufridos habitantes del norte de Inglaterra.

Los ataques de los hombres de Robin a los recaudadores de impuestos habían continuado a lo largo de todo el verano, y muchos creían que utilizaba algún tipo de brujería para adivinar el futuro, ya que sus proscritos siempre parecían saber por dónde y cuándo pasarían los convoyes más ricos. Sus arqueros brotaban de la nada, unas veces enmascarados, otras sencillamente cubiertos con grandes capuchas, y abatían a los hombres de armas montados que custodiaban la reata de animales de tiro, o los ponían a la fuga. Acto seguido, los proscritos se apoderaban del dinero guardado en los cofres cargados a lomos de las mulas del príncipe Juan, y desaparecían en la espesura de Sherwood antes de que pudiera organizarse persecución alguna.

Sir Ralph Murdac, furioso por los éxitos del conde de Locksley, se había encargado de enviar más y más hombres armados para custodiar los convoyes más importantes de los recaudadores de impuestos; en ocasiones eran treinta, cuarenta y hasta cincuenta los soldados que protegían cada envío. Sin embargo, Robin evitaba asaltar los convoyes más fuertemente custodiados; elegía otros más débiles, y al interceptarlos seguía creando un caos que impedía que el flujo de plata que llegaba a los subterráneos del alcaide de Nottingham fuera el esperado.

Convencido de que la población local estaba ayudando a Robin de alguna forma, tal vez con informaciones acerca de cuándo habían de pasar los convoyes, o actuando como espías para su banda de proscritos, Murdac ordenó que se exigieran nuevos impuestos a pueblos que ya habían pagado el tributo a modo de castigo. Los aldeanos no tuvieron más remedio que abandonar sus posesiones y ocultarse en el bosque. En la seguridad de las profundidades de Sherwood, Robin los alimentaba y les daba protección; a algunos de ellos incluso les proporcionaba armas y los instruía para combatir, de modo que el número de hombres leales bajo su mando iba creciendo día a día.

Aunque me dolía verme obligado a cumplir las órdenes de sir Ralph de imponer nuevos tributos a aldeas que ya habían pagado mucho más de lo razonable y justo, no tenía más opción que obedecer. Intenté asegurarme de que hacíamos el mayor ruido posible, lanzando gritos de guerra y tocando las trompetas cuando nos acercábamos a un pueblo o a una mansión noble, para dar a sus habitantes la oportunidad de desaparecer antes de que llegáramos. Y prohibí a mis hombres perseguir a los

campesinos que huían al bosque, asegurándoles que era demasiado peligroso: nadie podía saber qué o quién nos esperaba emboscado detrás de la lujuriosa cortina verde de árboles. Aquello me dio fama de comandante cauteloso, algo apocado y en exceso atento a su propia seguridad..., lo cual me fastidió mucho, aunque lo tomé como un mal menor inevitable.

Otros caudillos de grupos de recaudadores de impuestos no fueron tan benévoloos o puntillosos como yo. Me llegaron noticias terribles de aldeanos colgados después de juicios sumarios, de hombres y mujeres torturados con fuego o agua hirviendo hasta entregar sus escasos peniques, de animales de granja muertos o confiscados, iglesias saqueadas e incendiadas y muchachas (y también muchachos) violadas para diversión de los soldados del príncipe. Las tropas del voluble Juan actuaban como una fuerza de ocupación, como un enemigo que arrasaba el territorio, y no como ingleses que recaudaban impuestos legales en nombre del rey. Pero cuanto más exhaustivos y crueles eran los saqueos llevados a cabo por los hombres del príncipe Juan, más hombres se alistaban bajo las banderas de los proscritos de Robin, y más y más poderoso era el conde de Locksley.

Sin embargo, Nottingham no era el único bastión desde donde los hombres del príncipe Juan realizaban incursiones para arrebatar la plata de una población cada vez más hostil. La poderosa fortaleza de Tickhill, en las fronteras del Yorkshire, guardada por el famoso caballero sir Robert de la Mare, había estado amontonando dinero para el príncipe Juan durante los pasados seis meses, y, en una destemplada mañana de septiembre, quince caballeros y hombres de armas, incluido yo mismo, cabalgamos de Nottingham hacia Tickhill durante cuarenta y cinco kilómetros al norte, con instrucciones de sir Ralph de escoltar un tren de carros cargados de plata en el camino de regreso a Nottingham.

El día antes, Murdac me había llamado a su gran cámara privada en el lado oeste de la gran torre y me informó.

—Los hombres dicen de usted, Dale, que es demasiado apocado a la hora de perseguir a los traidores, y que actúa como un cobarde cuando hay que correr riesgos.

Yo me mordí la lengua hasta notar el sabor de la sangre, pero logré contenerme.

La lujosa estancia estaba vacía cuando entré en ella, pero Ralph Murdac había aparecido unos momentos después desde detrás de una cortina que ocultaba los aseos. El asiento para aliviarse se encontraba al final de un pasillo corto, habilitado en el muro exterior occidental de la cámara. Era un lujo raro disponer en una cámara privada de un *guardarropa*, como se llamaba a veces a ese tipo de accesorio, pero permitía a un hombre aliviarse con toda comodidad (sus deposiciones caían al vacío e iban a parar, bastantes metros más abajo, a un montón de basura acumulada en el exterior de los muros del castillo), sin tener que recorrer a oscuras largos pasillos de piedra para utilizar las comunas frecuentadas por los soldados ordinarios.

—Ya es hora de que empiece a ganarse su salario aquí —siguió diciendo malhumorado, mientras se sentaba a una mesa cubierta de rollos de pergamino—. No estará al mando. Francamente, por lo que he oído, no me parece que pueda estar a la altura... El problema está en su sangre plebeya, desde luego. No sé lo que pensaba su alteza el príncipe Juan al daros títulos y tierras. Recibirá órdenes de sir Roger Fotheringay para esta misión, y partirá al alba. Eso es todo. Cierre la puerta al salir.

Dicho lo cual me dedicó una mirada despectiva, tomó del tintero colocado sobre el escritorio una pluma de ganso, acercó a su pecho un pliego de pergamino y empezó a escribir algo. Yo no dije nada; me limité a encogerme de hombros, di media vuelta y salí de la habitación.

Dejé la puerta abierta... Pero aquélla era sin duda una venganza muy pobre por haber tenido que tragarme la acusación de ser un cobarde.

No hubo novedad en el viaje hasta el castillo de Tickhill, toda una jornada a caballo: era una sólida fortaleza de piedra con una muralla alta rodeando el recinto y una atalaya elevada en el centro, construida sobre un espolón rocoso de unos siete metros de altura. A los quince caballeros al mando de sir Roger se nos asignó un espacio para dormir en la sala, pero apenas había sitio para instalarse porque el castillo parecía estar repleto de hombres de armas: incluido nuestro grupo, conté casi un centenar de soldados de diferentes rangos a la hora de la cena, y el patio de armas estaba lleno a rebosar de caballos y bestias de carga de todas las formas y tamaños. Algo se prepara, pensé para mí. ¿De dónde ha venido toda esta gente..., y con qué intención ha sido convocada aquí?

Debo decir que la organización de Tickhill bajo el mando de sir Robert de la Mare era impresionante. Sus sirvientes trabajaron toda la noche para preparar los tres carros para el convoy y cargarlos con los pesados cofres de la plata. Seis cofres cerrados con llave, rodeados de cadenas apretadas y sellados personalmente por De la Mare, fueron cargados en los carros y cubiertos por fin con sacos de arpillera para disimular su contenido y, justo antes del amanecer, se uncieron a ellos las tres yuntas de ocho bueyes que debían arrastrar el peso de la mal ganada plata del príncipe Juan hasta Nottingham. Nuestros quince hombres, bostezando y rascándose después de una breve noche de sueño, formaron a ambos lados de los carros tirados por los bueyes. Las puertas del castillo se abrieron muy despacio, los boyeros hicieron restallar sus trallas, empezaron a lanzar gritos a sus animales y picaron con las agujadas las grupas de los bueyes; los hombres de armas chascaron la lengua a sus monturas, y todo el convoy se puso pesadamente en marcha, rumbo al sur.

Viajamos a la velocidad del más lento de los bueyes y así, cuando nos detuvimos a mediodía para comer un mendrugo de pan y beber unos sorbos de cerveza, sólo habíamos llegado a la altura del pueblo de Carlton, en el distrito de Lindrick. En una taberna cerca de la antigua iglesia sajona de San Juan Evangelista, sir Roger

consiguió comida y bebida para toda la partida. Parecía nervioso y agitado, y me dirigía frecuentes miradas de reojo muy extrañas, como si recelara de mí. Tal vez no se sentía a gusto por el hecho de que yo hubiera sido asignado a esta expedición, a sus órdenes, cuando antes yo había sido comandante de mi propio equipo de recaudadores. Fuera como fuese no le presté mucha atención. El día era frío, con cielos grises, y el viento traía gotas de lluvia, y todos almorzamos en Carlton sin bromear, casi en silencio. Lo único que yo deseaba era llegar a Nottingham con la menor dilación posible, y no estaba de humor para intercambiar chanzas con mis compañeros de armas. Media hora más tarde, mis deseos se cumplieron, y reanudamos la marcha.

No habíamos recorrido aún ni siquiera un kilómetro desde Carlton cuando, al pasar por un lugar donde el camino bordeaba un bosque denso por el oeste, mientras al este se abría a campos de cultivo, empezaron a volar las flechas. La primera noticia que tuve del ataque fue un repentino zumbido y un golpe sordo, seguido por el gemido de dolor del hombre de armas situado delante de mí, que se encogió en su silla de montar para aferrar el astil de una flecha que sobresalía de su vientre como una rama delgada y recta del tronco de un árbol.

Sir Roger gritó algo, y yo hice girar a *Fantasma* hacia la derecha para enfrentarme a lo que fuera que nos esperara en el bosque. Pude ver siluetas confusas que se movían en la penumbra y flechas que brotaban de entre los árboles como un granizo horizontal. Decenas de flechas volaban aquí y allá, y en pocos instantes hombres y caballos gemían y morían a izquierda y derecha. Hombres encapuchados, oscuros y amenazadores, empuñando arcos largos de batalla, se acercaban hacia mí entre los árboles como espectros maléficos, y disparaban al tiempo que avanzaban. *Fantasma* se agitaba inquieto entre mis piernas, e intenté calmarlo mientras los letales proyectiles pasaban casi rozando sus flancos e iban a hundirse en la carne de otros animales. Un caballo fue alcanzado en el cuello, relinchó y se echó atrás. Vi a un hombre de armas maldecir la flecha que había impactado en su brazo izquierdo e intentar arrancarla, justo en el momento en que otros dos proyectiles se clavaban en su pecho. Yo lo observaba todo, inmóvil salvo por el inquieto removerse de mi montura. Sir Roger, a mi izquierda, recibió un flechazo en la cara, que perforó su cabeza protegida por el casco y la proyectó hacia atrás, antes de que se deslizara, muerto, inerte como una piedra, por el costado de su caballo. La muerte daba vueltas a mi alrededor, próxima hasta casi rozarme, tanto como para que pudiera olerla y percibir sus movimientos al pasar, y oír su zumbido y su golpeteo sordo. Un caballero, con su montura herida por tres flechas, y él mismo con una cuarta hincada en la cintura, consiguió desenvainar su espada e intentó cargar contra los arqueros fantasmales que avanzaban desde el interior del bosque. Picó espuelas, y emitió un cuasi ridículo grito de guerra; su caballo saltó adelante y recibió una docena más de

flechas que surgieron simultáneamente de entre los árboles. Algunas impactaron en el cuello del animal, y cuatro o cinco perforaron el pecho cubierto de acero del caballero. Tanto él como su montura estaban muertos antes de haber recorrido siquiera cinco metros.

Y a despecho de tanta carnicería, en medio de toda aquella muerte y aquella sangre, *Fantasma* y yo seguíamos ilesos. Anudé las riendas en el pomo de la silla y alcé las dos manos, con las palmas al frente y los dedos separados en el signo universal de la rendición, al tiempo que susurraba ánimos a *Fantasma* para infundirle valor, y procuraba controlarlo con las rodillas.

Una rápida mirada a mi alrededor me reveló que todos nuestros hombres de armas habían sido abatidos, y la mayoría de sus pobres monturas estaban heridas o muertas. Los espectros encapuchados con sus mortíferos arcos largos estaban ya a menos de veinte pasos, y avanzaban pesadamente con las zancadas suaves y decididas del verdugo. Entonces una voz familiar, que no oía desde hacía más de seis meses, gritó:

—Dejad de disparar, hombres; quietos esos arcos. ¡Dejad de disparar, bribones!

Y de detrás de un árbol, a veinte metros de mí, asomó una figura alta y bien proporcionada, vestida de verde oscuro y envuelta en una capa raída de color gris, con una aljaba llena de flechas a la espalda y empuñando un arco en la mano derecha.

—Hola, Alan —dijo Robin, el proscrito—. ¿Cómo te va?

Capítulo XIV

Los hombres del conde de Locksley, encabezados por Little John con su enorme y anticuada hacha de doble cabeza, remataron con rapidez a los hombres que aún vivían. Yo me apeé de los lomos de *Fantasma* y abracé a Robin. La emoción me había puesto un nudo en la garganta: hasta ese momento, no me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos durante los largos y frustrantes meses pasados en Nottingham. Y había muchos otros rostros familiares que me sonreían desde debajo de sus capuchas: Much, el hijo de un respetable molinero, que prefería la vida violenta del proscrito al honrado trabajo de moler trigo para ganarse el sustento; Owain, el jefe de los arqueros, un valeroso guerrero galés que compartió conmigo la ida y la vuelta de Ultramar, y el joven Thomas Lloyd, empuñando un arco ajustado en proporción a su juventud y su estatura. Little John se me acercó y me dio un gran abrazo de oso que hizo crujir mis costillas; luego me palmeó la espalda y me dijo que estaba orgulloso de mí.

Y ahí estaba Robin, a mi lado.

Mi señor, el conde de Locksley, me miró con atención, y sus ojos brillantes de un gris plateado penetraron profundamente en los míos.

—¿Cómo te va por Nottingham, Alan? —preguntó—. ¿No sospechan que sigues siendo un hombre mío?

—No lo creo. Bueno, no pueden estar seguros... Pero Robin, ¿cuánto tiempo más tendré que seguir representando este papel? No tardarán en descubrirme: sin duda sospechan que alguien te está pasando información sobre los movimientos de los convoyes.

Robin se acarició el mentón, cubierto por una barba incipiente.

—Creo que debes seguir el juego sólo por un poco más de tiempo, Alan, si te ves capaz de hacerlo. La plata que le quitamos al príncipe Juan va directamente a la reina Leonor, en Londres. Y cada penique que nos llevamos le debilita a él y acerca un poco más la libertad del rey Ricardo.

—¿Todos los peniques son entregados a la reina? —pregunté, ladeando la cabeza en un gesto de duda.

—Sí —dijo Robin, simulando sentirse ofendido—. Bueno, tengo que cubrir algunos gastos, obviamente. Pero la mayor parte con diferencia de ese dinero..., en fin, buena parte de ese dinero, va al sur, a Londres. ¿Acaso no me crees?

Le miré sin decir nada y alcé una ceja. De pronto, los dos nos echamos a reír como locos.

Sin aliento por aquel ataque de risa, Robin aún pudo balbucir:

—No hago esto para enriquecerme, Alan, podría jurártelo si fuera necesario. No lo necesito. El comercio con Ultramar sigue fluyendo como un caudaloso río de plata. Esto es todo para Ricardo. Y ocurre también que me divierte jugar otra vez a ladrones y proscritos... Pero por mi honor sagrado, Alan, que si asumo este juego mortal es para comprar la libertad del rey Ricardo.

Me sequé las lágrimas de los ojos, y, aún apenas conteniendo la risa, dije:

—Creo que podré continuar la comedia un poco más, si consideras que es necesario y por el bien del rey, pero no más allá de las Navidades, te lo suplico. No estoy seguro de aguantar mucho más tiempo sin volverme loco y cortarle el pescuezo a Murdac mientras duerme.

—No es mala idea —dijo Robin—. Pero no sobrevivirías para contarme la historia. No, lo lamento pero tendrás que representar tu papel durante algún tiempo más. Tres meses bastarán; hasta las Navidades, como has dicho. Pero a la primera señal de que sospechen de ti..., tú y Hanno tenéis que escapar de ese castillo. ¿Me lo prometes, Alan? Al primer signo de sospecha, salís de allí por piernas. Te necesito con vida y con salud, amigo, no colgado de un patíbulo en el mercado de Nottingham.

Mientras yo hablaba con mi verdadero señor, los hombres de Robin se atareaban alrededor del tren de carros: amontonaban armas y cotas de malla, remataban compasivamente a los caballos heridos y calmaban los nervios de los boyeros supervivientes, jurándoles que no iban a hacerles el menor daño si cooperaban con los harapientos encapuchados de uniformes verdes y castaños que ahora rodeaban el convoy en busca de botín. Algunos proscritos habían intentado abrir sin éxito uno de los cofres de la plata, pero la solidez de las cadenas les había derrotado por el momento.

Little John había tenido la previsión de apostar centinelas al norte y el sur del camino, y un jinete lanzado a un galope furioso que venía hacia nosotros por el camino desde el norte interrumpió en ese momento mi conversación con Robin.

—¡Señor, señor! —gritó el hombre, que detuvo su caballo junto a los carros y se apeó de un salto—, llegan soldados a caballo, caballería mejor dicho, unos sesenta, armados con lanzas, espadas y escudos, ¡y vienen muy deprisa!

La risa desapareció del rostro de Robin al momento.

—¿Sesenta, dices? —preguntó al centinela.

—Por lo menos, señor, a no más de tres kilómetros de aquí.

Una extraña sombra de fría sospecha pasó por el rostro de Robin. Me dirigió una mirada dura..., no fue un momento agradable.

—¿Cómo? —dije—. ¿Acaso no confías en mí?

Me dolió aquella mirada, pero sabía que Robin tenía una mente muy suspicaz. Dejé a un lado mis sentimientos ofendidos, y continué:

—Olvida eso por el momento. Si sólo cuentas con estos hombres —señalé a los alrededor de veinte proscritos harapientos que ahora bromeaban y reían entre los carros, tan distintos de los espectros malignos y amenazantes que nos habían humillado apenas un cuarto de hora antes—, tienes que escapar y abandonar los carros cargados de plata al enemigo, o bien plantar cara. Creo que, si eliges esta última opción, serás derrotado... Y entonces todos moriremos.

—¿Escapar o plantar cara? —Robin pensó unos instantes—. Voy a hacer las dos cosas. —Alzó la barbilla, y con su voz de batalla, un timbre sonoro que podía oírse con claridad sobre el tumulto de la batalla, gritó—: ¡Arqueros..., formar en la línea de árboles! ¡Ahora! ¡Moveos! John, ven aquí, necesito un momento de tu tiempo, por favor. —Y en un tono más bajo, me dijo a mí—: Y tú, Alan, quiero que desaparezcas de mi vista. Ninguno de esos jinetes debe verte conmigo.

Lo entendí, era lo más lógico en aquellas circunstancias, y aunque me repugnaba quedarme fuera de una nueva pelea, conduje a *Fantasma* al interior del bosque y lo trabé a un pequeño arbusto, a unos cincuenta metros. Luego volví sin hacer ruido hacia la carretera, y empecé a trepar al árbol más alto y de follaje más abundante que pude encontrar, a unos diez metros del camino.



Al atisbar entre las hojas pocos momentos después, vi una sola línea delgada compuesta por unos sesenta jinetes, ondeantes los gallardetes y relucientes las puntas de las lanzas, con las sobrevestes rojas y azules agitadas por la brisa, que venían siguiendo la linde del campo del otro lado de la carretera, a unos trescientos metros de distancia, cabalgando a un trote suave. El frente de ataque parecía raquítrico, demasiado alargado, carente de profundidad y de fuerza... Y sin embargo, era la formación perfecta para atacar a arqueros.

La reducida tropa de Robin (conté a menos de veinticinco hombres) formaba una línea irregular en el margen oeste del camino, donde se alzaban los primeros árboles. Los arqueros habían clavado tres o cuatro flechas en el suelo frente a ellos, pero la mayoría llevaba aún a la espalda aljabas repletas de flechas. Esperaban órdenes. En un extremo de la línea estaba Little John, sin arco pero empuñando su doble hacha, con los pies tan firmemente plantados en el suelo como el roble colocado a su espalda, y con una ligera sonrisa en su ancha cara curtida. En el otro extremo de la línea estaba Robin, con el arco preparado. No perdió el tiempo.

—¡Flechad! —gritó Robin con su voz estentórea de batalla. Y una veintena de

hombres colocaron flechas en sus cuerdas. La caballería había visto ya a nuestros hombres, y acelerado la marcha hasta el trote. Estaban tal vez a doscientos cincuenta metros, y se acercaban deprisa.

—¡Tensad! —gritó de nuevo Robin. Con un ruido parecido al crujido de la puerta de un granero, una veintena de arcos se tensaron hasta que las plumas de ganso del empenaje cosquillearon las comisuras de los arqueros. La caballería había acelerado el paso y avanzaba al medio galope, como una gran ola irresistible de poderosos corceles y hombres fuertemente armados; las lanzas estaban horizontales, apuntando a los arqueros con la intención de desgarrar sus cuerpos desprotegidos y convertir el puñado de hombres de Robin en piltrafas ensangrentadas.

—¡Soltad! —gritó finalmente Robin. Una veintena de flechas partieron zumbando en un nubarrón gris hacia el enemigo lanzado al galope. A pesar de que se encontraban aún a unos doscientos metros, media docena de sillas de montar quedaron vacías de golpe. Pero el enemigo siguió avanzando, en una línea más tenue y con algunos huecos, pero imparable de todos modos.

De nuevo Robin dio las órdenes, ahora más deprisa, y una vez más volaron las flechas hacia los jinetes que cargaban, e impactaron en hombres y animales indiscriminadamente. Pero la caballería estaba ya a tan sólo cien metros, y el temible golpeteo de los cascos de los grandes corceles atronó mis oídos.

—¡Disparad a discreción! —aulló Robin—. ¡Soltad, soltad, soltad!

Los arqueros recogían a un ritmo desesperado las flechas que habían clavado en el suelo, y casi sin apuntar disparaban tan aprisa como podían contra los guerreros montados que se les echaban encima. No existía ya línea de caballería, sino sólo una serie de grupos separados de jinetes que cargaban con el impulso de sus monturas al galope y la furia por las bajas sufridas, y se precipitaban sobre la frágil línea de arqueros con las puntas relucientes de las lanzas buscando la carne... ¡Y ya estaban encima de los nuestros!

—¡A los árboles! ¡A los árboles! —oí vibrar la voz de Robin por encima de los gritos de batalla de los caballeros y de los gritos de hombres y animales heridos, alzándose entre el tronar de los cascos en la tierra dura a sólo cincuenta metros de distancia. Su orden llegó justo a tiempo. Los arqueros dieron media vuelta como un solo hombre, y corrieron hacia la espesura. Los vi correr debajo de mí, enarbolando aún sus arcos, y tomar nuevas posiciones en el extremo más alejado de un pequeño claro. Cuando los arqueros cruzaban el claro a la carrera, me fijé en que los hombres más altos se agachaban de una forma extraña e inclinaban las cabezas ligeramente en el mismo punto exacto del claro.

Y entonces mi rostro esbozó una sonrisa, pues comprendí qué es lo que buscaban evitar aquellos hombres al agacharse. Era una robusta cadena de eslabones de acero, recubierta de barro para ocultar el brillo del metal, y estaba tendida entre dos robles

gigantes separados por una veintena de metros a uno y otro lado del claro, bien amarrada a los troncos de los árboles y en tensión. Los arqueros formaron al otro lado de aquel espacio abierto; no se escondieron, sino que permanecieron a la vista, y flecharon de nuevo sus arcos a la espera de la caballería que los perseguía... Invitándola a atacar.

Sólo tuvieron que esperar unos breves instantes.

Tres docenas de jinetes más o menos entraron casi al tiempo en la zona boscosa. Al ver a los arqueros agrupados en el extremo del claro, picaron espuelas en los flancos de sus caballos y, gritando excitados, cargaron directamente contra los hombres de a pie. La cadena, tendida aproximadamente a una altura de metro ochenta sobre el suelo, enganchó a dos de los caballos más adelantados por el cuello, y los hizo caer en un revoltijo de patas agitándose en el aire. Un tercer corcel agachó la cabeza en el último momento y pasó por debajo del obstáculo, pero su jinete fue derribado de la silla y quedó en el suelo, casi partido en dos. Tras él venía el resto de los jinetes, que fueron a estrellarse contra los caballos caídos con el terrible estruendo de unos cuerpos de media tonelada de peso al desplomarse y el crujido siniestro de los huesos de patas equinas al quebrarse. Se produjo un caos sangriento. Un barullo de caballos, escudos, lanzas y hombres que forcejeaban por liberarse. Un caballo enloquecido por el pánico pateaba y mordía todo lo que se ponía a su alcance. La mayor parte de los caballeros asaltantes, sin embargo, detuvieron a tiempo a sus monturas y, entre jadeos y juramentos, buscaron la forma de rodear aquel montón ensangrentado de carne de caballo y hombres rotos o sin sentido.

Sin embargo, mientras tenía lugar aquella carnicería, los arqueros no habían estado ociosos. Flechaban, tensaban y soltaban sin parar, y lanzaban un torrente de flechas mortíferas; no en forma de descargas cerradas como antes, sino de manera individual, apuntando con cuidado y a una distancia muy corta. Vi que una flecha, lanzada desde unos treinta metros, atravesaba de parte a parte el pecho de un hombre y se clavaba todavía más de quince centímetros en la carne del caballo que venía detrás. Otra flecha, disparada desde veinte metros, perforó el escudo de un jinete y su malla de acero, y se clavó profundamente en su pecho. Muy pronto el claro estaba alfombrado de cuerpos de hombres moribundos y de caballos que coceaban y relinchaban de dolor. Un caballero consiguió sortear el amasijo ensangrentado de bestias y hombres..., y Little John lo recibió con un poderoso tajo de su hacha de doble filo, que decapitó limpiamente su caballo con un solo golpe. El caballero murió instantes después, alcanzado en el vientre por cuatro flechas.

El enemigo ya había tenido bastante. Los jinetes supervivientes, los que habían llegado en último lugar a la refriega en el bosque y habían podido echarse atrás, hicieron dar media vuelta a sus monturas y huyeron sorteando los árboles hacia el terreno abierto de los campos de labranza. De los sesenta hombres que con tanto

orgullo se habían enfrentado a los arqueros de Robin, menos de una docena consiguieron escapar.

Fue una victoria asombrosa. La reducida fuerza de campesinos y proscritos harapientos de Robin, armados con poco más que unas cuantas varas de fresno y cordeles de cáñamo, había derrotado, y casi aniquilado, a una hueste de jinetes acorazados y bien entrenados tres veces superior en número.

Y Robin sólo había perdido a un hombre. Encontramos su cuerpo junto a la linde del bosque. Era un arquero robusto y musculoso, pero que debió de responder con lentitud a la orden de Robin, porque sus heridas eran las clásicas del infante que huye perseguido por un jinete: un agujero ensangrentado en la espalda, en el lugar en que lo alcanzó la lanza del jinete cuando el arquero corría para salvar la vida.

Los hombres de Robin no tuvieron compasión de los heridos que encontraron; ignoraron sus llamamientos a la piedad y sus ofertas de rescate, y les cortaron el pescuezo, sin consideración alguna al rango de los caídos. De inmediato, se pusieron a hurgar en los cadáveres en busca de monedas.

También había muerto uno de los boyeros. Algún caballero en fuga, frustrado por la derrota o bien simplemente sediento de sangre, había lanzado un tajo por detrás a la cabeza de aquel hombre al pasar junto a los carros, y ahora el pobre carretero yacía muerto a los pies de su tiro, con los sesos de su cráneo partido desparramándose poco a poco en la hierba.



—Bienvenido, joven Alan —me soltó Little John cuando me vio bajar del árbol—. ¿Te ha gustado mi pequeño truco?

Señaló con un gesto de su enorme mano el montón de jinetes y caballos muertos o moribundos en el centro del claro, en el que ahora hurgaban varios arqueros proscritos en busca de armas valiosas, corazas, bridas de plata, accesorios caros para caballos y, como siempre, comida y bebida.

—Ha sido pasmoso —le contesté. Y así lo creía realmente—. Pero ¿de dónde diablos has sacado la cadena de acero?

—La hice yo —dijo Little John con un innegable orgullo en su voz—. Por las nalgas granujentas de Dios, ¿pensabas que había caído del cielo o nos la habían regalado las hadas?

—¿Y cuándo...?

Pero Little John me interrumpió de inmediato.

—Perdóname, Alan, se me olvidaba —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Has estado ausente durante mucho tiempo. Aprendí la profesión de herrero en Londres. Por casualidad, podría decirse. Necesitaba estar cerca de la iglesia del

Temple, una idea de Robin, claro está, y había una herrería justo delante del lugar. De modo que, pagando generosamente las lecciones y sin que nadie hiciera preguntas, me convertí en un aprendiz más bien tallado durante unos días. Y aprendí un par o tres de cosas.

Recordé entonces la figura entrevista el día del juicio de Robin. Un hombre alto y rubio con un parche en el ojo que no parecía interesarse en absoluto por la nutrida columna de soldados montados que pasaba delante de la puerta de su taller.

—Entonces, ¿fuiste tú quien ayudó a escapar a Robin?

Little John se echó a reír.

—Pidieron a mi patrón de la forja cadenas y cerrojos para poner grilletes a Robin. Y yo convencí al herrero de que me hiciera el honor de encargarme el trabajo.

Me eché a reír al oírlo. La idea de Little John como un servicial aprendiz de herrero era casi demasiado cómica para creerla.

—Puse los grilletes a Robin en presencia del carcelero, pero ¿podrías creerlo?, hice una chapuza: me dejé suelta una pieza en el mecanismo de cierre. Bueno, me avergonzó tanto aquel trabajo mal hecho que me pareció que lo mejor sería llevarme a Robin de aquel lugar lo antes posible. Cuando Robin se liberó de las cadenas, sólo tuvimos que matar a un par de sargentos templarios, escalar un muro y cabalgar hacia Sherwood más rápidos que el mismo diablo. Todo se deslizó tan ligero como la cagada de una oca.

El hombrón se echó a reír, y yo lo acompañé. Me sentía feliz, de nuevo al lado de Little John: había echado de menos su buen humor rudo, su temible falta de escrúpulos y su filosofía particular de la vida, que consideraba este mundo como un lugar placentero en el que encontrarse a gusto. Mientras reíamos, Robin se acercó a nosotros.

—Es hora de que te vayas ya, Alan. De modo que me temo que tienes que elegir. ¿Dónde lo quieres?

—¿Qué? —dije yo, estúpidamente.

—Tu historia, cuando vuelvas a Nottingham, será que resultaste herido en la pelea..., un golpe te dejó sin sentido, quizá, y cuando recuperaste el conocimiento eras el único hombre que quedaba con vida. ¿Suena eso verosímil?

—Oh, ah... supongo que sí...

Robin miró a Little John y le hizo una seña.

Yo me agaché.

Un puño como un peñasco de granito silbó encima de mi cabeza, rozando mi cabellera rubia, y yo me volví a mirar alarmado a Little John.

—Estate quieto, Alan, tiene que parecer auténtico —dijo John, ceñudo—. ¿O prefieres una herida de arma blanca?

—Aún estamos a tiempo para eso —dijo Robin, al tiempo que desenvainaba la

espada. Mi señor, ese bastardo de ojos de acero, se estaba divirtiendo.

—De acuerdo, de acuerdo.

Asenté los pies en el suelo, cerré con fuerza la boca y me tapé los ojos.

—¿Estás listo? —dijo John.

—Sí... Adelante con ello —dije yo entre dientes.

El puñetazo fue como si me hubieran dado un golpe en la cara con el martillo de un herrero. Caí hacia atrás y aterricé en la hierba empapada de sangre de caballo. Hubo una momentánea oscuridad profunda, seguida de unas deslumbrantes chispas rojas en el interior de mi cráneo. Cuando abrí los ojos, Robin estaba de pie a mi lado, mirándome preocupado.

Me incorporé aturdido, y escupí un trozo de diente. Sentí el sabor de la sangre, que resbalaba desde mi nariz machacada hasta las comisuras de mi boca. Vi que me temblaban las manos mientras me palpaba con delicadeza mi apéndice maltrecho. Por el meneo del puente, supe que el hueso estaba roto.

Little John se acercó a mí, llevando de la brida a *Fantasma*.

—¿Puedes montar a caballo? —preguntó Robin, que me ayudó a ponerme de pie, aunque apenas podía sostenerme solo.

—Por supuesto que puede —dijo Little John, y me pasó las riendas—. Por el culo costroso de Cristo, el chico no es ningún alfeñique. Y sólo le he hecho una caricia suave. Estará perfectamente en unos días.

Con la cabeza dándome vueltas y la cara bañada en sangre, monté sobre los lomos de *Fantasma*.

—Algún día me las pagarás por esto —balbucí a John, antes de hacer una dolorida seña de despedida a Robin y guiar a *Fantasma* fuera del claro para tomar el camino a Nottingham.



Tardé medio día en llegar al castillo: la cabeza me daba vueltas, sentía punzadas de dolor en la boca y la nariz. Mientras cabalgaba, me divertía pensando en las formas posibles de vengarme de Little John: nada terrible, pensé, pero estaría bien tomarle un poco el pelo a aquel gigantón.

Anocheecía cuando crucé las puertas de troncos del recinto exterior y ascendí por el sendero que seguía la línea de las murallas de piedra del castillo. No me molesté en lavarme antes de informar a sir Ralph de la catástrofe que había ocurrido a su convoy de plata de Tickhill. Pensé que una cara ensangrentada hablaría en mi defensa. Y fue así, con la tez cubierta de sangre seca y la boca y la nariz hinchadas y doliéndome todavía bastante, como entré en la gran sala del recinto medio para presentar en persona mi triste informe al alcaide del castillo de Nottingham.

Murdac no estaba solo: mientras yo estaba fuera, el príncipe Juan había regresado a su mayor fortaleza inglesa, y cuando me acerqué a su trono la sensación de que algo no iba del todo bien hizo que se me erizaran los cabellos de la nuca.

Hice una reverencia al príncipe, y me incliné levemente ante sir Ralph Murdac, que como de costumbre estaba de pie apoyado en el respaldo del sitial de su señor. Al otro lado del sitial, estaba un tercer hombre: sir Aymeric de Saint Maur, el caballero templario. Interesante, pensé: los templarios respaldan de forma abierta al príncipe Juan. Pero de inmediato dejé a un lado mis ideas y empecé a desarrollar mi informe sobre el asalto a los carros de la plata por el famoso proscrito Robin Hood, y sobre mi propio desempeño ficticio en su heroica pero inútil defensa.

Los tres hombres me escucharon en silencio, y cuando estaba a punto de terminar la descripción de cómo había recuperado el conocimiento para descubrir que los carros habían desaparecido y yo estaba rodeado de muertos, el príncipe Juan me interrumpió:

—Desde luego eres un experto en el difícil arte de la mentira, para no ser más que un montón apestoso de mierda de puerco plebeyo.

Sonó como si de verdad lo pensara.

—¿Cómo decís, sire? Espero que no... —contesté entre balbuceos, intentando parecer confuso, aunque las tripas se me revolvían.

—¡Silencio! —dijo el príncipe—. Ya estoy harto de tus fingimientos. Guardias, apresadlo.

Media docena de hombres se me echaron encima y me quitaron la espada, la misericordia y la cota de malla. Mis manos quedaron atadas a mi espalda. No me resistí: la única manera de salir de aquello era mantener la cabeza fría.

—Sire, ¿me permitís saber el porqué de todo esto? ¿Acaso es una broma? ¿Un juego, tal vez? —pregunté con toda la humildad que pude reunir.

—Sabes muy bien lo que te está ocurriendo —respondió por el príncipe sir Ralph Murdac, y me sonrió con malignidad—. Sabemos ya desde hace varias semanas que tú, por medio de tu criado alemán, has estado suministrando información al proscrito Robert de Locksley. ¿Creías que éramos completamente estúpidos? Has roto tu juramento de lealtad a tu príncipe, eres un perjuro y un traidor. Nos has traicionado, y sufrirás el castigo que mereces.

Sir Ralph se estaba divirtiendo de forma visible; por contra, el príncipe Juan parecía sencillamente aburrido.

—Ya has cumplido tu función aquí —graznó—. Cuando tuvimos la certeza de que seguías trabajando para Locksley, quisimos utilizarte para atrapar a ese hombre. Si tenías conocimiento de que una gran remesa de plata, débilmente custodiada, venía aquí desde Tickhill, no dejarías de informar a tu amo. Y era seguro que él intentaría robarla. Arreglamos las cosas para que una hueste de caballería se presentara en el

momento mismo del robo... Pero por lo que parece no han conseguido derrotar a la chusma de Locksley. No consigo explicarme la razón, enviamos a sesenta bravos caballeros a interceptarlo. Es posible que Robert de Locksley tenga realmente un pacto con el diablo..., si es que existe en realidad esa criatura inverosímil.

Al oír esto último, sir Aymeric de Saint Maur dio un respingo y dirigió una severa mirada al príncipe Juan. Pero el templario no dijo nada.

El príncipe alzó una mano para hacer callar a Murdac y, con su voz ronca, dictó la suerte que me aguardaba:

—Ya no nos eres útil, Dale. Han muerto demasiados hombres míos a manos de Locksley, y no voy a perder más. Ha llegado el momento de que pagues por tus crímenes..., y los suyos. De modo que he dispuesto un combate para mañana por la tarde, un combate público de lucha al estilo griego: lucharás a muerte con mi campeón, como una pequeña «diversión» para los hombres leales de Nottingham. Mañana te enfrentarás a Milo en la liza; sin armas y sin reglas, hombre contra hombre. Y morirás.

Tercera parte

Capítulo XV

No todo anda bien, aquí en Westbury. El peligro que supone la presencia de Osric para mí ha crecido y se ha hecho más apremiante: ¡ahora cuenta con un aliado! He visto a mi administrador entrevistarse en secreto con su cómplice en la parte de atrás de uno de los establos que no utilizamos, en el extremo del patio. Fue anteanoche. Yo espiaba por una ranura de las tablas de madera de la pared, y vi a Osric, a la luz de su linterna, saludar y conversar con un hombre vestido de forma austera y con un bonete negro en la cabeza. Me bastó una ojeada a su cara maligna, morena, arrugada y verrugosa, para saber que no se proponía nada bueno. Tiene los ojos negros, ropajes negros, corazón negro... Camina inclinado, con la espalda doblada, y es viejo, casi tanto como yo. Los dos conspiradores hablaron largo rato, pero en un tono demasiado bajo para que mis oídos gastados pudieran oír lo que decían. El hombre negro parecía irritado por alguna cosa. Osric lo tranquilizó, y el desacuerdo se resolvió pronto, porque el extraño pasó a Osric un pequeño recipiente de barro, sellado con cera, y recibió a cambio un par de monedas... Eso significa que el contenido de ese recipiente tiene un alto precio. Por sus ropas y por su actitud, supuse que el hombre de negro es un boticario, y que ese recipiente contiene alguna clase de veneno.

Sentí entonces una rabia feroz por la perfidia de Osric que me revolvió las entrañas, pero no me enfrenté abiertamente a mi administrador, como en la ocasión anterior. No me cabe duda de que tendría preparada alguna razón plausible para su reunión secreta ya de noche cerrada con un suministrador de venenos, aunque no consigo imaginar qué razón pueda ser ésa. Lo que sí hice fue ir a ver a Marie para decirle que había visto conspirar a su marido. Fue un error todavía más grave.

—¡Eres un viejo chocho y estúpido! —dijo Marie, cuando la desperté esa misma noche con mi historia de los siniestros manejos de Osric con el boticario en los establos. Se había acostado ya, pero yo me empeñé en que viera con sus propios ojos el objeto de la conspiración—. Pensar siquiera, contemplar tan sólo la posibilidad de que Osric quiera hacerte daño, es ridículo, absurdo incluso. Él te respeta, y no desea otra cosa que salud y prosperidad para ti. ¿No lo ha demostrado con su trabajo aquí en Westbury? Ha convertido esta pequeña propiedad en un gran éxito. Vete a la cama, viejo bobo, agradece que Osric esté trabajando tan duro y olvida esas ideas absurdas.

Está claro que ella está conchabada con él, ahora lo veo. He sido un tonto al

revelarle mis sospechas. Osric y ella, recién casados, llenos de codicia, ambiciosos, impacientes por demás, los dos desean mi muerte. Cuando yo desaparezca, podrán hacer lo que quieran de mis tierras. Puede que Osric nombre a uno de sus hijos mayores como administrador. Temo por el pequeño Alan, mi heredero: ¿quién lo protegerá? Yo no, soy un anciano ahora, ¿cómo puedo enfrentarme con éxito a la astucia combinada de Osric y Marie? Siento que mi final está próximo.

Y aún hay cosas peores que contar. Esta misma noche, aún no hace una hora, mientras trabajaba en este pergamino sin percibir apenas el peligro que me rodea, apuré las últimas gotas de una jarra de cerveza de madera y descubrí un poso de polvo blanco en el fondo. ¡Los envenenadores ya han actuado! El contenido del pequeño recipiente de barro ha pasado a mi estómago y allí actúa en estos momentos, difundiéndose por mis entrañas para destruirme. Noto la mano huesuda de la muerte en mi hombro. Por supuesto, me he provocado el vómito en cuanto he visto el poso blanco. Vomité en el bacín de mi cuarto hasta no poder más. Pero siento actuar el veneno en mi cuerpo: cada vez estoy más soñoliento, siento más fatiga, me vence el cansancio. Aun así, no debo dejarme vencer por el sueño, he de continuar y acabar mi historia antes de que ese maldito polvo blanco me lleve a la tumba.

He atrancado la puerta para que nadie pueda entrar a hurtadillas, y he sacado del arcón una antigua espada, que ahora tengo desenvainada y apoyada en el atril que utilizo para escribir. Si intentan irrumpir en mi dormitorio esta noche, me defenderé, y tal vez consiga matar a uno de ellos, o a los dos. Pero no deseo sus muertes como ellos desean la mía; me limito a rezar para que me dejen en paz una última noche. Si he de terminar esta historia antes de que Dios me reclame, tendré que concentrarme en escribirla tan deprisa como pueda...

Es un gran consuelo ser sorprendido en oración, sobre todo cuando estás seguro de que, en breve tiempo, vas a encontrarte cara a cara con tu Creador. Y aquella noche en el castillo de Nottingham yo rezaba como nunca antes había rezado. No temía a la muerte, pero no quería perecer. No quería que mi vida terrenal acabara entre las manos de Milo, aquel ser monstruoso e infrahumano, y menos aún para diversión del príncipe Juan, de Ralph Murdac y de los demás caballeros del castillo, a los que había llegado a despreciar. Y si lo que da la medida de un hombre es la forma como afronta su destino, me temo que me faltó mucho para dar la talla. Recé, volví a rezar y después recé aún un poco más.

Los guardias me habían llevado a los sótanos de la gran torre, en el frío corazón de piedra del castillo de Nottingham, y me habían encerrado en un almacén medio lleno de sacos de grano. La oscuridad era completa, y también el silencio, salvo por las carreras ocasionales de las ratas u otros seres innumbrables; pero, para ser sincero, no me encontré incómodo allí. Cuando acabé de rezar, me tendí sobre dos grandes

sacos llenos de cebada y me puse a pensar en cómo había llegado hasta aquel lugar.

Recordé la expresión de Robin cuando me explicó lo que quería que hiciera, en Westminster, el día antes de la inquisición en la iglesia del Temple. Sus ojos plateados relucían con intensidad cuando me dijo:

—Sé que esto va a ser muy duro para ti, Alan, y también peligroso, y no te lo pediría si no fuera de la mayor importancia... Pero hemos de tener un hombre en el círculo de caballeros que rodean al príncipe Juan.

Le pregunté por qué no podíamos, sencillamente, sobornar a un sirviente. Y sacudió la cabeza con tristeza.

—Necesitamos a un guerrero. Tengo que saber cuántos hombres formarán cada equipo de recaudación de impuestos, su fuerza, sus armas y su moral. Ha de ser un guerrero experimentado. Y no olvides que tendrás a Hanno de compañero. Él me hará llegar todos los mensajes, y, como medida de seguridad, tú y yo no tendremos ningún contacto después de esa ridícula inquisición hasta que acabe tu etapa junto al príncipe Juan.

—Pero Robin —protesté débilmente—, todo el mundo pensará que soy un hombre desleal, un canalla que traicionó a su señor...

—Me temo que es necesario, Alan. Todos tienen que pensarlo así. Si no creen que de verdad me has traicionado en la inquisición, el príncipe Juan nunca te tomará a su servicio. Tú y yo sabremos la verdad, que aún me sirves a mí. Además, sé sincero conmigo, no te gustó el papel que representé en la comedia sangrienta de Cernunnos; recuerdo que te pusiste furioso conmigo en esos días. Todo lo que te pido es que digas la verdad a la inquisición cuando te pregunten. Puedes hacer eso, ¿no es cierto?

—Pero ¿y tú, Robin? ¿Qué va a ser de tu vida? —dije—. Si los templarios te encuentran culpable mañana en la inquisición, tu vida no valdrá más que un nabo podrido.

—He tomado medidas. No te preocupes por eso. Ahora, ¿nos harás a mí y a nuestro buen rey Ricardo ese gran servicio?

Yo suspiré.

—Sí, señor.

Me entusiasmaba muy poco su plan: traición, ignominia y la posibilidad muy real de una muerte de felón en el cadalso. Y sin embargo, dije que sí. Nunca pude negarle nada a Robin, por muy desagradable, difícil o deshonrosa que fuera la misión que me proponía.

—¿Sabes que no olvidaré esto? ¿Que estaré siempre en deuda contigo? —preguntó, imponiendo las dos manos en mis hombros.

—Sí, señor.

—¡Buen chico! —dijo, y con una palmada en la espalda me envió a hacer los preparativos para la marcha inmediata a Alemania después del juicio de la

Inquisición.

Y así fue como durante seis largos meses yo había estado representando mi papel de servidor del príncipe Juan y suministrando información a Robin por medio de los buenos oficios de Hanno... Por cierto, ¿dónde estaba Hanno?, me pregunté ahora. Me había despedido de mi astuto amigo alemán dos días atrás para que llevara a mi señor la información sobre el gran convoy de carros cargados de plata, y desde entonces no lo había visto. ¿Lo habían capturado también los hombres del príncipe Juan? ¿Estaba su cadáver en esos momentos balanceándose al viento en la horca de la ciudad?

Yo no tenía intención de acompañar al convoy de los carros de la plata. Durante todos los meses pasados, Robin y yo habíamos acordado que, para evitar que las sospechas recayeran en mí, él no robaría a los equipos de recaudación de los que yo formara parte. Tan sólo en el último momento me uní a la hueste de caballeros que custodiaba el convoy, y debido a las órdenes tajantes de Ralph Murdac: estaba claro que por fin habían conseguido concretar las sospechas que tenían sobre mí. Me palpé la nariz rota, y pasé la lengua por mi diente mellado. No había necesidad, se me ocurrió en ese momento, de que Little John me diera aquel puñetazo brutal. Podía haberme quedado con Robin y salvar la vida. En este mismo momento podría estar recorriendo, a lomos de *Fantasma*, las frías y limpias extensiones de Sherwood, libre y despreocupado, al lado de Robin y Little John y todos mis amigos... En lugar de estar tendido aquí, con el diablo haciendo redoblar sus tambores en mi cabeza y a la espera de que me despedazara aquel monstruo grotesco de Milo.

Me di cuenta de que me estaba autocompadeciendo, y cambié el tono de forma brusca. No estaba muerto, aún no. Me levanté de mis sacos de cebada, y empecé a examinar el almacén en el que me encontraba encerrado. Era pequeño, más o menos de cuatro pasos por cinco, y metro noventa de altura. La puerta era sólida, hecha con gruesos tableros de madera de olmo, atrancados con un cerrojo desde el exterior. Pegué el oído a la puerta y escuché... Nada. Gasté un tiempo inútil en aporrearla y llamar al carcelero, pero no hubo respuesta: debía de ser la primera hora de la noche, pensé, las ocho más o menos. O bien los guardias se habían retirado a dormir, o bien estaban cenando..., aunque quizá nadie se había molestado en colocar allí una guardia. No había ningún lugar adonde pudiera ir, metido como estaba en los sótanos de la gran torre, sin posibilidad de escapar, de modo que tal vez no había necesidad de apostar guardias para vigilar una puerta cerrada durante toda la noche.

Los muros de mi prisión eran de piedra arenisca, fríos, secos y lisos, sin brechas, grietas ni fisuras que yo alcanzara a ver, y tampoco había en la estancia herramientas ni armas de ninguna clase. A tientas, encontré un cubo vacío y una jarra con agua fría. Bebí un buen trago y me alivié en el cubo. Eso era todo cuanto me rodeaba, aparte de algunos sacos de cebada y un par de ellos llenos de avena. No conocía bien los subterráneos de la gran torre, porque sólo había estado allí en un par o tres de

ocasiones. Hanno conocía este territorio mucho mejor que yo, porque aquí se encontraban innumerables bodegas, cocinas y despensas, debajo del gran torreón cuadrado y en el interior de los gruesos muros que rodeaban el recinto superior; y él solía bajar a menudo a este laberinto de pasillos y habitaciones vacías, escenario de sus citas ilícitas con alguna de las sirvientas del castillo. Pero yo guardaba en mi cabeza un plano aproximado del castillo, y calculé que no me encontraba lejos de la cámara del tesoro, celosamente guardada, en la que el príncipe Juan amontonaba la plata de sus actividades recaudatorias del verano.

Recé un poco más, en esta ocasión para pedir fortaleza en la prueba que me esperaba, y luego me puse a pensar en Milo. Me planteé la cuestión de cómo un hombre más pequeño y ligero podía derrotar a otro mucho más voluminoso y pesado, pero mis pensamientos sobre lo poco que sabía de la lucha sin armas se vieron interrumpidos por turbadoras imágenes de Goody.

Con los ojos de la mente podía ver su dulce rostro, sus suaves cabellos dorados y sus ojos de un azul violeta que chispeaban felices... o, de pronto, incandescentes de rabia. Me di cuenta de que, más que nada en el mundo, deseaba volver a verla, una vez aún antes de morir. La estrecharía con fuerza entre mis brazos, y le diría que todo iba a salir bien. Quería pedirle perdón por haberla engañado respecto de mi verdadero papel entre los hombres del príncipe Juan. Y, con una urgencia casi ansiosa, quería acariciar sus suaves mejillas y besarla en los labios...

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para detener aquellos pensamientos antes de que se volvieran pecaminosos. Ella era como una hermana para mí; buscaba en mí la protección de un hermano mayor. ¿Quién era yo para empezar a pensar en besarla? Además, Goody me despreciaba: «Eres un hombre odioso —me había dicho—. No quiero volver a verte nunca más». Duras palabras que me quemaban en el corazón. Pero si ella supiera...

«¡Basta, Alan! Para ya. Milo: Milo es el problema urgente; tienes que concentrarte en derrotar a esa especie de ogro si quieres vivir...»

Y en algún punto de aquella extraña duermevela llena de ansiedad, me quedé dormido.

Desperté poco después del amanecer, y bebí un poco más de agua. Luego me senté a esperar, masticando un puñado de avena y sentado en los sacos de la cebada. Y esperé, y esperé... Después de lo que me parecieron varias horas, empecé a golpear de nuevo la puerta de madera de olmo, y grité pidiendo comida y más agua. Oí pasos y una voz ronca que me dijo en inglés que parara de hacer ruido. Luego los pasos se alejaron, y yo seguí sentado durante horas en la oscuridad pensando en mi destino y cantando *cansós* largas y alegres en voz alta para mantener alta la moral. Sin duda debí de quedarme dormido una vez más porque, de pronto, fui despertado por el ruido de la puerta de la celda al abrirse con violencia, y cegado por la luz tenue del pasillo

al penetrar de forma repentina en la estancia. Cuatro hombres de armas irrumpieron, me agarraron de los brazos y me arrastraron al pasillo. No tuve tiempo de resistirme, y antes de que me diera del todo cuenta de lo que ocurría me habían subido en volandas por las escaleras hasta el piso principal de la gran torre; cruzamos la puerta de hierro, pasamos por la parte este de la mansión principal y cruzamos el recinto medio bajo los rayos oblicuos del sol de la tarde. Me llevaron a empujones fuera de la barbacana, al norte, hacia la nueva destilería, y los cuatro soldados siguieron a mi lado hasta que llegamos a la empalizada de troncos y barro que se extendía al este del recinto exterior y limitaba por ese lado el castillo.

Todo el recinto exterior estaba abarrotado de hombres de armas, sirvientes y clérigos; prácticamente todos los servidores del príncipe Juan, al parecer, deseaban asistir a la «diversión» de la tarde. Y en el centro del área acordonada de la liza, de dieciocho metros de lado, me esperaba Milo.

Era más grande y más feo aún de como yo lo recordaba. Vestido sólo con un taparrabo y un par de botas fuertes de cuero, vi que todo su cuerpo estaba cubierto de vello negro salpicado de gotas de sudor. En su pecho sobresalían músculos abultados, y el vientre era poderoso y redondo, pero ni remotamente parecía blando; los brazos eran tan gruesos como mis muslos, y sus cortas piernas tenían el grosor de las vigas de la gran sala. Me dedicó desde el otro lado de la liza una sonrisa cruel, que hizo brillar sus ojillos porcinos hundidos en su cara mofletuda de niño. Yo lo miré con desdén, pero la serpiente helada se revolvía una vez más en mi vientre, porque sabía que aquel hombre podía quebrarme la espina dorsal con la facilidad con la que un hombre rompe una rama seca menuda. También me di cuenta de que había calculado mal su estatura, porque sin el larguirucho Rix a su lado para empequeñecerlo (el espadachín no aparecía por ninguna parte aquella tarde), comprobé que era casi tan alto como yo, y yo mido más de metro noventa.

Aparté la mirada de su figura rebosante de músculos abultados para fijarla en el príncipe Juan, sentado en su habitual sitial de espaldar alto, en el costado norte de la liza. Sir Ralph estaba de pie a su lado, a la izquierda, y me miraba con una sonrisa plácida y satisfecha. Un caballero vestido con una sobreveste azul oscura, colocado al otro lado del príncipe Juan, susurraba algo urgente a su oído: era un hombre delgado de estatura mediana, de cabellos negros que griseaban en las sienes. Y en mi corazón se filtró un rayo de esperanza al comprobar que se trataba de sir Nicholas de Scras.

En ese momento, el príncipe Juan hizo un gesto de asentimiento y dijo algo al oído de sir Nicholas, y el antiguo hospitalario cruzó a largas zancadas el espacio despejado de la liza hacia mí. En su rostro se dibujó una sonrisa cálida y un poco triste de saludo, y empezó a hablarme cuando aún estaba a diez pasos de distancia.

—Alan, Alan..., podemos parar esta desgracia. Podemos pararla ahora mismo. Pero necesito que me ayudes.

Yo le mostré las palmas de las manos, perplejo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Nicholas? —dije.

—Puedes parar este espectáculo bárbaro tan sólo con unas palabras, sólo con unas palabras bien elegidas.

Fruncí el entrecejo.

—¿Quieres que lloriquee? ¿Quieres que les ruegue..., a ellos, por mi vida? — Señalé al príncipe Juan y a sir Ralph Murdac, que nos observaban desde el otro lado de las cuerdas. Eché atrás los hombros y endurecí mi mandíbula—. ¡Nunca lo haré!

—No, no, Alan, nada de eso. No insultaré tu honor de esa manera. Pero has de decirles dónde se esconde el hereje y proscrito conde de Locksley.

Lo miré a los ojos; sus amables ojos verdes me suplicaban; pude darme cuenta de que ansiaba de verdad que hablara.

—No sé dónde está —dije.

—Alan, comprendo que estás a su servicio, que siempre le has servido, que me engañaste al decirme que deseabas servir al príncipe Juan, y que viniste aquí como una... una treta de guerra. Te lo perdono todo. Pero ahora está en juego tu vida. Tienes que decirme dónde está Robin, o al menos cómo podemos encontrarlo. ¡Debes hacerlo! Si no lo haces, dentro de unos instantes el bruto ese de ahí te hará pedazos.

Muy despacio y muy claro, le dije:

—No sé dónde está el conde de Locksley, y aunque lo supiera, no revelaría su paradero ni a ti ni a ninguna otra persona de este castillo.

—Alan, te lo suplicaré si es necesario...

Guardé silencio. No había nada más que decir.

Sir Nicholas sacudió tristemente la cabeza y bajó la vista al suelo.

—En ese caso, que Santa María, madre de Dios, se apiade de ti en esta hora de tu muerte —dijo, y dio media vuelta para marcharse.

De pronto, se volvió y se arrimó más a mí. Me indicó con una seña de la cabeza a Milo, que estiraba sus músculos gigantescos como calentamiento, con las manos enlazadas encima de la cabeza, y flexionaba y hacía girar su enorme cuerpo al sol de la tarde. En apenas más que un susurro, sir Nicholas me dijo:

—Tiene débil la rodilla izquierda. Se la torció hace unos días cuando se entrenaba. La rodilla izquierda, ¿entiendes? ¡Que Dios te acompañe!

Y dicho eso, fue a reunirse con su regio señor en el extremo más alejado de la liza.

Dos hombres de armas se adelantaron y me empujaron hacia el centro de aquel improvisado cuadrilátero: hacia Milo.

El príncipe Juan se puso en pie. En voz alta y sonora, dijo:

—Alan Dale, eres culpable de alta traición contra mi persona, de deslealtad, de faltar a tu juramento y de servir a un proscrito adorador del demonio. Y ahora te

enfrentas a tu justo castigo. Morirás hoy por tus crímenes... Y éste será tu verdugo.

Acabó su pequeño discurso alzando la voz al decir «verdugo». Y en ese momento Milo levantó sus brazos macizos por encima de su cabeza y la multitud lanzó un rugido de aprobación. Sonó como el aullido de una manada de lobos hambrientos. Y puedo asegurar que he oído antes ese sonido.

—¡Empezad! —gritó el príncipe Juan, y se sentó de golpe.



Milo se acercó a mí despacio, con su cara de lechón sonriente, los brazos extendidos, las manos abiertas como garras, los dedos tendidos como en un saludo amistoso, como invitándome a un cálido abrazo. Entonces hablé, con una voz profunda y ronca que parecía surgir de las profundidades de la tierra:

—Voy a aplastarte, enano. ¡Te voy a arrancar la cabeza, como hice con tu amiguito el barquero en Alemania!

No respondí; en vez de eso, retrocedí despacio, moviéndome hacia mi izquierda. Pensé en el honrado Adam de ojos azules y en mi pelirrojo amigo Perkin, y el fuego de la rabia por sus muertes sin sentido fluyó por mis venas como el vino caliente. Iba a matar a aquella bestia humana, me dije a mí mismo. Podía morir en el intento, pero como había prometido a san Miguel meses atrás en las orillas del río Meno, éste iba a ser el día de mi venganza.

El sol estaba ya bajo en el cielo por el poniente, y procuré en lo posible que sus rayos llegaran directamente a los ojos de mi grotesco rival, de modo que seguí moviéndome en círculo hacia la izquierda. También observé su manera de caminar mientras me seguía arrastrando los pies como un oso..., y vi que sir Nicholas tenía razón. Apoyaba de una manera especial la pierna izquierda, y cojeaba de forma casi imperceptible. El ogro me sonrió.

—Ven aquí, enano, y te prometo que seré muy rápido. Ven con Milo, pequeño.

Y de pronto, cuando yo ya estaba cerca del cordón por la parte sur, rodeando todavía hacia el oeste, echó a correr, se me echó encima e intentó agarrarme. Yo me agaché, puse la mano izquierda en el suelo y le asesté una patada con la bota derecha, que impactó de lado a la altura de su rodilla izquierda. Dio un aullido de rabia, y se lanzó hacia mí con los brazos extendidos para rodearme con ellos. Esquivé su enorme brazo derecho y bailoteé un par de pasos hasta colocarme a su espalda. Y sentí el primer atisbo de esperanza. Era lento, era muy lento..., y la patada en la rodilla le había dolido.

Retrocedí de espaldas hacia el extremo oeste de la liza. Oí los abucheos de la multitud por mi cobarde retirada, pero sabía que, si quería vivir lo bastante para tomarme mi venganza, tenía que mantenerme lejos de sus brazos trituradores. Milo

gruñó algo ininteligible y cargó una vez más contra mí. Yo hice un quiebro a la izquierda y cuando él se desvió hacia ese lado para agarrarme, me agaché de nuevo hacia la derecha por debajo de sus brazos, aterricé un instante en la tierra apisonada de la liza y de inmediato me puse en pie de un salto, lancé mi pierna derecha y golpeé de nuevo con ella su rodilla izquierda. Aulló y cayó sobre su articulación dolorida, con su espalda peluda hacia mí.

Entonces cometí un error.

Salté sobre su espalda, pasé mi antebrazo izquierdo alrededor de su cuello desde atrás, y apreté con fuerza haciendo palanca con mi brazo derecho. Por Dios que el cuello era grueso, un pie de ancho debía de tener por lo menos. Y aunque yo apretaba con todas mis considerables fuerzas, con la esperanza de impedirle respirar y cortar el flujo de la sangre a su maciza cabezota, era lo mismo que intentar estrangular a un roble. Milo se levantó sobre sus pies, conmigo colgado de su espalda peluda y sudorosa, y me levantó del suelo como si yo fuera un niño con el que jugara al caballito.

Oí el rugido de la multitud como un eco lejano, que sonaba como el batir de un mar furioso contra un acantilado. Milo alzó los brazos, saludando impertérrito al público, y empezó a mover su cuerpo en una serie de enormes sacudidas, a izquierda y derecha, para intentar descabalgarme. En cualquier caso, mi presa no parecía tener el menor efecto en él. A medida que sacudía su gran corpachón macizo, el mío volaba de lado a lado en cada sacudida, pero me aferré a él como a una tabla de salvación, intentando mantener la presión sobre su cuello y aumentarla en la medida de lo posible. Sentí el retumbo de su furia de ogro a través de los huesos de mi antebrazo izquierdo. Luego cambió de táctica. Lanzó su enorme puño derecho por encima de su propio hombro, y me golpeó en el lado derecho de la cabeza. Fue un golpe hacia atrás, asestado sin mucha fuerza, pero me proyectó hacia la izquierda y noté que mi presa se aflojaba. Entonces lanzó otro golpe con la izquierda, alcanzándome de pleno en la oreja y enviándome al suelo, aturdido, con la cabeza dándome vueltas. Se revolvió y me lanzó una patada al pecho, pero rodé de lado justo a tiempo para evitarla, y seguí rodando sobre mí mismo sobre la tierra apisonada mientras él me perseguía rabioso, lanzándome patadas y rugiendo. De haberme alcanzado uno de los golpes de aquellos pies enormes, me habría aplastado el pecho como una piedra al caer sobre un huevo. Pero seguí rodando y rodando, fuera del alcance de sus patadas. Desesperado, proyecté mi pie en una patada lateral, y por la gracia de Dios volví a alcanzarle otra vez en la rodilla izquierda, por detrás y desde abajo, y le hice caer al suelo con un bufido rabioso.

Al ponerme en pie de un salto, vi que él estaba seriamente herido. Pero también me di cuenta de que me faltaba la respiración, y de que aún seguía aturdido por los puñetazos recibidos en la cabeza: las piernas me flojeaban como si estuvieran hechas

de agua, y sentí una necesidad urgente de vomitar. Milo forcejeó para levantarse, y una vez puesto en pie apenas si podía apoyar el peso del cuerpo en la pierna herida. Pero a pesar de su aspecto inhumano, no era ningún cobarde. Rugió:

—Ahora vas a morir, gusano diminuto.

Y cargó contra mí una vez más, con la fuerza que le daba su rabia ferina para correr utilizando la rodilla herida.

En aquel momento, supe de pronto qué debía hacer. La maniobra que me había enseñado el pequeño Thomas Lloyd hacía muchos meses, en Kirkton, un truco de lucha que él mismo había ideado, según me dijo, para utilizar el impulso de un adversario más fuerte y pesado contra él mismo. Lo utilizó conmigo, y me derribó con facilidad..., y no fue sólo mi orgullo lo que quedó maltrecho en aquella ocasión. Musité una rápida oración a Miguel, el arcángel guerrero, y cuando Milo se me echó encima, cojeando pero con una velocidad sorprendente, ensayé la extraña llave de lucha del pequeño Thomas.

Cuando Milo alargó los brazos para agarrar mi cuerpo con sus enormes manos, me dejé caer hacia atrás delante de él, recogiendo las rodillas hacia mi estómago y curvando mi columna vertebral, adoptando la posición de un bebé recién nacido. Cuando Milo tropezó en mi cuerpo tumbado y perdió el equilibrio, manoteando en el aire, yo le sujeté las muñecas, tiré de él hacia delante y proyecté de pronto las piernas hacia arriba contra su estómago... Y empleando toda la fuerza de mis jóvenes piernas, lo levanté en el aire por encima de mi cuerpo.

Salió volando de mis piernas extendidas, hacia el cielo azul, y su enorme cuerpo dio un círculo completo en el aire y fue a caer tres metros más allá, aterrizando con un crujido estremecedor... sobre su pierna izquierda.

Salté y corrí hacia él, mientras mi mente percibía en una fracción de segundo la visión de la pierna rota asomando debajo de su cuerpo caído, en un ángulo recto antinatural. Su alarido ahogó el rugido de la multitud cuando corrí hacia él y le golpeé con la bota derecha, con toda la fuerza que pude reunir, en el lado de la cara visible mientras seguía tendido en el suelo gimiendo de dolor. La cabeza sufrió una sacudida al impacto de mi pie, pero él apenas pareció notarlo y siguió sujetándose de forma frenética la rodilla rota, y chillando como un puerco a medio degollar. Sólo entonces me dirigí a él por primera vez. Grité:

—¡Por Perkin!

Y pisé con todas mis fuerzas el pómulo de su cara con el tacón de mi bota. Mi esfuerzo tuvo su recompensa en un fuerte crujido de huesos. Intentó moverse, incorporarse, de modo que le lancé otro rápido puntapié al ojo derecho, que lo machacó y empujó hacia atrás su gigantesca cabezota con el impacto, y otra dura patada de derecha a izquierda en la sien, y aún otra más que debió de dislocarle la mandíbula, y otra que fue a dar en el pómulo roto. Su cabeza estaba ahora

ensangrentada y en carne viva; deformada en un amasijo de hueso y dientes, colgaba inerte de su cuello de toro, pero no me detuve. Pensé en las muertes de mis amigos y seguí pateando y pisando, asestando golpe tras golpe con mis pies a aquel enorme corpachón de niño gigante. Aquella tarde me dominaba una furia negra y terrible, alimentada por el miedo al monstruo que yacía despatarrado delante de mí y por un odio profundo a todos los espectadores que me rodeaban, y durante más tiempo del que puedo recordar seguí golpeando, pateando, pisoteando aquella cabeza convertida en una masa amorfa y sanguinolenta, hasta que mis fuertes botas de cuero quedaron impregnadas de su sangre, su piel y sus tejidos, y mi enemigo no se movió más.

Me detuve por fin, jadeante, tembloroso de emoción, y miré a mi alrededor la multitud de hombres de armas que se apretaban detrás del cordón que delimitaba la liza. Guardaban un silencio absoluto, y ninguno sostuvo la mirada de mis ojos enloquecidos y furiosos. Miré al príncipe Juan; tenía la boca desencajada de tan abierta, dejando ver unos dientes pequeños y amarillos y una lengua rosada y reluciente. Sir Ralph Murdac, a su lado, estaba pálido y parecía conmocionado.

El príncipe Juan fue el primero en recuperarse.

—¡Apresadlo! —graznó, y de pronto me vi rodeado por una docena de hombres de armas con las espadas desenvainadas. Me preparé para morir—. Lleváoslo... de aquí —consiguió decir el príncipe.

Y mientras unas manos rudas tiraban de mí otra vez hacia el torreón, oí gritar a mi espalda al príncipe Juan, con voz temblorosa por la emoción:

—¡No te librarás de ésta, asqueroso bastardo! ¡No escaparás a tus crímenes! ¡Te ahorcaré por esto, te ahorcaré por esto, maldito... animal diabólico, sanguinario hijo de una bruja! Ante Dios juro que te ahorcaré mañana al amanecer.



De vuelta al almacén del subterráneo, lloré desconsoladamente. No sé por qué, pero con frecuencia después de una pelea siento una terrible tristeza, un malestar anímico que me abruma. En general puedo controlarlo, pero en aquel lugar oscuro y sin esperanza, tembloroso todavía de rabia después de machacar a Milo, me permití a mí mismo la debilidad y el consuelo de unas lágrimas de mujer. Aquello no duró mucho rato, y debo admitir que, después, me sentía mucho mejor.

En las horas siguientes, tuve tiempo de sobra para analizar mi situación. La parte buena era que había derrotado a un monstruo decidido a despedazarme; mis enemigos habían dispuesto para mí una muerte humillante y, con una buena dosis de suerte (aquí bendije al pequeño Thomas Lloyd y sus extraños pero eficaces trucos de luchador), había evitado mi destino y conseguido vengar de forma adecuada a Perkin y Adam. Seguía vivo. Tal vez algo magullado en la cara y el cuello, os lo aseguro

(había recibido golpes salvajes tanto de Little John como del monstruoso Milo en menos de dos días), pero en buena medida sano y salvo.

La parte mala era que iba a ser ahorcado como un criminal común a la mañana siguiente.

Me lavé las heridas de la cara con lo que quedaba de agua, y también bebí un poco y noté el sabor metálico de mi propia sangre en la jarra. Recé una vez más por mi salvación, en esta vida o en la otra. Y finalmente me tendí de nuevo sobre los sacos de cebada e intenté dormir.

Apenas había cerrado los ojos, cuando se abrió la puerta del almacén y entraron dos hombres. Uno de ellos colocó una antorcha encendida en un blandón fijado a la pared, y cuando mis ojos se ajustaron a aquella luz repentina, vi que se trataba de sir Nicholas de Scras. Había esperado a medias una visita de mi amigo, pero su compañero fue una sorpresa completa para mí: era sir Aymeric de Saint Maur, el caballero templario que había perseguido a Robin con tanto ahínco.

Sir Nicholas me ofreció una jarra de cerveza, una rebanada de pan de centeno y un bol pequeño con un guiso de cordero frío. Sólo en aquel momento me di cuenta de que estaba hambriento. Los dos caballeros me observaron mientras comía con ansia y saciaba mi sed; no dijeron nada, se limitaron a mirarme a la luz vacilante de la antorcha. Cuando hube rebañado la grasa que quedaba en el bol con el último pedazo de pan, fui yo quien rompió el silencio:

—Gracias —dije—. ¿Y a qué debo esta cortesía inesperada?

—Sabes lo que queremos, Dale —dijo sir Aymeric—. O mejor dicho, *a quién* queremos. Eres un hombre de Locksley, y tienes que saber cómo y dónde podemos encontrarlo. Y podemos forzarte a decírnoslo si es necesario. —Sonrió con crueldad—. He descubierto que un hierro candente aplicado con habilidad suelta las lenguas más tercas.

No pude disimular un estremecimiento. En una ocasión, ya había sido torturado por sir Ralph Murdac con hierros candentes, y ni siquiera ahora, tantos años después, soporto revivir aquel recuerdo aciago. Recordé al pobre inválido arrastrado hasta el centro de la iglesia del Temple ante el tribunal de la Inquisición, y traté de no imaginar lo que le había hecho Aymeric de Saint Maur para conseguir su testimonio contra Robin. Sacudí la cabeza.

—Me estoy cansando de repetir siempre lo mismo. Pero os lo diré una vez más, y después no volveré a hablar de este tema. No-sé-dónde-está Robin. Le sirvo, sí, y me siento muy honrado al hacerlo. Pero arreglamos las cosas de modo que nunca pudiera traicionarlo..., ni siquiera en medio del dolor de la tortura o la muerte.

Sir Aymeric de Saint Maur me dirigió una mirada hostil. Durante unos momentos, nadie habló. Luego dijo:

—Hemos enviado a unos hombres a buscar a tu sirviente..., el extranjero. Y

cuando lo tengamos aquí, veremos si un poco de calor no desata *su* lengua. O tal vez, al presenciar su agonía, te sentirás más inclinado a hablar.

Apreté los labios, rechiné los dientes y decidí que no iba a decir nada más.

—No habrá necesidad de tomar todas esas medidas desagradables —dijo sir Nicholas de Scras en tono tranquilo—. Sir Aymeric, tened la bondad de dejarnos. Me gustaría hablar con Alan a solas. Espero de vuestra generosidad que me concedáis esta pequeña merced.

Aymeric miró ceñudo a sir Nicholas durante unos instantes; parecía desconcertado. Luego dio media vuelta para marcharse, pero antes de salir lanzó su amenaza:

—Muy bien, pero advertid esto: si no habla con vos, hablará conmigo antes de que amanezca.

Y dejando esas palabras flotando en el aire como un mal olor, salió de la celda y cerró de un portazo la puerta de madera de olmo a su espalda.

Sir Nicholas y yo nos miramos el uno al otro durante unos instantes. Luego el caballero dijo:

—Aún no es demasiado tarde para ti, Alan. —Su voz era quejosa y amable, como la de un padre que intenta convencer a un niño recalcitrante—. Podemos acabar con todo esto, si pones un poco de tu parte. Por favor, Alan, por tu bien y el mío: ayúdame a ayudarte.

No dije nada, apreté las mandíbulas y le miré a los ojos; y mi silencio pareció animarle a hablar.

—No tengo muchos amigos —dijo el antiguo hospitalario—, y menos aún ahora, que he abandonado la orden. Pero en una ocasión pensé que tú y yo podíamos llegar a ser grandes amigos. Y cuando te cuelguen mañana, sentiré una gran tristeza al ver perecer a otro hombre que me ofreció la promesa de una amistad. Desde luego, la culpa será enteramente tuya: si tan sólo quisieras hablarme de tu amigo Robin, si confiaras en mí, yo podría salvarte, incluso ahora en esta situación. Pero has elegido morir. Y puedo entenderlo. Respeto tu lealtad a tu señor, aunque has mostrado tu temple un centenar de veces; has probado tu coraje y tu valor como un leal vasallo, y tal vez haya llegado el momento de que pienses en ti mismo. En salvarte. Alan, te lo ruego, ¡sálvate!

Hizo una pausa para darme la oportunidad de hablar. Pero yo no dije nada, me limité a mirarlo con la boca cerrada.

—Yo tenía un amigo en Ultramar, un buen amigo —siguió diciendo sir Nicholas—. También era amigo tuyo, creo. Se llamaba sir Richard at Lea..., y sabes muy bien cómo murió. Sabes..., sabes quién lo mató.

Hizo una nueva pausa y me miró, y esta vez no pude sostener su mirada.

—Sabes que tu señor Robert de Locksley ordenó a sangre fría la muerte de un

hombre bueno; mató a mi amigo..., a tu amigo, sólo para enriquecerse como un repugnante mercader con el negocio del incienso.

Quedé sorprendido. No podía entender de qué manera se había enterado sir Nicholas de todo aquello; parecía capaz de leer directamente mi mente. Entonces puso fin a mi perplejidad.

—En el hospital de Acre cuidé de ti cuando enfermaste —dijo sir Nicholas—. ¿Acaso no lo recuerdas?

Yo asentí y recordé su amabilidad conmigo. Sentí un deseo abrumador de hablarle, de darle las gracias, y sólo con mucha dificultad pude retener mi lengua.

—Yo te cuidé, sequé por la noche el sudor que cubría tu cuerpo y te calmé cuando delirabas. Te oí despotricar noche tras noche; y recuerdo muy bien lo que decías. ¿Quieres saber lo que contaste en tu delirio? ¿Sabes a quién acusaste de asesinar a sir Richard? Creo que sí lo sabes. Nombreste a Robert, conde de Locksley, como su asesino. Y lo llamaste monstruo, adorador fanático del demonio. Todo lo que sé yo de los crímenes de Locksley, lo sé porque tú me lo contaste en aquellas largas noches febriles de Acre.

El rostro de sir Nicholas se había hecho más severo, y su voz era ahora un poco más dura, un poco menos amable y paternal.

—Ya has traicionado a Robin Hood, tu amigo, tu señor. ¿No lo sabías? Fui yo quien contó a los templarios dónde debían buscar para encontrar las pruebas de sus creencias heréticas; de sus sacrificios impíos a los demonios del bosque. Y toda la información, hasta el último detalle, la conseguí de ti, de tus delirios de enfermo.

»¡Ya has traicionado a tu señor, Alan Dale! Eres ya un traidor..., y un traidor de verdad esta vez. Pero ahora tienes la ocasión de salvar tu piel y vivir una vida larga y feliz. Todo lo que has de hacer es hablar conmigo. Lo llamaste monstruo. Y lo es. Mató a mi amigo, a mi buen amigo Richard..., ¡y todo por el sucio dinero del incienso! Ayúdame, Alan. Ayúdame a llevar a ese monstruo ante la justicia para que nuestro noble amigo sir Richard at Lea pueda descansar en paz en su tumba.

Bajé la mirada al suelo. Los músculos de mis mandíbulas se tensaron, mis dientes rechinaron por el esfuerzo de mantenerme callado.

El silencio se prolongó durante una eternidad y, finalmente, sir Nicholas desistió. Se puso en pie y llamó a la puerta del almacén para que la abriera el guardia.

—¿Por qué no quieres ayudarme, Alan? ¿Por qué?

Se detuvo en el umbral de la puerta abierta; no esperaba volver a verle en este mundo, de modo que, por fin, decidí hablar.

—Hice un juramento a Robin hace mucho tiempo, cuando yo era sólo un muchacho. Aunque no era aún un hombre, juré: juré que le sería leal hasta la muerte. Y tengo intención de cumplir mi juramento. Es algo que un hombre como tú, que ha roto sus votos sagrados, un hombre que vuelve la espalda a sus amigos, seguramente

no puede comprender.

Sir Nicholas se encogió al oír mis palabras, tal como yo había pretendido; y dos manchas rojas aparecieron en sus mejillas. Hizo la señal de la cruz sobre su pecho, en el lugar en el que, en tiempos, había una cruz blanca bordada en su sobreveste negra de hospitalario: los hábitos sagrados que había colgado.

—Dios nos juzgará a todos cuando llegue la hora —dijo finalmente, y tomando la antorcha del blandón de la pared, se dispuso a marcharse.

—Espera, Nicholas —dije para retenerlo—. Tengo una pregunta para ti. Como voy a morir mañana por la mañana, supongo que nada te impide ya responderme a esto: ¿por qué mataste a aquel hombrón, Tom, a la puerta de la taberna del Jabalí Azul, en Westminster? Estaba herido y podía hablar, pero te diste mucha prisa en silenciarlo. ¿Por qué?

Sir Nicholas inclinó la cabeza a un lado y me miró, pero la luz de la antorcha parpadeaba a través de su rostro y sus ojos quedaban en una sombra profunda.

—Después de lo que acabas de decirme, no estoy seguro de desear complacerte. —Siguió mirándome un rato, y se encogió de hombros—. Bueno, supongo que no hago daño a nadie... —Sonrió con tristeza, como si viera aún en mí al joven Alan de Acre—. Sabía que el príncipe Juan había enviado hombres a matarte..., pero no sabía quiénes eran. Pensé que los hombres que estaban fuera de la taberna podían venir de parte del príncipe. Y si era así, y el tal Tom lo admitía bajo tu interrogatorio, sabía que nunca vendrías por tu voluntad a alistarte en el partido del príncipe Juan. Ése fue mi razonamiento. Quería que tú fueras a Juan, pues pensaba que sería un modo de poder atrapar yo a Robert de Locksley. Pensé que, si estábamos los dos en el mismo bando, podías dejar escapar algún dato que me permitiría llegar hasta él. Según parece, me equivoqué.

Nuestras miradas se encontraron durante un par de segundos. Yo no dije nada más. Luego él medio me saludó con la mano derecha, salió deprisa de aquel improvisado calabozo, y la puerta se cerró en silencio a su espalda.

Cuando sir Nicholas se hubo marchado, intenté dormir una vez más. No pude: demasiadas imágenes se agolpaban en el interior de mi cabeza para permitirme conciliar el sueño. Visiones de Robin, de Little John, y de la terrible muerte de sir Richard en los arenales manchados de sangre de Ultramar; imágenes de Goody y de Marian; de la cabeza ensangrentada de Milo, inerte bajo mis botas; de la expresión aterrorizada de Ralph Murdac. Y luego estaba la horca. Iba a morir al cabo de pocas horas. Había visto a mi propio padre ahorcado cuando yo era un niño, arrancado de su cama y colgado de un árbol por los hombres de sir Ralph Murdac, y el recuerdo seguía inquietándome. Podía ver su rostro distorsionado de una manera horrible, y sus ojos desorbitados cuando la cuerda le arrancó la vida, y vi una vez más la orina goteando de sus pies que pataleaban. ¿Iba a ser mi destino el mismo de mi padre?

¿Había nacido para morir ahorcado?

Poco después de la medianoche, tras varias horas de insomnio, la puerta se abrió de nuevo, esta vez de forma muy silenciosa, y Robert Odo, el proscrito conde de Locksley, entró en mi celda.

Capítulo XVI

Por supuesto, no supe de inmediato que era Robin. La puerta se abrió sin ruido, y en las profundas tinieblas de los subterráneos del castillo a medianoche lo oí acercarse a mí, más que verlo. Luego habló:

—¿Eres tú, Alan?

E incluso en aquel susurro ahogado, supe que mi señor había venido y que todo iba a salir bien. Puedo recordar vívidamente la emoción que sentí en aquel momento, como una gran oleada de calor que inundó mi alma de alegría. Sabía que Robin me llevaría fuera de aquel encierro oscuro, a la luz y a la seguridad.

Sentí deseos de abrazarlo..., pero me controlé, tal como debe hacerlo un hombre. No quería que Robin pensara que estaba asustado y temía por mi vida. De modo que me limité a susurrar:

—¿Por qué has tardado tanto? Me he aburrido hasta sentirme un estúpido, esperando que aparecieras.

Una broma muy floja, lo sé, pero noté que Robin sonreía en la oscuridad.

—Soy un hombre muy ocupado —me contestó también en susurros, con una insinuación de risa en su tono—. Demasiada plata por robar, y demasiados bribones que rescatar. —Luego continuó, siempre en una voz muy baja, apenas audible—: ¿Estás bien, Alan? ¿Te han torturado? ¿Estás herido? ¿Crees que podrás descolgarte por una cuerda?

Admití que estaba prácticamente intacto.

—Entonces vámonos..., a menos que prefieras quedarte y holgazanear un rato más en tu pequeña y cómoda celda.

Nos deslizamos por la puerta abierta y, en el pasillo oscuro del otro lado, advertí una sombra y oí otra voz familiar: Hanno.

Hubo un roce de ropas, y Hanno tendió algo pesado a Robin. Mi señor volvió rápidamente a la celda-almacén. Mientras esperábamos, tomé a Hanno del brazo y le pregunté en un susurro qué demonios estaba haciendo Robin.

—Una cabeza de lobo —contestó mi amigo. E imaginé su horrible mueca en la oscuridad.

—¿¡Qué!?! —susurré a mi vez.

—Deja en tu celda la cabeza de un lobo grande, Alan. Recién cortada esta mañana de un animal cogido en una trampa en Sherwood.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

El volumen de mi voz aumentó. Aquel comportamiento me parecía próximo a la locura. ¿Por qué estábamos de pie en aquel pasillo oscuro hablando de fieras decapitadas? Me sentí alarmado: ¿había enloquecido Robin al verse empujado de nuevo a la vida de proscrito?

Fue el propio Robin quien me respondió, al regresar en silencio de la habitación del almacén, después de correr el cerrojo con un chasquido sordo.

—Terror, Alan. Sólo para meterles miedo —susurró—. Sabes cómo me gusta hacerlo... Crear el máximo de terror con el mínimo esfuerzo.

Salimos de allí. Con Hanno a la cabeza y Robin cubriendo la retaguardia, recorrimos el pasillo a oscuras. Torcimos a la derecha, y enseguida a la izquierda; Hanno parecía saber exactamente dónde íbamos, pero yo no. Los golpes que había encajado en la cabeza debieron de arrebatarle algo de lucidez, porque sólo entonces, mientras recorríamos en silencio los pasillos subterráneos debajo de la gran torre y del recinto superior del castillo, en las horas muertas de después de la medianoche, conseguí entender lo que había hecho Robin al volver al almacén. Intentaba convencer a los hombres de armas de la guarnición de que yo me había esfumado de mi celda atrancada con cerrojo por arte de magia. Y al dejar la cabeza de lobo cortada, estaba diciendo que era él, Robin Hood, el conde proscrito que llevaba la imagen de la cabeza de lobo en su bandera, quien había realizado aquel truco demoníaco.

Si la gente creía que Robin era culpable de herejía, que se conjuraba con demonios y espíritus y todas esas cosas, sólo a él mismo debía culparse. Y a la zaga de esa idea, me vino otra: a él le agradaba que la gente pensara que tenía poderes extraordinarios y demoníacos. Recordé a un amigo tuerto, espectacularmente feo, de mis primeros tiempos de proscrito, que me dijo que Robin se había aficionado a todo ese tema de lo diabólico para impregnar de mística su figura en las leyendas del país. Pero era evidente que también le divertía. Era algo prohibido, pernicioso, impío..., y a Robin le encantaban ese tipo de cosas.

De pronto, mi mancillada mente se planteó una cuestión distinta. Toqué la manga de Robin y susurré:

—¿Cómo habéis entrado aquí? ¿Y dónde vamos ahora?

Él rio casi en silencio, y dijo:

—¡Pronto lo verás!

Y hube de contentarme con eso.

Nos detuvimos al final del pasillo siguiente, y tanto Hanno como Robin me pusieron sus brazos en el pecho para que me apretara contra el frío muro de piedra: aquellos dos tenían una extraña facilidad para hacerme sentir ridículo. Del otro lado de la esquina llegaba el sonido de pasos: las botas de un soldado solo. Un hombre y el

resplandor de una luz.

Sentí el calor del rostro de Hanno junto a mi oído, y tres palabras susurradas:

—¡Observa y aprende!

El infortunado soldado dobló la esquina y Hanno saltó sobre él con la rapidez de una comadreja cazando. Su mano izquierda tapó la nariz y la boca del hombre, y el brazo derecho empujó una larga daga en el vientre desprotegido, justo debajo de la caja torácica, y enseguida volvió la trayectoria del arma hacia arriba, de modo que penetrara en el pecho. El hombre fue a chocar con la pared de enfrente, y la linterna que llevaba en la mano cayó al suelo con un ruido metálico. Había sido tomado completamente por sorpresa, y sólo pudo emitir unos gruñidos ahogados de dolor y terror antes de que la larga hoja de la daga de Hanno encontrara su corazón y lo perforara. Con un vómito de sangre caliente, el hombre de armas se derrumbó en el suelo cual marioneta desmadejada sin cuerdas, que muy pronto quedó inerte.

—¿Has visto? —Hanno me hablaba de nuevo al oído—. Así es perfecto. La daga penetra, así, y luego la empujas hacia arriba, así.

Me palpaba el abdomen con un dedo extendido, pero yo no estaba de humor para más lecciones sobre asesinatos silenciosos; miraba al hombre muerto a la luz de su linterna caída, la cómica expresión de sorpresa de su cara..., y su cinto. Porque sujeta a él, en el lado izquierdo, había un arma de larga hoja triangular con un mango sencillo de madera y una guarda robusta de acero. Era mi misericordia. Por una casualidad afortunada, aquél era uno de los guardianes que me habían prendido en la gran sala dos días atrás. Sin duda consideró que la misericordia era un botín de guerra legítimo. Bueno, pues ahora era mía otra vez. La saqué del cinturón del hombre muerto y volví a colocarla donde siempre debería haber estado: en el interior de mi bota izquierda. También me llevé su espada y el tahalí. Y de pronto todos mis temores se desvanecieron. Pasara lo que pasara esta noche, no iba a permitir que me capturaran vivo otra vez. Tenía un arma en mi bota y otra en mi cintura, y estaba dispuesto a matar al mundo entero si era necesario.

Robin se arrodilló junto a la linterna, abrió la portezuela metálica y apagó la vela que ardía en el interior. De nuevo nos sumergimos en una oscuridad completa.

Hanno nos condujo con rapidez y en silencio a través de un tramo de escaleras a oscuras, y, después de cruzar una puerta, salimos a un pasillo corto en el que de nuevo hicimos una pausa. Vi el resplandor de otra luz en el recodo más próximo. Con cautela para no hacer el menor ruido, Hanno se tendió en el suelo y atisbó desde abajo lo que había al otro lado de la esquina de la que venía la luz. Se puso de nuevo en pie y se aproximó a Robin y a mí.

—Son dos —susurró. Puso la palma de la mano en mi pecho, me empujó suavemente contra la pared y murmuró—: Quédate aquí, Alan. No te muevas.

Mi señor me hizo una seña, y se colocó la capucha de modo que le cubriera parte

del rostro. Y mis dos amigos, el uno con la cabeza rapada y el otro envuelto en su capa, los dos armados y muy peligrosos, dieron la vuelta a la esquina y me dejaron solo en la oscuridad.

Oí a Hanno preguntar con su mejor acento inglés:

—Hola, amigos, tened la bondad de decirme: ¿se va por aquí a la despensa del queso?

Luego llegó hasta mí el ruido de un golpe, un gemido ahogado, el estruendo de metales al chocar con el suelo y un horrible gorgoteo húmedo. Y de pronto supe exactamente en qué lugar del castillo de Nottingham nos encontrábamos. En las puertas de la cámara del tesoro del príncipe Juan. A tan sólo unos metros del mayor montón de plata de toda la Inglaterra central.

Atisbé desde la esquina del pasillo, y vi a Robin y a Hanno, cada uno arrastrando el cuerpo de un centinela muerto y colocándolo en posición, sentados en el suelo con las piernas extendidas y la espalda apoyada en la pared de piedra del pasillo. Era evidente que procuraban que pareciera que los dos hombres se habían dormido en su puesto junto a la puerta. La treta no engañaría a nadie mucho tiempo: la sangre que formaba sendos charcos alrededor de los cuerpos revelaría la verdad.

Robin tomó un pesado manojó de llaves de uno de los cadáveres, introdujo una de ellas en el gran cerrojo de hierro y la giró. Mientras yo me acercaba por el pasillo, él abrió la puerta de par en par y sostuvo en alto la linterna que tenían los dos hombres que acababan de matar, para iluminar el interior de la cámara.

Era como la cueva del tesoro de un dragón: un botín deslumbrante. Había barriles de pequeño tamaño que rebosaban de peniques de plata, cofres forrados de hierro que contenían piedras preciosas, sacos repletos de monedas, bandejas de oro y de plata, candelabros, copas, cuchillos, cálices, platos de servir, joyas de adorno femenino. Toda la riqueza de media Inglaterra estaba en aquel lugar apilada en estantes, en cajas de madera, en barricas, e incluso en grandes montones en el suelo. La luz de la vela arrancaba reflejos, destellos y relumbres de aquella increíble acumulación de botín, y me pareció que incluso Robin se había quedado atónito al ver tanta riqueza junta en un solo lugar.

Pero sin duda hizo lo que pudo para no demostrarlo. Se apresuró a abrirse la capa y desatar una serie de bultos de ropa que llevaba atados a la cintura. Me echó un par de ellos, y yo los atrapé al vuelo. Al desplegarlos, vi que se trataba de pares de alforjas de tela basta sujetas con una red de cuerdas sólidas. Hanno me enseñó cómo llevarlas: llenó las dos alforjas de cuerda de peniques de plata, y luego se pasó por el cuello las pesadas bolsas, de modo que la carga tintineante colgaba de una especie de arnés debajo de sus brazos, junto al costillar. Luego tomó otro par de alforjas, y empezó de nuevo a llenarlas.

—Sólo monedas, me parece —dijo Robin—. Dejad todo lo que sea demasiado

voluminoso. Y no carguéis con más de lo que os permita correr con comodidad, muchachos. ¡Deprisa, ahora!

Y nos pusimos a ello, utilizando las manos como palas para volcar los discos brillantes de plata en cascadas relucientes que iban a caer dentro de las alforjas, y colgándolas luego del cuello y los hombros, recubriendo así nuestros cuerpos con una fortuna. No pude resistirme a reír en silencio; si hubiera de morir en ese momento preciso, pensé para mí, moriría rico.

Robin me pasó un cinturón ancho de cuero del que colgaban seis grandes bolsas de piel a distancias equivalentes. Me lo abroché a la cintura, y llené una a una las bolsas de monedas de oro: bezantes gruesos, grasientos, relucientes, como no los veía desde la época que pasé en Ultramar. Miré a los otros dos hombres: sus ojos brillaban de codicia y del simple placer de ver brillar metales preciosos a la luz de una vela. Y nuestra alegría era contagiosa.

Por fin, Robin ordenó que paráramos nuestro saqueo.

—¡No más! —dijo—. No más, o no podremos ni movernos.

Yo estaba admirando una cruz de oro hermosamente esculpida, engastada con piedras preciosas.

—Alan, deja eso y vámonos de aquí —ordenó en un susurro.

Durante un instante, pensé en desobedecerle. Quería esa cruz; era tan hermosa, tan fina..., sin duda me la había merecido por haber resistido todas las presiones recientes contra mi lealtad hacia él. Es tanta la atracción oscura que ejerce un tesoro sobre el alma de un hombre que dediqué una mirada malévola a Robin y pensé en embutir la cruz en la caña de mi bota... Luego recuperé la sensatez y volví a colocar la hermosa cruz en un estante próximo. Y a regañadientes salimos de la cámara del tesoro, y Robin cerró cuidadosamente la estancia con llave detrás de nosotros.

Pasamos por encima de los dos cadáveres, con un leve tintineo a cada movimiento porque cada uno de nosotros cargaba aproximadamente con unos treinta kilos de monedas colgados de docenas de bolsas sujetas con cuerdas a nuestros cuerpos. Seguimos tambaleantes nuestro camino a lo largo del pasillo, de nuevo en la oscuridad más absoluta, yo con la mano puesta en el hombro de Hanno, que iba en cabeza, y Robin caminando pesadamente detrás de mí. Llevábamos tantas monedas como podíamos cargar, pero apenas habíamos dado un bocado al contenido del tesoro... Como mucho llevaríamos la centésima parte del oro y la plata amontonados allí. Me quedé asombrado de la cantidad de riquezas que había acumulado el príncipe Juan en los últimos meses, a pesar de los continuos asaltos de Robin a sus carros de la plata. Juan debía de ser a aquellas alturas el hombre más rico de Inglaterra, con gran diferencia. Mientras pensaba en esas cosas, tropecé, me fui de bruces contra la espalda de Hanno, y las alforjas llenas de monedas que llevaba al pecho resonaron al chocar con las que él cargaba a la espalda.

—¡No hagas ruido! —susurró Robin, furibundo. Y yo acepté en silencio su reprimenda.

Ahora temía tropezar con un piquete de soldados. En circunstancias normales, con Robin y Hanno a mi lado, podríamos medirnos con cualquier grupo de hombres armados, una docena incluso de ellos. Pero cargado como estaba con el peso muerto de todo aquel metal que colgaba de mi cuello, de los hombros, el pecho y la cintura, sería tan lento de movimientos en una pelea como el ogro Milo, y no estaba seguro de derrotar ni siquiera a un hombre de armas medianamente competente. De modo que recé para no ser descubiertos mientras avanzábamos tan silenciosos como nos era posible por más pasillos y pasadizos, siguiendo el infalible sentido de la orientación de Hanno, que era capaz de moverse en la oscuridad como un zorro.

Por fin nos detuvimos junto a una gran puerta en el muro de piedra arenisca. Hanno descorrió el cerrojo oxidado, entramos en una habitación polvorienta y cerramos en silencio la puerta a nuestras espaldas. Oí cómo Robin arañaba un pedernal con la daga, hasta ver unas chispas y enseguida una llama pequeña con la que encender la vela de la linterna. Vi que, arrimados a las paredes de la habitación, había barriles de diferentes tamaños, todos ellos cubiertos de espesas telarañas. Barricas de vino, barriles de cerveza, grandes toneles..., docenas de ellos. Golpeé uno o dos para probar, y estaban vacíos. Las telarañas tendrían que habérmelo hecho suponer; estaba claro que esta habitación no había sido utilizada desde hacía años. Para ser sincero, sufrí una decepción: me apetecía beber algo, la excitación de la noche y el peso de todo el metal que llevaba encima me habían dado sed.

Hanno me hizo seña de que me acercara a la pared de enfrente, donde una vieja cortina colgaba de una barra. Descorrió la cortina, y dejó al descubierto otra puerta, muy ancha y baja (de no más de metro y medio de altura), y como el mago de un cuento de hadas sacó una gran llave de hierro de su bolsa, y la blandió a la luz tenue de la linterna de Robin. Me quedé desconcertado, pero seguí a Hanno cuando abrió la puerta y, agachado para pasar bajo el dintel, entró en una cámara muy pequeña que había al otro lado. Cuando Robin se unió a nosotros, Hanno cerró solemnemente la puerta baja que habíamos cruzado, arrojó la llave a un rincón, y nos señaló con un floreo de la mano la estructura que ocupaba el centro de aquel recinto. Parecía tratarse de un pozo de alguna clase: un murete circular de piedra hasta la altura de nuestras rodillas, de un diámetro de metro ochenta aproximadamente, encima del cual se alzaba el brazo de una grúa pequeña, con una polea y un torno con manivela de aspecto sólido: una gruesa cuerda colgaba de la polea y descendía hasta las profundidades del pozo.

Fruncí el entrecejo: sabía que el castillo tenía un pozo muy hondo en el recinto exterior, cerca de la destilería, y grandes cisternas para almacenar el agua de lluvia en la parte superior de la gran torre, en previsión de un asedio, pero no tenía idea de que

hubiera un pozo en este lugar, en lo que me pareció ser el costado sudeste del recinto superior. Sin duda estábamos a demasiada altura para que alguien se hubiera atrevido siquiera a pensar en perforar la piedra arenisca en busca de agua. Miré por el hueco del pozo, pero no pude ver nada a más de dos metros de distancia. Y tampoco se veía el reflejo aquietado de una superficie con agua en el fondo. ¿Era un pozo seco, entonces?

Robin se me acercó, sonriente y feliz.

—¿Qué te parece, Alan? Brillante, ¿no? Detrás de esa carota vulgar de bebedor de cerveza, tu amigo Hanno esconde a un auténtico genio.

Yo estaba algo espeso ese día, lo confieso. Y mi desconcierto debió de resultar muy evidente. Robin se echó a reír:

—Vamos, Alan, tú eres capaz de sumar dos más dos. ¿Qué es esa habitación del otro lado?

Me señaló la puerta baja por la que acabábamos de pasar.

—Es una vieja bodega —dije—. Pero parece que lleva mucho tiempo sin utilizarse.

Seguía sin caer en la cuenta.

—¿Y qué es lo que hay en las bodegas?

—Barriles —contesté como un niño, sintiéndome tonto—. Barriles de cerveza y de vino, y de otros brebajes.

—¿Y de dónde vienen los barriles de cerveza?

De pronto, lo entendí.

—De una... cervecera. ¡De la nueva cervecera del recinto exterior...! —dije excitado, y por fin mi cerebro empezó a funcionar a toda velocidad—. Pero antes de que la construyeran, hace tres años, solían venir de la antigua cervecera que estaba fuera de los muros del castillo, junto a la taberna de La Peregrinación a Jerusalén. De modo que esto no es... un pozo...

Hanno se unió a nosotros junto a aquel hueco ancho.

—Éste era el camino por el que llegaba la cerveza al interior del castillo en los viejos tiempos. Fabricaban la cerveza en el horno de fermentación, la metían en barriles más pequeños, y luego los subían por este pozo para el consumo de los hombres del castillo. Pero ahora nadie lo utiliza. Se han olvidado de que existe, creo. Perfecto, ¿eh, Alan? Una vía de salida perfecta.

—¿Vamos? —dijo Robin con una sonrisa, señalando la cuerda que bajaba hacia la oscuridad.

Bajar por aquella cuerda con treinta kilos de metal sujetos a mi cuerpo casi me descoyuntó los brazos. Pero el descenso fue breve..., no más de seis metros. Pronto los tres nos encontramos de pie, con los corazones latiendo con fuerza por la fatiga, en un habitáculo de techo bajo, de unos cinco metros por cinco, excavado en la piedra

arenisca debajo del muro sudeste del recinto superior, y del que salía un túnel en tinieblas que descendía en dirección este.

Robin, linterna en mano, encabezó la marcha. La luz de la vela bailoteaba y temblaba al reflejarse en la piedra amarilla de los muros, creando formas y dibujos fantasmales en su superficie rugosa, con guijarros incrustados, y a mi cerebro cansado y aturdido le parecía que el túnel estaba poblado por demonios, hadas y criaturas extrañas. Era difícil creer que sólo habían pasado unas horas desde que pateé la cabeza de Milo hasta convertirla en una masa sanguinolenta. Me pareció que había entrado en algún otro mundo, un lugar mágico. El túnel cambiaba de dirección una y otra vez, y vi que había varios pasajes que partían del tronco principal hacia destinos desconocidos en las profundidades de la roca sobre la que estaba construido el castillo. Un hombre podría perderse aquí, pensé, en este laberinto subterráneo. Y tal vez, después de perderse, entraría en un reino poblado por las hadas y nunca volvería a ser visto por unos ojos mortales.

Pero por fin acabó nuestro fantasmal y enrevesado descenso por el túnel, y me encontré con Robin y Hanno en una bodega larga y de techo bajo, también llena de barriles vacíos, pero en este caso en uso de forma evidente. Y no mucho rato después, una vez hubimos pasado por varias cuevas excavadas en la piedra arenisca, salimos de la oscuridad, y, al apartar una pesada cortina de piel, nos encontramos en la sala trasera de La Peregrinación a Jerusalén.

Cuando salí, parpadeando, a la taberna, me encontré con un panorama íntimo y familiar. Little John estaba sentado a una mesa junto al fuego con dos niños. Sin darse cuenta de nuestra presencia, tiró un par de dados, y los niños (un chico y una chica, los dos muy pequeños, de cabellos oscuros y grandes ojos de ciervo) dieron gritos de alegría al ver la mala suerte de John en el juego. Vi que el hacha de doble cabeza de nuestro amigo estaba apoyada como al azar contra la mesa, a su lado. En el otro extremo del mostrador, sin embargo, vi un espectáculo muy diferente. Los padres de los niños estaban de pie junto a los estantes en los que se alineaban las frascas, las tazas y las jarras de cerveza, mirando fijamente a John, inmovilizados por el miedo. Los conocía de vista a los dos: eran la joven pareja que llevaba el negocio de La Peregrinación..., y puedo jurar que nunca en mi vida he visto a dos personas más atemorizadas. La mujer se agarraba al brazo de su marido, y cada vez que Little John se movía, para recoger los dados, por ejemplo, y volver a tirarlos, ella se estremecía como si aplicaran a sus partes pudientes los hierros al rojo de sir Aymeric.

Al lado de la puerta que daba a la sala principal de la taberna, montaban guardia dos hombres altos, de caras hoscas, encapuchados y armados con espada y arco, hombres a los que yo conocía y que me saludaron con un gesto. Y el corazón me dio un pequeño vuelco. Estaba enormemente agradecido a Robin por rescatarme, por salvarme de la tortura y de una muerte segura, pero aun así seguían sobresaltándome

sus métodos despiadados. Era evidente que había amenazado con matar a los niños de aquella pareja de buenas personas para asegurarse su cooperación. Y por más que fuera un modo muy eficaz de garantizar nuestra seguridad, aquella noche, al salir cargados con el botín de nuestra aventura en el castillo de Nottingham, no pude evitar un estremecimiento en mis huesos al darme cuenta del sufrimiento que Robin había infligido a aquellas personas decentes.

Dicho esto, nadie sufrió el menor daño, y pasamos parte de la noche en La Peregrinación a Jerusalén, en una alegre confraternización, con un festín a base de pasteles de miel, jamón y bayas en conserva regadas con cerveza, todo ello proporcionado por el asustado tabernero y su esposa, mientras Little John jugaba a las adivinanzas con los niños y los paseaba sobre sus hombros como si fuera un caballo. Eran criaturas encantadoras, de unos cinco o seis años, diría yo. Y para mi capote me dije que no sufrirían el menor daño, aunque eso significara cruzar la espada con Little John y Robin.

Pocas horas antes del amanecer, pregunté a Robin cómo había sabido que yo necesitaba ser rescatado. Y le di las gracias muchas veces por salvarme, con toda sinceridad, aunque algo borracho, porque he de admitir que la cerveza se me había subido a mi cabeza cansada y magullada con facilidad supina.

—Me lo dijeron los carros —contestó mi señor, mirándome satisfecho por encima de la espuma de una jarra de buena cerveza de La Peregrinación a Jerusalén—. Los carros que capturamos a las afueras de Carlton. No había plata en ellos. Nada en absoluto de algún valor. Aquellos enormes cofres de los tres carros, tan sólidamente atados y precintados por sir Robert de la Mare, estaban llenos tan sólo de arena y grava.

—Y así supimos que estabas metido en la mierda hasta el cuello, joven Alan —le interrumpió Little John—. Estaba claro: Murdac esperaba atraparnos con el señuelo de la plata, pero no estaba dispuesto a arriesgar el precioso metal. Supimos entonces que el juego se había acabado..., que, en el momento que metieras las narices en Nottingham, te echarían una soga al cuello.

—Enviaron a dos hombres aquí para arrestar a Hanno —dijo Robin—, pero no es hombre al que se pueda llevar mansamente al cadalso.

—Los maté a los dos, ¡pffft, pffft! —Hanno se pasó dos veces el pulgar por el cuello, y emitió un extraño silbido entre sus dientes mellados—. Luego saqué a *Fantasma* de los establos y hui hacia el norte, a Sherwood, tan deprisa como pude. Tuve suerte, porque di con el rastro de Robin ese mismo día.

—De todos modos, creo que tenemos una compensación más que suficiente por los carros de plata perdidos —dijo Robin con una sonrisa, y señaló el montón de alforjas repletas de monedas en un rincón de la sala. Calculaba que nos habíamos llevado cerca de cien kilos de monedas del tesoro del príncipe Juan..., y no pude

menos que devolverle la sonrisa.

—Por la principesca generosidad de Juan Plantagenet —dije, levantando mi jarra de cerveza. Robin se echó a reír, y todos mis amigos repitieron el brindis y bebieron.

Poco antes del amanecer, con dos caballos de carga tambaleantes bajo el peso del metal precioso, cruzamos la ciudad de Nottingham, encapuchados, anónimos y con un aspecto tan inocente como pueden tenerlo seis jinetes armados hasta los dientes y aquejados de una tremenda resaca. Yo me sentía feliz al montar de nuevo a *Fantasma*, y más complacido aún por la compañía que me rodeaba, libre al fin de la farsa de los pasados seis meses. El tabernero y su esposa y sus dos encantadores niños nos saludaron al despedirnos; los niños parecían felices, cansados y sólo un poco aturdidos después de pasar toda la noche despiertos en compañía de mayores con ganas de jugar; y los padres, tranquilizados, aunque todavía un poco conmocionados por el miedo pasado, sonreían sin tapujos. Salimos por las puertas del norte de la ciudad de Nottingham con las campanas tocando a prima, y encaminamos a nuestras monturas hacia el norte, por el camino de Sherwood.

Capítulo XVII

Yo estaba cansado, cansado hasta la médula de los huesos, y cuando al día siguiente llegamos a las cuevas de Robin, un antiguo escondite de proscritos en el corazón de Sherwood, lo primero que hice fue dormir durante varios días. Pero mientras yo restauraba mis músculos y mis nervios, y dejaba que curasen las magulladuras de mi rostro, mientras mis días discurrían perezosos remoloneando por el campamento de Robin y en las largas noches me dejaba vencer por el sueño en un mullido jergón de la cueva principal, Robin estuvo muy ocupado.

Invitó a amigos, y a forajidos habitantes de Sherwood, y a hombres leales al rey Ricardo de todo el norte de Inglaterra, a unirse a nosotros en un festín bajo las estrellas en Greenwood; y celebró allí un consejo de guerra. El país se encontraba al borde de una guerra civil abierta, según me dijo Robin. En los últimos meses, pequeños grupos de partidarios del príncipe Juan habían chocado con los de Ricardo en varias reñidas escaramuzas, y los hombres de Ricardo se habían llevado la peor parte. Ahora venían a nosotros, a centenares: hombres sin recursos, caballeros, incluso uno o dos barones de segunda fila. Se sentaron en torno a una gran mesa circular en un claro próximo a las cuevas de Robin, junto a una gran fogata, y se atiborraron de ciervo asado, jabalí y carnero, de estofados y pasteles de carne, de tartas, frutas de otoño y queso; todo por cuenta del conde proscrito. Se bebieron también grandes cantidades de cerveza y vino, pero en general los asistentes se mantuvieron serenos. Los festejos duraron varios días, y hubo juegos y concursos de lucha y carreras a pie, para quienes estaban lo bastante sobrios para participar.

Apareció el padre Tuck, venido directamente de Londres; había abandonado a la condesa Marian durante unos días, pero traía su amor y todo su afecto para su marido. También era portador de mensajes para él de la reina Leonor de Aquitania y de sus altos consejeros, Walter de Coutances y Hugh de Puiset. Incluso William de Edwinstowe, el hermano mayor de Robin, se presentó un día. Él y sus mesnaderos evitaron mezclarse con los demás, y comieron y bebieron con parquedad. William y Robin mantuvieron una conversación larga e intensa en la parte de atrás de la cueva principal, en la que no estuve presente pero que pareció tener una conclusión satisfactoria, porque se despidieron con un estrecho abrazo y, poco después, William y sus hombres partieron en dirección sur, camino de Londres según se dijo en los chismorreos en torno a las fogatas del campamento.

Un día que Tuck y yo estábamos sentados aparte, entregados a un nuevo ataque de glotonería, reuní todo mi valor y le pregunté directamente por Goody.

—Oh, está muy bien. Y creo que es feliz, además. Tiene un pretendiente que la visita cada día y le regala flores y dulces, sedas caras y perfumes.

—¿Cómo has dicho?

De pronto me sentí enfermo y rechacé mi escudilla, repleta aún de comida sabrosa.

—He dicho que la joven Goody tiene un caballero que la pretende —repitió Tuck muy despacio, y después se acercó mi escudilla y tomó delicadamente con dos dedos un buen bocado de carne de cerdo crujiente y jugosa, que engulló sin dilación.

—¿Y quién es ese bastardo lujurioso? ¡Algún costroso cara de rata comedor de nabos, sin la menor duda!

Me di cuenta de que alzaba demasiado la voz, y de que sentía un calor desacostumbrado en las mejillas.

Tuck echó la cabeza atrás y me miró señalándome con su narizota roja mientras masticaba. Cuando hubo tragado su bocado de carne de cerdo, me soltó sin más:

—Es el hijo mayor de lord Chichester, Roger. Un muchacho guapo, y refinado..., según dicen todas las damas.

Y me sonrió.

—¡Todas las damas lo dicen! Apostaría a que sí. ¡Y tú dejas que ese mariposón sobrado de peso, sin pelo en las mejillas, se acerque a mi Goody! ¿Cómo has podido, Tuck? Andará contoneándose delante de ella, intentando escurrirse dentro del dormitorio de Goody con lindas palabras... ¡Dulces, sedas y perfumes, lo que faltaba! Te hago responsable, Tuck. Por los huesos de Dios, me gustaría encontrarme con ese niño rico rijoso. Si le ha puesto la mano encima, le cortaré las pelotas, le...

—¡Cálmate, Alan! Sosiégate. ¿Por qué no cabalgas tú mismo hasta Londres? Allí podrás encontrar a ese chico, Roger. Descubrirás que es una persona muy casta y temerosa de Dios, de modales corteses...

—¡Y una mierda, casto y de maneras corteses, dice! Nadie que se llame Roger ha sido nunca otra cosa que un libertino y un condenado putero...

Y ahí paré. Sabía que me estaba comportando como un idiota, pero puede que Tuck tuviera razón. Puede que mi deber, como amigo y hermano mayor honorario de Goody, fuera hacer una visita a ese Roger y asegurarme de una condenada vez de que entendía unas pocas reglas básicas del comportamiento de un caballero, como no tocar a Goody, no acariciarla ni besarla, no hablar nunca con ella a solas, ni mirarla con deseo desde lejos, ni enviarle notitas de amor perfumadas...

Estaba claro que tenía mi semana tonta. La noche siguiente, después de una cena tardía, abordé a Robin y le planteé la perspectiva de un viaje al sur. La mayoría de los invitados se habían marchado ya para entonces, y sólo quedaban reunidos en torno a

la mesa de la cueva principal una treintena de los capitanes de Robin, acabando un yantar modesto de sopa, pan y queso. Para mi sorpresa, a Robin le pareció una buena idea.

—Puedes escoltar una reata de caballos de carga con plata que enviaré a Londres —dijo—. Llevas demasiado tiempo aquí sentado. Han pasado ¿cuántas?, ¿tres, cuatro semanas desde que te sacamos de Nottingham? Supongo que ya es hora de que te ocupes en algo útil. Lleva contigo a veinte hombres por lo menos, y ten mucho, mucho cuidado. Acaban de contarme que has sido declarado formalmente proscrito por el tribunal del condado, es cosa del príncipe Juan, desde luego, y han puesto precio a tu cabeza: una libra de plata de ley. ¡Enhorabuena!

Yo estaba radiante. Sentía un orgullo especial al ser un proscrito de verdad; había sido un tipo demasiado insignificante para que me declararan explícitamente fuera de la ley en la ocasión anterior que viví libre en Sherwood. Ahora era un hombre peligroso, buscado, con un precio en plata por su cabeza. Y me gustaba serlo.

Robin continuó:

—Ten cuidado, Alan, y extrema la vigilancia. Cualquier hombre puede verse tentado de quitarte la vida ahora y reclamar la recompensa, y si corre la voz de que transportas grandes cantidades de dinero, la mitad de los salteadores de caminos de Inglaterra se apostará para esperarte en el camino. Como puedes suponer, si pierdes esa plata me sentiré muy decepcionado.

Y me dirigió una mirada fría y dura. Luego su expresión se suavizó:

—Cuando estés en Londres, expresa todo mi amor a Marian y al pequeño Hugh... Y a Goody, por supuesto.

Y me sonrió, con una chispa de burla en sus extraños ojos grises de hielo.

A pesar de su advertencia, me sentí muy satisfecho de mí mismo. Una libra de plata de ley por mi vida..., era una bonita suma. Di las gracias a Robin, y estaba a punto de salir de la cueva cuando cruzó mi mente una idea y volví al lado de mi señor proscrito.

—¿Qué precio tiene ahora tu cabeza, Robin? Dime la verdad, te lo ruego.

Durante unos instantes, mi señor pareció casi avergonzado. Luego me miró a los ojos:

—Me han dicho que asciende a mil libras, en la actualidad.

De inmediato, el desánimo se apoderó de mí.

—¡Mil libras! ¡Mil libras! —dije en voz demasiado alta, casi a gritos. En aquella compañía nadie le alzaba la voz a Robin, y de inmediato se hizo un silencio tenso en la mesa de la cena. Pero por alguna razón no supe detenerme—. ¿Y el precio de John Nailor? —pregunté a Robin, otra vez en voz demasiado alta, y señalé la figura gigantesca de mi rubio amigo, que nos observaba y sonreía perversamente en el otro extremo de la mesa.

Robin tosió:

—Ah, hum..., creo que últimamente su cabeza cotiza a quinientas libras de plata. —Me sonrió burlón—. Y tengo entendido que incluso Much, el hijo del molinero, vale diez libras..., vivo o muerto, por supuesto.

—¡Esto es ofensivo! —De pronto, me puse muy furioso—. ¿Por qué yo sólo valgo una miserable libra de plata? Eso no es nada... ¡Nada más que un maldito insulto! Presentaré una queja formal...

—¿Al príncipe Juan? —dijo Robin con una cara impasible, y toda la mesa, treinta proscritos enormes, toscos y sucios, rompió a reír a carcajadas ensordecedoras. Mi cara se puso de color púrpura, giré en redondo sobre mis talones y salí de la cueva con tanta dignidad como pude reunir, mientras me acompañaban al frío de la noche una cascada de risotadas y de bromas groseras entreoídas.



Cabalgué hacia el sur en un día ventoso de octubre con veinte jinetes fuertemente armados a mi espalda, la mitad de ellos arqueros galeses y la otra mitad hombres de armas; custodiábamos cinco caballos de carga, cada uno de los cuales acarreaba sobre sus lomos dos robustos cofres de madera. A mi lado cabalgaban Hanno..., y Thomas Lloyd. El muchacho galés me había insinuado que deseaba ser mi escudero y entrenarse para convertirse algún día en un auténtico caballero; y aunque a sus doce años era ya un poco mayor para empezar la instrucción, yo se lo había prometido, pues sentía que le debía algo por haberme enseñado el truco de lucha que utilicé para derrotar a Milo. De manera que también venía, al trote en un poni castaño como él, y tranquilo y franco, como él también.

Cuando me preguntó si podía entrar a mi servicio, le contesté con otra pregunta crucial.

—¿Qué sabes sobre la muerte de tu padre? —dije, y le miré a los ojos sin ambages.

Él también me miró, con una mirada serena y franca, y dijo en voz baja y contenida:

—Sé que sir Ralph Murdac ofreció dinero a mi padre para matar al conde de Locksley. Y que para evitar que se negara, Murdac amenazó con matarnos a mí y a mi madre. Y sé que, en lugar de atacar a nuestro señor, el conde de Locksley, él os atacó a vos en el dormitorio del conde por error, y que vos luchasteis con él y le disteis muerte.

—¿Me culpas a mí de su muerte?

—No, señor, no os culpo —dijo, y en ese momento estuve seguro, tan seguro como de la condenación o la salvación, de que me decía la verdad—. Mi padre fue

obligado a hacer lo que hizo por Murdac, y vos lo matasteis en defensa propia — siguió diciendo—. Murió por vuestra mano, pero no se os debe señalar a vos como su ejecutor. Estabais protegiéndoos a vos mismo, y a vuestro señor, lo cual es justo y lícito. Culpo a sir Ralph Murdac de la muerte de mi padre..., y si alguna vez tengo oportunidad de hacerlo, me vengaré de él.

Dijo las últimas palabras en voz baja, tranquilo y con una convicción impropia de alguien tan joven. Lo creí sin la menor duda.

—En ese caso, nos vamos a llevar muy bien —le dije, y acepté tomarlo a mi servicio.

Habíamos cabalgado no más de quince kilómetros hacia el sur desde las cuevas de Robin, y nuestros caballos estaban empezando tan sólo a ajustar el paso para el largo viaje, cuando uno de los exploradores que marchaban por delante de la columna retrocedió para informarme de que había una mujer extraña, sola al parecer, canturreando palabras sin sentido junto a una antigua cruz de piedra, más o menos un kilómetro y medio más adelante. Yo había dicho a los exploradores que me informaran a mí personalmente de cualquier cosa extraña en cuanto la vieran, pues temía una emboscada bien preparada o alguna otra treta de los hombres del príncipe Juan, para arrebatarnos el botín de plata que llevaban las bestias de carga.

Al acercarnos, vi una figura pequeña, encapuchada y envuelta en un grueso manto de lana, con los brazos extendidos a los lados a imitación de la Pasión de Nuestro Señor, de pie junto a la cruz levantada sobre un montículo junto a la carretera. Parecía hablar a aquel símbolo sagrado. Y sentí una conmoción parecida a un chapuzón en un lago helado de montaña al darme cuenta de que hablaba en lengua árabe.

De pronto, la mujer se volvió hacia nosotros y se echó atrás la capucha. Alcé la mano para detener la columna, pero creo que de todos modos aquellos hombres se habrían detenido sólo por el aspecto de aquella mujer. Era realmente horrible, tan mutilada que era casi imposible reconocerla como perteneciente a un ser humano: no tenía nariz, sino sólo dos agujeros anchos en mitad de la cara, rodeados de cicatrices, como el morro truncado de un cerdo; vi que también las orejas habían sido cortadas de una forma cruel, y asimismo los labios, de modo que sus pequeños dientes amarillos se mostraban como en la mueca espantosa de una calavera. El viento empujaba hacia el rostro pálido y flaco sus cabellos canosos y largos, anudados en varias coletas, y dos ojos oscuros brillaban en sus órbitas como los fuegos ardientes del infierno. Tenía el aspecto de una bruja surgida de las pesadillas de un niño. A mi espalda, oí los murmullos espantados de los jinetes. Y sin embargo, a pesar de su aspecto atroz, yo sabía que aquella mujer no era una *hag*; sabía además a ciencia cierta que ni siquiera había cumplido aún los veinte años.

Podéis entenderlo, ávidos lectores, la reconocí. Aquella ruina humana, aquella personificación demoníaca de la fealdad, con un rostro que habría cortado la leche

fresca, había sido en tiempos mi amante. Yo había acariciado aquel rostro terrible con mis besos y los había recibido a mi vez, también, de sus labios ahora ausentes. Porque era Nur, la antes exquisitamente bella esclava árabe que conocí durante el largo viaje a Ultramar. Hubo un tiempo en que me sentí cautivado por su belleza: por sus cabellos negros como la medianoche que se derramaban como un aceite oscuro por su espalda; por sus grandes ojos castaños y su piel aterciopelada; por las suaves y generosas curvas de su cuerpo y su forma de entregarse con tanta alegría a mi placer. Pero entonces fue raptada por mi enemigo, Malbête, y sus hombres abusaron brutalmente de ella antes de destruir con sus cuchillos su belleza luminosa y radiante, y profanar su perfección para castigarme a mí. Ella me mostró su rostro mutilado una noche oscura en la que yo estaba enfermo en Acre, y yo grité de horror al verla desfigurada... Y huyó..., simplemente, desapareció. Aquello había sucedido hacía dos años, y no había vuelto a verla desde entonces. Pero estaba aquí, delante de mí, en el Nottinghamshire, tan real como la tosca cruz de piedra sobre el montículo herboso que se alzaba a su espalda.

—Nur... —dije. Y me quedé sin palabras; la compasión y la vergüenza brotaron a un tiempo en mi interior.

—Alan, amor mío, volvemos a encontrarnos —dijo ella, y me tendió los brazos para abrazarme.

Yo me estremecí al oírla pronunciar las palabras «amor mío». E intenté ignorar la invitación de sus brazos abiertos. Al desaparecer su belleza, me había visto forzado a enfrentarme a la verdad: que yo era un hombre superficial, un hombre que sólo era capaz de amar la forma externa de una mujer. Descubrí que era incapaz de amar de verdad, profundamente, con el corazón y no sólo con los ojos, como las mujeres aseguran que hacen. Me había portado de una manera innoble porque, cuando ella había huido de mí, yo no intenté siquiera buscarla. Era culpa mía que ella tuviera este aspecto, pero no podía enmendarme ofreciéndole el amor que sin duda merecía por todo su sufrimiento.

—Nur... ¿qué estás haciendo *tú* aquí? —dije, procurando hablar como la persona que se encuentra casualmente a un conocido en una taberna, y, al mismo tiempo, odiándome a mí mismo por hablar así—. ¿Por qué has abandonado tu tierra natal? Todos pensábamos que habías vuelto a tu pueblo, con tu familia. ¡Pero estás aquí!

—Te he seguido, amor mío. —Me estremecí de nuevo ante esas palabras—. Te he seguido a través de medio mundo, de tormentas y sequías, de pestilencias, incendios y batallas; te he seguido hambrienta y descalza...

Mientras ella hablaba, mi mente resiguió su viaje. Sólo pude imaginar vagamente las penalidades y peligros que debía haber afrontado una mujer sola a lo largo de tantos miles de kilómetros de desierto y de caminos sin ley.

—Pero ¿por qué? —dije—. ¿Por qué me has seguido? ¿Qué quieres de mí?

—¿Acaso no me prometiste, cuando me tenías en tus brazos a bordo de aquel barco francés, amarme para siempre? ¿No lo juraste? He venido a ti. Te he seguido para demostrar que, a pesar de mi infortunio, a pesar de mi fealdad, soy digna de tu amor. Querido mío, mi verdadero amor..., he vuelto a ti. Podemos volver a estar juntos los dos, otra vez.

Sentí como si mi estómago estuviera lleno de tierra. Yo *había* prometido amarla siempre; había dicho tantas cosas al calor de la pasión... Pero ahora ni siquiera podía soportar mirarla, no digamos ya tocarla; la idea de besarla me ponía un nudo pesado en el estómago.

¿Cómo decirle que nunca volvería a amarla, que no podría amarla de nuevo?

—Pero ¿por qué me esperabas aquí, en este lugar? —pregunté, todavía en el mismo tono alegre del conocido en la taberna.

—Te he estado esperando. Y mientras esperaba, he estado hablando con tu Cristo Dios —dijo casi en una letanía, y señaló la cruz de piedra que tenía a su espalda, con un dedo sucio y huesudo—. Le he estado contando mis penas a Él y pidiéndole que sane mis heridas. —Aquí Nur se pasó una mano sucia por su pobre rostro torturado—. ¡Y Él me ha hablado, Alan, ha hablado conmigo!

Noté que los hombres que tenía detrás de mí se santiguaban. Por el rabillo del ojo, vi al joven Thomas inclinándose hacia delante en su silla de montar para mirar con atención aquella cara deformada. Pero Nur no había terminado.

—¡Él me ha hablado..., tu Cristo Dios! Y me ha prometido curarme, y me ha prometido que estaremos juntos los dos. Tú y yo, Alan, amor mío, juntos por fin.

No pude dejar de darme cuenta de que su inglés había mejorado mucho desde que empecé a enseñarle nuestra lengua en el viaje a Ultramar, hacía dos años. Pero también sentí una urgencia incontrolable de huir de ella, de alejarme al galope, lo bastante lejos para no tener que ver nunca más su pobre cara mutilada ni sentir la vergüenza que ardía en mi pecho.

—Creo que nos casaremos pronto, amor mío; tu Cristo Dios lo ha dispuesto —siguió diciendo Nur. Y a mi espalda oí las risas ahogadas de uno de los hombres y me puse rígido en mi silla. Tenía que decirle de una vez para siempre que no la amaba.

—Me temo que no va a poder ser, Nur, querida —contesté, tratando ahora de hablar como un tío bonachón—. Compartimos nuestras vidas en Ultramar, pero aquí soy un hombre... distinto. Nunca podré estar a tu lado. No tengo madera de casado, por desgracia. Y tampoco puedo entretenerme aquí charlando, porque he de viajar al sur por un asunto importante. Vamos, toma esto —dije, y me sentí como el hombre que pagó a Judas al desatar de mi cinto una bolsa que contenía una docena de peniques de plata y tendérsela—. Toma esta bolsa y sigue desde aquí el camino en dirección norte. Te pararán dos hombres armados. Diles que vienes de mi parte, y pídeles comida y cobijo. Allí está Robin de Locksley, seguro que te acuerdas de él.

Ve con Robin y pídele que te dé refugio hasta que yo vuelva.

Su mano huesuda agarró en el aire en un santiamén la bolsa que yo le tendía.

—Debo ir contigo, amor mío, adondequiera que vayas. Tú y yo somos uno..., no hemos de separarnos nunca más —dijo Nur con un sonsonete extraño en la voz. Fue como si no hubiese oído nada de lo que acababa de decirle. La bolsa había desaparecido entre los pliegues de su túnica negra.

—Ha sido un placer verte de nuevo, Nur, después de tanto tiempo. Pero aunque me encantaría escuchar la historia de tus viajes, no puedo llevarte conmigo. Tienes que ir al norte y encontrar a Robin; él se hará cargo de ti hasta que yo vuelva, Nur. Procura entender...

—No, eres tú quien ha de entender, amor mío. —La voz de Nur había cambiado: ahora el tono era más agudo, más alto y peligrosamente próximo al grito—. ¡Tú me perteneces! ¡Tu Cristo Dios me lo ha dicho, hoy mismo! Me ha hablado aquí, en este lugar. Me perteneces ahora. ¡Siempre me has pertenecido; y eres mío, ahora y para siempre!

—¡Apártate, Nur! —grité sorprendiéndome a mí mismo, procurando parecer aguerrido y firme, y no un hombre suplicando a una loca que recupere el sentido—. Apártate, porque tengo que seguir mi camino y no puedo llevarte conmigo. Hablaremos más despacio cuando regrese. Ve al norte y busca a Robin. ¡Y que Dios te acompañe!

Y dicho esto, piqué espuelas, y el convoy de treinta hombres forrados de hierro hizo lo mismo detrás de mí.

Por el rabillo del ojo, vi a Nur dar un paso atrás para no ser aplastada por la columna de caballos. Se retiró hacia el montículo en el que estaba clavada la cruz, y empezó a gritar y maldecir en árabe a los hombres que desfilaban delante de ella. Entendí poca cosa de su discurso; mi amigo Reuben, que procedía de aquellas tierras, me había enseñado algunas nociones, y creo que Nur les deseaba que sus vejigas se pudriesen de gusanos rojos, que sus ojos lloraran lágrimas de ácido corrosivo, y que sus almas condenadas fueran desmembradas y se asaran por toda la eternidad en los siete infiernos de Jahannam..., u otro galimatías parecido.

Me volví en mi silla para reprenderla por esa forma de maldecir y pude ver, justo en el momento en que el último caballo pasaba frente al montículo de la cruz, una figurilla negra que se arrojaba sobre el arquero que iba a retaguardia e intentaba trepar a su caballo por detrás de la silla de montar. El arquero, un tipo fornido y musculoso, la apartó en el aire con el brazo extendido, y ella aterrizó de cuatro patas en el barro, detrás de la cola del caballo. Di la orden de marchar al trote y, con un profundo sentimiento de vergüenza en el corazón, encabecé la columna que se alejaba con rapidez de la cruz de piedra y de los chillidos de aquella figura negra, harapienta y sucia de barro, con los agujeros de sus narinas visibles, los dientes

permanentemente expuestos y el pelo gris peinado en trenzas cortas que se agitaban al viento..., que vociferaba amenazas de condenación eterna en nuestra estela.



Durante el resto del viaje al sur, no hubo, por fortuna, más incidencias. Al atardecer del tercer día después de aquel molesto encuentro con Nur, la columna de jinetes trotaba a lo largo de Watling Saintreet, cruzaba la muralla por Newgate y se sumergía en las ruidosas y abarrotadas calles de Londres. Frente a nosotros, la aguja de la catedral de Saint Paul parecía hacernos señas desde la altura indicándonos que habíamos llegado al final de nuestro viaje, y en menos de nada desmontábamos ya en el patio empedrado de la plaza Paternoster, junto a la enorme y antigua iglesia, y llamábamos a mozos, sirvientes y porteadores para que nos ayudaran a transportar los pesados cofres de plata a la cripta, donde se guardaba el resto del tesoro del rescate bajo los sellos de Walter de Coutances y de la reina Leonor de Aquitania. Un escribano anotó en un rollo de pergamino, con un aire de total aburrimiento, la cantidad de plata que le entregábamos, algo más de quinientas libras..., y eso me hizo darme cuenta de lo poco que preocupaba a la gente de Londres nuestra contribución.

Comprendí la indiferencia del escribano al echar un vistazo al interior de la cripta, por encima de su hombro izquierdo, cuando él se inclinó para tomar nota de nuestra remesa: el amplio espacio de los subterráneos de Saint Paul estaba lleno hasta el techo de cofres, barriles y sacos voluminosos repletos de monedas de plata. Nos habíamos quedado asombrados por las riquezas del tesoro del príncipe Juan en Nottingham, pero esto tenía una dimensión completamente distinta. Parecía que toda la riqueza del reino estaba reunida aquí, el medio penique procedente de cada campesino, el chelín de cada mercader; se habían volcado allí las bolsas magras de los miserables y los cofres de los barones, y los altares de todas las iglesias habían quedado desnudos. Y no había tan sólo dinero de Inglaterra. Las posesiones continentales del rey Ricardo también habían contribuido: Normandía, Anjou y el Maine habían enviado plata a carretadas; y su esposa, la reina Berenguela, había organizado la recaudación del tributo en Aquitania, al sur. Más tarde, me di cuenta de que había estado viendo, por encima del manto de lana que cubría el hombro de aquel escribano aburrido, el amontonamiento de un tesoro por un valor de unos cien mil marcos (más de dieciséis millones de peniques de plata), lo que equivalía a treinta y tres toneladas del metal precioso. ¡Era en verdad un rescate digno de un rey!

La reina Leonor en persona me recibió la misma noche en su cámara del gran palacio de Westminster. Se mostró tan gentil como siempre, ordenó que me sirvieran vino y dulces, y me dio las gracias con su voz cálida y algo ronca por haber traído a salvo la plata de Robin desde Sherwood.

Se esforzó en mostrarse amable conmigo, me preguntó por mi salud, y volvió a referirse a mis hazañas en Alemania con alabanzas, encanto y gratitud. A pesar de ser la mujer más poderosa de Europa, esposa de reyes y madre de reyes, me di cuenta de que hablaba con ella como si fuera mi propia madre.

—¿Y cómo sigue mi desacreditado lord de Locksley? Me han contado que sigue creando problemas en Sherwood. —La reina rio para mostrar que no hablaba en serio, y su suave ronroneo me produjo, como siempre, un cosquilleo placentero en la espina dorsal.

—Apuesto a que se está divirtiendo como nunca en su vida —dijo una figura sentada en un rincón en penumbra de la habitación, y que hasta ese momento me había pasado inadvertida. Su rostro quedaba en la sombra, pero pude ver que acariciaba un laúd en los brazos, pellizcaba con gracia una cuerda y entonaba una estrofa de un poema..., un poema mío para ser preciso.

Tesoros tiene que no son oro y plata.

Mujeres, festines, vino e hipocrás, batallas sin cuento... No te aburrirás.

Puede que poesía no sea la palabra adecuada. Ripios, podéis llamarlos. Era una de las muchas canciones sencillas, adaptadas a melodías también sencillas, que había compuesto para los proscritos de Sherwood en mis días de juventud. Aquellos pareados celebraban la vida y las hazañas de Robin Hood, aunque no siempre con un respeto total a la verdad, y se habían difundido por todo el país en los últimos años. Se cantaban en cervecerías y tabernas, en chozas y palacios, desde los montes Peninos hasta Penzance. Robin simulaba indiferencia ante aquellas coplas, pero yo sabía que, en secreto, le gustaba verse celebrado por el pueblo llano de Inglaterra.

—Ya está bien, Bernard —le reprendió la reina Leonor, con un sutil matiz de broma en su voz—. Si no puedes privarte de recaer en tu gusto por las distracciones groseras, te sugiero que te lleves al joven lord de Westbury a alguno de tus viles antros de iniquidad, a esas tabernas baratas en las que vuestros... ejem... —La reina se aclaró la garganta con un delicado carraspeo—, vuestros talentos *musicales* serán debidamente apreciados.

Bernard de Sézanne dejó a un lado su laúd y salió de entre las sombras, con una sonrisa que iluminaba sus facciones rubicundas y bien parecidas.

—Como siempre, alteza, vuestros menores deseos son órdenes para mí. Vamos, Alan, conozco un sitio donde la comida es casi comestible, la bebida es muy buena y las chicas... son sencillamente increíbles.

Me incliné profundamente delante de la reina, procurando no sonreír de un modo demasiado visible, y abandoné la real presencia junto a mi antiguo camarada..., en busca de vino, mujeres y distracciones groseras.



Desperté a la mañana siguiente con dolor de cabeza y un regusto de arena en la boca, pero con los ánimos por las nubes. Tenía una sensación de libertad de la que no había disfrutado durante muchos meses. Bernard había estado en una forma excelente la noche anterior. Me llevó en una barcaza río abajo y hasta la otra orilla, a una casa de mala reputación propiedad del obispo de Southwark en la que nos dedicamos a trasegar vino, y donde Bernard se entretuvo con tres muchachas que empezaron la velada vestidas de novicias: no creí en ningún momento que se tratara en realidad de novicias destinadas a convertirse algún día en esposas de Cristo, pero uno nunca puede estar del todo seguro con las chicas del obispo de Southwark, cuya fama de juerguista era legendaria.

Nunca me he sentido cómodo pagando por el amor de las mujeres, aunque no condenaré a quienes lo hacen, de modo que me limité a ver alborotar a Bernard con sus tres bellezas, a tenderle su copa de vino cuando necesitaba refrescarse, y a emitir comentarios subidos de tono cuando me los pedía.

Una vez que Bernard hubo saciado sus apetitos (y he de decir que, para tratarse de un hombre cercano ya a la cuarentena y que tanto se quejaba de estar viejo y enfermo, hizo gala de una prodigiosa cantidad de energía), pagamos a las chicas y nos pusimos a charlar sobre las noticias recientes del reino.

—¿Sabes? Casi los tienen ya —me dijo Bernard mientras se secaba la cara sudorosa con una toalla—. Cien mil marcos, nunca pensé que lo conseguirían. Pero por las buenas o por las malas, por las malas mayormente, diría yo, la reina, así Dios le dé mil años más de vida, ha reunido la primera entrega del rescate de Ricardo. Los embajadores del emperador llegan la semana que viene para recogerlo.

—¿La primera entrega? —dije, sorprendido—. Yo pensaba que los cien mil marcos eran el precio completo por su libertad.

—No, no, muchacho —rio Bernard—. Nunca subestimes la codicia de los príncipes. El emperador Enrique ha decidido exprimir a Ricardo hasta dejarlo seco... Ha subido el precio. Ahora quiere *ciento cincuenta mil* marcos en moneda de ley, o su equivalente en rehenes de alta cuna.

—Pero eso es imposible..., el país está desangrado. Ya no queda más dinero en Inglaterra..., en ninguna parte. Lo sé, ¡yo he participado a fondo en esa sangría!

—Lo encontrarán, Alan. Siempre lo hacen. Pero lo importante es que llegan los embajadores alemanes, y que cuando se lleven su dinero tendrán que fijar una fecha para liberar a Ricardo. Y cuando eso ocurra, la marea subirá a nuestro favor.

—¿Qué quieres decir?

—Durante el año pasado, todos los caballeros y barones de Inglaterra y Normandía han estado intentando adivinar quién iba a salir ganador en esta gran

partida entre Ricardo y Juan. Como es obvio, todos quieren alinearse con el bando vencedor. Cuando Ricardo estaba en prisión, y Juan iba capturando castillos a izquierda y derecha por toda Inglaterra, todos consideraban a Juan como el futuro ganador. Cuanto más tiempo seguía Ricardo encerrado, mayores apoyos conseguía Juan, con la excepción de unos cuantos tipos incondicionales como yo, tú y tu amigo el proscrito, Robert de Locksley, desde luego.

Bernard hizo una pausa, bebió un sorbo de vino, y continuó:

—Cuando se haya fijado una fecha para la liberación de Ricardo, todos los nobles de Inglaterra habrán de reconsiderar su posición. Cuando Ricardo regrese, no va a mostrarse nada amable con quienes apoyaron las pretensiones al trono de su hermano. Lo más probable es que arrase sus tierras, mate a sus soldados y se apodere de sus hijos. De modo que, en estos momentos, todo fluctúa. La gente empieza a volver al lado de Ricardo. Nuestras perspectivas mejoran de día en día.

Medité sobre las palabras de Bernard la mañana siguiente, mientras regaba mi cabeza dolorida en el pozo del patio exterior de Westminster Hall, y Thomas esperaba detrás de mí con una toalla y una camisa limpia. Bernard tenía razón, concluí. Las cosas iban a mejorar. Pero tenía otra razón para estar contento ese día. Iba a visitar a la esposa de mi señor, Marian, y a su hijo Hugh..., y también tendría oportunidad de ver a mi encantadora Goody. Y había algo en particular, algo realmente muy particular, que tenía intención de preguntarle.

Capítulo XVIII

La condesa de Locksley se alojaba en una gran casa de dos pisos, con fachada de vigas de madera vistas, en el lado sur del Saintrondway, la carretera principal que unía Westminster con Londres. Era la residencia en la ciudad de lord Wakefield, que se encontraba entonces en Normandía, y Marian la había ocupado con sus mujeres, sus mastines y lebreles y una docena más o menos de los alegres mesnaderos gascones de la reina Leonor.

Llegué allí a lomos de *Fantasma* una mañana gélida, con la escarcha blanqueando la hierba en las cunetas del camino real, a pesar de que eran ya cerca de las nueve, y me pareció que mi vida distaba mucho de ser insatisfactoria en aquel frío día de otoño. Como Bernard había dicho la noche anterior, si las cosas iban bien, Ricardo pronto sería liberado de su prisión alemana. Mejor aún, mi mentor musical me había contado que Goody estaba llena de remordimientos por las palabras que tuvo conmigo en nuestro último encuentro. Según Bernard, ahora me veía como una especie de héroe que había engañado al príncipe Juan y permitido a Robin llevarse una fortuna en plata, en provecho del rey Ricardo. Un héroe, nada menos. Me gustó como sonaba la palabra.

Aunque estaba preparado para un cambio de actitud de Goody, no me esperaba el entusiasmo con que me recibió cuando llegué al amplio patio de Wakefield Inn, desmonté y tendí las riendas de *Fantasma* al caballerizo que se acercó a atenderme. Apenas tuve conciencia de un torbellino de blanco y oro con forma humana que se me echaba encima a toda velocidad, y de pronto Goody estaba en mis brazos, con su cuerpo estrechamente apretado al mío y sus labios besuqueándome por toda la cara, mientras lloraba y se disculpaba y volvía a besarme.

Por fin paró para tomar aliento, y se echó un poco atrás en mis brazos.

—Oh, Alan, podrás perdonarme alguna vez... las cosas que te dije... yo no sabía... Pensé que tú habías... pero ¡por supuesto, tú jamás harías algo así! ¡Tú no...!

Su rostro era delicioso: fresco y perfecto como un bol de fresas silvestres y leche recién ordeñada, de un tono rosado alrededor de sus ojos azul violeta chispeantes por las lágrimas vertidas, de un carmín intenso en los labios jugosos, con un relumbre perlado en los dientes, y todo ello enmarcado por su piel blanca y sedosa. Podría habérmela comido entera, pero en lugar de eso preferí besarla en los labios.

Y ella me besó a su vez.

Mi boca se fundió con la suya; nuestras lenguas tantearon, se encontraron, se enroscaron; su sabor era dulce y resbaladizo, cálido, suave y maravilloso. Estreché su delgada espalda, y ella pasó sus brazos por mi cuello; y sentí cada curva de su esbelto cuerpo joven al apretarse contra el mío, y pronto sentí el familiar golpe de sangre en mis...

—Godifa, ¿qué crees que estás haciendo? —gritó una voz severa a más de veinte metros de distancia. Y Goody interrumpió nuestro largo beso, y volvió su cabeza dorada para mirar a su espalda.

Cruzando el patio en medio de un mar de perros, con un ceño irritado que arrugaba su frente normalmente perfecta, se acercaba Marian, condesa de Locksley, esposa de Robin, tutora de Goody y mi anfitriona. Me di cuenta en ese momento de que media docena de criados se habían parado en el patio para mirar embobados nuestras muestras de deseo y amor, como una patulea de monos papamoscas. Les dediqué a todos ellos el más furioso de mis ceños de batalla.

—¡Marian..., mira, es Alan! —dijo mi preciosa muchacha.

—Ya lo veo. Y no hay ninguna razón para que te lo comas vivo aquí en el patio. Deja de montar un espectáculo y tráelo dentro.

—Pero es que, ¡es Alan! —repitió Goody, y noté la alegría incrédula de su voz.

—Lo sé, querida, lo sé. Ahora, vamos a llevárnoslo dentro —dijo Marian, y me tomó del codo. Y así, del brazo de dos de las mujeres más hermosas de Inglaterra, entré en el gran salón caldeado de Wakefield Inn.



Aquel beso fue el último que recibí de Goody hasta que estuvimos formalmente comprometidos. Marian insistió en que fuera así, y Goody y yo accedimos como dóciles tórtolas a ser castos hasta formalizar nuestra relación. Luego se decidió que Hanno, Thomas y yo nos instaláramos en la gran mansión de lord Wakefield junto a los veinte mesnaderos de Robin... Había espacio y establos suficientes para todos. Goody y yo pasamos aquel otoño en una nube feliz de amor mutuo, no consumado pero sí apasionado.

Estar cerca de Goody era estar en el paraíso: yo no podía apartar los ojos de ella, que me parecía la perfección misma hecha mujer: su forma de moverse, los gestos de las manos y los brazos, el rizo de cabellos luminosos que se escapaba de su sencilla cofia blanca... Todo lo relacionado con ella me parecía cautivador y embriagador. Dimos largos paseos a caballo por los campos próximos a Westminster..., acompañados siempre por Marian, una pareja de sirvientas y Thomas, y protegidos por Hanno y un puñado de los hombres de armas de Robin, porque yo había aprendido la lección después del incidente con los piratas del río, y nunca me hubiera

atrevido a aventurarme lejos del palacio en esos días sin media docena de hombres competentes guardándome las espaldas. Y también estaba la cuestión del precio puesto a mi cabeza; podía tratarse tan sólo de una mísera libra de plata, pero eran muchos los hombres desesperados que podían codiciarla. Nos habían llegado noticias de que bandas de soldados del príncipe Juan merodeaban por la región, robando y matando a placer. Y aunque esos hombres operaban en las proximidades de las fortalezas de Juan en el norte y el oeste de Inglaterra, yo no deseaba correr riesgos innecesarios con la vida de mi amada..., y tampoco, ahora que había encontrado la verdadera felicidad, con la mía propia.

Pero a pesar de que no estábamos enteramente solos en nuestros paseos a caballo, yo me sentía como si lo estuviésemos. Goody era la única persona presente para mí en aquel grupo, los demás eran simples sombras alrededor de su luz, y yo observaba sus veloces cambios de semblante y de expresión como una madre observa a su bebé recién nacido. Cuando Goody se sentía feliz, mi corazón se elevaba con ella; cuando su frente se fruncía, la ansiedad me atenazaba; cuando estallaba una de sus rabietas furiosas y repentinas, yo temblaba.

Nunca he sentido un amor parecido, antes ni después. No era un amor lujurioso, como el que había sentido hacia Nur y algunas otras pocas mujeres; no deseaba poseer su cuerpo, aparearme desnudo y sudoroso con ella como un semental de granja. Lo único que deseaba era estar con ella todo el tiempo, y para siempre. Quería estar a su lado, mirarla, buscar sus ojos con los míos. Quería bañarme en su belleza, recibirla como la luz del sol del verano en mi rostro vuelto hacia ella. La amaba por entero, sin reserva, y creo que ella me amaba del mismo modo. Nos contábamos mutuamente lo que hacíamos, y trazábamos planes excitados para un compromiso formal, seguido de una boda, cuando el rey Ricardo regresara a salvo a casa desde Alemania.

Las noticias que nos llegaban sobre esa cuestión eran buenas. Los embajadores del sacro emperador romano habían aceptado los cien mil marcos de plata; yo formé parte de la guardia armada que embarcó aquel dinero en su nave, anclada en Wapping, una aldea mugrienta que se alzaba aguas abajo de la Torre de Londres. Y pocas semanas después, nos llegó el mensaje de que el emperador Enrique había fijado por fin fecha para la puesta en libertad de Ricardo: el decimoséptimo día de enero, fiesta de San Antonio.

En diciembre, justo antes de las Navidades, la reina Leonor de Aquitania, acompañada con toda la pompa requerida por un largo séquito de nobles y clérigos de alta jerarquía, más una nutrida hueste de sus guardias gascones, se embarcó y partió hacia Alemania con una pequeña parte de los cincuenta mil marcos extra exigidos por el emperador, y cierto número de jóvenes de alta cuna, hijos de nobles ingleses y normandos, como rehenes en garantía del resto del dinero. Parecía haber serias

expectativas de que Ricardo estuviese pronto de vuelta en casa sano y salvo, y de que Goody y yo podríamos cerrar nuestro compromiso.

Pasamos un día de Navidad tranquilo con un oficio en la capilla de Wakefield Inn, la celebración solemne de la Natividad de Cristo llevada a cabo por el padre Tuck. Mi amigo había enflaquecido un poco el último año, y sus cabellos tonsurados eran ahora enteramente grises. De hecho, su aspecto me sorprendió un poco cuando llegué al sur desde Nottingham: parecía un hombre anciano. Pero en fin, lo cierto es que tenía muchos años. Ya era un monje de edad mediana cuando Robin era un muchacho..., y Robin se aproximaba ya a la treintena. Sin embargo, Tuck seguía siendo un hombre activo, y sabía más de una o dos cosas sobre el mundo. Cuando oyó mi confesión aquella fría mañana de Navidad, me preguntó, después de que acabara de recitar mis vulgares pecados, una palabra blasfema por aquí, un pensamiento impuro por allá, si no tenía nada más sobre mi conciencia, y yo le conté el encuentro con Nur junto a la cruz de piedra, y mi sentimiento de vergüenza por la forma en que la había tratado. Quería que ella fuera feliz, de verdad lo quería, pero no tenía idea de cómo convertir ese deseo en realidad sin sacrificar mi propia felicidad..., y la de Goody.

—Los que aman desean el bien a todo el mundo —dijo Tuck, y me sonrió con sus ojos amables de color avellana, profundamente hundidos en su cara arrugada—. Pero en este caso no me parece que puedas ayudarla. El sufrimiento de Nur la ha empujado a la locura, y nada, por lo menos, en nuestro mundo humano, podrá hacerla regresar de nuevo a la cordura. Debes rezar por ella, y esperar que Dios le muestre la luz de su misericordia.

Festejamos aquel día de Navidad con el jabalí de Yule o de la Pascua, un animal enorme enviado por Robin desde Sherwood con todo su amor, y que se estuvo asando a fuego lento desde el amanecer. Y la celebración, en un ámbito íntimo y de forma en general sobria, continuó a lo largo de los doce días santos. El octavo día de las Navidades, el primero de enero, nos intercambiamos regalos. Goody me regaló una bonita hebilla para el cinto de la espada, engastada en oro; yo le ofrecí un sencillo brazalete de plata..., y, a modo de inocente broma de enamorados, un gatito pelirrojo. Cuando Goody y yo nos conocimos en la casa de su padre, un viejo patán irascible que vivía en las profundidades de Sherwood, yo rescaté un gato pequeño de un árbol para ella, y Goody me dijo que fue entonces cuando empezó a enamorarse de mí. Me sorprendió cuando me lo dijo. Yo la veía entonces como una niña desdichada, pependenciera y sin temor a nada; no como el amor de mi vida. Pero Dios se mueve por vías misteriosas, como siempre me repetía Tuck, y ahora yo no tenía ninguna duda de que Goody y yo estábamos destinados a vivir juntos el resto de nuestros días.

El regalo navideño que me hizo mi bella y rica anfitriona, Marian, fue un nuevo laúd para reemplazar la viola que había roto en mi pelea con Rix. Era un instrumento hermoso, con seis dobles cuerdas fijadas al extremo de un largo mango, de curvas

elegantes y con una caja de resonancia honda. Estaba fabricado en madera pulida de palisandro, de un cálido color castaño rojizo, e incluía un arco de crin de caballo a juego. Y después de una opípara cena, ese día me dejé convencer con facilidad para actuar con mi nuevo instrumento en el festín celebrado en Wakefield Inn.

Al estar enamorado, cada *cansó*, *tensó* o *sirventés* que interpretaba tenía una resonancia especial: las palabras de amor entre un caballero y su dama, escritas en soledad con sinceridad, pero de alguna manera incoherentes y vacías, de pronto adquirirían vida y un significado nuevo debido a la influencia de Goody sobre mí. Y al final de una canción de amores trágicos, que yo había escrito con una alegre inconsciencia tres años antes, me di cuenta de que tenía los ojos húmedos.

—¡Por bondad divina, toca algo un poco más alegre! —dijo Tuck, restregándose los ojos con un pañuelo de lino—. A este paso vas a mandarnos a todos a la cama nadando en lágrimas.

Goody sollozaba abiertamente.

—Era tan hermoso, Alan —dijo mi amor—. Y tú eres tan hermoso...

Sus palabras quedaron misericordiosamente ahogadas en la servilleta con la que se enjugaba las lágrimas que corrían por sus mejillas, pero me di cuenta de que tenía que cambiar el tono, y así fue como acabamos la velada con una composición pícaro y disparatada sobre una vieja con una sola pata que tenía siete amantes jóvenes, uno para cada día de la semana, y a todos ellos les faltaba también algún miembro del cuerpo. Y, a fin de cuentas, sí que nos fuimos todos a la cama llorando..., pero de risa.

Durante la segunda semana de enero, con un tiempo helado y el país cubierto de nieve, visité Westbury. *Fantasma* protestó por verse obligado a salir con aquel frío, pero Baldwin, mi administrador, pareció alegrarse a su modo seco e impasible al verme, cuando por fin llegamos después de tres días penosos de viaje a través de la nieve por caminos helados de un suelo duro como el hierro. Pasé varios días con él en la antigua mansión caldeada y humosa, repasando las cuentas de la casa; habíamos conseguido un pequeño excedente el año anterior, y las buenas cosechas habían permitido que nuestros graneros rebosaran, y que hubiera comida suficiente para todos los habitantes de Westbury durante los meses fríos del invierno. Volví a Londres al cabo de una semana, complacido por la manera en que administraba Baldwin mis propiedades, y contento de que siguiera actuando en mi lugar en todas las cosas.

A veces sospecho que el diablo elige como sus víctimas preferidas a almas que se sienten felices, y que allá donde encuentra una alegría inocente concentra en ella toda su malicia, y trabaja día y noche con sus secuaces para amargarla. Porque, desde el momento en que volví a Wakefield Inn después de mi viaje a Westbury, las cosas empezaron a ir horriblemente mal.

Cuando me acercaba a la casa, a pie y llevando de la brida a mi cansado *Fantasma*, siguiendo el Saintrondway a la luz menguante del crepúsculo, me pareció ver una figura pequeña, arrebujaada en un voluminoso manto oscuro, que se escabullía por la verja de la entrada y se alejaba. Pensé que se trataba de una mendiga, pero hube de rectificar esa convicción cuando me encontré en el exterior de la gran puerta de madera reforzada con láminas de hierro. Alguien había pintado en la entrada al patio un símbolo extraño y maligno: una imagen de no más de treinta centímetros de alto que parecía representar a dos figuras, tal vez un hombre y una mujer, grotescamente deformes y enzarzadas entre sí en un combate mortal. El dibujo había sido tallado profundamente en la madera a la altura de la vista, y coloreado con una sustancia que me pareció sangre. Le pedí al portadero, que dormía en su cómodo alojamiento junto a la puerta y no había oído nada, que borrara de inmediato aquel símbolo con un cepillo de cerdas duras. Luego intenté apartarlo de mi mente.

Crucé el patio y, al entrar en la casa, mientras sacudía la nieve de mis botas en el umbral, vi una escena que provocó un escalofrío en todo mi cuerpo, ya bastante helado. Goody estaba sentada en un banco delante del fuego del hogar, muy arrimada a un joven bien parecido. Y tenían las manos enlazadas.

Era un joven esbelto, más o menos de mi misma estatura; exquisitamente vestido de brocado de seda y pieles, y con cabellos de un tono rubio pálido. Supongo que las mujeres lo encontrarían guapo: por lo menos tenía unas facciones suaves y regulares, sin verrugas ni granos ni deformidades que lo desfiguraran. Yo lo llamaría insípido, blando incluso. Pero ahí estaba sentado aquel jovenzuelo dorado, aferrando las manos de Goody con sus largos dedos.

Tanto Goody como su zagal se levantaron cuando yo me abalancé sobre ellos con la mano en la empuñadura de mi espada. Vi que el chico iba desarmado, y una parte de mí lo maldijo, porque tener la oportunidad de provocar una pelea y ensartarlo sin más me habría parecido una buena cosa, pensé furioso, sí, una muy buena cosa.

—¿Quién eres tú? ¿Y qué diablos estás haciendo aquí? —aullé a la cara de aquel niño vestido de sedas, de aquel petimetre experto en hacer manitas.

—Alan —dijo Goody en tono severo—. ¡Compórtate! Éste es Roger de Chichester, un muy buen amigo mío. Ha tenido la cortesía de hacerme una visita amistosa para desearme un feliz año.

Yo rugí algo entre dientes y lo fulminé con mi mirada más malévol y peligrosa. Pero conseguí mantener la boca cerrada.

—Es un placer para mí conoceros..., señor —dijo aquel pisaverde presuntuoso—. Lamento no haber tenido el honor de conocer vuestro nombre.

—Éste es Alan de Westbury —dijo Goody, con la cara encendida y sus preciosos ojos violeta iluminados por chispas de ira—, y hoy se está comportando como un patán prepotente y maleducado.

—Ah, bien, entonces, ah, no quisiera ser indiscreto..., y os deseo que sigáis bien, en la esperanza de volver a vernos en otra ocasión... —tartamudeó aquel mariposón primoroso.

—Dudo mucho que volvamos a vernos en otra ocasión —dije en tono seco—. ¡Que Dios os acompañe!

Di media vuelta de forma brusca, y empecé a hurgar para desabrocharme el cierre de mi capa de cabalgar empapada. Oí más que vi a Goody acompañar a aquel bobo hasta la puerta de la calle, y me cuidé mucho de estar atento a las palabras amables con que se despidieron. Luego volvió a mi lado, junto al fuego.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué has sido tan desagradable con el querido Roger? —me preguntó Goody—. No era necesaria toda esa grosería. Se ha molestado mucho.

—Me importa poco. Y él me importa menos aún. ¿Quién es, a propósito?

—Te lo he presentado hace un momento: es Roger, el hijo mayor y heredero de lord Chichester. Y sobre todo es, como ya te he dicho, un buen amigo mío.

Estaba empezando a irritarse mucho; había un tono en su voz que ya le había oído en otras ocasiones. Pero fui tan idiota que no hice caso.

—Te estaba dando la mano: en adelante, no quiero que esté solo contigo en esta casa.

Me di cuenta de que también yo había alzado el tono de voz.

—Ni ésta es tu casa, ni tampoco ésta es aún tu mano. Y voy a pasar el tiempo acompañada por quien a mí me dé la gana.

Goody casi gritaba ahora, y sus ojos azules llameaban como los de un gato montés al mirarme.

—Te prohíbo que le veas.

—¿Qué has dicho? —Casi escupió las palabras, y gritaba tanto por lo menos como yo.

Temerariamente, repetí:

—Te prohíbo que vuelvas a hablar a solas con ese «querido Roger».

La cara de Goody estaba tan blanca como la de un lirio, a excepción de dos rosetas de un rojo encendido en cada mejilla. Empezó a hablar, ahora en un tono frío, despacio y con una calma gélida:

—Hablaré con quien yo quiera, y siempre que quiera; y tú, caballero, vas a enterarte de que *no* hablo con quienes no respetan mis derechos y mis deseos.

Y dichas esas palabras, giró sobre sus talones y se fue hacia el otro extremo de la sala, donde estaban las escaleras que subían a sus habitaciones.

Yo me quedé con el índice levantado señalando hacia su figura que se alejaba, y mascullando las palabras:

—Muy bien, yo también hablaré con quien quiera, ¡ja!, y veremos si eso te

gusta...

Pero para entonces ella ya había desaparecido.

Durante las semanas siguientes, Goody se negó en redondo a hablar conmigo. Era como si el fuego de su amor por mí se hubiera extinguido por completo, como si alguien hubiera arrojado una paletada de nieve sobre un hogar, apagando de pronto la llama y reemplazándola por un montón de hielo y escarcha.

A mí me sorprendió mucho su repentino cambio de actitud: al día siguiente, después de la discusión, intenté disculparme cuando nuestros caminos se cruzaron en el pasillo del piso alto. Fue una discusión tonta, dije, la culpa era de los dos y estaba seguro de que podríamos perdonarnos mutuamente por unas palabras dichas a la ligera. Ella me dejó con la palabra en la boca, y después de aquello se negó incluso a permanecer en la misma habitación conmigo. Cada vez que yo entraba en la sala, ella encontraba una excusa para marcharse; y si yo entraba en una habitación en la que estaba ella, desaparecía de inmediato dejando a su paso una invisible estela de hielo.

Al principio me desconcertó su rechazo, y más tarde, después de una semana de silencio gélido, me sentí impresionado por su fuerza de voluntad. Me estaba castigando, lo sabía, y era implacable. Sin embargo, pasadas dos semanas, empecé a preocuparme. Hablé con Marian del tema, y ella me aconsejó que, sencillamente, me disculpara ante Goody.

—No tienes ningún derecho sobre ella, Alan; aún no. No estáis prometidos, y no puedes actuar como si te perteneciera. Ya sabes que siempre ha sido una muchacha muy independiente, y probablemente es lo que más te gusta de ella. ¿Por qué no vas a pedirle perdón?

—¿Pero si esa riña estúpida no ha sido por mi culpa! Ella estaba flirteando con ese tipo, Roger. ¿Qué se supone que tenía que hacer yo? ¿Aplaudirles? ¿Indicarles un dormitorio cómodo? ¿Llevarles un par de mantas caldeadas?

—No tienes nada que temer de Roger. No es..., no es una amenaza para ti y para Goody. Si la amas, ¿por qué no pedirle perdón? Eso no puede hacer daño a nadie.

Pero yo no podía soportar la idea de humillarme delante de ella sólo para recibir su desdén helado. De modo que seguimos como antes, ignorándonos día tras día, atrapados en un silencio helado y clamoroso. Me zambullí como recurso en el ejercicio y la autocompasión: empecé a entrenar a Thomas para ser armado caballero con lecciones de espada y largas horas a caballo; y de vez en cuando acompañé a Bernard a beber a sus lugares favoritos de «distracciones groseras». Su previsible consejo fue que me agenciara una ramera rellenita y me olvidara por completo de Goody. Pero no pude..., y seguir instalado en Wakefield Inn con ojeadas fugaces al rostro blanco e indiferente de mi amor, era una condenada tortura. Casi tan mala como los hierros al rojo, pensé. De hecho, habría estado encantado de pasar una noche torturado en algún calabozo pestilente si con ello conseguía restablecer mi

anterior relación con Goody. No dormía. No comía. Tenía la cabeza llena de ideas tétricas, de dolor y muerte, desde el amanecer hasta la noche.

Y entonces cambiaron las cosas..., para peor. Yo estaba almorzando en una casa de comidas junto a los muelles, un lugar donde daban de comer a los marineros de los barcos cuando habían acabado de descargar sus mercancías a una hora desacostumbrada. Y apareció por allí Bernard.

No estaba en buena forma. Por una vez no parecía bebido, y su jeta feliz de juerguista aparecía grisácea y cansada. Sin embargo, hizo un esfuerzo para quitar importancia a las graves noticias que traía.

—Ha habido un pequeño contratiempo en relación con el rey —me dijo—. ¿No te advertí de que la codicia de los príncipes no conoce límites? Parece que el rey Felipe de Francia y el príncipe Juan han unido sus fuerzas y hecho una contraoferta por la persona del rey Ricardo.

—¿Qué? —Me sentí igual que si me hubiera abofeteado en la mejilla con la mano abierta—. ¿Qué clase de contraoferta?

—Ya sabes que el príncipe Juan está en París, y por lo que parece cómodamente instalado en la corte de Felipe.

Asentí. Era de conocimiento público: como se suponía que la liberación del rey Ricardo era inminente, el príncipe Juan había preferido refugiarse bajo la protección de sus aliados franceses, escabulléndose fuera del país y dejando que sus fieles seguidores en Inglaterra defendieran los castillos capturados por él.

—Pues bien, he oído a Walter de Coutances decir a la reina que Felipe y Juan han enviado una carta a Alemania con la oferta al emperador de ochenta mil marcos más si retiene a Ricardo en prisión hasta la fiesta de San Miguel, el 29 de septiembre. Y tengo entendido que el emperador se siente muy inclinado a aceptar el trato.

Era un golpe serio, tal vez definitivo, para nuestra causa, pero hube de reconocer que por parte de Juan era un movimiento sagaz. El emperador se quedaba con los cien mil marcos ya recibidos de la reina Leonor, pero retrasaba ocho meses la libertad de Ricardo, hasta el final de la temporada de las campañas bélicas, a finales de septiembre. En los meses fríos y lluviosos que van de septiembre a marzo, era costumbre arraigada mantener en suspenso las hostilidades entre los bandos en guerra. De ese modo, Felipe y Juan dispondrían de todo un año para capturar más castillos de Ricardo tanto aquí como en Normandía, y recabar más apoyos en su contra. Y cuando llegara el día de San Miguel..., bueno, ¿quién sabía lo que podía ocurrir desde ahora hasta entonces? Ricardo podía morir en cautividad, o ser asesinado por agentes del príncipe Juan. Sus enemigos incluso podrían comprar otro año aún de prisión con una nueva oferta pérfida de más plata.

Yo había pensado que no era posible estar más deprimido, después de la abrupta interrupción de mi cortejo a Goody; pero al oír aquellas noticias, me di cuenta de que

mis ánimos aún podían bajar más.

Después del anuncio de mi antiguo maestro de música, los dos consumimos un almuerzo triste en la fonda de los muelles, sumidos en la desesperación y con pocas cosas que contarnos el uno al otro, absortos en nuestras empanadas rancias y nuestro vino picado. Bernard se fue sin siquiera haberse emborrachado.

A la mañana siguiente, me despertó de una duermevela agitada el sonido de un grito agudo. Era una sirvienta, una de las pinches de cocina que tenía a su cargo encender el fuego antes del alba. Estaba de pie delante de la puerta abierta de Wakefield Inn, y señalaba una torpe estructura, una especie de horca de juguete improvisada, levantada delante del portal en algún momento de la noche. Era muy simple, y al principio creí que sólo se trataba de alguna clase de broma: un travesaño que consistía en una rama retorcida de avellano, más o menos del largo y el grosor del astil de una lanza, sostenida en cada extremo por dos trípodes de varas de avellano. Y del travesaño colgaban una docena de miserables y raquíticos cuerpecillos de animales.

Al acercarme a la horca, vi que las dos formas del centro eran mayores que las demás: eran un perrito, un cachorro travieso de orejas colgantes, recién nacido de una de las perras de Marian..., el otro era el gatito pelirrojo de Goody, el regalo que yo le había hecho por Navidad. Los dos habían sido destripados y atados del cuello del travesaño con un cordel, y sus entrañas colgaban enredadas en sus patéticas patitas peludas. A cada lado del gato y el perro había colgadas media docena de ratas, estorninos, un petirrojo e incluso un pequeño ratón de campo. Era una colección grotesca, una imitación fantasmal de los patíbulos cargados de cadáveres de ladrones ahorcados que podían verse en la mayor parte de las ciudades de Inglaterra, sólo que en miniatura, y en cierta extraña manera mucho más sobrecogedora. Pero no fue la colección de animales muertos lo que más llamó mi atención. En la puerta principal, con sangre, habían garabateado un mensaje. Estaba escrito en árabe, y aunque yo apenas era capaz de leer en esa lengua, pude descifrar aquellas palabras. Decían: «El amor verdadero nunca muere».

¡Nur!

Debió de seguirme al sur desde Sherwood, y sin duda me había visto con Goody. Y ahora me estaba diciendo que sabía que yo había encontrado un nuevo amor. Me estremecí aquella fría mañana de enero a la vista de aquellos garabatos trazados con, ¿con qué?, ¿con sangre? Y recordé los dibujos deformes arañados en la madera de la puerta que había visto a mi regreso de Westbury, hacía tan sólo unas semanas. ¿Podía ser Nur una bruja de verdad? ¿Tenía poderes? ¿Era ella la *hag* de Hallamshire? ¿Y estaba dirigiendo ahora su magia contra Goody y contra mí?

Me dominé con un esfuerzo, y di órdenes a los criados de que desmontaran el patíbulo y lo quemaran antes de que Goody o Marian pudieran verlo.

Los días siguientes, cuando iba a Londres para ocuparme en mis asuntos (visitar con Bernard las tabernas de Westminster, entrenar a Thomas para la lucha a caballo con lanza en el extenso llano poblado de brezos cerca de la aldea de Hampstead), veía a veces con el rabillo del ojo una pequeña figura negra. Pero siempre, cuando me volvía a mirarla de frente, desaparecía. Fuera lo que fuese lo que aprendió Nur en su largo viaje desde Tierra Santa hasta Inglaterra (brujería, magia, hechizos maléficos), también había aprendido el arte de ocultarse en un terreno quebrado casi tan bien como mi amigo Hanno.

Pero no me empeñé en buscar a Nur, seguir sus pasos o tenderle una emboscada, porque todavía sentía vergüenza por la forma en que la había tratado. Deseaba hablar con ella, aunque sólo fuera para conminarla a que no nos amenazara a Goody ni a mí con sus trucos diabólicos. Tenía claro que los dos cachorros, el perro y el gato, querían representarnos a Goody y a mí, y que los demás animales muertos eran nuestros sirvientes y amigos. Sentí que pesaba sobre mí una maldición, la quemazón lenta de la maldición de una bruja negra..., y quería que la retirara. Aunque de alguna manera también deseaba poner remedio al sufrimiento de ella; pero también había de conseguir que aceptara que ya no la amaba ni la amaría nunca más.

Para ser sincero, debo admitir que no deseaba encontrarme otra vez con ella. Cualquier amenaza, lo sabía en mi interior, no tendría ningún efecto sobre aquella mujer despechada. No podía alzar mi espada contra ella después de todo lo que había sufrido a manos de Malbête y sus hombres. Sobre todas las demás cosas, lo que yo deseaba era sencillamente que se fuera, que desapareciera de nuestras vidas.



Hay gente que dice que Dios y el diablo están empeñados en una lucha constante por las almas de los hombres; y los más están de acuerdo en que Dios es más poderoso que el Maligno. Lo cierto es que Dios acabó por triunfar en aquel caso, y la época de desgracias en Wakefield Inn acabó tal como llegó: abruptamente.

Acabó, como tantas otras cosas en mi experiencia, con la llegada de Robin. Que además traía noticias excelentes.

Mi señor cruzó a caballo la puerta de la casa a la cabeza de cuarenta jinetes, erguido en la silla, orgulloso y armado para la guerra. Después de abrazar a Marian y saludar a Tuck, a Goody, a Hanno y a mí, puso un énfasis especial, por lo que advertí, en aupar al pequeño Hugh, tenerlo en sus brazos y hacerle cosquillas hasta que el bebé rompió a chillar muerto de risa. Luego convocó a todo el mundo a la sala y, mientras se calentaba las manos al fuego del hogar, dijo como al desgaire:

—Ricardo está libre.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio asombrado. Estábamos todos tan

acostumbrados a pensar en nuestro rey cautivo en Alemania (llevaba así más de un año, entonces), que su declaración fue una sorpresa para todos. De modo que Robin repitió, con mayor énfasis:

—El rey Ricardo, nuestro noble soberano, está libre. El emperador lo ha soltado y, mientras os hablo, viaja con su madre camino de Inglaterra.

—Pero ¿y la contraoferta del príncipe Juan..., los ochenta mil marcos por tenerlo encerrado hasta la fiesta de San Miguel? —pregunté yo, un poco aturdido.

—Oh, seguro que fue una tentación para el emperador. Pero Ricardo se ha hecho un buen número de amigos entre los príncipes alemanes, y ellos no habrían aceptado un comportamiento tan turbio por parte de su señor. Tener cautivo a un noble para conseguir un rescate es aceptable hasta cierto punto, pero recibir el dinero del rescate y luego romper el trato sería un ultraje. El emperador Enrique habría tenido que afrontar rebeliones de sus vasallos a izquierda, derecha y centro; podría haber sido destronado, incluso perder su título. Ya ha sido excomulgado por el papa, y eso hace que se sientan incómodos todos los barones germánicos, incluso los más descreídos. Además, se habría creado una enemiga acérrima en la reina Leonor..., y no es una mujer cuya ira pueda ser tomada a la ligera. De modo que optó por hacer lo más sensato: se quedó con los rehenes por el resto del dinero que la reina le había prometido, y le entregó a Ricardo hará un par de semanas. Nuestro rey tiene aún algunos asuntos por resolver en Europa, pero llegará a Inglaterra dentro de unos diez días, si el tiempo lo permite... Y entonces veremos cómo se comporta el gato real con las palomas que le han sido desleales.

Robin me sonrió, con una chispa de regocijo despreocupado en sus ojos plateados.

—He recibido mensajes de la gente de Ricardo, y tenemos órdenes de unirnos a él en Sandwich, y marchar luego al norte reuniendo más hombres de armas por el camino. Iremos a tomar Nottingham. Parece, Alan, que pronto vamos a tener la ocasión de ajustar las cuentas pendientes que tenemos con Ralph Murdac.

La alegría hizo que la cabeza empezara a darme vueltas. Todos mis esfuerzos del año anterior, todo lo que había soportado, el largo viaje a Alemania, las muertes de Perkin y Adam, la tensión de los meses en los que fingí ser un leal partidario del príncipe Juan, el combate con Milo y la noche terrible en la que esperaba ser ahorcado como un felón..., todo había valido la pena. El buen rey Ricardo volvía a casa, y todo iba a arreglarse. Me di cuenta de que estaba sonriendo como un idiota a todos los que nos acompañaban y, por casualidad, mi mirada se cruzó con la de Goody.

Ella no apartó la vista, como había hecho durante las semanas anteriores. En su rostro se dibujó una sonrisa de complicidad. En un instante, nuestro enfado desapareció: en ese momento me pareció absurdo, ridículo, una minucia boba, un

hechizo maligno maquinado con el único objetivo de separar a dos jóvenes enamorados, una cosa sin sustancia, vilano empujado por el viento de la inmensa alegría del regreso del rey Ricardo.

Nos acercamos el uno al otro, como empujados por una fuerza invisible, y de pronto ella estuvo en mis brazos, muy apretada, con su carita blanca junto a mi cuello, y pude notar el ardor de sus lágrimas.

Capítulo XIX

El rey Ricardo saltó desde la pasarela al muelle del puerto de Sandwich la mañana de un día brillante y soleado de marzo, y las ovaciones y vítores que se alzaron de los cientos de hombres de armas reunidos para recibirlo fueron tan estrepitosas como para ensordecer a los cielos. Estaba más delgado que la última vez que lo vi, muy pálido, y parecía también algo más viejo... Pero seguía siendo el mismo hombre fuerte y lleno de confianza que nos había llevado a la victoria en Sicilia, Chipre y Ultramar. Los hombres de su entorno, los condes y los obispos y los grandes barones (todos los que le habían sido leales durante los tiempos oscuros), ocupaban las primeras filas de la multitud que se agolpaba en el muelle, con sus propios hombres leales respaldándoles. Y, desde los cientos de barcas pequeñas que alfombraban las aguas pardas del puerto, miles de espectadores, hombres y mujeres de Sandwich, estiraban el cuello para ver la triunfal llegada del rey a Inglaterra.

Cuando nuestro rey bajaba por la estrecha pasarela de madera desde el puente del navío, se tambaleó un instante, pero se rehízo de inmediato y sonrió, y el mundo entero se convirtió en un lugar más cálido. Lo vitoreamos, tres veces tres, hasta quedarnos afónicos. Y Ricardo sonrió y señaló a algunas personas de la multitud, alzando una mano delgada para señalar un rostro aquí y allá. A medida que paseaba despacio por delante de la muchedumbre que gritaba y se empujaba, fue saludando a los magnates allí reunidos por su nombre, y dedicó a cada uno de ellos una o dos palabras de gratitud. Nuestro rey se detuvo junto a Robin, se saludaron al estilo romano, cogiéndose el antebrazo, y tiró de él hacia sí. Murmuró algo al oído de Robin y los dos rieron, y luego su mirada se iluminó al verme a mí, que estaba de pie justo detrás de mi señor.

—Blondel, bien hallado —dijo el rey—. ¿Cómo le va en Inglaterra a nuestro *trouvère* de mayor talento?

—No conozco a ese individuo, sire —respondí, con una repentina timidez por estar conversando con el rey—, pero puedo decirles que a mí me va perfectamente, y estoy como siempre a vuestro servicio.

Ricardo rio.

—Buen chico. Pero necesitarás afilar tu espada más que tu ingenio en las próximas semanas, Alan. Y puede que pase algún tiempo, me temo, antes de que volvamos a escuchar tus elegantes versos —añadió, en tono grave.

—Estoy a vuestras órdenes, sire —dije, con una reverencia.

El rey asintió.

—Y yo no he olvidado la deuda que contraje contigo en Ochsenfurt —añadió.

No supe encontrar respuesta, y me limité a sonreírle en silencio, y de pronto ya había pasado de largo y saludaba al conde de Ferrers, un poco más allá. Me sentí como si durante un instante hubiese estado expuesto a la llama poderosa de un horno abierto, y el calor del saludo del rey siguió acompañándome durante las horas siguientes.

Mientras me abría paso entre la multitud hacia la mansión donde Robin y yo debíamos pasar la noche, una mano se posó en mi brazo y, al volverme, vi a dos hombres ancianos, vestidos ambos con los mismos ropajes blancos, muy manchados por el viaje. Me sonreían como si fuesen viejos amigos, y en cierto modo lo eran. El hombre que estaba delante extendió una mano surcada de venas con un gran anillo enjorado para que yo lo besara. Yo me incliné para hacerlo, y sonreí al abad y obispo de Boxley convencido de que sin duda era él.

—Mi señor de Boxley —dije—. Qué alegría volver a veros. Permitidme que os felicite por haber traído a nuestro noble rey sano y salvo a la patria.

Una breve mirada irritada aleteó un instante en su rostro, pero se rehízo con rapidez y me sonrió en tono seco.

—Veo que mi buen amigo Alan se divierte bromeando conmigo —dijo—. Porque sin duda sabe muy bien, después de todas nuestras aventuras juntos en Alemania, que éste es el abad de Boxley —señaló a su compañero, que hacía gestos de asentimiento y me sonreía radiante—, y yo tengo el honor de serlo de Robertsbridge.

—Desde luego, desde luego, excusad mi estúpida distracción. Me siento feliz de volver a veros a los dos y ansío escuchar todos vuestros empeños de los últimos meses... Sin duda no ha sido fácil, pero ciertamente habéis conseguido vuestro objetivo...

Después de una noche en Sandwich Manor y de una interminable cena con los dos abades, durante la cual me hicieron un detallado recuento de las negociaciones para liberar a Ricardo, a la mañana siguiente todos montamos a caballo y seguimos al real objeto de nuestros esfuerzos hasta Canterbury. En el camino, más y más caballeros y barones acudieron acompañados de sus mesnaderos para unirse a la procesión. Algunos hombres venían desde lugares tan lejanos como Cornualles para unirse al rey, y pronto fuimos un verdadero ejército los allí reunidos.

Al llegar a la catedral de Canterbury, Ricardo se detuvo a rezar en la capilla de Tomás Becket, y luego pidió al arzobispo Hubert Walter, un prelado leal, alegre y pendenciero, que celebrara una misa de acción de gracias al aire libre por su puesta en libertad, para que todo el ejército pudiera tomar parte en ella. Después de la misa, el rey convocó a sus principales vasallos a la sala capitular de la catedral, y yo tuve el

honor de ser invitado a la reunión, junto a Robin.

Mientras Robin departía con los demás condes y barones, saludaba a viejos amigos y hacía otros nuevos, yo me senté en uno de los sitios excavados en la piedra de los muros y, puesta en contacto mi espalda con la fría piedra, me puse a soñar despierto con mi amada.

Después de nuestro apasionado abrazo, siguió una escena de lágrimas. Yo pedí disculpas a Goody por mis celos y mi comportamiento grosero con Roger, y ella me pidió perdón por haberse comportado conmigo con tanta frialdad, y luego reímos y bromeamos y todo volvió a ser como es debido entre nosotros. Acordamos pedir a Marian, la leal tutora de Goody, que arreglara los esponsales para nosotros tan pronto como fuera humanamente posible. Y juramos que nunca jamás volveríamos a pelearnos. Goody dijo:

—No tienes por qué dudar de Roger, las chicas no le atraen. Lo cierto es que ese día había venido a contarme que otro chico le había roto el corazón.

Me sentí como si me quitaran un peso de encima de mi propio corazón. De pronto, todo encajaba: su aspecto agraciado, su forma de vestir atildada y elegante, su desconcierto ante mi grosería agresiva. Lo cierto es que Goody y Roger no eran más que amigos. Y di gracias a Dios por ello.

Confesé a Goody toda mi historia con Nur. Le hablé incluso de la maldición que creía que había arrojado sobre nuestro amor, en venganza por haberla abandonado, y que aquel hechizo maligno había sido la causa real de nuestra pelea.

Goody estuvo un rato silenciosa cuando acabé de contarle mi historia, y luego tomó muy suavemente mi mano en la suya y en voz queda, pero firme, me dijo:

—No creo en encantamientos, y no me asustan las mujeres infelices que van por ahí pretendiendo ser brujas. Nadie puede culparte de la desgracia de Nur; fue tu enemigo Malbête, y no tú, quien desfiguró su belleza. Y tampoco se te puede culpar por la muerte de tu amor por ella. Quizá no la amabas de verdad antes de su desgracia, quizá sí. No importa. No la amas *ahora*; y nada de lo que ella haga te convencerá para cambiar tus sentimientos. Deberías proporcionarle con qué vivir, una casa y algunas tierras, quizá en Westbury, y alguna compensación en dinero tal vez, para poner fin a ese asunto. —Me miró a los ojos con los suyos de un color violeta tan hermoso, y añadió—: Eres mío ahora, no suyo..., y no tiene derecho a entrometerse en nuestras vidas. Si lo hace, yo haré que lo lamente...

Desperté de mi agradable ensueño en la sala capitular al ver a Robin hablando con su hermano, William de Edwinstowe, y con un caballero de buena estatura que me resultó familiar. El caballero vestía un manto blanco con una cruz de color rojo sangre bordada al pecho; era evidentemente un templario, un miembro de la misma orden que había empujado a Robin a situarse al margen de la ley hacía tan sólo un año.

De hecho, era el mismísimo sir Aymeric de Saint Maur.

Me incorporé sobresaltado, y mi mano voló instintivamente a la empuñadura de mi espada: la última vez que había visto a aquel hombre fue en el castillo de Nottingham, y había amenazado con aplicarme hierros candentes para obligarme a traicionar al mismo hombre con el que ahora charlaba apaciblemente, a menos de diez pasos de mi asiento. Los templarios habían raptado al pequeño Hugh, juzgado a mi señor por cargos de herejía, intentado quemarlo en la hoguera, y cuando escapó lo habían excomulgado. Y sin embargo, aquí estaba Aymeric, chismorreando con Robin como un par de comadres en el mercado. Yo había dado por supuesto que los templarios respaldaban la causa del príncipe Juan..., pero al parecer me equivocaba. William de Edwinstowe, de pie entre su hermano y el caballero templario, puso sus manos sobre el brazo de cada uno de ellos, sonrió, dijo algo en voz baja, y se perdió entre la multitud. Y Robin y Aymeric se quedaron mirándose sonrientes el uno al otro, y luego, como por milagro, se dieron mutuamente el beso de la paz antes de separarse... Como si fueran viejos y leales camaradas. Me puse en pie al ver que Robin se acercaba adonde yo estaba. Él soltó una carcajada al ver mi cara de desconcierto.

—Te ha sorprendido, Alan, ¿verdad? —me dijo con una mueca alegre y franca.

—No lo entiendo —dije. Mi mandíbula colgaba.

—Todo es cuestión de dinero, Alan —dijo Robin—. Casi siempre lo es. A veces se mezcla el deseo de venganza, a veces un poco de sentimiento religioso sincero, y a veces algo de orgullo herido. Pero, en el fondo, lo único que importa es el dinero puro y duro.

—¿De qué me estás hablando? —dije yo, desconcertado.

—De que hoy mismo, en cuanto tenga un momento para despachar unas cartas a mi gente del Este, dejaremos de estar en el negocio del incienso.

Yo lo miraba con los ojos fuera de las órbitas.

—Pero ¿por qué?

—Para tener paz, en primer lugar; y para quitarme de encima a esos malditos templarios —dijo mi señor—. Eso es lo que de verdad querían de mí esos santurriones hipócritas. Toda esa alharaca de la inquisición por herejía y adoración a los demonios era sólo una manera de forzarme la mano. Y me he convencido de que lo mejor es ceder a sus deseos.

—¡Explícate!

Empezaba a irritarme la ligereza de tono de las respuestas de Robin. Él suspiró.

—Los templarios se quedan con el comercio del incienso en Ultramar. A cambio, se anula mi excomunión, se levanta el interdicto sobre las tierras de Locksley, y los templarios retiran su apoyo al príncipe Juan y se ponen de nuestro lado. Mi hermano William lo ha arreglado todo. Ha actuado como intermediario: habló primero con el

maestre del Temple, hace dos meses, y ha negociado todo el trato desde el principio hasta el final. Aunque tal vez con un poco de ayuda por parte de la gente de la reina Leonor.

—Pero ¿y todo ese dinero? ¡Vas a perder miles de libras en ingresos todos los años!

Yo pensaba también en los hombres buenos que habían muerto por culpa de aquel maldito comercio del incienso, y en particular en un caballero templario, un hombre noble y un amigo incondicional.

—Creo que existirá, ejem, una compensación por las pérdidas —dijo Robin señalando con un gesto la alta figura del rey con su cabello de oro rojizo, que en ese momento entraba con zancadas enérgicas en la sala capitular, al frente de un grupo de caballeros y clérigos—. El rey ha insistido en que haga las paces con estos santos fanáticos..., y me ha prometido recompensas regias si le obedezco —dijo mi señor con una sonrisa forzada—. Y hay más buenas noticias: tú y yo, y Little John, todos, vamos a recibir un perdón completo por nuestros supuestos crímenes y fechorías. Ya no somos salvajes proscritos, Alan; ahora volvemos a ser honrados vasallos del rey.

Sus extraordinarios ojos plateados me hicieron un guiño, como si bromeara, pero detecté una nota de tristeza en su voz.

Como siempre, el rey Ricardo tomó la iniciativa: con grandes voces reunió a todo el mundo en el centro de la sala capitular y, en pocas palabras, dio la bienvenida a todo el Consejo y pidió a Hubert Walter, el arzobispo de Canterbury, que resumiera la situación de la campaña contra las fuerzas de Juan.

El arzobispo, un hombre bajo y grueso pero muy musculoso, saludó radiante a los reunidos.

—Va bien, majestad —empezó—. Diría que muy bien. Como ya sabéis, mis hombres han recuperado ya el castillo de Marlborough en el Wiltshire, y sin demasiados problemas, si se me permite decirlo. Hugh de Puiset ha enviado un mensajero con la noticia de que está delante del castillo de Tickhill, en la frontera del Yorkshire..., y dice que sir Robert de la Mare está casi dispuesto a entregar la fortaleza, siempre y cuando le demos garantías firmes de salvoconducto, no represalias, perdón pleno, etcétera.

—Dádselas —dijo el rey Ricardo de inmediato—. Quiero los castillos, no la muerte de la gente engañada que está dentro de ellos.

Hubert Walter continuó, con un gesto de asentimiento a su soberano:

—El castillo de Lancaster ha caído en manos del hermano de Puiset, Theobald..., y por lo que respecta al Mont Saint-Michel de Cornualles... —Aquí el arzobispo consultó una hoja de pergamino—, al parecer, el alcaide, Henry de Pumerai, murió de espanto cuando supo que vuestra majestad había regresado a Inglaterra.

La sala estalló en una catarata de risas; aquellos hombres aguerridos se retorcían,

se daban unos a otros palmadas en la espalda y se frotaban los ojos, y el mismo rey se unió a ellos, con lágrimas de risa bañando sus pálidas mejillas.

Por fin, el arzobispo llamó al orden a la sala capitular:

—Sólo nos queda un hueso por roer, majestad, y toda Inglaterra será vuestra: el castillo de Nottingham.

—Habládme de Nottingham —gruñó el rey.

—Bueno... —empezó a decir el aguerrido prelado. El rey le hizo callar con un gesto de la mano—. Vos no, Hubert. Ya habéis cumplido de sobra. Locksley, Nottingham es la clave de vuestros dominios. ¿Qué noticias tenéis de mi real castillo?

Todos los ojos de los presentes en la sala capitular convergieron sobre mi señor. Él aspiró una gran bocanada de aire y empezó a hablar.

—Sire, como mi señor arzobispo ha dicho ya, Nottingham es un hueso duro de roer. Es la última fortaleza en poder de los hombres del príncipe Juan, y caballeros y hombres de armas leales a vuestro hermano se han ido juntando allí en las semanas pasadas desde vuestra liberación. Debe de haber dentro por lo menos mil combatientes en este momento, incluido un contingente de doscientos mercenarios flamencos de primera clase: ballesteros, y muy buenos según me han dicho.

Robin hizo una pausa para ordenar sus ideas, y continuó:

—La fortaleza cuenta con provisiones suficientes para un año como mínimo. Tiene varias líneas de defensa, de modo que, incluso en el caso de que tomemos los muros exteriores, podrán retirarse a las fortificaciones internas, y si también tomamos éstas, aún podrían desafiarnos durante muchos meses desde la gran torre. Hay quien dice que el castillo de Nottingham es absolutamente inexpugnable, que no podrá ser tomado por la fuerza. Nunca.

—Pero ¿podremos tomarlo *nosotros*?

El rey miraba ceñudo a Robin. Mi señor sostuvo su mirada, y durante unos segundos calló. Por fin respondió:

—Sí, sire, sí, podremos tomarlo. Costará muchas vidas, pero sí. Suponiendo que el príncipe Juan no regrese a Inglaterra al frente de un gran ejército y corra a socorrerlo, podremos tomarlo. Pero el precio en sangre, en vidas de súbditos vuestros, será muy alto.

El rey se quedó pensativo.

—¿Quién está ahora en Nottingham? —preguntó.

Robin respondió sin que su voz revelara la menor emoción:

—El castillo está gobernado en la actualidad por sir Ralph Murdac, en nombre de vuestro hermano Juan. Antes había sido el alguacil real del Nottinghamshire, el Derbyshire y los bosques reales, bajo el reinado de vuestro padre.

—¿Murdac, ese pequeño y escurridizo saco de mierda? ¿Todavía está en activo? —dijo el rey, con una sorpresa nada fingida—. Creí que había sido expulsado, o

exiliado, o proscrito o algo parecido. Ese hombre no vale más que el culo de un ladrón. Y también es un condenado cobarde.

—No es tonto, y no conviene subestimarlos —dijo Robin—. Y cuenta con una guarnición muy fuerte bajo su mando. No será tarea fácil desalojarlo.

—¿Por qué lo defendéis? No es amigo vuestro —dijo el rey—. Si no recuerdo mal, habéis cruzado las espadas con él en varias ocasiones. Incluso llegó hasta mí un rumor indecente...

El rey se detuvo, incómodo.

—No es amigo mío..., es cierto —dijo Robin sin perder la calma—. Con gusto lo vería colgado como traidor de la horca más próxima. Pero sería un grave error subestimarlos. Mientras hablamos, mis hombres están ya apostados frente a las murallas del castillo, con las fuerzas del conde de Chester, manteniéndolo bajo vigilancia. No hay suficientes hombres leales allí, tan sólo son varios cientos, para mantener a Murdac copado. Si intenta hacer una salida, no podrán detenerlo. Pero sospecho que se cree a salvo detrás de esos muros, y que preferirá estar quieto y aguantar hasta que el príncipe Juan le envíe fuerzas de socorro desde Francia.

—No hemos de temer demasiado a mi real hermano —dijo Ricardo—. No es hombre para conquistar un país, ni siquiera para socorrer una fortaleza si se tropieza con alguien que tenga el más mínimo deseo de hacerle frente.

Hubo risas algo forzadas en la sala capitular; Ricardo ya había utilizado varias veces antes la misma broma. También Robin esbozó una sonrisa rígida.

—Muy bien, caballeros —dijo el rey—. Está muy claro lo que hemos de hacer: debemos marchar al norte, a Nottingham, y desalojar a ese tal Murdac de mi castillo... ¡y tal vez colgarlo de la horca más próxima, además, sólo para complaceros a vos, Locksley!

Robin sonrió de nuevo, y se inclinó ante el rey en una profunda reverencia.



El rey Ricardo era sin duda un hombre feliz. Después de un año de inactividad humillante y frustrante, volvía a montar a caballo rodeado de compañeros leales, y tenía en perspectiva una dura campaña para recuperar su reinado. A nuestro rey le gustaba más que nada en este mundo una buena batalla, y su entusiasmo y confianza elevaron nuestra moral. Al día siguiente, cabalgábamos desde Canterbury unas cuatrocientas personas: barones, caballeros, mesnaderos, obispos, clérigos, sirvientes del rey, monteros, ramerías y parásitos. Los hombres fanfarroneaban sobre las grandes hazañas que llevarían a cabo en la batalla, y se gastaban bromas pesadas entre ellos. Toda la columna se mostraba animada e impaciente por luchar. De vez en cuando, alguien entonaba las primeras notas de una canción, y ésta se difundía por las hileras

de hombres, crecía y estallaba como un incendio en el bosque, hasta que todos la coreábamos a la vez al ritmo de nuestra marcha. Aún estábamos en marcada inferioridad en relación con las fuerzas del príncipe Juan, pero sabíamos, ya veis, lo notábamos en los huesos, que saldríamos victoriosos cuando llegáramos a Nottingham. Después de todo, teníamos al rey Ricardo para guiarnos, y con el mejor guerrero de la cristiandad al mando, ¿quién podría prevalecer contra nosotros?

Todo el país parecía compartir la misma opinión. Mientras seguíamos marchando en dirección norte desde Canterbury, a Rochester primero, luego a Londres, donde nos detuvimos brevemente una jornada, y luego a Bury Saint Edmunds, se nos unió un flujo continuo de hombres de armas: caballeros de la región que seguían el estandarte real, jóvenes robustos en busca de aventuras, y barones astutos que olfateaban la victoria de Ricardo en el viento y se apresuraban a renovar su fidelidad antes del éxito definitivo.

En Huntingdon, se unieron a nosotros William Marshal y un centenar de guerreros bien armados de Pembroke. El hermano de Marshal había fallecido recientemente, pero William optó por no asistir al funeral y venir a nuestro encuentro, sólo para demostrar su lealtad al rey. Fue una escena conmovedora: el grueso y canoso veterano de decenas de batallas sangrientas abrazando a nuestro rey, pálido y flaco. Los dos hombres llevaban cotas de malla debajo de las sobrevestes, pero en tanto que William iba forrado de pesadas mallas de acero desde el dedo gordo del pie hasta la punta de los dedos de la mano, vi que Ricardo llevaba sólo una cota mucho más ligera y más corta, sin mangas, del tipo que algunos hombres empleaban en Ultramar. Era más fácil de llevar si estabas débil por alguna herida, enfermo, o te molestaba el calor bochornoso de Oriente; pero no era tan eficaz como una malla pesada para absorber los golpes. Y me pregunté a mí mismo si Ricardo, después de un año inactivo en cautividad, estaría en condiciones de soportar la dureza del campo de batalla.

Cuando instalamos nuestro campamento en las afueras de Nottingham y plantamos nuestras tiendas de campaña en el parque de los ciervos, al oeste del castillo, nuestros efectivos se elevaban a un millar de hombres, y el número creció de inmediato en cuatrocientos más cuando se nos unieron Ranulph, conde de Chester, que había estado vigilando el castillo desde las alturas del norte, y David, conde de Huntingdon. Este último venía enviado por su padre, el rey de Escocia, William el León, que era un gran amigo de Ricardo y había decidido prestarle apoyo en su lucha contra el príncipe Juan. David, poseedor también del título inglés de Huntingdon, trajo consigo una nutrida hueste de caballeros. Y les recibimos encantados.

En una reunión celebrada en su pabellón real del parque de los ciervos, en un espacio repleto de hombres revestidos de pesadas armaduras e impacientes por luchar, Ricardo dio una rápida serie de órdenes a los barones. Todo el conjunto del

castillo de Nottingham debía ser rodeado por nuestras tropas de inmediato, esta noche, ahora.

—Quiere rodearlos con un cerco tan estrecho como el culo de un ratón —me dijo Little John, después de acomodarnos los dos en una taberna de la parte este de la ciudad de Nottingham. Little John había estado al mando del contingente de un centenar de arqueros que permaneció en el norte, junto a los hombres del conde de Chester, para tener bajo vigilancia a Ralph Murdac—. Nadie podrá entrar ni salir —dijo mi gigantesco amigo rubio, sentados los dos en un banco mientras compartíamos un galón de cerveza floja, un gran bol de sopa de nabos aguada y media hogaza de pan de centeno reseco.

Me quedé sorprendido al entrar a caballo en Nottingham aquella tarde. Una zona de la ciudad de unos ciento cincuenta pasos de ancho, al este del castillo, había sido completamente destruida. Calles que yo conocía bien, y por las que había paseado hasta hacía pocos meses, habían desaparecido con todas las tiendas, tabernas, casuchas y talleres que antes las flanqueaban. Todo lo que quedaba ahora eran ruinas humeantes y montones de ceniza grisácea.

John me contó que un contingente de doscientos jinetes había salido del castillo de Nottingham al amparo de la oscuridad hacía dos noches y, utilizando cuerdas y la potencia muscular de sus corceles de batalla, habían derribado todos los edificios, convirtiéndolos en escombros. Luego, sin miramientos para con los hombres comunes, mujeres y niños que podían haber quedado atrapados en el interior de sus viviendas o que intentaban poner a salvo sus escasas posesiones o su ganado, los hombres de Murdac prendieron fuego a los techos de paja caídos y las vigas de madera rotas en el suelo, los jergones y los muebles. Se debió únicamente a la misericordia divina y al duro trabajo de Little John y sus arqueros, que combatieron el incendio durante toda la noche, que no ardiera toda la ciudad de Nottingham. Las cejas rubias de John habían quedado chamuscadas, lo que le daba una expresión como de ligera sorpresa. Y tres arqueros habían sufrido quemaduras graves, y no estaban en condiciones de luchar.

¿Y cuál era el objeto de aquella destrucción cruel y caprichosa? Crear un espacio abierto que permitiera a los ballesteros situados en el muro este y en la gran puerta del recinto exterior un campo de tiro cómodo, al suprimir la cobertura de los atacantes.

Podía haber sido cruel, pero también era una medida prudente y acertada. Como Robin había dicho, sir Ralph Murdac no era un inepto.

Las fortificaciones del castillo de Nottingham seguían los contornos del afloramiento macizo de piedra arenisca sobre el que había sido construido. El castillo propiamente dicho (es decir, el recinto superior, la gran torre y el recinto medio), se asentaba en la parte más alta del peñasco, protegido por el oeste y el sur por riscos

imposibles de escalar, de más de cuarenta metros de altura, coronados por nueve metros más de gruesos muros de piedra. No había forma de entrar por esa parte.

Debajo del risco, y hacia el este y el norte, se extendía el recinto exterior: la parte más amplia y abierta del castillo, que albergaba los establos y los talleres, además de la nueva cervecera, unas cocinas y un horno. Esta área exterior no contaba con el resguardo de unos muros de piedra pero, a decir verdad, no los necesitaba, porque estaba rodeada por un foso y un terraplén de tierra de dos metros y medio de altura, sobre el que se alzaba una gruesa empalizada de troncos de cinco metros más de altura. Y ahora quedaba separada de la ciudad por una ancha cicatriz humeante de espacio vacío.

Un hombre puesto de pie en el foso que rodeaba el recinto exterior tendría que saltar, o volar, más de siete metros y medio en el aire para rebasar las defensas. Y mientras intentaba aquella heroicidad, estaría continuamente expuesto a los virotes de ballesta, lanzas, piedras y flechas arrojados por los defensores. Incluso en el caso de que el asaltante consiguiera superar los siete metros y medio de las defensas, en el otro lado sólo encontraría el apoyo de alguno de sus compañeros que hubiera conseguido realizar la misma prodigiosa hazaña; y serían muy pocos los que vivirían después de cargar en medio de un diluvio de virotes de ballesta a lo largo de los ciento cincuenta metros de tierra quemada y desierta del costado este del castillo.

El rey Ricardo recorrió a caballo todo el perímetro del castillo de Nottingham en cuanto llegó aquella tarde del día veinticuatro de marzo y, según las cuentas de Tuck, mil ciento noventa y cuatro años después del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Ricardo iba acompañado por una docena de caballeros y el estandarte real, con sus dos leones rampantes de oro sobre fondo de gules, fue desplegado orgullosamente para amedrentar a los cientos de cabezas enemigas que atisbaban desde detrás de las almenas. Después, en una reunión con sus principales capitanes, en su pabellón del parque de los ciervos, Ricardo declaró sucintamente:

—El portal. Es realmente el único sitio por donde entrar. Lo tomaremos, y desde allí inundaremos el recinto exterior con nuestros hombres. Con la ayuda de Dios, y en la confusión de la batalla, podremos seguirles, mezclarnos con ellos cuando se retiren, y tomar la barbacana del recinto medio. Con la barbacana en nuestro poder, todo el castillo será nuestro. De modo que el primer paso es tomar el portal.

Yo admiré su confianza, pero no pude compartirla. Toda esa cháchara despreocupada sobre tomar portales, barbacanas y recintos, como si fueran castillos de arena levantados por niños, me puso nervioso. Desde la época en que fui miembro de la guarnición del castillo, sabía que el robusto portal de madera, que daba paso al recinto exterior por el costado este, contaba con un centenar de hombres fuertemente armados bajo el mando de dos capitanes y un mando superior. Y lo que era peor, el rey se apresuró a asignar la difícil y sanguinaria misión de tomar el portal al conde de

Locksley, y Robin, naturalmente, nos encomendó la tarea a Little John..., y a mí.

De modo que, delante de la sopa aguada de nabos y la cerveza floja, Little John y yo discutimos nuestros planes para la mañana siguiente, cuando al amanecer, y al frente tan sólo de un centenar de hombres cada uno, deberíamos asaltar el portal del recinto exterior e intentar devolver el real castillo de Nottingham a su legítimo propietario.

Capítulo XX

Hacía frío; una espesa capa de escarcha había convertido la cicatriz negra de tierra quemada entre el portalón y las primeras casas de la ciudad en una gran mancha de un gris sucio. Atisé por la puerta lateral entornada de un gran almacén de lana, situado en el límite de la franja gris de tierra quemada y helada frente al muro este del recinto exterior. Faltaba tal vez media hora para el amanecer, y las primeras luces del alba eran visibles en el cielo, detrás de mí. Mi aliento formaba nubecillas blancas en el aire frío. A mi espalda estaban Hanno y Thomas..., infeliz porque yo no le permitía participar en el asalto al flanco izquierdo, el costado sur del macizo portalón de madera. Yo sabía que el asalto sería duro y sangriento (bueno, lo sabíamos todos), y tal vez por razones sentimentales quise poner a salvo a Thomas, que aún no había cumplido los doce años, del baño de sangre que estaba a punto de producirse.

Aunque su decepción le había dejado silencioso, Thomas no protestó. Me ayudó con una rápida eficiencia a vestirme para la batalla, y a colocarme mi vieja cota de malla parcheada sobre un jubón acolchado; me ajustó el yelmo (un casquete plano de acero con un protector nasal), y lo abrochó debajo de mi barbilla. Mis guanteletes largos de cuero, con protecciones de acero cosidas para los dedos y la muñeca, habían sido encerados y aceitados hasta dejar suave su tacto, y lo mismo el cinto de la espada, con la hebilla de plata regalo de Navidad de Goody delante, abrochándolo a mi cintura, muy prieto para aliviar un poco el peso de la cota de malla. Thomas había limpiado y afilado mi vieja espada, y engrasado la misericordia que ahora reposaba en la funda de mi bota. Nunca había ido tan lucido a la batalla, y encontré agradable la sensación. Cuando Thomas me tendió mi escudo, recién blanqueado por él con una espesa capa de cal, y repintado con la divisa de Robin del lobo aullando en negro y gris, yo estaba dispuesto para el combate..., a excepción de la brisa fría que parecía recorrer mi estómago al pensar en la tarea que estábamos a punto de emprender.

Miré a mi espalda, al interior en penumbra del almacén. Contra las paredes laterales del otro extremo del edificio, a unos veinte pasos de distancia, se amontonaban las balas de lana, pero fue a los hombres a quienes miré. Noventa y cuatro de los hombres de armas seleccionados por Robin, cada uno de ellos enfundado en una sobreveste de color verde oscuro que cubría la heterogénea armadura que lo protegía, me miraban y esperaban la señal de avanzar. Unos pocos

comprobaban que sus espadas salieran con facilidad de la vaina, o ajustaban las tiras de cuero de sus escudos, y otros se habían arrodillado y murmuraban una última oración antes de entrar en batalla. Miré a mi compañía (antiguos proscritos, ladrones, fugitivos y maleantes, e incluso algunos, me di cuenta, que habían servido antes en las filas de Murdac), e intenté parecer despreocupado sobre la matanza inminente. Todos ellos eran hombres buenos, bravos, pensé para mí, fuera lo que fuese lo que habían hecho antes. Ahora todo estaba olvidado. No me sentí digno de mandarlos. No había un solo hombre en aquel almacén que no estuviera asustado; pero sabía que todos ellos morirían antes que demostrar miedo alguno.

Habíamos conseguido requisar cinco escalas de madera, cada una de más de siete metros y medio de largo, de los vecinos de la ciudad. Y los dos hombres elegidos para llevar cada una de ellas eran los que estaban colocados inmediatamente detrás de mí. Las escalas eran incómodas de cargar, y los hombres que las llevaban eran los mejores de la compañía, guerreros y soldados a los que conocía personalmente de Sherwood y de Ultramar. Eran hombres de los que habría respondido con mi vida. Y lo cierto es que todas nuestras vidas estaban en sus manos.

Hanno se inclinó hacia mí, y dijo en voz baja:

—No te preocupes, Alan. Está bien. Podemos hacerlo.

Y yo hice un gesto de asentimiento,forcé una sonrisa y le contesté:

—Lo sé, Hanno, lo sé. Estoy seguro de que va a ser una espléndida victoria.

Mentía. Estaba nervioso, y muy lejos de sentirme seguro de que pudiéramos conseguir lo que se nos había pedido hacer aquella mañana. Atisé de nuevo hacia el portalón de la empalizada, con su forma maciza alzándose oscura a la media luz, a una altura más o menos de la mitad de la puerta que guardaba. Íbamos a intentar correr hacia él sorteando las lanzas, las flechas y los virotes de las ballestas de centenares de soldados enemigos, para arrimar las escalas de madera a la empalizada, trepar a pesar de la oposición feroz de los defensores, saltar el muro, abrirnos paso por el otro lado hasta el suelo..., y sobrevivir de alguna manera lo bastante para abrir la puerta y permitir a nuestra caballería irrumpir al galope en el recinto exterior y capturarlo.

Parecía ridículo; una forma de autoinmolación, y no un plan de batalla serio. Pero si ése era el caso, por lo menos no moriríamos solos. Little John y otro centenar de hombres de Robin atacarían el costado norte del portal al mismo tiempo que nosotros.

Miré al norte, hacia la colina, siguiendo la línea gris helada del área quemada, en dirección a la hilera chamuscada de casas y tiendas que ahora marcaba el nuevo límite de la ciudad de Nottingham, y oí un solo toque largo de trompa temblar en el aire frío. Un guerrero enorme al que conocía bien, con la cabeza descubierta y el cabello de un rubio brillante recogido en dos trenzas largas y espesas a ambos lados de la cabeza, saltó al exterior de una gran casa situada a sesenta pasos de distancia.

Empuñaba un hacha de doble cabeza y un anticuado escudo redondo. Alzó el hacha y gritó algo con voz fuerte, ronca y alegre, y más hombres salieron de la casa cargando frágiles escalas de madera.

Yo me volví al interior del almacén, ante docenas de ojos abiertos de par en par clavados en mí, y dije en voz alta y clara:

—Muy bien, ha llegado el momento. ¡Vamos a por ellos!

Y salí al alba gris, con la mirada clavada en el portalón, y encomendé mi alma a Dios y a san Miguel.

En el interior del portalón, no todos los enemigos dormían; los centinelas estaban alerta. Hubo gritos e imprecaciones furiosas, silbidos y toques de trompeta, y la guarnición de aquella fortificación de madera se levantó tan aprisa como pudo de sus catres enrollables. A ciento cincuenta metros de distancia, empezaron a aparecer cabezas sobre la empalizada, pequeñas siluetas redondas y oscuras apretadas en los muros de madera almenados como las bayas de saúco en la rama. Sonó el zumbido de una única ballesta en el portalón, un sargento gritó algo con voz irritada y un virote silbó al pasar más de veinte metros a la derecha de mis hombres, formados ahora en una línea irregular a mi espalda, con los portadores de las escalas flanqueándome en primera fila.

Y entonces, para mi sorpresa, hubo más movimientos a mi derecha, al salir Robin de entre dos casas, un poco más arriba de nuestra posición, seguido por una gran masa de hombres: arqueros, más de un centenar, todos de uniforme verde oscuro, pero muy pocos provistos de alguna pieza de armadura. Se colocaron en línea en dos filas, entre mi posición y la de los hombres de Little John, con Robin en el extremo sur. Mi señor alzó una mano en un alegre saludo dirigido a mí, se llevó un cuerno a los labios y lanzó dos notas cortas.

Y los arqueros empezaron a disparar.

Con un tremendo crujido de madera, un centenar de hombres tiraron atrás de las cuerdas de cáñamo de sus poderosos arcos de tejo, inclinaron atrás el cuerpo y soltaron. Arriba, arriba, casi verticales, volaron los proyectiles en el cielo gris del amanecer, parecieron detenerse un instante en su parábola, y se precipitaron abajo, abajo, para caer sobre el portalón y el recinto situado detrás. Los astiles se clavaron profundamente en los troncos de la fortificación y en los hombres resguardados detrás de los muros de madera, penetrando en sus cuerpos agazapados como una lluvia sólida y mortal sobre sus cuellos, hombros y pechos.

A pesar de encontrarme a más de cien metros de distancia, pude oír los gritos de dolor de los defensores cuando aquellos letales astiles de madera de fresno, recubiertos en el extremo por puntas de acero de unos diez centímetros de largo, afiladas como agujas, caían en cascada sobre ellos, perforando los jubones acolchados de los ballesteros y clavándose profundamente en los cuerpos recubiertos

de malla de acero de los soldados enemigos, con una fuerza terrible.

Los arqueros de Robin hicieron una breve pausa para corregir el alcance, y luego tensaron de nuevo sus arcos y desencadenaron una nueva tormenta de madera y acero que ascendió muy arriba en el cielo para caer como la ira de Dios sobre el enemigo. Y una tercera oleada mortal se alzó, y pareció ser tragada por un cielo pálido y hambriento, para ser escupida a continuación con una rabia venenosa sobre los defensores.

Era el momento de acelerar la marcha.

Me volví a mirar a los hombres que estaban detrás de mí. Sabía que debía encontrar algo que decir a aquellas caras asustadas, familiares: Robin habría encontrado las palabras necesarias, exactas, para infundir valor en sus corazones en un momento así. Pero yo no tenía nada que ofrecerles. Desenvainé mi espada, la alcé en el aire y, simplemente, grité:

—¡Muy bien, vamos allá! ¡Los escudos en alto! ¡Por Dios y el rey Ricardo...!, ¡adelante!

Y aceleramos a paso ligero por la franja de tierra quemada hacia el bulto imponente del portalón, con la ceniza blanda removiéndose bajo nuestros pies.

Por un momento, tuve la sensación de que nadie me seguía; que cargaba en solitario a través de aquella franja desierta de tierra hacia una muerte segura. Pero era demasiado orgulloso para mirar atrás... Y, loor eterno sea dado a Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de pronto oí a mis espaldas el rechinar de metales y el golpeteo de pasos de hombres que corrían. Sentí mi corazón henchido. Empuñaba mi espada contra un enemigo odiado, y cargaba hacia la batalla al frente de un grupo de hombres tan bravos como los mejores que poblaban esta tierra.

Habíamos recorrido cincuenta metros de terreno abierto cuando empezaron a llegarnos los virotes: negros trazos de muerte que zumbaban al volar desde las almenas como un enjambre diabólico de avispas. Sentí más que vi el golpe de un proyectil que se clavó en la parte derecha de lo alto de mi escudo. Oí un grito a mi espalda y volví la cabeza. Por lo menos cuatro de mis hombres habían caído, y ésa sólo había sido la primera descarga de los ballesteros que llegaba hasta nosotros. El hombre que sujetaba la escala colocado justo detrás de mí soltó la carga y se arrodilló en el suelo gris negruzco escupiendo sangre, con el astil de un virote asomando de su cuello. Los proyectiles pasaban ahora zumbando a derecha e izquierda; me detuve y retrocedí un paso hacia él, y el hombre me miró con ojos suplicantes. A mi alrededor otros hombres caían, los virotes pasaban zumbando en grandes manchas negras, y la tierra parecía moverse debajo de mis pies; tenía la extraña sensación de encontrarme en medio de una violenta tempestad en un mar agitado. Envainé mi espada, y tendí la mano derecha al hombre de la escala, pero en el último instante endurecí mi corazón y eché mano al primer travesaño de la escalera. Mantuve en alto el escudo, y grité:

—¡Vamos, vamos, acabemos pronto con esto!

Y aquellos de nosotros que aún podían correr avanzamos de nuevo, mientras los proyectiles zumbaban y golpeaban a nuestro alrededor.

Oí sonar tres veces el cuerno de Robin, y casi no me di cuenta de que la lluvia mortal de nuestras flechas había cesado. Pero no tuve tiempo de preguntarme por el daño que podía haber causado al enemigo la tempestad de flechas enviada por mi señor: sus descargas no parecían haber disminuido un ápice la labor letal de los ballesteros. Seguían cayendo hombres a mi alrededor, ensartados, atravesados, arrancados de esta vida por los malignos virotos negros. Temí que no quedara un solo hombre con vida en el momento en que llegáramos al muro. Por bondad divina, me equivoqué.

En lo que pareció no ser más que unos instantes, algunas docenas de sobrevivientes llegamos jadeantes, sudorosos y maldicientes debajo de los altos muros de troncos de la empalizada, y las cuatro escalas que aún quedaban oscilaron en el aire gris en un amplio arco, hasta apoyarse con un golpe sordo en las empalizadas.

—¡Arriba, arriba! —grité, pero podía haberme ahorrado los gritos. Mis hombres, Dios les bendiga, se apiñaban ya junto a las escalas y trepaban por ellas como monos en el cordaje de un barco; también yo empecé a subir, torpemente, con una mano en los travesaños y la otra sosteniendo el escudo sobre mi cabeza, detrás de un hombre robusto de cabellos rojos encendidos y con un hacha con la hoja de largas puntas en la mano derecha. La escala se venció de manera alarmante bajo el peso conjunto de los dos, oí un grito encima de mí y casi caí al vacío al venirse abajo el pelirrojo sobre mi escudo, con una larga lanza clavada en el pecho, antes de estrellarse contra el suelo. Miré arriba y mis ojos se encontraron con los de un hombre aterrado, a no más de dos o tres metros, que me miraba por el hueco entre dos almenas. Se inclinó hacia delante para disparar su ballesta contra mí y, por la gracia de Dios, incluso desde tan cerca erró el tiro..., y juro que volé al subir los últimos peldaños de la escala y poner el pie en la empalizada. El arma del hombre estaba ahora descargada, pero cuando mis pies aterrizaron en el adarve situado detrás, la lanzó contra mí en un golpe corto y duro. De haber alcanzado su objetivo, me habría aplastado el cráneo, pero paré la ballesta con el escudo, la repelí hacia un lado y, utilizando como un hacha mi escudo en forma de cometa, golpeé con el borde su mandíbula. Cayó hacia atrás, al suelo del recinto exterior del castillo, ensangrentado y con un grito inarticulado. Tardé tan sólo un instante en desenvainar mi espada; apenas un segundo, porque no tenía tiempo que perder: un hombre se precipitaba sobre mí desde la izquierda, y lo rechacé con la espada.

El adarve y el suelo que había debajo de él estaban alfombrados de muertos, víctimas de la tempestad de flechas, pero más hombres vestidos con una extraña

librea roja corrían hacia mí desde ambos lados, convergiendo desde todo el perímetro de la empalizada hacia el portal. Oí vibrar la cuerda de una ballesta y, más por instinto que por juicio, conseguí alzar a tiempo el escudo; el virote rebotó en su superficie curva y se desvió. Y entonces empecé a luchar sin pensar, poseído por el ángel de la guerra. Me dirigí hacia el portalón y me enfrenté a un hombre que me atacaba con su espada. Vino sobre mí demasiado deprisa, y yo esquivé su furiosa estocada a mi cabeza, me tiré a fondo y lo alcancé en el vientre. El hombre que me atacaba por detrás fue más cauto: ensayó una finta en dirección a mis piernas y luego golpeó de revés hacia mi cuello, y hube de parar con el escudo antes de despacharlo con una estocada corta y dura que lo alcanzó debajo de la barbilla. De pronto, sentía cantar la sangre en mis venas. Estaba dentro de los muros del castillo, luchando por mi señor y mi rey, y aniquilando a sus enemigos con una furia justiciera. Y ya no estaba solo. Mientras asestaba un tajo a las piernas de un ballestero gordo con un revoleo bajo y perverso de mi espada, vi de reojo que había más hombres detrás de mí en el adarve de la empalizada. Estaba Hanno, aullando y dirigiendo estocadas contra un grupo de soldados que había aparecido por el sur. Dos hombres más de los nuestros saltaron el muro. Tres hombres ya, y de pronto cuatro, cinco. Trepaban a lo alto de la escala y empuñaban sus espadas con una celeridad mortal para el enemigo. Y mi escala no era la única que había conseguido superar con éxito el obstáculo de la empalizada; vi otras dos más lejos, apoyadas en el muro, y a los hombres, mis valientes, los magníficos hombres sin miedo de Robin, fluyendo desde ellas como las aguas al sobrepasar una presa.

Cargué en dirección al portalón, y ensarté a un hombre por la mejilla en el momento en que salía del lugar donde se había puesto a cubierto, destrozándole la cara. Pasé de largo sin detenerme junto a él, caído de rodillas y gritando, y en cuanto liberé mi espada entré en la penumbra del estrecho edificio del portalón. Un caballero alto, con el rostro rojo de furia, vino contra mí en el piso alto, haciendo revolear maza y espada. Había hilos de saliva blanca en sus labios, apretados en una mueca de rabia irracional. Me atacó con su espada, y yo me aparté atrás y a la derecha hacia la empalizada, para esquivar el golpe. Asestó entonces un mazazo contra mi cabeza, al tiempo que me gritaba algo, y lanzó una nueva estocada con la espada. Yo trabé su maza con mi espada, y paré la estocada con mi escudo; por un instante, quedamos enganchados juntos, con los rostros a tan sólo centímetros de distancia. Entonces yo di un cabezazo al frente, y el borde de acero de mi casco impactó en sus dientes, quebrando varios de ellos, y él dio un paso atrás sorprendido, con la boca ensangrentada..., y perdió el equilibrio.

El caballero enloquecido se precipitó en un salto de siete metros y medio al suelo de tierra apisonada del recinto exterior. Oí el crujido de su cuello desde el adarve, y se agitó sólo una vez antes de quedar tendido e inmóvil.

Con la muerte del caballero, concluyeron los intentos de defender el portalón y nuestra sección de la empalizada. Los ballesteros supervivientes se dieron a la fuga. Corrían, tropezaban, saltaban los peldaños de madera que llevaban al recinto exterior y huían del portalón hacia el castillo. Nosotros corrimos tras ellos: eufóricos, con los corazones saltando en el pecho y los músculos en tensión. Nuestros hombres se vitoreaban roncamente a sí mismos y a su logro... Pero no había tiempo de celebraciones.

—¡La puerta! —grité—. ¡Todos a la puerta! ¡Hemos de abrir la puerta!

Y encabecé a más de una veintena de hombres, ebrios de victoria, hacia el gran portón de madera del castillo de Nottingham, donde otra escaramuza estaba ya llegando a su clímax. Little John, parecido a un gigantesco dios sajón antiguo, con sus trenzas rubias bailando al compás de los viajes de su hacha de doble cabeza, se abría paso metódicamente a través de un rebaño de aterrorizados soldados enemigos; fue entonces cuando me di cuenta de que su asalto al lado norte de la barbacana del portal había sido más sangriento incluso que el nuestro. Había muy pocos hombres con el uniforme verde oscuro de Robin luchando a su lado, tal vez dos docenas tan sólo de los cien que empezaron el ataque con él.

Nosotros, los hombres del lado sur, cargamos a bulto aullando nuestros gritos de guerra y blandiendo nuestras armas; y el enemigo se desvaneció delante de nosotros y abandonó la puerta presa de pánico, retirándose unos cien metros más o menos hacia el interior, donde una docena de caballeros a pie reagrupaban a los fugitivos y preparaban un contraataque. Contábamos con muy poco tiempo a nuestro favor, porque éramos muy pocos (menos de cincuenta hombres en total, los restos reunidos de los dos grupos asaltantes), y si no conseguíamos que el portón se abriera deprisa, centenares de enemigos se nos echarían encima y nos aplastarían fácilmente por su superioridad numérica.

Dos de los hombres de Little John trataban de manipular la barra transversal que atrancaba las dos partes móviles de la gran puerta. Pero había alguna especie de mecanismo de cierre, una combinación movida por una palanca oculta, y al parecer los hombres no conseguían averiguar cómo hacerlo funcionar.

Los caballeros enemigos habían conseguido detener a unos cuarenta ballesteros en fuga, y vi que ahora se reagrupaban con más calma, obedeciendo de nuevo las órdenes, y que cargaban sus armas utilizando el gancho de sus cinturones y empujando con el pie el estribo colocado en el extremo del arma para tensar hacia atrás la cuerda.

Peor aún, un grupo numeroso de soldados, tal vez un centenar, o más, con las sobrevestes negras y los cheurones rojos de Murdac, salía de la barbacana del recinto medio. Refuerzos. Las cosas iban a ponerse muy, muy mal.

—¡Deprisa! —grité a los hombres que forcejeaban con la barra que atrancaba el

portón—. Ya vienen. Van a atacar de un momento a otro.

—¡Quitaos de en medio! —rugió una voz profunda y llena de confianza que yo conocía muy bien. Y vi que Little John apartaba a un lado a los hombres y blandía su hacha de doble cabeza teñida en sangre y atacaba con ella la recia barra de roble que atrancaba la puerta.

¡Thunk!

Pero incluso el poderoso golpe de Little John sólo arrancó una astilla de un color amarillo brillante y de una pulgada de grueso, en la barra de la puerta. La madera era de roble muy resistente, y la barra tenía un diámetro de más de treinta centímetros. No había tiempo para la expeditiva carpintería de John.

—¡Formad en línea aquí! —grité. Y sin dejar de vigilar la masa de enemigos negros y rojos que se organizaban a cien metros de distancia, situé a los hombres de Robin en una doble fila en semiluna, la primera rodilla en tierra y la segunda de pie, con los escudos formando una barrera.

¡Thunk!

Por el rabillo del ojo vi que Little John empezaba a hacer mella en la barra de forma lenta pero consistente. Entonces Hanno se colocó a su lado, y acompañó de inmediato cada golpe de John con otro de su propia hacha de guerra, más pequeña y ligera, de una sola cabeza.

¡Thunk! ¡Think!

Las dos hachas producían sonidos llamativamente diferentes.

—Manteneos firmes, y con los escudos bien en alto —grité a nuestro maltrecho muro de una cuarentena de soldados. Pero los hombres no necesitaban que les apremiasen, porque los ballesteros ya habían cargado sus armas, y todos se daban cuenta de que muy pronto sus malignos virotos llegarían zumbando de nuevo.

¡Thunk! ¡Think!

Miré a mi espalda, hacia el este, y vi que el sol había asomado ya por completo en el cielo. Aquél iba a ser un precioso día de primavera.

—¡Aquí vienen! —grité. Los ballesteros se habían dividido en dos grupos de unos veinte hombres cada uno, y avanzaban a uno y otro lado del cuerpo principal formado por un centenar de soldados de Murdac. A setenta metros, empezaron a disparar sus ballestas. No hicieron descargas masivas, sino que dispararon a discreción: dos o tres hombres disparaban y se paraban para recargar, mientras los demás avanzaban. Se trataba sin duda de tropas de primera clase, disciplinadas y bravas. Sometían a nuestro frágil muro de escudos a una lluvia casi constante de proyectiles, forzando a nuestros hombres a resguardarse detrás de su menguada protección so pena de verse cazados como conejos.

¡Thunk! ¡Think!

Un hombre que estaba de pie a mi lado, en el extremo de nuestra doble línea,

lanzó de pronto un grito ahogado y cayó hacia atrás, con un virote clavado en el ojo.

—¡Altos esos escudos! —grité, y me acurruqué en la primera fila junto a mis hombres, intentando encoger mi cuerpo todo lo posible detrás de mi escudo en forma de cometa.

Los dos grupos de ballesteros estaban ahora tan cerca que difícilmente podían fallar. Y en medio de ellos, los soldados avanzaban con determinación, con las espadas en alto, y armados algunos con lanzas cortas o picas. Yo sabía que, cuando llegaran a una distancia de veinte metros, se lanzarían contra nosotros y arrollarían nuestra débil línea de hombres cansados y maltrechos. Según mis cálculos, apenas quedaban unos pocos segundos para que fuéramos aplastados por el enemigo. Los virotos repiqueteaban al impactar en el muro de escudos, y ocasionalmente encontraban un hueco y provocaban un aullido o un gemido.

¡Thunk! ¡Think!

—¡Por las pelotas hinchadas de Dios! —se oyó un vozarrón, en tono claramente dolorido. Y, al volverme hacia Little John, le vi mirar por encima del hombro un astil negro clavado en su enorme nalga derecha; sus calzones verdes se teñían rápidamente de negro, empapados en sangre. Pero se limitó a encogerse de hombros con un gesto de dolor, y dejando en su lugar a aquel virote maligno volvió a su tarea.

¡Thunk! ¡Think!

Oí gritar a Hanno alguna cosa, pero no alcancé a distinguir lo que decía. Los soldados enemigos estaban ya a tan sólo unos cuarenta pasos.

Entonces oí un sonido diferente. Arriesgué otra rápida mirada a mi espalda, y vi que John había partido por fin la barra en dos. Cojeando de forma acusada, ayudaba a Hanno a abrir de par en par el pesado portón de madera. Atisé por el hueco de la doble hoja del portal que se abría lentamente, y lo que vi hizo que mi corazón brincara de alegría.

Una gran masa de jinetes acorazados, guiados por un caballero alto de yelmo brillante y pulido, engastado en oro, que cabalgaba un magnífico corcel bajo un estandarte rojo y oro. Y a su lado vi otra figura familiar, con el rostro oculto por su casco tubular de cimera plana, pero vistiendo una sobreveste de color verde oscuro con la máscara de un lobo pintada en negro y gris sobre el pecho. Los jinetes llegaban al trote. Estaban a tan sólo treinta metros. El jinete que encabezaba el grupo bajó su lanza, y todos sus compañeros (por lo menos unos sesenta jinetes) siguieron su ejemplo en una ola de madera blanca y acero reluciente. Sonó una trompeta, y la caballería aceleró hasta el medio galope. Era Ricardo, mi rey, que llegaba al rescate. Y el señor al que había jurado fidelidad, el conde de Locksley, cabalgaba a su lado.

La trompeta emitió un nuevo toque. Los jinetes se lanzaron a la carga.

—¡Al suelo! —grité—. ¡Todos al suelo! Pegaos al suelo. Quietos, quedaos absolutamente quietos si queréis seguir con vida.

Y todos los hombres a una, en el muro de escudos, se dejaron caer al suelo embarrado. Sentí la tierra húmeda vibrar contra mi mejilla, y oí un fragor de cascos, pero no me atreví a levantar la vista cuando la caballería del séquito de Ricardo Plantagenet, por la gracia de Dios rey de Inglaterra, duque de Normandía y Aquitania, conde de Anjou y de Maine, un grupo que incluía a algunos de los mejores y más bravos caballeros de la cristiandad, pasó por encima de nuestros cuerpos tendidos como una catarata equina, saltando limpiamente sobre los cuerpos encogidos de cuarenta hombres que habían formado en línea, postrados ahora bajo un torbellino de golpeteo de cascos y salpicaduras de barro, antes de picar espuelas para chocar frontalmente con la línea de infantes negros y rojos que avanzaba, y que recibieron con horror las lanzas y el grito de batalla en la garganta de cada uno de los caballeros acorazados.

Cuando por fin alcé la cabeza, vi una escena de matanza despiadada. La caballería del rey Ricardo había ido a estrellarse contra los soldados de Murdac como una fuerte tempestad abate las mieses de un trigal, y las afiladas lanzas de tres metros de largo desgarraron cuerpos y empujaron al enemigo varios metros atrás. Quienes no habían sido atravesados por las lanzas ni aplastados por los poderosos cascos de los corceles de los caballeros, se dispersaron. Y cuando las lanzas faltaron, rotas, clavadas en las cabezas o enterradas en los vientres de los infantes, los caballeros de Ricardo tiraron de sus espadas largas, o mazas, o hachas, y la carnicería continuó. Vi a Robin amputando de un tajo el brazo de la espada de un hombre de armas que había sido lo bastante loco para darse la vuelta y hacerle frente. Pero tampoco los que huían tenían fácil la salvación. También pude ver a un ballestero en fuga alcanzado con facilidad por un jinete que lo golpeó al paso, partiendo en dos la cabeza sin protección del hombre. Tres caballeros rodearon a un grupo de soldados que resistían, y golpearon sus cabezas y sus brazos alzados con mazas y espadas hasta que todos los infantes cayeron en un montón confuso y sanguinolento. Por todas partes los soldados que huían eran acuchillados y golpeados por los caballeros victoriosos; no se dio cuartel, y nadie se paró a pensar si alguno de aquellos enemigos valía un rescate apetecible; de modo que morían por docenas, y sus cadáveres rotos y cubiertos de sangre eran pisoteados una y otra vez por los cascos de los enormes corceles al evolucionar de un lado a otro del recinto exterior en busca de nuevas presas. Los afortunados, o los ballesteros y soldados enemigos que fueron capaces de correr más deprisa, buscaron refugio en la barbacana del recinto medio, y fueron metidos allí a toda prisa antes de que la pesada puerta de roble reforzada con tiras de hierro se cerrara con estruendo a sus espaldas. Pero fueron pocos, muy pocos.

Sin embargo, los caballeros de Ricardo no habían acabado con la resistencia. Cuando hubo acabado el asalto inicial, desde los muros y las torres de los recintos alto y medio los ballesteros flamencos de Murdac se tomaron su revancha. Virotos de

madera de roble de un pie de largo, con puntas aguzadas de hierro, volaron desde las almenas y fueron a clavarse en las carnes de caballos y jinetes sin discriminación. Se lanzaron jabalinas, y también grandes piedras. Un infortunado caballero, descabalgado delante de la barbacana del recinto medio y que golpeaba furioso con el pomo de su espada la puerta atrancada, fue abrasado vivo cuando volcaron sobre él un caldero de arena al rojo desde un matacán situado encima. Vi a otro caballero que maldecía y gritaba de dolor, clavado por la parte carnosa de su muslo a la madera de su silla de montar, por un virote negro.

Pero el recinto exterior era nuestro. Cuando los defensores que no habían podido huir de allí estuvieron todos muertos, mortalmente heridos o capturados, y no quedaron más objetivos a la vista para las espadas de los caballeros que evolucionaban por aquel espacio, la mayoría de los jinetes, jadeantes y dando gracias a Dios, se retiraron al otro lado de la puerta abierta del portalón capturado, fuera del alcance de los letales proyectiles de los defensores. No había nada más que pudieran hacer: el castillo propiamente dicho estaba cerrado a cal y canto, a salvo de sus armas chorreantes de sangre, y sus caballos no podían galopar a través de la piedra gris de aquellos muros macizos.

Nosotros, los hombres vestidos de verde Lincoln ya nos habíamos levantado del suelo para entonces, aunque no tomamos parte en el combate final del recinto exterior. Algunos de los soldados más perspicaces del enemigo habían arrojado sus armas y corrido hacia nosotros, gritando que querían rendirse. Escaparon así a la ira de los caballeros, y se refugiaron entre nosotros, bajo custodia, en el otro lado del portalón, el que daba a la ciudad y a la empalizada de troncos que tan valerosamente habíamos capturado. El recinto exterior del castillo de Nottingham estaba en manos de los hombres de Ricardo..., pero nos era imposible movernos por él, si no era corriendo, esquivando y ocultándonos detrás de los escasos edificios dispersos aquí y allá, porque los ballesteros alineados en los muros del castillo parecían decididos, incluso ahora cuando la lucha por aquel espacio había terminado, a eliminarnos a todos uno por uno.

El rey Ricardo se acercó caminando sin prisa por el espacio abierto, sin su montura y cojeando ligeramente. Por alguna razón, probablemente porque ignoraban quién era, los ballesteros no parecieron prestarle una atención especial. Se detuvo delante de la hoja derecha de la doble puerta que Little John había conseguido abrir justo a tiempo, y me saludó con cordialidad:

—Blondel, ¿cómo te va? —me llamó—. Veo que has conseguido sobrevivir a la escaramuza.

—Estoy bien, sire. Ileso, por milagro.

El rey asintió distraído, y en ese momento un virote se clavó en el suelo entre nosotros. Al parecer, los ballesteros apostados en las murallas de piedra del castillo se

habían dado cuenta ya de que tenían al rey a tiro. Ricardo ignoró el proyectil que asomaba del suelo delante de él, y también un segundo que fue a caer del otro lado pero más cerca del real pie. Su atención parecía ocuparse sólo de la construcción del portal de madera. Nos encontrábamos en el límite del alcance eficaz de las ballestas, a más de ciento cincuenta metros de las almenas del recinto medio, pero Ricardo tenía por fuerza que saber que, con su armadura ligera propia del desierto, el impacto de un virote podía hacerle aún un daño considerable. El autocontrol del rey, pensé admirado, era notable.

Dos caballeros de su séquito se acercaron corriendo a su soberano, que seguía de pie en el umbral del portal examinando impertérrito y en silencio su estructura. Llevaban sendos escudos de gran tamaño y, colocados detrás del rey, alzaron aquellos objetos para resguardar sus espaldas de algún tiro de fortuna de los ballesteros del castillo.

—Lo has hecho muy bien, Blondel —dijo el rey, en tono pensativo—: has capturado el portón exterior. Te lo agradezco mucho. Pero ahora, no podemos mantenernos en este lugar...

Un virote fue a clavarse en el escudo que sostenía en alto uno de los caballeros colocados detrás de Ricardo para protegerlo, y me distrajo unos instantes, impidiéndome oír lo que dijo el rey a continuación.

—... es una pena verdaderamente, pero no puede evitarse —acabó la frase.

—Os pido perdón, sire —dije, incómodo por mi desatención—. ¿Qué habéis dicho?

—He dicho, mi buen Blondel, que reúnas a tus hombres y prendáis fuego a este portalón hasta arrasarlo. Destruid también toda la empalizada exterior, ya puestos. Si no podemos sostenernos en el recinto exterior, tampoco vamos a dejárselo a ellos. Quemadlo, y todas las defensas que podáis alcanzar. Y cuando lo hayamos hecho, enviaré heraldos a parlamentar con ese tipo, Murdac, y escucharemos lo que tiene que decir.



Quemar la empalizada era más fácil de decir que de hacer. Reuní a los supervivientes del ataque de la mañana, pedí prestados una veintena de los arqueros de Robin, y empezamos a colocar paja seca y haces de leña menuda empapados en aceite en la parte tanto exterior como interior de la empalizada, listos para aplicarles una antorcha encendida. Nos vimos hostigados continuamente por los ballesteros del recinto medio, y me vi obligado a emplear una pantalla de hombres con escudos tanto en el brazo izquierdo como en el derecho, para resguardar a los hombres que preparaban el fuego de los certeros proyectiles de los defensores.

En el proceso perdí a un hombre, y hubo dos heridos más; fue un trabajo horrible. No tomábamos parte en una loca carrera hacia la gloria, con la furia de la batalla atronándonos los oídos, sino que hacíamos un trabajo pesado, difícil y sucio. Lo que es más, destruir las defensas del recinto exterior convertía en un terrible desperdicio el sacrificio de vidas preciosas de aquella mañana. Pero cuando un rey ordena, se obedece.

Ya había pasado el mediodía cuando acabamos, y di permiso a los hombres para buscar algún lugar donde comer y descansar, mientras las primeras llamas crepitaban ya y la empalizada empezaba a arder. Yo mismo prendí fuego a aquel maldito portalón. Después de apilar paja y leña menuda a cada lado de las puertas de madera, arrojé una rama de pino ardiendo a cada montón y me retiré al otro lado de la franja de tierra quemada, mientras la columna de humo empezaba a ascender hacia el cielo azul. Cumplida mi tarea, volví a la ciudad en busca de Robin para recibir nuevas órdenes.

Encontré al conde de Locksley en una casa grande del centro de la ciudad, bebiendo vino tinto y bromeando con Little John. Robin estaba sentado en un taburete en un rincón de la habitación, con la pierna izquierda extendida. Llevaba un vendaje ensangrentado en el muslo, pero me aseguró en tono jovial que sólo se trataba de una herida limpia de jabalina, y que se curaría con el tiempo..., siempre que pudiera tener un poco de paz y de descanso. Little John estaba tendido boca abajo sobre una mesa grande en el centro de la sala, desnudo de cintura para abajo. Su nalga derecha estaba hinchada y ensangrentada, y el astil negro del virote se alzaba enhiesto unos veinticinco centímetros por encima de aquel montículo de carne blanca y rosada. A pesar de ello, John parecía estar de muy buen humor. Un barbero-cirujano muy nervioso se atareaba en torno a las regiones inferiores de su gigantesco cuerpo, enjugando la sangre que resbalaba hacia la cadera mientras murmuraba alguna cosa. El hombre parecía muy asustado, y manoseaba un instrumento parecido a dos cucharas unidas, con las partes cóncavas enfrentadas, y el conjunto de las dos sujeto por el extremo a un mango corto de hierro. Lo empuñaba, y volvía a dejarlo sobre la mesa.

Robin me vio mirar con curiosidad el instrumento y dijo:

—Sirve para extraer cabezas de flechas de heridas profundas. La parte de las cucharas se introduce en la herida, se cierra alrededor de la cabeza de la flecha, y así permite extraerla sin provocar más destrozos. Totalmente innecesaria, a mi entender, porque los ballesteros flamencos no emplean flechas dentadas. Pero Nathan el barbero insiste en que se trata de un invento maravilloso, y la decisión debe ser suya: después de todo, Nathan es el hombre que va a operar a John, cuando pueda reunir el valor suficiente.

Dirigí a Robin una mirada interrogadora. Y mi señor dijo:

—John ha amenazado con romperle a Nathan los dos brazos si le hace más daño del necesario.

Y me dedicó una media sonrisa cómplice.

Little John me sonrió con solemnidad desde su posición sobre la mesa. Me di cuenta de que, a diferencia de Robin, que estaba simplemente relajado, John estaba borracho hasta las orejas. Además, había sido atado a la mesa con varias bandas gruesas de cuero que sujetaban su enorme tórax y sus piernas. Yo me acerqué a él.

—Vamos, John —dije, en el tono más protector que pude—. No hay necesidad de que te pongas como un energúmeno y armes todo este jaleo por una nadería como ésta.

Y con mi dedo índice golpeé con fuerza el astil del virote que asomaba de su carrillo derecho.

El astil retembló de un modo satisfactorio, y John aulló de rabia y dolor e intentó romper las ataduras de cuero que lo mantenían sujeto a la mesa. Por el raballo del ojo vi que Nathan, el barbero-cirujano, me miraba asombrado, y Robin, a pesar de su herida de jabalina, se retorció de risa en su taburete de la esquina.

—Eso —dije al gigante que ahora, congestionado por el esfuerzo, se removía en la mesa e intentaba alcanzarme con grandes manotazos de sus enormes manos—, va por el puñetazo en la cara que me diste en Carlton...

Y le sonreí con la boca muy abierta para enseñarle los dientes que había roto.

—... Y esto es para enseñarte a no atemorizar a pobres barberos-cirujanos...

Agarré el astil del virote, y lo arranqué de la herida con un tirón brusco y limpio de mi muñeca. Salió con facilidad, acompañado por un borbotón de sangre negra.

Perseguido por el atronador rugido de dolor de John y el eco de la risa incontenible de Robin, salí paseando amaneradamente de la habitación y me fui a la calle, casi incapaz de reprimir mi propia risa. Había sido un día largo y difícil, pero la imagen de la cara carmesí de Little John, deformada por una mueca de furia impotente, me consolaría durante muchas noches frías en los años por venir.



Al atardecer, el rey convocó a sus principales consejeros en su gran pabellón del parque de los ciervos. Yo acompañé a Robin a la reunión, pero sólo después de haberme asegurado de que Little John estaba *hors de combat*, durmiendo una mona muy considerable en una cómoda cama, con la nalga bien curada, y la herida bien cosida y vendada por el cirujano. Yo estaba decidido a no cruzarme en su camino durante algunos días, por lo menos, hasta que se hubiera calmado; puede que un mes..., o quizá uno o dos años.

Todos los principales barones y caballeros del rey estaban presentes, apiñados en

la tienda mal ventilada, algunos con señales de la batalla. El escocés David, conde de Huntingdon, charlaba con el conde de Ferrers, que había recibido una herida leve pero desafortunada en la cara por un virote lanzado desde el castillo. Sus hombres llevaron a cabo un valiente asalto a la barbacana del recinto medio, y a punto estuvieron de tomarla. Pero la llegada del crepúsculo, y una resistencia sorprendentemente tenaz de los defensores, les forzaron a retirarse por fin, dejando montones de muertos apilados en la zanja que corría bajo los muros de piedra del recinto medio. William, barón de Edwinstowe y hermano de Robin, que paseaba de pie solo junto a la parte trasera del pabellón, me dirigió un saludo cauteloso y una media sonrisa; yo le correspondí con una ligera inclinación. Ranulph, conde de Chester, charlaba en voz baja con sir Aymeric de Saint Maur y otro templario de pelo gris, en un rincón de la tienda. Mientras esperábamos al rey, Robin y yo entablamos conversación con William Marshal: había sido uno de los caballeros que cargaron junto a Ricardo para rescatarnos, y había dado muerte con su propia mano a muchos enemigos aquella misma mañana. Le di las gracias por haber salvado mi vida, y las vidas de mis hombres.

—Soy yo quien debo estaros agradecido —dijo el veterano guerrero—. Sin vuestro valiente asalto al portalón, nunca habríamos tomado el recinto exterior.

—No es que nos haya servido de mucho —dijo Robin con una mueca—. El asalto de Ferrers a la barbacana fracasó. No hemos avanzado un solo paso para tomar el corazón de piedra de Nottingham. Se podría decir que hoy tan sólo hemos desperdiciado la vida de muchos hombres buenos..., hombres míos la mayoría de ellos.

Yo sabía que la herida de Robin le dolía, pero también se sentía sinceramente irritado por la carnicería que había supuesto la toma del portalón. De ciento noventa hombres de armas aproximadamente que cargaron encabezados por Little John y por mí aquella mañana, más de dos tercios estaban ahora muertos o heridos. Y algunos de los heridos más graves no llegarían a ver el día de mañana. Las fuerzas de Robin se habían visto seriamente menguadas por el ataque, y ni siquiera podíamos alegar que ahora éramos dueños del recinto exterior. Nadie se atrevió a decirlo.

—No doy importancia a ese género de cosas —gruñó Marshal, con una mirada severa a Robin—. Fue una acción valerosa y Alan, aquí presente, debe ser felicitado por una difícil misión cumplida.

Yo sonreí a William, agradecido. Y Robin me sonrió a mí con cierta tristeza.

—Tenéis razón, Marshal —dijo mi señor—. Ha sido una desatención por mi parte. Lo has hecho muy bien hoy, Alan. Y te agradezco de corazón tu gallardo esfuerzo.

No estoy seguro de que me gustara la palabra «esfuerzo», pero antes de que pudiera referirme a ese punto, Robin cambió de tema.

—¿Qué noticias han traído los heraldos, Marshal?

El viejo guerrero se rascó la cabeza gris.

—Nada demasiado sorprendente: desde un punto de vista formal, el castillo sigue desafiándonos. El único rayo de luz es que los heraldos nos han informado de que creen que una parte de quienes están dentro se rendirían al rey de darse las circunstancias adecuadas. Pero no mientras el alcaide, sir Ralph Murdac, siga al mando. Al parecer, ese desagradable individuo es un devoto del príncipe Juan, y ha dicho a los heraldos que no cree que el enemigo acampado a sus puertas sea realmente el rey Ricardo. Dice que nuestro ejército está mandado por un impostor, algún caballero de fortuna que pretende hacerse pasar por el rey Ricardo.

Robin rio con sorna.

—¡Ésta sí que es buena...! ¡El rey es un impostor! Y la idea de que Ralph Murdac sea devoto de alguien también tiene gracia. Esa pequeña rata jorobada no tiene ningún otro lugar adonde ir, y lo sabe, y ahora se reviste con el manto de la lealtad caballeresca. Pero así están las cosas. ¿Supongo que no hay esperanzas de una rendición pacífica, entonces?

—Ninguna..., mientras Murdac siga al mando —dijo William—. Tendremos que tomar el castillo por la fuerza. Y tendremos que hacerlo de la peor manera, a la antigua usanza.

—Puede que sí..., pero también puede que no —dijo Robin, pensativo—. ¿Nos excusáis, Marshal? Tengo que hablar con el joven Alan de un asunto privado.

Y con un ligero cojeo por su herida de jabalina, tiró de mí a un lado y empezó a susurrarme en voz baja al oído.



Yo no tenía derecho a hablar en el consejo del rey. Aunque sabía que Ricardo me apreciaba, yo no era nadie, un simple capitán de hombres, un jovencuelo que aún no había cumplido los veinte años, sin familia de la que presumir, y con sólo una pequeña propiedad a mi desconocido nombre. Pero hablé, y aquella intervención cambió mi vida. Y como fue idea suya, he de agradecer a Robin los resultados.

La reunión empezó cuando el rey se dirigió a los barones y obispos reunidos, y dedicó unas palabras de agradecimiento a Marshal, al conde de Locksley, el conde de Ferrers y algunos otros caballeros presentes por sus acciones en ese día. Luego hizo un resumen de los informes que habían traído los heraldos: en definitiva, que el castillo seguía desafiándonos, y que continuaría haciéndolo mientras siguiera al mando su actual alcaide. El rey no mencionó el hecho de que Murdac lo consideraba un arribista y un impostor. Hizo bien: incluso la realeza debe salvaguardar su dignidad.

—De modo, caballeros —dijo el rey—, que tendremos que derribar esas gruesas murallas. Enseñaré a sir Ralph Murdac a desafiarme, ¡por Dios bendito que lo haré! He dado órdenes a mis artificieros de que construyan un par de máquinas de sitio para mañana, un maganel potente y un trabuquete de grandes dimensiones, y en las próximas semanas tengo intención de reducir a escombros la pared este del recinto medio. Yo tomé Acre, una hazaña que se consideraba imposible, y por supuesto seré condenadamente capaz de tomar Nottingham. Aunque me temo, caballeros, que nos llevará cierto tiempo...

—Sire —dije. Todavía me resulta difícil creer que tuviera el valor de interrumpir el discurso del rey, y no lo habría hecho de no ser por el codo insistente de Robin en mis costillas; pero lo hice. Y esto fue lo que ocurrió.

Al principio, el rey no me hizo caso.

—Tendremos que bloquearlos de forma eficaz —siguió diciendo—. No quiero que entren víveres, agua ni provisiones, y en particular que ni entren ni salgan del castillo hombres ni información. Vos, señor de Chester, os encargaréis de la sección sur, en los riscos...

—Sire —repetí, y esta vez el rey se dio cuenta.

Me miró, un poco molesto por la interrupción, y por un instante me pregunté si no estaba cometiendo un grave error.

—¿Qué ocurre, Blondel? —preguntó el rey, en tono frío.

—Sire —dije yo por tercera vez. Y la lengua se me trabó en la boca.

—¿Sí? —El rey se estaba poniendo decididamente de mal humor—. Ya que me has interrumpido, Alan, habla, si tienes alguna idea.

Finalmente, conseguí soltar la lengua.

—¿Y si conseguimos..., eliminar a Murdac? Si, bueno..., en fin, si lo matamos, o le quitamos el mando del castillo de alguna manera...

Como ya he dicho, sabía que sonaba absurdo, la clase de tontería que diría un chiquillo un poco bobo, y noté que mis mejillas enrojecían cuando algunos de los barones más poderosos de Inglaterra me miraron, asombrados por mi descaro.

El rey me dirigió una larga mirada, y por un instante creí que ordenaría a sus guardias que me sacaran por la fuerza de la tienda y me colgaran o me descuartizaran.

—¿Y cómo harías una cosa así? —preguntó el rey, ceñudo.

—Conozco una antigua entrada de suministros para el castillo, sire. Está olvidada. Creo que muy pocos la conocen. Lleva de una taberna situada debajo del muro sur del recinto exterior hasta una pequeña bodega en desuso, en el interior del recinto superior del castillo de Nottingham.

Mi voz había ido ganando confianza a medida que hablaba.

—Es un túnel estrecho, y no creo que pueda ser utilizado por un grupo numeroso de guerreros. El ruido haría que fuese detectado casi con toda seguridad. Y una vez

detectados, sería fácil matar uno a uno a los que entraran en el castillo. Pero quizás un hombre sin armadura podría entrar en el castillo por ese camino sin ser advertido. Y entonces tendría una oportunidad, si no valora demasiado su propia vida, de encontrar a sir Ralph Murdac y darle muerte. Tal vez en su dormitorio de noche mientras duerme, o de alguna otra forma..., pero creo que podría hacerse.

—Puede que tengas razón, Blondel —dijo el rey, y me sonrió. Y al instante, todos los demás magnates de la tienda pusieron una cara radiante—. Sin Murdac, como tú dices, tendremos muchas más posibilidades de que esos bribones me entreguen mi castillo. ¿Harás eso por mí, Alan? Es una proposición arriesgada, por no decir directamente suicida...

—Sí, sire —dije, sencillamente. ¿Qué otra cosa podía decir? Él era mi rey.

Ricardo asintió para sí mismo como si confirmara algo que ya sabía, y luego se dirigió a Robin.

—¿Sabéis vos algo de esa entrada de suministros olvidada, Locksley?

—No, sire —mintió Robin—. Pero tengo confianza plena en Alan de Westbury. Si él dice que existe, sin duda es así, y si hay alguien capaz de llevar a cabo una misión tan peligrosa y difícil, es él.

Miré a Robin, un poco sorprendido por sus elogios y por haber negado conocer el túnel. Él me sonrió con un guiño imperceptible, y yo correspondí con otra sonrisa.

Cuando cuento las viejas historias de Robert, del astuto conde de Locksley y el proscrito Robin Hood, suelo insistir en las veces en que se comportó mal. Hablo demasiado a menudo de su crueldad, o de su codicia por el dinero, o de su indiferencia por los sufrimientos de quienes se encontraban fuera del círculo de su familia, incluso de su desprecio por la Santa Madre Iglesia. Y también demasiado a menudo olvido mencionar una cualidad que fue tal vez su característica más sobresaliente: su amabilidad. Si le servías bien, derramaba sobre ti su benevolencia sin tener en cuenta el coste para sí mismo. Era, de corazón, un hombre muy amable y generoso, por lo menos con las personas que amaba.

Robin había querido que fuera yo quien sacara el tema del túnel delante del rey porque quería que Ricardo supiera la cantidad de recursos que yo podía ofrecerle, y para que el rey me recompensara en su momento. Robin podía haber reclamado que el plan era idea suya; podía haber dicho que fue él quien me enseñó el túnel a mí, y quien lo utilizó para rescatarme de mi prisión en los calabozos de Nottingham. Pero no lo hizo. Ésa es la clase de hombre que era. Y así, con una sonrisa despreocupada y un medio guiño, se aseguró del favor personal del rey hacia mí, y me envió a una gran y peligrosa aventura..., y muy posiblemente a la muerte.

Capítulo XXI

Hanno iba delante, llevando una linterna con un cabo de vela en su interior. Los muros amarillos del túnel me parecieron más fantasmales aún que la vez anterior, con caras deformes que parecían mofarse de mí y burlarse de mis ambiciones: entrar en el castillo con la misión de cometer un asesinato era mucho más peliagudo que salir de él en busca de la libertad y la seguridad.

Era cerca de medianoche, y a pesar de no haber dormido apenas los dos últimos días, no estaba cansado. Lo cierto es que ardía en mi interior una rabia llena de excitación que ahuyentaba todos mis miedos. Sabía que, si las cosas iban mal, tendría tan sólo una oportunidad mínima de sobrevivir... Pero el riesgo valía la pena, pues me daba la oportunidad de matar a sir Ralph Murdac, de vengarme de tantos y tantos golpes e insultos a sus manos, y de prestar un valioso servicio a mi rey. Yo era joven entonces, y sentía una atracción poderosa hacia la aventura y el riesgo por ellos mismos.

También había otros factores que me favorecían. Yo conocía el castillo, y muchos miembros de la guarnición conocían mi cara, pero posiblemente no el bando en que militaba. Con tanta gente que cambiaba de chaqueta en el conflicto entre el rey Ricardo y el príncipe Juan, yo me sentía bastante capaz de convencer a guardias suspicaces de que había vuelto al lado del príncipe Juan. Y mi presencia dentro del castillo les parecería la prueba definitiva. Además, tanto Hanno como yo llevábamos la sobreveste negra con los cheurones rojos de los hombres de Murdac (conseguidos de prisioneros capturados en la batalla por el recinto exterior), con el cinto de la espada abrochado por fuera. De modo que confiaba en que cualquier hombre de armas que me viera (un rostro familiar, en el interior del castillo, vistiendo la librea de sir Ralph), me consideraría antes un amigo que un enemigo.

El principal problema se presentaría cuando ascendiéramos hasta la boca del pozo por el que, en otro tiempo, se habían transportado los barriles de cerveza; no sabía si se había descubierto que la vieja bodega era el camino que utilicé para escapar. Después de todo, cinco meses antes un preso condenado a muerte había desaparecido en mitad de la noche, después de matar a tres hombres, robar una gran cantidad de plata y dejar una cabeza de lobo ensangrentada en el calabozo en el que estaba encerrado. ¿Cómo había reaccionado la guarnición? ¿Habían buscado un túnel secreto, o recordado cómo se introducía antes la cerveza en el castillo? ¿Lo habían

explicado todo por arte de brujería? ¿Creían que había escapado por algún procedimiento mágico? ¿O habían supuesto que escapé por medios más ordinarios, sobornando a un guardián con una bolsa repleta de dinero y escurriéndome en silencio desde lo alto de los muros del castillo? No tenía forma de saberlo.

De lo que sí estaba completamente seguro era de que sir Ralph Murdac no estaba familiarizado con las entrañas del castillo: era un área frecuentada por sirvientes, cocineros, dispenseros y gente parecida. No por caballeros, y desde luego no por el mismísimo alcaide. Me estaba jugando la vida sobre la base de suponer que la vieja bodega y el pozo estaban tal como los habíamos dejado...; y también me jugaba la vida de Hanno.

Yo había tenido al principio la intención de ir a aquella misión solo, pero Hanno se negó en redondo e insistió en acompañarme.

—¡Te perderás en esos túneles, ja, ja, y también en los subterráneos del castillo!

Hanno se mostraba tan jovial como siempre, totalmente despreocupado del peligro mientras hablábamos en voz baja en la sala comunal de la taberna La Peregrinación a Jerusalén..., ahora vacía porque el tabernero y su joven familia se marcharon prudentemente de allí cuando el castillo fue rodeado por las tropas del rey Ricardo. Se suponía que Hanno había de velar desde fuera por el éxito de mi misión, pero cuando le expliqué su papel, aparte de reírse me dijo:

—Será mejor que vaya contigo para librarte de problemas; y puede que de paso te enseñe una o dos cosas más.

No protesté demasiado. Estaba contento de tenerle a mi lado.

Cuando recorrimos los últimos pasos del túnel y llegamos a la cámara situada directamente debajo del pozo que conducía a la bodega, apagamos la linterna y nos quedamos absolutamente inmóviles, tratando de escuchar sonidos indicadores de algún peligro arriba. Nada. Ni el menor ruido.

Tanteé en la oscuridad y encontré la soga. La misma soga por la que Robin, Hanno y yo habíamos bajado cinco meses atrás. Por increíble que pudiera parecer, la bodega y su vía secreta de entrada al castillo no habían sido descubiertas.

Trepé por la cuerda, subiendo por aquel pozo en tinieblas. Los músculos de los brazos protestaron muy pronto; aunque no llevaba escudo, tenía encima el peso de una cota de malla ajena y mi espada, además del pesado saco que cargaba a la espalda. Pero muy pronto noté que el espacio se ensanchaba a mi alrededor, y al alargar la mano izquierda encontré el borde del brocal. Hanno llegó enseguida, encendió la linterna y yo utilicé la gran llave que él había tirado allí mismo para abrir la puerta baja y ancha que conducía a la vieja bodega.

Hasta ese momento, todo había ido bien. La bodega, hasta donde podía afirmar, estaba igual que cinco meses atrás.

Hubo un crujido, y un estruendo aterrador de maderas desvencijadas al caer al

suelo una barrica pequeña de cerveza y rodar hasta chocar con una pila de otras mayores. Luego un aullido agudo de rabia, y algo oscuro se movió muy deprisa en el rincón de la despensa. Creí que mi corazón estallaba, y tuve la espada desnuda en la mano antes de saber qué ocurría.

Hanno y yo nos quedamos inmóviles y en silencio. No hubo más ruidos. Entonces Hanno rio en voz baja.

—Es sólo una rata —susurró—. Pero nos ha dado un buen susto, ¿verdad?

No dije nada y volví a envainar mi espada, maldiciendo mi sobresalto. Pocos momentos después, avanzábamos confiados por el pasillo que llevaba de la bodega a las entrañas del recinto superior, el verdadero corazón de la fortaleza de Murdac.

A esas horas, el interior del castillo estaba en silencio. Habría centinelas en los baluartes, y grupos de soldados apiñados en las torres de las murallas y en los cuerpos de guardia y los barracones del recinto medio, pero en esta zona del castillo reinaba un silencio fantasmal. Hanno y yo nos cruzamos únicamente con una persona mientras nos acercábamos a la gran torre y a la cámara de Ralph Murdac: un criado que llevaba una bandeja con copas de vino. Aquel rústico nos ignoró, y pasó a nuestro lado con un ceño irritado. Por lo visto, nuestras sobrevestes nos daban la invisibilidad que deseábamos.

Llegamos delante de una sala de guardia en la base de la gran torre, y no pude resistirme a echar una ojeada a través de la puerta al pasar. Apenas me dio tiempo de captar una escena entrañable: dos o tres soldados con sobrevestes negras y rojas jugando a los dados en una mesa colocada en el centro de la habitación, a la luz de una única vela, y una docena de hombres más roncando en sus jergones esparcidos por los rincones. Pasamos de largo sin provocar ningún comentario; creo, incluso, que sin ser advertidos. Mis nervios empezaron a serenarse: ¡íbamos a conseguirlo! Dios mediante, recorreríamos todo el camino hasta el dormitorio de Murdac (donde sin duda sir Ralph dormía pacíficamente), sin encontrar el menor tropiezo.

La cámara privada del alcaide de Nottingham se encontraba en el costado occidental de la gran torre, en el segundo piso. Yo no había estado allí desde aquel nefasto día de septiembre del año anterior, en el que fui llamado por Murdac para comunicarme que debía escoltar la caravana de carros cargados de plata de vuelta desde Tickhill hasta Nottingham. Llegamos hasta allí caminando con naturalidad por los largos pasillos de piedra, mientras simulábamos hablar entre nosotros en voz baja, como dos hombres de armas cualesquiera dirigiéndose a medianoche a cumplir un encargo de su capitán, o sencillamente estirando las piernas después de un largo servicio de centinela.

Nos detuvimos a pocos pasos de la cámara, al oír ruido de pasos, y después de una mirada cautelosa desde la esquina, Hanno susurró a mi oído que era un hombre solo quien estaba de guardia delante de la puerta. Mi amigo alemán se agachó y

extrajo la misericordia de mi bota.

—Hazlo deprisa y en silencio —dijo a mi oído, y puso el arma en mi mano—. Sin ruido, sin jaleo.

Yo asentí, con el corazón disparado. Había llegado una vez más el momento de matar a sangre fría. Atisé también yo desde la esquina, y eché una ojeada a mi víctima. Como el centinela apostado delante del castillo de Kirkton año y medio antes, el soldado que estaba delante de la puerta de Murdac era joven. Pero esta vez, cuando examiné mi interior, no encontré objeción a quitarle la vida: era necesario, me dije a mí mismo, y eso era en realidad todo lo que importaba.

Mi corazón se aquietó, aspiré profundamente y me moví con rapidez, sin dudar. Dos pasos rápidos y silenciosos cuando se volvió de espaldas a mí, y tapé su nariz y su boca con mi mano izquierda al tiempo que clavaba la misericordia en su nuca con la derecha, en un solo gesto duro y limpio. Fue tan fácil como descerrar un cerrojo bien engrasado de la puerta de una bodega. La hoja se deslizó dentro del cráneo, el hombre tuvo un espasmo, y cayó en mis brazos como un peso muerto. Y eso es lo que era; sólo eso.

Hanno se colocó en silencio a mi lado.

—Perfecto —dijo. Y me sentí muy complacido.

Dejé el cadáver inerte en los brazos de Hanno, limpié mi misericordia en la sobreveste del muerto, volví a colocar la daga en la funda de mi bota, tiré de espada, di una aspiración profunda, abrí la puerta e irrumpí en la habitación de Murdac, con Hanno tras mis talones cargando con el cadáver flácido del centinela.

Después de la penumbra del pasillo, la habitación de Murdac resultaba extrañamente brillante, iluminada por dos grandes candelabros. Era una estancia cómoda, espaciosa y bien caldeada, con caras pieles distribuidas sobre el suelo de madera pulida y un fuego que ardía alegremente en un amplio hogar construido en el muro exterior. En el centro de la habitación había una gran mesa, y sentado ante aquella mesa, con su hermosa espada larga colocada sobre su superficie delante de él, estaba Rix.

El hombre alto empuñó la espada, y no pude evitar admirar la joya azul de la empuñadura que me guiñaba a la luz de las velas, y las líneas suaves de la larga hoja. Me quedé como en trance delante de aquella arma, y mis ojos aún la acariciaban cuando Rix echó atrás su silla, se irguió en toda su estatura y dijo en francés:

—Ah, por fin estás aquí. Sir Ralph esperaba a medias que enviaran un asesino. ¡Y qué suerte que seas tú! Tenemos un asunto pendiente los dos, creo.

Asentí, pero no dije nada. Mis ojos recorrían la habitación en busca del objetivo de nuestra misión mortal, el alcaide.

Contra el muro más alejado de la cámara, había un suntuoso lecho de baldaquino con las gruesas cortinas corridas. Y mientras lo miraba, una cabeza de pelo negro y

revuelto asomó entre ellas, parpadeando sin parar como un ratón al salir de su agujero. Era Ralph Murdac, y al verme, en su expresión se agolparon el temor y la sorpresa.

—¡Tú! —dijo incrédulo—. ¡Tú, entre todas las personas posibles! Alan Dale el traidor, el ladrón, la rata de alcantarilla que quiere ser un caballero. Que seas tú quien viene a por mí espada en mano en medio de la noche..., casi no puedo creerlo. ¡Mátalo, Rix, mátalo ahora! Haz pedazos a ese desagradable pequeño campesino arribista.

Rix se apartó de la mesa y, a la orden de Murdac, me saludó con su bella espada, llevándose la empuñadura a la frente un instante, antes de blandirla en la primera posición de un espadachín serio: «*En garde!*».

—Cuídate de Murdac —murmuré por encima del hombro a Hanno, sin apartar los ojos de Rix—. Sujétalo, deprisa; mantenlo apartado de la lucha. Yo me encargaré de esto solo... Hice voto a san Miguel de rajar a esta larguirucha tira de mierda, y me propongo cumplirlo.

Oí a Hanno apartarse de mí en dirección a la gran cama, y di un paso hacia Rix. Sin el menor preliminar, asesté mi arma tan duro y rápido como pude en dirección a su cabeza. Su espada saltó hacia arriba y paró mi golpe con un chasquido de acero. Pero yo ya tiraba abajo, en un intento de hundir mi espada en el músculo de su pantorrilla. Milagrosamente, su larga hoja llegó allí antes que la mía, y paró de nuevo mi golpe con facilidad. Me tiré a fondo entonces con toda rapidez contra su pecho; él desvió sin esfuerzo la hoja, que se perdió en el vacío junto a su brazo izquierdo.

Entonces atacó él: una finta a mi cuerpo, luego otra, seguida de una estocada relámpago a mi garganta. Por Dios que era rápido; mucho más rápido que yo. Por pura suerte, evité ser ensartado por su espada, con un barrido de la mía que llegó justo a tiempo. Desvié su estocada por encima de mi hombro izquierdo y contraataqué hacia su derecha, con la esperanza de alcanzar su brazo de la espada y disminuir un tanto su aterradora velocidad. Pero, una vez más, él desvió mi golpe casi con desdén.

Oí golpes y gruñidos ahogados en la dirección de la cama con baldaquino, pero no me atreví a apartar los ojos de Rix ni por un momento. Volví a tirarme a fondo hacia su pecho, y él desvió una vez más la punta de mi espada; intenté un golpe de derecha a izquierda por abajo; él dio sencillamente un paso atrás. Luego me atacó de nuevo, golpeando a izquierda y derecha, arriba y abajo, y su arma era un torbellino letal de plata, y todo lo que podía hacer yo era mantener apartada su punta de mi cuerpo. Caí en la cuenta entonces, en un momento de claridad cegadora, de que iba a perder aquel combate. Él era el mejor espadachín de los dos; no había absolutamente ninguna duda sobre ello. Cedí terreno poco a poco, sin intentar atacarle; me limitaba a bloquear, parar, esquivar y agacharme. Me vi superado, barrido: a punto de ser

hecho picadillo.

Luchábamos casi en silencio, los únicos sonidos eran el entrecuchar de nuestras espadas y los jadeos de mi respiración. Rix se apartó por unos instantes, y empezó a dar la vuelta a mi alrededor por la derecha, de modo que pude echar una ojeada a la cama de baldaquino. Allí vi a mi amigo alemán tranquilamente sentado en el borde del lecho, con las cortinas descorridas y el brazo pasado alrededor de la cabecita revuelta de Ralph Murdac, del mismo modo en que uno podría llevar una sandía, y con su largo cuchillo en la garganta del alcaide. Murdac estaba muy pálido, sus ojillos azules se habían agrandado por el miedo bajo el brazo musculoso de Hanno, y un hilo de sangre bajaba de su boca. Hanno me miraba ceñudo, con una decepción cómica. Pero sujetaba a Murdac de tal forma que no le era fácil soltarlo para venir a ayudarme contra Rix. No podía esperar ayuda por esa parte.

Volví mi atención a la pelea justo a tiempo: la espada de Rix venía como un halcón hacia mi ojo, y paré el golpe y contraataqué con un tajo salvaje. Él bloqueó y replicó, y yo lancé un golpe lateral hacia su cabeza con todas mis fuerzas. Se limitó a agacharse. Guardaba un equilibrio perfecto, y se mantenía tan frío como una trucha de río. Yo, en cambio, estaba sofocado y jadeaba por el esfuerzo. Amagué otro tremendo tajo a su hombro, y lo bloqueó. Su contraataque, una estocada hacia mi corazón, estuvo a punto de atravesarme, pero salté atrás en el último instante. Mi pie izquierdo fue a dar en una piel de oso, la piel resbaló sobre el suelo pulido, y antes de darme cuenta de lo que ocurría aterricé dolorosamente sobre mis nalgas y mi espada rodó y rebotó en el suelo brillante, deslizándose lejos, a mi derecha.

Rix se plantó encima de mí. Sonrió con frialdad, me saludó de nuevo y levantó la espada sobre su cabeza. Yo traté de incorporarme delante de él, y vi con estupefacción y temor alzarse su hermosa espada en el aire, mientras mi mano tanteaba con desesperación en busca de mi bota izquierda...

Mi mano temblorosa encontró la misericordia. La hoja triangular se deslizó con suavidad fuera de su vaina, y la levanté y golpeé con ella como una víbora rabiosa, de arriba abajo como haría con un martillo, la bota de piel de cabrito de Rix, de modo que su pie quedó sólidamente clavado al suelo de madera.

Gritó... Gritó una sola palabra, en voz lo bastante alta para despertar a un muerto:
—¡Miloooooooo!

Pero yo no le prestaba ya atención alguna; me arrastré hacia atrás en busca de mi espada. La recogí del suelo, volví a ponerme en pie y, mientras Rix intentaba volverse para hacerme frente, con sus largas piernas enredadas por el pie clavado, yo me abalancé sobre él, tomé impulso y descargué un golpe de arriba abajo en el ángulo entre su cuello y su hombro izquierdo; puse en aquel golpe toda mi fuerza, de modo que se hundió un palmo en la cavidad del pecho. Durante un instante tuve un atisbo de tejido pulmonar gris en su torso purpúreo, antes de que la sangre inundara su

pecho.

Y cayó.

Tiré de mi espada para liberarla de los huesos rotos y la carne sajada de su tórax, y lo hice justo a tiempo. Algo se movía en el lado más alejado de la habitación, una cortina se descorrió (era el pesado cortinaje que ocultaba la entrada al aseo privado de Murdac), y de aquel pasaje húmedo emergió el ogro, el asesino de Perkin y Adam, caminando sobre una pierna buena y una pata de palo. El medio hombre, al que yo había creído matar a patadas en la liza del recinto exterior hacía cinco meses, había resucitado. Milo se estaba abrochando su cinturón ancho, y miraba a su alrededor con una expresión de estupidez bovina.

El tiempo es un animal extraño: en algunos momentos se hace eterno, y en otros fluye a la velocidad del relámpago. Me sentía como si hubiera luchado con Rix durante horas, pero me di cuenta en ese momento de que no podían haber pasado más de tres minutos aproximadamente, es decir el tiempo que había necesitado Milo (sentado en la tribuna del aseo) para solventar su asunto, limpiarse, soltar su túnica arremangada, abrocharse el cinto e ir a ver qué era aquel ruido de metales en la cámara de Murdac.

Milo me vio de pie delante del cadáver ensangrentado de su amigo, parpadeó, frunció el entrecejo, lanzó un grito de fiera... y cargó. Y aunque su pierna izquierda, por encima de la rodilla, había sido sustituida por un apósito de cuero en forma de copa sujeto al muñón de su muslo, y sujeta a un grueso bastón de madera para caminar, se movió a una velocidad bastante decente. Yo me arrodillé como un ágil bailarín junto al cuerpo encharcado en sangre de Rix, y recogí su preciosa espada con mi mano izquierda; acto seguido, me incorporé dispuesto a afrontar la carga del ogro cojo con una espada en cada mano.

En los tres segundos que tardó en echármese encima, tuve tiempo de fijarme en que todavía llevaba en el rostro las señales de nuestra pelea en la liza. Sólo tenía un ojo bueno; pequeño y porcino, brillaba con una furia sin límite, y su cabeza sin pelo era una masa cruzada por las cicatrices dejadas por mis botas, viejas heridas amarillentas, brillantes y arrugadas, sin apenas facciones que pudieran resultar reconocibles. Me vino a la cabeza por un instante la imagen de Nur: y en efecto, habrían formado los dos una pareja adecuada. La cabeza de Milo era como una bola de cera de abeja que se hubiera fundido a medias por estar colocada demasiado cerca de un fuego. Su aspecto era más monstruoso incluso que el que tenía antes de nuestra batalla. Pero lo que me dejó asombrado fue que viviera aún, porque estaba seguro de haber pisoteado su chispa vital hasta extinguirla; pero vivía, y ahora buscaba venganza.

Cuando Milo estuvo apenas a un metro de mí, hice un quiebro hacia mi derecha para apartarme de su trayectoria; y como había visto hacer a los bailarines sarracenos

en Ultramar, di un rápido círculo completo sobre mí mismo, muy deprisa, y lancé un duro tajo de arriba abajo contra su brazo izquierdo extendido con la espléndida espada de Rix. La hoja cortó limpiamente los gruesos músculos anudados y el hueso sólido por debajo de su codo y seccionó de un solo golpe su antebrazo. Rugió de dolor, y la sangre brotó a chorros del muñón. Pero no perdí tiempo recreándome en su herida; seguí girando hasta colocarme a su espalda, y le golpeé de lado el músculo largo de su grueso muslo derecho, utilizando la vieja espada que empuñaba en la mano derecha. Mi golpe no tuvo la fuerza suficiente para seccionar aquel miembro macizo, pero hizo caer de rodillas a Milo, gimiendo de dolor.

Corté entonces la mano que le quedaba: un golpe limpio de arriba abajo con la incomparable espada de Rix, que penetró con la facilidad de un cuchillo caliente en la mantequilla, y envió al suelo aquel puño voluminoso como un jamón. Él era hombre muerto para entonces, por supuesto: con los dos brazos inútiles e incapaz de sostenerse sobre su única pierna herida. Y yo estaba en pie delante de Milo, entre su cuerpo macizo arrodillado a medias y bañado en sangre, y el bulto alargado del cadáver de su amigo. Y lo miré un segundo o dos, recordando la pelea en la liza, la devastadora explosión de su bota en mis costillas en Alemania..., y la visión de los cuerpos destrozados de Perkin y Adam en la orilla del río Meno. Él me miró también, con su único ojo enloquecido. No había nada que decir, de modo que contuve mi lengua y me limité a darle un final misericordioso, ensartando su voluminoso pecho con mis dos espadas al mismo tiempo. Las dos largas hojas penetraron profundamente en la cavidad de su tórax, y alcanzaron finalmente su corazón de ogro.

—No ha estado mal —dijo Hanno desde la cama, donde aún sujetaba con firmeza a Ralph Murdac por el cuello—. Pero muy lejos de la perfección. Por un momento, creí que el flaco largo iba a matarte sin remedio. Eres descuidado, te confías demasiado, y atacas de una forma demasiado obvia. Tienes que practicar, Alan. Practicar más. Debes intentar hacerlo mejor en el futuro.

Allí mismo, entre los cadáveres de los dos hombres a los que acababa de matar, asentí con un gesto. Hanno tenía razón, yo no había merecido vencer a Rix en nuestro combate. Todo iba bien cuando se trataba de despachar a un soldado entrenado a medias en una *melée* caótica en el campo de batalla, pero enfrentado a un espadachín de élite como Rix, había estado a punto de dejarme la piel.

—¿Líquido a éste para ti? —preguntó Hanno, e indicó con un movimiento de la barbilla la carita aterrorizada de Ralph Murdac—. ¿Te enseño el método correcto?

Yo sacudí la cabeza.

—Átale los brazos y tráelo aquí, al suelo. Quiero hacerlo con mis propias manos.

Mientras Hanno inmovilizaba a sir Ralph Murdac con su cinturón y una tira arrancada de la sábana del lecho, atándole los codos por detrás de la espalda y las muñecas a sus pies, de modo que se viera obligado a estar permanentemente de

rodillas, yo arrastré la pesada mesa contra la puerta, bloqueándola. Supuse que los gritos de Milo habrían alertado a algún miembro de la guarnición, y que no tardaría en aparecer alguien dispuesto a averiguar qué ocurría. La mesa, por pesada que fuera, no retendría mucho tiempo a los hombres de Murdac, pero podría darnos unos minutos de ventaja para escapar. Y en cualquier caso, no teníamos intención de salir por aquella puerta.

Volví a su vaina mi vieja espada sin adornos, y me acerqué al lugar donde estaba Murdac arrodillado, blandiendo la magnífica hoja de Rix manchada de sangre.

Murdac no podía apartar los ojos de la espada. Cuando la coloqué con la punta hacia abajo delante de mí, parecía fascinado por ella, por el lento goteo de sangre roja desde la punta afilada al suelo de madera.

—Mírame y alza la cabeza —dije en un susurro—. Será más limpio, y más rápido para ti.

Y levanté en el aire la larga hoja, sujetando la empuñadura con las dos manos sobre mi hombro derecho, como un verdugo profesional.

Murdac volvió hacia mí sus pálidas mejillas húmedas de lágrimas.

—Por favor, Alan —gimoteó—. Por favor, no me mates, te lo suplico.

Y las lágrimas rodaban por sus mejillas rozagantes, y resbalaban de su pequeña barbilla perfectamente torneada.

—Lo has merecido mil veces —dije, y hube de endurecer mi corazón, porque la visión de aquel cuerpecillo tembloroso y sollozante estaba debilitando mi resolución.

—Por favor, Alan. Por todo lo que es sagrado para ti, no me mates. Déjame vivir. Me iré lejos, me marcharé de Inglaterra para no volver nunca. Tengo algún dinero, ¿sabes?

—No tenemos tiempo para tonterías —dijo Hanno—. Hazlo ya, Alan, y salgamos de aquí.

Eché atrás los brazos una pulgada más, y Murdac gritó:

—¡Espera! Espera... Si me matas, Alan D'Alle, porque ése es tu verdadero nombre..., si me matas, nunca conocerás el secreto de la muerte de tu padre.

Me tambaleé sobre mis talones, como si hubiera recibido un golpe.

—¿Qué secreto? —conseguí balbucear—. ¿Cuál es ese secreto?

Levanté más alto la espada. Justo en ese momento, sonaron fuertes golpes en la puerta de la cámara, y voces roncas de soldados.

—Alan, no tenemos tiempo. ¡Hazlo! —dijo Hanno.

Hubo más golpes en la puerta, y un hombre gritó:

—Sir Ralph, sir Ralph, ¿va todo bien ahí dentro? Alcaide, ¿estáis bien?

—¿Cuál es el secreto? Dímelo ahora, o morirás como un perro.

—Está relacionado con la época en que tu padre vivió en París. Sé quién fue el hombre que ordenó su muerte.

—Tú ordenaste su muerte. Lo sé de cierto.

—Es cierto que yo ordené que lo ahorcaran, pero recibí órdenes de otro, de un hombre muy poderoso al que no se puede negar nada. Él me dijo que matara a tu padre. Jura ante Dios Todopoderoso y la Santísima Virgen que no me matarás..., y te diré su nombre.

—Alcaide..., sir Ralph, ¿estáis ahí? ¿Estáis bien? —preguntaba el hombre de armas al otro lado de la puerta.

—Diles que todo está en orden aquí o te mato ahora, lo juro ante Dios Todopoderoso.

—Todo está en orden —gritó Murdac de inmediato—. No hay motivo de alarma. ¡Volved a acostaros!

Los golpes pararon. Vi que Hanno desenrollaba una cuerda larga y delgada que había sacado de su saco..., y durante un segundo me pregunté si sería lo bastante larga y fuerte para lo que acababa de ocurrírseme. Necesitaríamos unos cincuenta metros de cuerda muy fuerte para que mi plan tuviera éxito. Me quité de los hombros mi propio saco, y se lo tendí a Hanno.

—¿Quién está ahí con vos, sir Ralph? —gritó el hombre desde el otro lado de la puerta.

—Estoy con unos amigos. ¡Marchaos y dejad de molestarme con vuestra impertinencia!

El tono de Murdac fue convincente. Satisfecho de su interpretación, me hizo señas y me sonrió, halagador.

Yo bajé las manos en un arco corto, y golpeé la sien de Murdac con el pomo de plata de la espada. Él emitió un breve suspiro y se derrumbó en el suelo.

—Nos lo llevamos con nosotros —dije a Hanno. Y he de decir en su favor que mi valeroso amigo alemán se limitó a asentir, se encogió de hombros y se dirigió al aseo cargado con los rollos de cuerda.



Hay algunas experiencias cuyo recuerdo resulta demasiado desagradable, de modo que referiré con mucha brevedad nuestra salida del castillo por el agujero del aseo de Murdac. Después de recuperar mi misericordia (me costó un buen rato arrancarla de los huesos del pie de Rix y de la tablazón de madera pulida del suelo), bajamos por aquel hueco primero a Ralph Murdac sin sentido, después de atarlo de forma segura al extremo de la cuerda de Hanno. Lo hicimos pasar sin demasiados miramientos por el hueco ribeteado de mierda, y lo hicimos aterrizar en un afloramiento de piedra arenisca nueve metros más abajo. Luego, a regañadientes, bajamos los dos detrás.

Con las botas hundidas en una costra de mierda medio seca, nos detuvimos un

momento apestoso antes de descolgar de nuevo a Murdac por delante de nosotros, y bajar después los resbaladizos treinta metros más o menos de acantilado hasta el suelo (afortunadamente, sin ser vistos por los centinelas de las almenas del castillo), intentando todo el rato tener el mínimo contacto con la maloliente y resbaladiza pared de piedra arenisca. Sin embargo, durante aquel asqueroso descenso, mi mente estaba dividida entre dos cuestiones igualmente urgentes: la primera, ¿entrarían los soldados del castillo en la cámara de Murdac y romperían la cuerda que nos sostenía? Y la segunda, ¿qué significaban las palabras de Murdac «recibí órdenes de otro, de un hombre muy poderoso al que no se puede negar nada»?

Gracias a Dios no cortaron la cuerda, y llegamos al suelo sanos y salvos. Los tres estábamos bien rebozados, con todo, cuando llegamos al fondo. Y mientras nos alejábamos de la mole negra del castillo, rodeábamos el estanque de los peces y nos encaminábamos en dirección noroeste hacia el pabellón del rey en el parque de los ciervos, con Murdac colgado como un saco de nabos a la espalda de Hanno, me pregunté si no sería mejor bañarnos y cambiarnos de ropa, antes de presentar al rey empaquetada la pieza que habíamos cobrado. Pero, tal como fueron las cosas, no se nos dio opción para poder elegir. Fuimos detenidos por una pareja de centinelas en el parque y enviados directamente, apestosos como estábamos, a la presencia del rey.

Aunque debían de ser cerca de las tres de la madrugada, nuestro soberano estaba aún despierto, absorto en el estudio de los planos con la disposición de la artillería para el día siguiente, desplegados sobre una mesa de caballete en el centro del pabellón. El rey reclamó vino, agua caliente y toallas, y nos aseamos apresuradamente frente a nuestro soberano, mientras él se frotaba las manos satisfecho, mirando al atado e inerme sir Ralph Murdac, empaquetado como el hatillo de un mendigo a sus pies.

—Bien hecho, Blondel. ¡Qué magnífica hazaña, por Dios y sus arcángeles! — exclamó el rey—. Me has ahorrado tiempo, esfuerzos y las vidas de muchos hombres leales con tu acción de esta noche, y me inclino ante ti. No olvidaré esto, Alan. Estoy en deuda contigo una vez más.

Pero mientras el rey me llenaba de elogios, empecé a notar que, después del primer sorbo de vino, mis párpados empezaban a cerrarse; había sido una noche de trabajo larga y agotadora. Y deseaba un poco de paz para seguir rumiando las enigmáticas palabras de Murdac. Intenté interrogarle mientras cruzábamos el parque hacia la tienda del rey, pero él estaba aturdido e incómodo atado y cargado a la espalda de Hanno, y guardó un silencio enfurruñado. «Mañana —pensé—, mañana volveré a preguntarle sobre el hombre que él asegura que ordenó la muerte de mi padre. Y si sigue empeñado en callar..., bueno, hay métodos no muy caballerescos que no tendré empacho en utilizar. Puedo pedirle a sir Aymeric de Saint Maur algunas sugerencias sobre el uso de los hierros candentes como método persuasivo».

Pedí al rey venia para retirarme (él seguía charlando animadamente por los codos con los soñolientos caballeros de su séquito y con los sargentos a los que había encargado custodiar a sir Ralph Murdac), y fui en busca de Thomas, que se había acurrucado sobre un montón de paja y dormía pacíficamente entre los caballos del rey. Lo desperté y dejé a su cuidado mis armas y armaduras, incluida la hermosa espada de Rix: seguían manchadas de sangre seca de la lucha en la cámara de Murdac, y de cosas peores de nuestra fuga por el acantilado. Luego me arrebujé en una capa vieja, y me acosté al lado de Hanno en la paja caliente. Mientras me deslizaba con rapidez en un sueño profundo y reparador, mis últimos pensamientos fueron: ¿me ha mentido Murdac? ¿Me contó un bulo sobre mi padre sólo para salvar el cuello? Era muy posible, pensé. Pero sin duda lo descubriría al día siguiente. Mañana.

Y entonces el hada de los sueños me acogió en su amplio y confortable regazo.



Me desperté ya entrada la mañana, con el chirrido de las sierras y el ruido de los martillos. Hanno roncaba suavemente a mi lado, y seguí tendido unos momentos en mi cómodo lecho de paja, mirando el cielo azul en lo alto. Me pareció vacío y limpio de los conflictos sangrientos de los hombres. Era un día de primavera perfecto: recordé haber hecho grandes proezas la noche anterior, y que el rey las había alabado, y que ahora mis enemigos estaban muertos o presos, mientras que yo seguía sano y salvo. La vida era muy buena, me dije. Y entonces volví mis pensamientos a Goody, como solía hacer todas las mañanas. Pronto nos íbamos a prometer y ella sería enteramente mía, y esa idea provocó en mi interior un sentimiento maravilloso de calor y alegría.

Me di cuenta de que el martilleo y el serrar habían cesado, y pensé con pereza en levantarme, pero no parecía haber la menor prisa. Era improbable que me llamaran hoy a combatir, después de mi misión de la noche anterior. Los heraldos entablarían negociaciones con quien fuera que estuviese ahora al mando en el castillo; y si se rompían, Ricardo Corazón de León empezaría el largo y lento proceso de bombardear el castillo hasta conseguir su sumisión. Podían pasar semanas antes de que fuera convocado, y sentí que me había ganado un largo descanso. Dentro de un rato, pensé, me levantaré, me lavaré, tomaré un mendrugo de pan y unos sorbos de cerveza, y haré una visita a Ralph Murdac para ver si puedo arrancarle algo coherente acerca de esa historia sobre la muerte de mi padre.

Me quedé allí, mirando las nubes blancas y algodonosas que se perseguían unas a otras por el ancho cielo hasta que, finalmente, la vejiga rebotante me obligó a levantarme, sacudirme la paja pegada a la ropa, y buscar una letrina. Cuando me

acercaba a la gran zanja abierta en un extremo del campamento del rey, me di cuenta de que había muy poca gente allí. Y quienes andaban por el parque de los ciervos parecían dirigirse todos hacia el este. Algo estaba sucediendo en la parte norte del recinto exterior del castillo, supuse mientras me aliviaba, y por primera vez aquella mañana sentí el aguijón de la curiosidad.

Cuando volví al corral de los caballos, Thomas estaba allí, y había traído con él una palangana de agua caliente para que me lavara, y una camisa blanca de lino. Desperté a Hanno y, tan pronto como hubo completado su ritual matutino de bostezos, pedos, escupitajos y maldiciones oscuras en alemán, los tres nos encaminamos al este para averiguar qué pasaba.

Era un ahorcamiento; o, para ser más preciso, varios ahorcamientos. Se había levantado un enorme patíbulo al norte del castillo, fuera del alcance de las ballestas de las almenas. Y dos figuras negras se balanceaban ya colgadas del travesaño cuando Hanno, Thomas y yo corrimos hacia allá, estorbados por la multitud que se había reunido para presenciar el macabro espectáculo. A mi derecha, pude ver que en las almenas del recinto medio hormigueaban las cabezas de los defensores del castillo, que se apiñaban a centenares para presenciar la ejecución de sus camaradas: porque vi por sus uniformes que los dos hombres que se balanceaban colgados del patíbulo eran soldados de Murdac; con toda probabilidad, algunos de los que habíamos capturado en la batalla por el recinto exterior, el día antes.

Al acercarnos al cadalso, una mano helada apretó mi corazón. Vi a un tercer preso colocado sobre un carro tirado por un caballo bajo la horca a medio llenar, con las manos atadas a la espalda y un dogal al cuello. Un sacerdote musitaba rezos inaudibles por el alma del condenado, y la víctima tenía los ojos cerrados, muy apretados. A una señal de un caballero colocado junto a él, el carretero dio un latigazo en la grupa del caballo y, al moverse el animal, el carro dejó de sostener las piernas del hombre y éste cayó unos treinta centímetros apenas, el dogal se apretó alrededor de su cuello, y lo estrangularía poco a poco hasta matarlo.

Los pies del ahorcado se agitaban aún con fuerza, como si estuviera entregado a un baile especialmente divertido, cuando el carro retrocedió hasta colocarse en posición para la siguiente víctima. Era un hombre pequeño, vestido enteramente de negro con ropas lujosas aunque bastante sucias, y con el hombro izquierdo, según pude ver, ligeramente levantado hacia el cuello. Era sir Ralph Murdac.

Sentí un nudo en el estómago; me encontraba todavía a unos cincuenta metros del cadalso, con una multitud de soldados y de ciudadanos de Nottingham cerrándome el paso; sin embargo, grité al caballero que dirigía las ejecuciones con toda la fuerza que pude.

—¡Parad, deteneos! ¡Aguardad un momento, señor! ¡Ese prisionero es mío! — aullé con desesperación, al tiempo que intentaba abrirme paso entre los cuerpos de

los espectadores. Murdac estaba ya subido a la trasera del carro, y el sacerdote musitaba sus oraciones. Y yo me vi detenido por un soldado forzudo que formaba parte del cordón de hombres de Ricardo, que mantenían a la multitud apartada del patíbulo.

—¡Esperad, esperad! —grité—. ¡Es sir Ralph Murdac!

—Sabemos quién es, chico —dijo el soldado, y me cerró el paso con lanza y escudo; por su acento, era un hombre de la localidad—. Y nadie merece la muerte más que él —siguió diciendo el hombrón—. El rey en persona ha ordenado su ejecución.

Murdac, con los ojos enrojecidos por el llanto y el dogal colocado ya alrededor de su cuello, vio mi cara entre el gentío. Abrió la boca para decir algo, y justo en el momento en que iba a hablar, restalló el látigo en la grupa del caballo, el carro se movió adelante y Murdac quedó colgando del cuello en el vacío. Su rostro se enrojeció y se hinchó por la asfixia mortal. Sus brillantes ojos azules se fijaron en los míos, implorantes, y honestamente digo que quise adelantarme, pero el soldado forzudo me echó atrás de un empujón, maldiciendo mi impaciencia. Mientras yo lo miraba impotente, con los ojos clavados en su cara purpúrea, Murdac iba siendo estrangulado poco a poco por la soga de cáñamo. Pataleaba y se contorsionaba, su lengua asomó, imposiblemente grande en aquella cara pequeña, su vejiga y sus intestinos se relajaron de pronto, y yo me vi transportado diez años atrás o más, hasta un viejo roble en el centro de una pequeña aldea, ahora desaparecida, a sólo unos pocos kilómetros de donde me encontraba ahora. Allí, diez años antes, cuando yo era un niño pequeño y asustado, vi como ahorcaban a mi padre..., por orden del mismo hombre que ahora se debatía con su aliento postrero delante de mí.

Así seguí largo rato, y vi morir poco a poco a Murdac: era lo adecuado, me dije a mí mismo.

Y mientras miraba, ofrecí una oración por el alma de mi padre.



No intervine en las operaciones de asedio ese día. Hanno, Thomas y yo buscamos una taberna agradable en la parte inglesa de la ciudad de Nottingham, y bebimos cerveza hasta que nos salió por las orejas. Mientras, las máquinas de asedio del rey Ricardo batieron con grandes piedras los muros de los defensores desde una pequeña altura situada al norte del castillo, de modo que nuestras libaciones parecían seguir el ritmo de sus golpes retumbantes. La cerveza apenas me hizo efecto, sólo me sentí un poco aturdido. Hablé poco con Hanno, y él tuvo el buen sentido de estar callado y pedir una serie continua de jarras de cerveza a la tabernera, con la que habíamos hecho ya una gran amistad. Después de consumir una o dos jarras, Thomas se fue a sus

asuntos. Ni siquiera le pregunté adónde iba. Pensaba en mi padre, en su amabilidad conmigo, en la música que habíamos compuesto e interpretado los dos juntos en familia, y en su muerte... Sobre todo en su horrible muerte.

Robin se unió a nosotros durante un rato, informado por Thomas de dónde nos encontrábamos, supongo, y me felicitó por el éxito de mi misión de la noche anterior. Brindamos con cerveza por la lenta y dolorosa muerte de Murdac, pero la verdad es que no conseguí alegrarme. Lo extraño fue que Robin pareció comprender mi sensación de vacío ante la desaparición de un enemigo.

—La venganza —dijo, fijando en mí sus ojos de plata, que brillaban con más intensidad que nunca en un halo neblinoso creado por la cerveza— es un deber. No es un placer. Tomamos venganza porque se la debemos a quienes han sido tratados de un modo injusto. Pero en sí misma no es una cosa que pueda dejarnos satisfechos. Tomamos venganza porque hemos de pagar nuestras deudas con los muertos..., y de ese modo conseguir que la gente tema perjudicarnos a nosotros y a quienes amamos. Pero no hemos de verla como un bálsamo para nuestra alma.

Sin embargo, yo no estaba en disposición de discutir su peculiar filosofía y Robin, al darse cuenta de mi estado de ánimo, se excusó pronto y, después de ordenar a Hanno que cuidara de que no me ocurriera ningún percance, se marchó dejándome con mi jarra de cerveza.



Al día siguiente, salieron de los maltrechos muros del castillo dos caballeros e, hincados de rodillas en tierra delante de un severo rey Ricardo, iniciaron las negociaciones para la rendición del castillo de Nottingham.

Yo me encontraba en el pabellón del rey, sintiéndome aún un poco desplazado del mundo, cuando llegaron. Ricardo me explicaba (no diré que se justificaba; cuando los reyes se equivocan, jamás lo admiten), por qué era necesario ahorcar en público a Murdac.

—Tienen que saber que voy en serio —dijo Ricardo—. Tienen que entender que, si no rinden el castillo ahora, cuando lo tome mataré hasta al último hijo de su madre que se encuentre dentro de sus muros.

Evidentemente, la táctica brutal del rey Ricardo funcionó, como de costumbre. Una delegación del castillo se había presentado, y la rendición flotaba en el aire. Los dos caballeros venidos a parlamentar con él eran William de Wenneval, el vicealcaide del castillo que había asumido el mando después de la repentina desaparición de Murdac, y sir Nicholas de Scras.

Hubo mucha parte de farsa y de fingimiento en la negociación. El rey pretendió estar furioso hasta la exasperación al ver desafiada su autoridad real. Los caballeros,

de rodillas, suplicaron su perdón, y sir William de Wenneval apuntó la débil excusa de Murdac de que no se habían dado cuenta de quién era el que les asediaba. El asunto no tardó mucho tiempo en concluir: el rey exigió que doce nobles rehenes, incluidos los dos caballeros venidos ante su presencia, se rindieran a él y quedaran a la merced del rey, y concedió a regañadientes que el resto de la guarnición (en su mayoría soldados ingleses comunes y corrientes, más unos pocos caballeros poco distinguidos y los ballesteros flamencos supervivientes, desde luego) quedara en libertad para marchar desde Nottingham a sus hogares sin ser molestados.

Cuando los dos caballeros humillados salían del pabellón para llevar la oferta del rey al maltrecho castillo, sir Nicholas me vio, y yo me acerqué a saludarlo.

—Por lo visto, Alan, tenías tú razón. Es evidente que te has arrimado al bando vencedor —dijo mi amigo, triste. Se pasó la mano, frustrado, por el cabello gris muy corto, y añadió—: Y yo habré de afrontar como un hombre el hecho de que tiré los dados... ¡y perdí!

—Estoy seguro de que el rey será generoso —respondí, aunque no estaba seguro en absoluto: los cinco presos ahorcados del día anterior, y en particular Ralph Murdac, pesaban mucho en mis pensamientos.

A mediodía, los doce caballeros salieron del castillo. De acuerdo con lo estipulado, iban todos desarmados, cubiertos sólo con la sábana de lino de los penitentes, y cada uno con un dogal al cuello para mostrar que el rey tenía derecho a ahorcarlos si ésa era su voluntad. Mientras los restantes miembros de la guarnición se dispersaban por la ciudad de Nottingham, agradecidos por haber conservado la vida, los doce caballeros marcharon, acompañados por las burlas de los soldados de Ricardo, hasta el patíbulo levantado en el recinto exterior.

Había allí cinco cadáveres colgando como frutos maduros del árbol de la muerte, incluido el cuerpo de sir Ralph Murdac. El rey, deslumbrante con su mejor armadura y contemplándolos desde la altura del caballo que montaba, dirigió una mirada severa a los doce hombres, y su rostro era una máscara fría de la justicia real.

—Habéis desafiado a vuestro legítimo rey, e incurrido así en traición... Y el castigo no puede ser otro que la muerte —empezó Ricardo. Hizo una pausa y continuó—: pero uno de mis caballeros más valientes, sir Alan de Westbury, ha intercedido por la vida de uno de vosotros.

Las palabras del rey me dejaron atónito. Yo había intercedido, desde luego, pero ¿a qué venía aquello de «sir» Alan de Westbury? Yo no era caballero. ¿Pensaba él que lo era? ¿Había quedado trastocado después de la batalla?

—Después de escuchar las recomendaciones de sir Alan, mi leal y bienamado caballero —siguió diciendo el rey, que puso un extraño énfasis en la palabra «caballero»—, he decidido que un hombre, sir Nicholas de Scras, obtenga un perdón pleno por sus crímenes contra mi persona, y no reciba por esta vez el castigo que en

justicia merecería.

Mi mirada se cruzó con la de sir Nicholas, y él me sonrió con tristeza y me dio las gracias con un pequeño gesto, pero en su rostro surcado por la preocupación se reflejó un alivio considerable. Yo pensé en la amistad que me había mostrado en Ultramar, en sus atentos cuidados cuando estuve enfermo en Acre, en la ocasión en que me salvó la vida delante de la taberna del Jabalí Azul en Westminster, y en su consejo sobre la pierna izquierda débil de Milo, que me susurró antes de nuestra pelea. No estaba en deuda conmigo, según mi modo de pensar.

El rey aún seguía hablando.

—El resto de vosotros —hizo una larga pausa, y luego señaló a los otros once caballeros vestidos con túnicas de penitentes, arrodillados y patéticos—, también os libraréis de la muerte hoy, y seréis puestos en libertad después de fijar un rescate adecuado al rango de cada uno.

Y el rey sonrió. Hubo ovaciones y gritos de alegría, y no sólo por parte de los once caballeros que habían evitado la muerte. Gorras y cascos fueron arrojados al aire, y de pronto aquel lugar tétrico, a la sombra de los cinco ahorcados que se balanceaban, se tiñó de un aire festivo. Algunos gritaron:

—¡Dios salve al rey!

Otros vitorearon a los caballeros amnistiados. Unos músicos ambulantes, no auténticos *trouvères* sino simples juglares de plazas y mercados, entonaron una canción alegre, y vi que la gente empezaba a seguir el ritmo con los pies. Al poco, mucha gente estaba bailando. Inglaterra había vivido demasiado tiempo angustiada por la violencia y la inseguridad. Pero ahora el rey había vuelto y, con la captura del castillo de Nottingham, era de nuevo amo y señor de todo su reino.

Me acerqué al caballo del rey Ricardo.

—Sire —dije, con el corazón desbocado—, os agradezco vuestra clemencia con mi amigo sir Nicholas de Scras. Pero debo deciros una cosa..., no soy caballero. Me temo que os habéis equivocado en ese punto. Soy tan sólo un simple capitán a las órdenes del conde de Locksley.

El rey Ricardo me sonrió:

—¿Dices que no eres caballero? —Sus ojos azules chispearon—. ¿Acaso crees que no lo sé, Blondel? No eres caballero, es verdad, pero has dado pruebas de más valor, recursos y destreza en la batalla que muchos hombres de linaje ilustre. No eres caballero en este momento..., pero por Dios que lo serás antes de que pase un segundo más. ¡Ponte de rodillas!

Miré boquiabierto a mi soberano, mis rodillas se doblaron y, mientras el rey desmontaba, no aparté los ojos de él y le vi hacer una seña a un caballero de su séquito, que le tendió un bulto envuelto en seda negra.

—Dame tu espada —dijo el rey. Estaba de pie a mi lado, alto y orgulloso, y el sol

primaveral arrancaba reflejos rojos y dorados de su cabellera. Yo eché mano a la empuñadura de mi vieja espada, pero justo en ese momento el joven Thomas corrió delante del gentío y tendió al rey la hermosa espada de Rix. Me di cuenta de que mi concienzudo escudero había encontrado de alguna manera el tiempo necesario para limpiar la sangre y la suciedad pegadas al arma.

El rey tomó la espada de manos de Thomas, y la admiró durante unos instantes.

—Una excelente espada, digna de ti, Blondel —dijo en voz baja. Miró la palabra engastada en oro en la hoja reluciente. Decía «Fidelidad». El rey hizo un gesto de asentimiento, y añadió—: ¡Y con una inscripción muy adecuada!

Luego, rápida y suavemente tocó por tres veces mis hombros con la hoja de la espada, al tiempo que, con cada gesto, recitaba la sagrada unción:

—En nombre de Dios Todopoderoso, de san Jorge y san Miguel, yo te invisto caballero. Levántate, sir Alan de Westbury.

Mi corazón estaba tan henchido que creí que iba a estallar de alegría. Me puse en pie, y el rey me tendió la espada de Rix (mi espada), y luego el bulto envuelto en seda negra. Un soplo de viento agitó la tela del envoltorio y la levantó; vi entonces que contenía un magnífico par de espuelas de plata decoradas. Su valor sería, según mis cálculos, de una libra de plata real, aproximadamente. Ahora no me pareció una suma tan mísera.

—Sir Alan de Westbury —dijo el rey, y se detuvo—. Eso no está bien..., Westbury es un feudo demasiado pequeño para un hombre de tu calidad..., pero ya nos ocuparemos en su momento. Sir Alan de Westbury, así sirvas siempre a Dios, protejas a los débiles y cumplas con tus deberes de caballero tan bien como me has servido a mí.

Y otra vez me sonrió, y yo hube de parpadear para reprimir las lágrimas cálidas que asomaban a mis ojos, mientras mi rey volvía a montar en su caballo y se alejaba, tarareando en voz baja entre dientes unos compases de «Mi alegría me invita».



En un día frío y despejado de la semana de abril, en un prado verde próximo a lo que quedaba del castillo quemado de Kirkton, se celebraron mis esponsales con Godifa, hija de Thangbrand de Sherwood. Fue uno de los momentos más felices de mi larga vida; incluso ahora, cuarenta años después, el recuerdo de aquel día glorioso templó mis viejos huesos. Goody vestía un sencillito vestido azul (el color de la pureza), y un velo blanco. El único adorno era un gran rubí que colgaba de una cadena de oro alrededor de su cuello. En cuanto a mí, Marian me convenció de que me gastara un poco de plata en ropa nueva (calzas, túnica, sombrero y capa), teñida toda ella de un color rojo púrpura y revestida de un hermoso brocado de encaje negro. Me sentí

como un príncipe de sangre real.

Regalé a Goody un anillo de oro con nuestros nombres grabados, y ella me dio una de las mangas desmontables de su vestido azul como prenda, y los dos hicimos un juramento solemne, similar al del matrimonio pero en tiempo futuro:

—Te tomaré por esposa —dije a Goody, y sonreí a sus hermosos ojos violeta, y ella también juró ser mía muy pronto.

El padre Tuck enlazó nuestras manos derechas con una cinta de seda como señal de nuestra intención de casarnos, y luego celebró una misa solemne para festejar el acontecimiento y pedir a Dios Todopoderoso que bendijera nuestras vidas juntos. Marian, como tutora de Goody, insistió en que debíamos hacer lo correcto, aunque Goody carecía de propiedades, y la condesa me hizo firmar un documento de esponsales que formalizaba nuestro compromiso.

Fue un día feliz. Robin había hecho reconstruir con rapidez la gran mansión de Kirkton durante el último mes, y aunque el resto del castillo seguía ennegrecido por el fuego que lo destruyó, por lo menos disponíamos de un lugar a cubierto para celebrar la fiesta de los esponsales. Y Robin había decidido que sería una fiesta lujosa, con más de cincuenta invitados de alcurnia, amigos suyos y míos venidos de todo el país. Cientos de otras personas de las aldeas vecinas y de todo Sherwood fueron convocados también a compartir los festejos al aire libre. Ordenó matar veinte bueyes y asarlos para los aldeanos; y de alguna parte, nadie quiso preguntar de dónde, aparecieron una docena de ciervos del rey, que fueron servidos en las mesas dispuestas en los prados vecinos a Kirkton, ya abarrotadas de empanadas de pichón y guisos de lamprea, grandes cuencos de fromenta dulce, quesos redondos y amarillos enteros y hogazas calientes de pan reciente, y frutas, y budín y ensaladas de hierbas... Corrió la cerveza de barril, los sirvientes de Robin llevaron una serie interminable de jarras espumosas hasta las largas mesas dispuestas sobre la hierba, y también se sirvieron liberalmente vinos finos a los convidados distinguidos que comían en el interior de la mansión recién reconstruida.

Me impresionó mucho la generosidad de Robin, pero sabía también que podía permitírsela. Después del asedio de Nottingham, el rey le premió con un montón de tierras y honores en Normandía y en Inglaterra; tierras que lo habían convertido en uno de los hombres más poderosos tanto en el ducado como en nuestra patria. Ya no necesitaba los ingresos que le había aportado el comercio del incienso; su lealtad al rey en los tiempos oscuros de su cautividad le rentó un dividendo mucho más alto. Y tampoco yo tenía motivos para quejarme: el rey hizo honor a su palabra cuando dijo que Westbury era un feudo demasiado menguado para un hombre de mi calidad. Recibí de él Burford, Saintroud y Edington, las posesiones que me había asignado el príncipe Juan, y cuyos títulos hizo pedazos más tarde, cuando descubrió que yo era un espía de Robin. Ricardo me hizo también señor de Clermont-sur-Andelle, unas

tierras extensas y potencialmente muy ricas situadas al este de Ruán, en Normandía. Sir Alan Dale contaba ahora con tierras suficientes, a ambos lados del Canal, para sostener la dignidad de su nuevo rango.

Para señalar la ocasión de mis esponsales, Robin me regaló un equipo completo de finísima armadura de malla de acero: unas calzas o *chausses* que me protegían desde el muslo hasta el pie, una cota de malla larga hasta la rodilla (partida por delante y por detrás para facilitar el montar a caballo) y con mangas y guantes de acero, además una capucha de malla que se ataba al cuello para resguardar la cabeza. Era un regalo muy caro, y que, como él dijo, me protegería en la batalla mucho mejor que mi vieja cota remendada. Marian me regaló un caballo, y no un caballo cualquiera: un corcel de guerra, alto, fiero, negro azabache, entrenado para la batalla.

—Se llama *Shaitán* —me dijo Marian mientras lo admirábamos en el corral situado en la trasera del castillo—, que es como creo que llaman los sarracenos al diablo. Y desde luego está lleno de maldad. —Miró dubitativa al corcel—. Serás prudente con él, ¿verdad, Alan? Tiene todo el aspecto de desear comérsete como desayuno, si le das media oportunidad.

Pero yo apenas la escuchaba: *Shaitán* me había fascinado... Podría decirse que ya le había entregado mi alma. El caballo oscuro me miró con sus ojos de alquitrán, y yo lo miré, y entre los dos se estableció una corriente de entendimiento.

—Haremos grandes cosas juntos, *Shaitán* —dije en un susurro, y le di a comer una manzana seca de mi alforja, al tiempo que extendía la mano para acariciar su largo morro negro. Él aceptó mis caricias, aunque me enseñó brevemente sus grandes dientes amarillos para advertirme de que no presumiera demasiado de nuestra nueva amistad. Miré más allá de las narices negras de *Shaitán*, y vi a *Fantasma*, que nos observaba desde el otro extremo del corral. Si los caballos son capaces de sentir celos, mi corcel gris estaba verde de ellos.

—No temas, *Fantasma*, no te he olvidado —dije a mi leal amigo. Y mientras me acercaba a él, rebusqué en mi alforja y saqué una segunda manzana.

Thomas, mi escudero, talló como regalo para mí una vaina de madera y cuero para la hermosa espada de Rix, *Fidelidad*. Y Hanno hizo una funda a juego para mi misericordia, que ahora colgaba en el costado derecho de mi cinto. El obsequio que me hizo Little John, me dijo el hombrón en tono gruñón, fue el regalo de su perdón. Había decidido pasar por alto mi trato ofensivo a su nalga herida.

—Pero, por el prepucio colgante de Cristo, Alan, como alguna vez vuelvas a hacer algo parecido... —hizo una pausa y me golpeó con dureza el pecho con su enorme dedo índice, para asegurarse de que captaba el aviso—, te arrancaré las dos piernas y te daré una paliza de muerte con ellas. ¡Lo juro por los sagrados esfínteres del Espíritu Santo!

Creo que lo dijo en serio, pero en aquel momento no estaba en condiciones de

cumplir su amenaza. Aún estaba convaleciente por la herida de virote en el trasero, y sólo podía caminar con pasos rígidos y apoyándose en un grueso bastón de endrino. Lamenté haberle hecho daño, y me alegró mucho que volviéramos a ser amigos. Y no fue la mía la única amistad que hizo él en esos días: Little John parecía haber congeniado con Roger de Chichester, y a menudo se les veía a los dos juntos charlando en tono amistoso. Sería difícil imaginar una pareja más distinta: el esbelto y elegante hijo de un noble, y el macizo, musculoso y cojo antiguo proscrito, con una cara que ofrecía el aspecto de un prado en el que un rebaño de vacas ha pasado la noche entera bailando. Lo único que tenían en común era el color amarillo de sus cabelleras.

Yo me había disculpado con Roger por mi grosería con él aquel día en Wakefield Inn, y él estuvo encantador respecto a todo el asunto. De hecho, empezó a gustarme, e incluso me alegré de que Goody lo invitara a la fiesta de los esponsales.

El festín empezó no mucho después del mediodía, y fue largo y lento, con mucha conversación y bromas entre los numerosos platos que se sirvieron. Bernard de Sézanne nos entretuvo con sus composiciones más recientes, y luego divirtió a muchos invitados interpretando parodias de canciones compuestas por mí pero con letras nuevas y salaces que hacían burla de mi vida amorosa, y de la que llevaríamos en el futuro Goody y yo juntos, dentro y fuera del dormitorio. No me quedó otro remedio que soportar aquellas obscenidades a pesar de mi nueva condición de caballero, y aunque no tenían ninguna gracia, los invitados parecieron encontrarlas mucho más divertidas de lo que en realidad me parecieron a mí.

Cuando Bernard acabó de burlarse y de provocar aplausos fáciles, se había hecho de noche. Me puse en pie, con una copa de plata llena de vino en la mano.

—Señores míos, damas y caballeros —empecé—, os suplico que ahora os unáis todos a mí bebiendo a la salud de mi hermosa prometida. Una mujer cuya belleza suprema brilla...

La puerta de la gran sala se abrió de par en par con un fuerte crujido, y una figura oscura (una mujer con una gran olla redonda en las manos) irrumpió en la estancia. Aquella figura lanzó un grito penetrante, un aullido agudo y fantasmal de rabia, miedo y locura, que hizo que todos los corazones de los presentes en la sala se detuvieran por un instante. La sorpresa me hizo sentar de golpe, como si en ese instante me hubieran cortado las piernas de pronto. Todos se volvieron hacia el umbral a mirar, y Elise, la curandera normanda, que estaba sentada en una de las mesas colocadas abajo en la sala, gritó:

—¡Es la *hag*, la *hag* de Hallamshire! ¡Dios nos proteja a todos!

Y luego se tapó la boca con las dos manos, como para impedir que saliera ningún otro sonido de ella.

La mujer vestida de negro alzó en el aire la olla, que estaba pintada de blanco y

decorada con estrellas y medias lunas, y extraños animales deformes y símbolos extraños en verde y en negro. Entonces gritó:

—¡Un regalo de esponsales!

La olla, que mantenía en alto a la luz vacilante de las antorchas, fue a estrellarse en ese momento al suelo, al tiempo que la mujer daba otro aullido insoportable, ultraterreno. Estalló en la estera de juncos tendida sobre el suelo de tierra apisonada, y por entre los añicos aparecieron docenas de pequeñas criaturas aladas que volaron por el aire, bultos de piel negra peluda que chillaban y batían alas sobre nuestras cabezas, provocando que muchos invitados palidieceran y se encogieran a su paso. Y los murciélagos no fueron los únicos seres vivos que salieron de entre los pedazos de la olla rota: media docena de víboras venenosas reptaron por el suelo en busca de la oscuridad de los rincones de la sala; escarabajos, lagartos y dos ratas quedaron también en libertad al romperse aquel recipiente, y se escurrieron debajo de las mesas.

La mujer (ahora pude darme cuenta claramente de que era Nur) emitía una serie de chillidos fantasmales rítmicos, una especie de música infernal que provocaba estremecimientos en la espina dorsal. Todas las miradas en la sala estaban fijas en ella, y aquella noche su aspecto era verdaderamente aterrador. Se había blanqueado la cara con alguna especie de pasta, y se había dibujado círculos negros alrededor de los ojos para acentuar el parecido con una calavera. La zona de la nariz mutilada había sido pintada de rojo brillante, y las orejas cortadas y la sonrisa de la boca sin labios acentuaban el horror de aquella visión.

Entonces empezó a bailar; daba cabriolas, al tiempo que seguía lanzando chillidos de vez en cuando, farfullaba y saltaba enloquecida entre los pedazos de la olla rota, y su pelo de colas de rata revoloteaba delante de su cara arruinada. Todos permanecimos helados en nuestros bancos, ni un solo hombre se movió. Yo no podía apartar la vista de aquel espectáculo horrendo; estaba como sumido en algún hechizo diabólico, y no fui el único. Nadie dijo una palabra, nadie movió un músculo mientras Nur bailaba su danza de la locura y cantaba su espantosa canción en el centro de la recién reconstruida gran sala de Kirkton.

Estábamos sobrecogidos.

Por fin, exhaló un último chillido fantasmal y se detuvo delante de la mesa alta en la que estaba sentado yo, con Goody a mi lado, Robin y Marian, Little John y Tuck. Nur me señaló extendiendo la mano, y vi con un estremecimiento que sostenía en ella un fémur humano.

—Yo te maldigo, Alan Dale —gorgoteó en voz profunda y temblorosa de odio—. ¡Os maldigo a ti y a tu puta lechosa!

Y señaló con el hueso a Goody. Yo estaba paralizado por la conmoción y el terror de aquella visita demoníaca; no podía mover los brazos ni las piernas, sólo podía

mirar con una fascinación horrible la cara congestionada y torturada de Nur pintada de blanco, y escuchar su voz llena de odio y el veneno que fluía de su boca sin labios.

—Tu prometida de nata agria morirá un año y un día después de que la lledes al lecho matrimonial, y su hijo primogénito morirá también, después de una dolorosa agonía. Pero tus días, mi amor, mi amante —Nur arrastró esas palabras en un tono repulsivamente lascivo—, tus días serán muchos, tu vida larga, aunque llena de humillaciones y de desesperación. Perderás la razón antes de perder la vida..., ésa es mi maldición. Porque tú te prometiste a mí, y...

—¡No!

Una voz femenina, baja pero vibrante de pasión y con la sonoridad suficiente para llegar a todos los rincones de la sala, se alzó sobre nosotros. Volví la cabeza, mis músculos casi crujieron por la tensión, y vi que era Goody quien hablaba.

—¡No! —repitió, en voz más alta esta vez—. No vas a venir a esta casa, el día de mis esponsales, con tus trucos, tus celos y tu malicia. ¡No!

Goody se levantó de su asiento. Miraba directamente a Nur, y sus ojos azules ardían de indignación.

—¡Largo de aquí! —dijo mi preciosa chica. Y Nur pareció tan sorprendida como el resto de nosotros por el valor y la fiereza de Goody. La mujer de negro alzó su fémur, señaló con él a Goody y empezó a hablar. Pero mi encantadora prometida fue más rápida que la bruja. Agarró el enorme bastón de Little John, que estaba apoyado a su lado en la mesa, y arrancó de un golpe el hueso de las manos de Nur. Luego saltó sobre la mesa, y pareció casi elevarse en el aire, para ir a caer directamente sobre la mujer de negro.

El primer golpe de Goody con la garrota de endrino alcanzó a Nur en un lado de la cabeza, y la proyectó hacia un lado salpicando gotitas de sangre.

—¡Jodida perra! —dijo Goody, y su voz fue aumentando de volumen—. Él es mío. —El segundo golpe se estrelló en la boca de Nur, le rompió varios dientes y tumbó a la aterrorizada criatura—. Escucha atentamente esto, perra. Él es mi hombre. —El bastón cayó sobre el hombro de Nur—. Y si vuelvo a verte cerca de nosotros, perra... —Goody propinó a Nur un golpe lateral a dos manos en los lomos, que impactó con un estremecedor ruido sordo—. Si te acercas alguna vez a nosotros, perra, haré que te duela de verdad.

Un golpe en la nuca dejó a Nur tendida sobre la estera.

La bruja, cubierta de sangre, empezó a arrastrarse hacia la puerta, moviéndose con torpeza y con una mano alzada para protegerse la cabeza.

El bastón de Goody volvió a zumbiar, e impactó en su antebrazo; oí el crujido de un hueso al quebrarse. Pero nadie más en la sala movió un músculo. Nadie más podía moverse. Todos mirábamos boquiabiertos el espectáculo de una frágil muchacha de no más de dieciséis años enfrentándose a las fuerzas del Mal en solitario y armada

sólo con un bastón.

—Y tú, tú, perra... —¡zas!—, mataste... —¡zas!— a mi... —¡zas!—... ¡gatito!

Goody gritó la última palabra a pleno pulmón, y el grueso bastón impactó una vez más en la espalda de Nur. Goody contuvo entonces el aliento para concentrarse en dar a su enemiga una paliza que no olvidaría. Llovieron los golpes sobre los huesos de la criatura que se arrastraba por la estera del suelo, y vi que la cara torturada de Nur estaba ahora además magullada y ensangrentada, y parecía tener roto un brazo. Por fin, la maltrecha mujer de negro llegó a la puerta, arrastrándose sobre manos, pies y rodillas, y Goody gritó:

—¡Fuera de aquí, perra! —El bastón cayó una vez más sobre la grupa descarnada de la bruja—. ¡Y no vuelvas!

Otro fuerte golpe en las nalgas. Y Nur salió disparada de la sala a la oscuridad de la noche..., y desapareció.

Sólo entonces la sala empezó a volver a la vida, la gente a moverse y hablar, muchos se santiguaron y las risas nerviosas brotaron en el otro extremo de la mesa alta. Algunos invitados ovacionaron a Goody y, a través de la habitación, mi mirada se cruzó con la de mi amada, mi brava y hermosa muchacha. Tenía la cara pálida como la cera, la frente arrugada y tensa, y sus ojos azul violeta aún chispeaban de furia. Pero nuestros ojos se encontraron, y al sonreírle yo, enamorado y tan orgulloso de su valor, vi que los músculos de su mandíbula empezaban a relajarse, y que aquel atisbo de locura desaparecía de sus ojos. Entonces me sonrió a su vez, y su mirada reflejó un amor más puro y poderoso que ninguna cosa en esta tierra; y supe que todo iba a ir bien entre nosotros.

Little John se inclinó hacia mí y, con una voz llena de respeto, me dijo:

—Alan..., un pequeño consejo: cuando estéis casados, ¡nunca hagas nada que pueda irritar a esa chica!

Epílogo

Mi nuera Marie tiene toda la razón: soy un viejo chocho. Cuando acabé de escribir las últimas palabras de mi historia sobre Robin y el rey Ricardo, y Goody y Nur, me quedé profundamente dormido, sin sueños ni pesadillas, encima de mi cama. Desperté cuando el día ya declinaba, sintiéndome fresco y extrañamente tranquilo. Marie y yo nos sentamos a la mesa de la gran sala, y discutimos todos mis temores en la claridad de un atardecer luminoso de agosto. Y he sido un bobo; es verdad. Marie y Osric estaban preocupados por mí. Saben que no he dormido bien últimamente, y que mi comportamiento (el hábito de seguir a Osric a todas partes, de vigilarle continuamente, y peor aún, de aparecer de pronto delante de él saliendo de un escondite) ha sido extraño y molesto para ellos. Marie y Osric llevan varias semanas muy preocupados por mí. ¿El polvo blanco? Era una medicina, un calmante para corazones delicados y una ayuda para dormir bien, comprado en secreto al boticario (al que no hizo ninguna gracia tener que acudir a citas nocturnas para vender sus remedios), y vertido con discreción en mi sopa para que yo no protestara y provocara una pelea.

Marie y Osric habían recurrido a un simple e inocente engaño; lo que suele calificarse amablemente de mentira piadosa. Y sin embargo me siento traicionado: no por Osric, mi administrador de cara de topo, ni por mi hacendosa nuera, sino por mi propia mente nublada por la edad. Tal vez la maldición de Nur se ha cumplido a fin de cuentas, y de verdad estoy perdiendo la razón. ¡Veo ahora el pasado con tanta claridad, puedo recordar tan bien los días en que yo era el joven sir Alan de Westbury, un caballero de gran valor y prestigio! ¿Pero el presente? ¿Qué soy ahora? Un viejo lelo que espía a sus sirvientes por detrás de las puertas para sorprenderles en crímenes imaginarios. Un chocho.

Recuerdo mi glorioso pasado con toda claridad, y mi cabeza está allí la mayor parte del día, mientras escribo. Y ¿dónde pasar mejor mis últimos años en este mundo que en compañía de mi yo más pujante y fuerte, de aquel hombre joven tan lleno de luz, de amor y de esperanzas? Las humillaciones de la edad alcanzan a todos los hombres que viven el tiempo suficiente..., pero no todos los hombres pueden decir que disfrutaron de la amistad de reyes, y proscritos, y héroes, en sus años de plenitud; que caminaron orgullosos y erguidos, sin miedo, antes de que el peso y la carga de los años encorvaran sus espaldas. Sin embargo, yo sí puedo. Puedo decir, puedo jurar

delante de Dios, que representé mi papel en el escenario del mundo. Y lo representé de una forma convincente.

Puede que ahora sea un viejo tonto, puede que la maldición de Nur me haya alcanzado más allá de la tumba. Sé que algunos dirán que las demás profecías de la negra *hag* de Hallamshire también se han cumplido: mi querida esposa Goody ha muerto, y también mi hijo Rob. Pero me digo a mí mismo que no creo en maldiciones; que no son más que chismes ociosos para asustar a los niños. Y yo fui un guerrero, un caballero de Inglaterra. De modo que lucharé, lucharé contra la maldición de la bruja, como luchó Goody en la sala de Kirkton el día de nuestros esponsales; lucharé con todas mis fuerzas para conservar mi mente sana y entera. Lucharé para contener mis miedos irracionales. Porque ahora puedo ver que Osric nunca ha tenido intención de hacerme daño. Y tampoco Marie. Mi leal e inocente administrador de cara de topo y yo nos hemos reconciliado, y le he pedido humildemente perdón por mis tonterías.

Aun así, sigue sin gustarme.

Nota histórica

El rey Ricardo Corazón de León partió de Tierra Santa la segunda semana de octubre de 1192. La Tercera Cruzada había tenido un éxito tan sólo parcial y, después de tres años de luchar con los sarracenos, los guerreros cristianos estaban exhaustos y su número había disminuido de forma drástica por las enfermedades, las deserciones y las bajas en la batalla. Finalmente, Ricardo acordó una tregua de tres años con Saladino, el gran general musulmán, en virtud de la cual los cristianos conservaban una estrecha franja de tierra en la costa del Mediterráneo y varias fortalezas importantes, y se permitía a los peregrinos visitar Jerusalén sin ser molestados.

Ese acuerdo temporal que le salvaba la cara permitió a Ricardo hacer planes para regresar a su patria, algo que necesitaba hacer con una urgencia desesperada. En su ausencia, el rey Felipe Augusto de Francia había invadido territorios suyos en Normandía, y su ambicioso hermano menor, el príncipe Juan, iba incrementando a buen ritmo su poder en Inglaterra, apoderándose de forma ilegítima y colocando guarniciones de sus propios hombres en una serie de castillos, y socavando constantemente la autoridad de los hombres elegidos por el rey Ricardo para gobernar el país en su ausencia. El rey Ricardo tenía intención de regresar a Tierra Santa, una vez arregladas las cosas en Europa y eliminada la amenaza que su hermano planteaba al trono, pero los acontecimientos conspiraron en su contra.

Por desgracia, el modo de ser directo y enérgico de Corazón de León le había creado muchos enemigos poderosos durante la Cruzada. Se peleó con Felipe de Francia, un amigo íntimo de la infancia, e insultó al duque Leopoldo de Austria, que encabezaba el contingente de cruzados alemanes. Incluso se enemistó con Enrique VI, el sacro emperador romano, al apoyar al rey Tancredo de Sicilia contra él. El emperador controlaba la mayor parte de Alemania y buena parte de la península italiana, el sur de España estaba en manos de los musulmanes, los corsarios infestaban la costa norteafricana, y Francia le estaba vedada por el rey Felipe..., de modo que Ricardo supo que tendría problemas para regresar a casa por tierra. Es más, la tecnología naval de la época no permitía a los barcos superar las fuertes corrientes del estrecho de Gibraltar y cruzarlo de este a oeste para entrar en el Atlántico, lo que impedía a Ricardo emprender el largo viaje de vuelta a Inglaterra por mar.

La historia del regreso de Ricardo no está del todo clara; los hechos conocidos

son fragmentarios y a veces parecen contradictorios, pero la mayor parte de los historiadores coinciden en que Ricardo decidió utilizar de forma clandestina una ruta de regreso por tierra, dando un rodeo por el este. Después de enviar a su esposa Berenguela en un barco rápido a Roma, donde el papa la tomó bajo su protección, hizo un amago de viaje al oeste, a Sicilia, y luego cambió de rumbo, entró en el Adriático y se dirigió al norte. Finalizaba ya la temporada de la navegación, el tiempo era tormentoso, y después de un par de paradas Ricardo desembarcó definitivamente en la costa norte del Adriático, en Aquilea, cerca de Trieste, en el nordeste de Italia; algunos historiadores han sugerido que ese desembarco no estaba planeado, sino que el barco encalló allí después de una tormenta. En cualquier caso, fue allí donde se encontraba el rey hacia el 10 de diciembre de 1192, en la playa, con tan sólo algunos compañeros y a cientos de kilómetros de un territorio amigo.

Disfrazado de caballero templario, o tal vez de mercader, Ricardo se dirigió al norte, hacia el corazón de Europa, con intención de llegar a la seguridad de los territorios controlados por su cuñado Enrique el León, duque de Sajonia. Sin embargo, después de un viaje gélido, penoso y lleno de peligros por caminos muy malos, el rey fue apresado por los hombres del duque Leopoldo de Austria. Ocurrió pocos días antes de la Navidad; el tiempo era infame y, al parecer, el rey se había refugiado en una «casa de mala nota» o burdel en las afueras de Viena. Algunas fuentes sostienen que fue su costumbre aristocrática de pedir pollo asado para cenar, en lugar de un condumio más humilde, lo que le delató; otras dicen que fue la costumbre de sus compañeros de llamarle «sire» lo que desveló su verdadera identidad. Se diría que ni Ricardo ni sus compañeros tenían demasiado talento para las operaciones clandestinas.

El duque Leopoldo debió de sentirse feliz al tener a su gran enemigo el rey de Inglaterra en su poder, y se apresuró a encerrar a Ricardo en el castillo de Dürnstein, una fortaleza junto al Danubio y a unos ochenta kilómetros al oeste de Viena. Además, informó a su superior, el emperador del Sacro Imperio Romano, Enrique VI, de aquel inesperado golpe de suerte, y existe aún una carta (la que lee Walter de Coutances en mi historia) de Enrique VI a Felipe Augusto de Francia, en la que el sacro emperador romano alardea impudicamente de la captura del peregrino real en su viaje de regreso. Apresar al rey Ricardo era un acto ilegal, porque el papa Celestino III había decretado que los caballeros que tomaran parte en la Cruzada no habían de ser molestados en los viajes de ida y de vuelta a Tierra Santa. Tanto el emperador Enrique como el duque Leopoldo serían excomulgados más tarde por el cautiverio de Ricardo.

Siguiendo la práctica de aquella época, Ricardo pasó de una fortaleza a otra en las tierras de habla alemana controladas por Enrique y Leopoldo, hasta llegar a Ochsenfurt a mediados de marzo de 1193. Fue allí donde emisarios ingleses, los

abades de Boxley y Robertsbridge, entraron en contacto con el rey cautivo, y donde comenzaron las largas negociaciones para fijar su rescate y su eventual liberación.

Debo mencionar en este punto que no tengo la menor idea de cuál era el aspecto real de los dos intrépidos abades, y que no existe el menor indicio de que hubiera entre ellos algún parecido. Ha sido un capricho mío el describirlos como casi idénticos, inspirado en Dupond y Dupont (Hernández y Fernández en la edición española), los deliciosos detectives que aparecen en los libros de Tintín. Un homenaje a Hergé, podríamos decir.

Las negociaciones para la liberación de Ricardo se prolongaron durante casi un año, y el rey Felipe y el príncipe Juan hicieron realmente una contraoferta de ochenta mil marcos al emperador para guardar prisionero a Ricardo hasta la fiesta de San Miguel de 1194. Pero después de ímprobos esfuerzos diplomáticos por parte de la reina Leonor de Aquitania, y mediante el pago de cien mil marcos —una suma enorme, tal vez el doble del producto interior bruto de toda Inglaterra en aquella época— y la entrega de rehenes, el rey recuperó la libertad a principios de febrero de 1194. Un hecho poco conocido sobre los tratos que precedieron a su liberación es que una de las condiciones impuestas al rey Ricardo fue la de prestar homenaje en nombre de Inglaterra al emperador, convirtiendo a Enrique VI en su señor feudal. Ricardo se sometió a la ceremonia pero, como la consideraba algo vergonzoso, hizo grandes esfuerzos por mantenerla en secreto.

Por desgracia, ninguna constancia histórica ampara la leyenda de Blondel y su papel en la localización del rey cautivo. Pero la leyenda dice lo siguiente: después de que el rey Ricardo fue hecho prisionero en Europa, su leal amigo y fiel *trouvère* Blondel —un apodo para cualquiera que tuviera el cabello rubio— lo buscó por todas partes, tocando su laúd junto a las murallas de distintos castillos de toda Alemania, con la intención de encontrar a su señor. Cuando cantaba bajo los muros del castillo de Dürnstein una canción que había escrito a medias con el rey Ricardo durante la Cruzada, Blondel vio recompensada su constancia cuando una voz familiar cantó la segunda estrofa desde una pequeña celda en lo alto de la torre que se alzaba ante él. El leal *trouvère* había encontrado a su rey, y ahora todo iba a ir bien.

Aunque esa encantadora leyenda incluye muchos elementos altamente improbables, existió en realidad un Blondel, un famoso *trouvère* de Nestlé, en Francia, que fue contemporáneo de Corazón de León. No es cierto que buscara al rey Ricardo tocando su música bajo los muros de los castillos de Austria, pero por lo menos ha quedado inmortalizado de otra manera: una treintena de sus canciones se han conservado en museos y bibliotecas de Francia..., entre ellas la que empieza *Ma joi me semont...*, sobre cuya base he compuesto la canción de Alan Dale «Mi alegría me invita».

En realidad, el emperador y el duque Leopoldo habrían ganado poca cosa

ocultando el paradero del rey Ricardo a sus partidarios. Ellos buscaban el dinero del rescate, y necesitaban estar en contacto con los súbditos del rey para fijar el precio. He de admitir que, como me gusta la leyenda de Blondel y quería incluirla como un elemento clave de la historia, he dado más importancia al hecho de encontrar al rey Ricardo de lo que admitiría una investigación histórica rigurosa. Si alguien está interesado en saber más acerca de la historia real de Blondel de Nestlé, de la cultura de los trovadores en general y de la captura del rey Ricardo, su cautiverio y su rescate, le recomiendo el excelente libro de David Boyle *Blondel's Song* (Penguin Viking, 2005).

El asedio de Nottingham: 25 a 28 de marzo de 1194

Al regresar a Inglaterra el rey Ricardo a principios de marzo de 1194, se encontró con que la marea del favor popular se había vuelto en contra del príncipe Juan. En efecto, su solapado hermano había huido a Francia, dejando a los leales que aún lo apoyaban el cuidado de defender los castillos que había arrebatado al rey. Al cabo de pocas semanas, casi todas las fortalezas importantes de Inglaterra se habían rendido a los hombres de Ricardo; y es cierto que los contemporáneos informaron de que el castellano de Saint Michael's Mount, en Cornualles, murió de miedo al conocer la noticia del regreso de Ricardo. El último castillo en resistir fue Nottingham, tal vez la fortaleza mejor fortificada de aquella época (véase el mapa en las primeras páginas de este libro), considerada prácticamente inexpugnable.

Después de desembarcar en Sandwich el 13 de marzo, el rey Ricardo sólo se detuvo para asistir a una misa de acción de gracias por su liberación en la catedral de Canterbury, antes de marchar al norte contra Nottingham, reuniendo más tropas por el camino. A su llegada, el castillo desafió a Ricardo y, a pesar de que el rey recorrió a caballo todo el perímetro de las murallas a plena vista, vestido con una cota de malla ligera de cruzado y con su estandarte personal desplegado de forma ostensible, los alcaides de Nottingham (sir Ralph Murdac y sir William de Wenneval) alegaron que no creían que se tratara del propio Corazón de León, sino únicamente de enemigos del príncipe Juan que intentaban desalojarles del castillo haciéndoles creer que el rey estaba con ellos.

Así pues, empezó la batalla.

El primer día del asedio, después de un asalto particularmente encarnizado, los hombres del rey Ricardo se apoderaron del recinto exterior del castillo, y en la tarde del mismo día atacaron la barbacana del recinto medio, pero la caída de la noche les obligó a retirarse dejando la barbacana en manos enemigas. El portalón que ataca Alan de Westbury en el libro estaría situado aproximadamente en el mismo lugar en

que se levantó el portalón posterior, de piedra, que guarda hoy el castillo de Nottingham. Imaginé a Alan y sus bravos asaltando la empalizada de madera más o menos por el punto donde hoy se alza la estatua de bronce de Robin Hood. Durante la batalla, hacia el final del primer día, la empalizada del recinto exterior fue incendiada, bien por las tropas del rey Ricardo o bien por los defensores.

El segundo día, Ricardo ordenó levantar un patíbulo en el recinto exterior, fuera del alcance de las ballestas, y ahorcó a varios sargentos y soldados capturados el día antes como advertencia de lo que esperaba a los defensores si no se rendían. He de confesar aquí que sir Ralph Murdac no estaba entre los infortunados que fueron ahorcados allí; el Murdac histórico fue en efecto durante un tiempo alguacil del Nottinghamshire, y más tarde un partidario fiel del príncipe Juan; se casó con Eve de Grey de Saintandlake Manor, y también fue alcaide del castillo de Nottingham en los días del asedio, pero no murió hasta dos años después, en circunstancias que se desconocen. Mi defensa por esa falta a la verdad histórica es que me considero a mí mismo un narrador de historias, y no un historiador. Para los propósitos de mi relato, y de las futuras historias de Robin Hood, mi personaje de ficción basado en el Ralph Murdac real debía morir.

El tercer día del asedio, después de un duro bombardeo por parte de la recién construida artillería de Ricardo, se iniciaron las negociaciones para la rendición del castillo. El rey se mostró generoso, y a todos los caballeros de la guarnición se les permitió marchar en libertad después de haber acordado rescates adecuados a su rango. Inglaterra estaba de nuevo en las firmes manos de Ricardo.

El agujero de Mortimer

Cuando estaba documentando y preparando la trama de este libro, me encontré —o mejor dicho, se encontró Alan Dale— en un serio apuro. Quería tener a mi héroe encerrado en los subterráneos del castillo de Nottingham, a la espera de una muerte segura, y que entonces fuera rescatado milagrosamente por Robin Hood; pero no se me ocurría ninguna manera de disponerlo todo de una forma verosímil. De modo que me fui a Nottingham a echar otra mirada a lo poco que queda del castillo, en busca de inspiración; y estando allí oí hablar, e hice incluso una visita guiada, al «agujero de Mortimer». Problema resuelto.

Debajo del castillo de Nottingham corre una red de túneles excavados en la relativamente blanda roca arenisca sobre la que se alza la fortaleza, que data por lo menos del siglo XII posiblemente se remonta a una fecha muy anterior. Uno de esos túneles, el llamado *Mortimer's Hole* (agujero de Mortimer), baja desde la parte sur del castillo, donde en tiempos estuvo el recinto superior, perforando la roca hasta desembocar en el Brewhouse Yard (el patio de la cervecería), junto al *pub* The Old

Trip to Jerusalem (La Vieja Peregrinación a Jerusalén), fuera de los muros del castillo. El túnel era utilizado por los sirvientes del castillo para izar desde la cervecería víveres y barriles de cerveza, un elemento básico de la dieta medieval, hasta las despensas y almacenes del interior del castillo. El 19 de octubre de 1330, el biznieto del príncipe Juan, un muchacho de diecisiete años que pronto se había de convertir en el rey Eduardo III, acompañado por un puñado de hombres, utilizó el pasaje para introducirse sin ser detectado en el castillo de Nottingham y llevar a cabo un golpe de Estado. Una vez dentro del recinto superior, el joven Eduardo secuestró a Roger Mortimer, conde de March —que, ayudado por la madre francesa de Eduardo, Isabella, había usurpado el trono de Inglaterra—, y consiguió escamotear al conde capturado por aquellos túneles para luego arrojarlo a una prisión ignominiosa y ejecutarlo.

Cuando oí esa historia y vi el «agujero de Mortimer», me di cuenta de que Robin y Alan podían sacar mucho provecho de aquel túnel secreto. Y animo a cualquier lector que visite Nottingham a echar una ojeada a esos pasadizos tenebrosos... y beberse después una pinta de cerveza en The Old Trip to Jerusalem.

Inquisición episcopal

En 1184, el papa Lucio III publicó la bula papal llamada *Ad abolendam*, en la que se exhortaba a todos los obispos, arzobispos y patriarcas cristianos a perseguir de forma activa a los herejes y llevarlos a juicio. Si no podían probar su inocencia, el papa decretaba que las personas acusadas de herejía fueran relajadas a las autoridades seculares para su «debido castigo», que en los casos más serios podía consistir en una muerte horrible en la hoguera. La bula era una respuesta a la popularidad cada vez mayor del movimiento cátaro (y otros), e intentaba frenar lo que la Iglesia consideraba una herejía extremadamente peligrosa.

No hay, desde luego, constancia escrita de que nadie llamado Robin Hood o conde de Locksley fuera juzgado como hereje en la iglesia del Temple, y de hecho las inquisiciones episcopales, más comunes en los territorios cristianos meridionales, apenas se produjeron en la Europa del norte. Pero esa institución dedicada a la caza de herejes existía en aquellas fechas tempranas, y espero por consiguiente que se me perdone haberme inventado un proceso, sancionado especialmente por el papa, que plasma el conflicto entre mi Robin Hood pagano y las autoridades de la Iglesia, en particular sus enemigos: los caballeros templarios.

Conviene añadir que las inquisiciones episcopales (el término inquisición puede significar tanto un tribunal establecido para un caso individual como una institución investigadora) como método para sofocar la herejía fueron en gran medida un fracaso: y una de las principales razones para ello, o así lo aseguraban muchos

cristianos fanáticos, fue que, como señala Robin al maestre del Temple, una confesión obtenida mediante tortura no era admisible para el tribunal. No fue hasta 1252 y la bula *Ad extirpanda*, publicada por el papa Inocencio IV, cuando la tortura fue oficialmente bendecida como parte del proceso inquisitorial.

ANGUS DONALD
Kent, febrero de 2011

Agradecimientos

Hacer un libro, partiendo de la idea nebulosa inicial del autor hasta llegar al objeto físico que tiene usted en sus manos, es un trabajo de equipo; y aunque es sólo mi nombre el que figura en la portada, hay docenas de personas que me han ayudado a infundir vida a esta historia y darle la forma que usted acaba de leer. Sólo mencionaré a unos pocos de ellos, pero muchos otros quedarán fuera, bien por deseo propio —como el antiguo miembro de las fuerzas especiales de Grecia, que me instruyó en algunos alarmantes métodos de matar en silencio—, o bien porque sencillamente no puedo recordarlos a todos; pero deseo hacer constar mi profunda gratitud también a ellos.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mis brillantes y esforzados agentes de Sheil Land Associates, Ian Drury y Gaia Banks, y también a mis amables, pacientes y meticulosos editores en Little, Brown: Daniel Mallory, Thalia Proctor y Anne O'Brien. Mi antiguo colega en el *Times*, el doctor Martyn Loble, ha sido un gran estímulo para mí y me ha proporcionado con generosidad amplias informaciones médicas, en tanto que Frank O'Reilly y Tez y Dave Tanner me han dado su amistad y, en el caso de Frank, alojamiento nocturno en algún caso, y cada uno de ellos me ha ayudado a perfilar algunas sutilezas de las escenas de lucha.

Tengo una deuda impagable con el profesor John Gillingham, cuyo libro magistral *Richard I* ha sido la luz que me ha guiado en la preparación de mi trama de ficción. Y mi esposa Mary ha sido también una torre de fortaleza familiar..., y ha dedicado muchas horas de su tiempo libre a revisar el libro con la mirada de águila del corrector de pruebas.

Finalmente, quiero agradecer a mi hermano John haberme conducido en un viaje de documentación a Ochsenfurt, después de una noche de farra y cerveza en Frankfurt, cuando yo sufría la que posiblemente ha sido la peor resaca de mi vida. Si he cometido errores en la parte alemana de este libro, temo que puedan ser debidos a mi debilidad por las salchichas, el *sauerkraut* y las grandes jarras de Pilsner. Por el resto de errores que puedan encontrarse en el libro pido perdón, y realmente no tengo ninguna otra disculpa a mano.



ANGUS DONALD, nació en China en 1965 y se formó en el Marlborough College y en la Universidad de Edimburgo. A lo largo de su vida, ha ejercido como recolector de fruta en Grecia, camarero en Nueva York y como antropólogo en Indonesia, donde estudió la magia y brujerías indígenas. Durante los últimos quince años ejerció el periodismo en Hong Kong, la India, Afganistán y Londres. *Robin Hood, el proscrito* es el inicio de una serie centrada en este singular y enigmático personaje.

<http://epubgratis.me/taxonomy/term/5886>